



Reseña

José Ignacio García Hamilton nos permite recuperar en este libro la imagen de un José de San Martín de carne y hueso, con humillaciones y esperanzas, alejado del perfil de héroe mitológico elaborado por la historia oficial. El cadete de quince años postergado en su ascenso por ‘vicios indecorosos’; el jovencito que participa de la derrota española en Oran; el oficial bisoño seducido por los ideales de la Revolución Francesa y a la vez vencido por los galos en Collioure; el militar embarcado en la fragata *Santa Dorotea* que es capturada por los ingleses; el comisionado asaltado por maleantes; el ayudante del general Solana que contempla como las turbas de Cádiz atrapan y ahorcan a su jefe —acusado de traidor y afrancesado— en la plaza pública y debe huir para evitar igual suerte; el hombre que gusta de tocar la guitarra y frecuenta la noche con una ‘manola’ de alegre vida; el participante en la batalla de Bailen que observa luego la injusta destitución de su jefe, se va convirtiendo en un militar cansado de los contrastes, desencantado de la monarquía decadente que reina en su patria, identificado con el liberalismo y miembro de una logia masónica constituida para operar a favor de la independencia de las colonias.

Índice

[Ningún motivo para quedarme](#)

- I. [Muchos lugares y ningún hogar \(1778—1792\)](#)
- II. [Derrotas en el mar y fracasos en la montaña \(1792—1801\)](#)
- III. [Reyes indignos, pueblo primitivo \(1801—1808\)](#)
- IV. [Calor y triunfo en Bailén \(1808—1811\)](#)
- V. [Ahorro y decisión \(1811—1812\)](#)
- VI. [La Reina del Plata \(1812—1813\)](#)
- VII. [Vamos p'al Norte \(1813—1814\)](#)
- VIII. [De Tucumán a Mendoza \(1814—1815\)](#)
- IX. [Alvear queda afuera \(1815—1816\)](#)
- X. [El cruce de los Andes \(1816—1817\)](#)
- XI. [Venga esa mano blanca \(1817\)](#)
- XII. [Triunfos y derrotas \(1817—1818\)](#)
- XIII. [Entre Santiago y Mendoza \(1818—1819\)](#)
- XIV. [La traición a Buenos Aires \(1820\)](#)
- XV. [En el mar, con pies de plomo \(1820—1821\)](#)
- XVI. [Las vaporosas ilusiones de Punchauca \(1821\)](#)
- XVII. [Por fin en Lima \(1821\)](#)
- XVIII. [Conspiraciones por todas partes \(1821—1822\)](#)
- XIX. [El recurso de Guayaquil \(1822\)](#)
- XX. [La paz de Mendoza \(1822—1823\)](#)
- XXI. [El exilio en Bruselas \(1824—1829\)](#)
- XXII. [El reposo del guerrero \(1829—1833\)](#)
- XXIII. [Propietario en París \(1833—1839\)](#)

XXIV. [Los últimos miedos \(1839—1850\)](#)

[Epílogo](#)

[Fuentes y reconocimientos](#)

[Bibliografía](#)

A la memoria de María Lemaur Saravia, española republicana exiliada de la Guerra Civil, quien, durante mi infancia y juventud tucumanas, me enseñó a amar la libertad.

A Fernando García Hamilton y Luisa María Torres Posse, hermanos entrañables con quienes compartimos el precio de la independencia.

A Nicandro Pereyra, gran poeta, amigo y bienhechor.

A Graciela Inés Gass, nuestros hijos Bernabé y Fernanda, José Ignacio, Julieta María, Luis Enrique, Delfina y Manuel, y nuestra nieta Sol, todos aliviadores de momentos difíciles

Ningún motivo para quedarme

(A bordo del Countess of Chichester, enero de 1829)

Al cruzar el ecuador los crepúsculos eran maravillosos y le gustaba quedarse sentado en la cubierta, disfrutando de un sol anaranjado que parecía suspendido sobre el horizonte, mientras el abanico de rayos púrpuras ultrajaba las tenues nubes y las entretejía con el intenso fondo azul. Se acordaba de los atardeceres de su niñez en Málaga, pero la serenidad de la infancia se disipaba con las primeras oscuridades, que lo hacían retornar a la preocupación sobre lo que estaba ocurriendo en el Río de la Plata.

Había partido entusiasmado desde Falmouth, Inglaterra, orgulloso de integrar el pasaje del primer buque de vapor que viajaba hacia el Atlántico Sur, con el ánimo de arreglar en Buenos Aires las cuestiones financieras que lo apremiaban. Pensaba también permanecer por unos dos años en Mendoza, asumiendo la administración de su finca de los Barriales, en la confianza de que, como decía el refrán, "el ojo del amo engorda el ganado". Desde allí podría gestionar también el cobro de la pensión de nueve mil pesos anuales que le había fijado el gobierno del Perú, cuyos atrasos lo habían puesto en dificultades.

Al llegar a Río de Janeiro se deslumbró con la bahía de Guanabara, pese a la humedad que le pegaba la camisa al cuerpo y hacía que la levita azul con bolsillos y botones dorados le pesase como un capote. Los periódicos que trajeron a bordo informaban que, en Buenos Aires, el general Juan Lavalle se había insurreccionado con

sus tropas en contra del gobernador, el coronel Manuel Dorrego. Una asamblea de vecinos lo había confirmado en el mando y el nuevo mandatario había partido con sus fuerzas en persecución de Dorrego.

* * * *

La noticia lo alarmó. Desde hacía casi cinco años estaba viviendo en Bélgica con su hija y se había decidido a regresar a las Provincias Unidas porque había terminado la guerra con el Brasil y pensaba que la situación interior también iba a estabilizarse.

Al acercarse al puerto de Montevideo, las noticias fueron todavía más dramáticas: sus propios soldados habían entregado a Dorrego a manos de su perseguidor, quien había procedido a fusilarlo. "Quiera persuadirse el pueblo de Buenos Aires —había dicho Lavalle que la muerte del coronel Dorrego es el sacrificio mayor que puedo hacer en su obsequio".

Se acordó de que durante el cruce de los Andes, cuando ya culminaban el descenso, el entonces capitán Lavalle había encabezado unas avanzadas de granaderos que despejaron la garganta de las Achupallas y les permitieron el acceso final al valle de Putaendo. Después, en Santiago de Chile, lo había invitado varias veces a compartir su almuerzo en su residencia del Palacio Episcopal.

Resolvió quedarse en Montevideo hasta que la situación en el Plata se aclarase, pero el bote que había pedido para desembarcar se demoró y el capitán del *Countess of Chichester* debió partir hacia Buenos Aires. Se sintió molesto, como si lo llevaran sin su

consentimiento hacia un campo de lucha por el poder, en el que él no había sabido desenvolverse. Había sido educado para las armas y las había usado veinte años en el ejército español, como también otros diez en la América del Sud, luchando esta vez contra las tropas de España. Pero las veces que había debido participar de la vida política (en Buenos Aires, Mendoza o Chile) o asumir directamente el gobierno como en el Perú, los combates de facciones lo confundían y lo habían llevado definitivamente al fracaso.

A punto de cumplir 51 años de edad, estaba más grueso y canoso que cuando se había retirado hacía un quinquenio. Cuando el barco llegó a las balizas exteriores, envió un mensaje al ministro provincial haciéndole saber que no quería pertenecer a ninguno de los partidos y le solicitaba pasaportes para volver a Montevideo.

A la mañana siguiente, cuando las brumas del amanecer recién se disipaban y el calor empezaba a sentirse, llegaron a visitarlo desde tierra el coronel Manuel Olazábal y el sargento mayor José Antonio Álvarez de Condarco.

—¡Hijo! —le dijo el general al primero, mientras lo abrazaba a la salida de la escalera y los ojos se le humedecían.

Sus antiguos subordinados en las guerras por la independencia le traían una canastilla de duraznos. Conversaron largamente en su camarote y le contaron con detalles la situación fratricida que se estaba viviendo.

Todavía estaba con ellos cuando llegó la respuesta del ministro, que también había sido su camarada: le decía que "aquí no hay partidos, si no se quiere ennoblecer con ese nombre a la chusma y a

las hordas salvajes. Le remito el pasaporte pedido —añadía— aunque esto me difiera el placer de darle un abrazo al que, en toda época y en cualquier destino, me será grato acreditar mis cordiales sentimientos".

También vino a visitarlo su querido amigo Tomás Guido, a quien no veía desde los tiempos del Perú. Guido, quien nunca le había perdonado su retiro del gobierno de Lima por considerarlo una defección, también le criticó su decisión de no desembarcar, por entender que se trataba de una nueva cobardía.

—Sus enemigos ya están diciendo en los periódicos que no cumple con su deber de ciudadano —sostuvo. —No sirvo para esto, don Tomás. Van a querer involucrarme en sus peleas...

* * * *

La opinión de Guido lo hizo meditar, pero su ánimo le decía que debía huir de allí, de ese clima de enfrentamiento cívico en el que no sabía desempeñarse. Además, la borrosa visión de la ciudad de Buenos Aires le recordaba que nunca había sido allí demasiado feliz. Al llegar en 1812 desde España, su presencia había sido totalmente opacada por el relumbramiento y la riqueza de Carlos de Alvear, aunque éste era más joven y no tenía su experiencia militar.

Había tenido destellos de felicidad al principio de su matrimonio con Remedios, pero no podía olvidar que los miembros de su familia política lo habían menospreciado llamándolo "el plebeyo" o "el soldadote".

Cuando partió para Tucumán para hacerse cargo del Ejército del Norte, lo hizo algo mortificado, pues debía asumir las tareas que

Alvear desdeñaba. Le molestaba la actitud de superioridad de su rival, mientras en los corrillos sociales y políticos se recordaba que el padre de Carlos, don Diego de Alvear, había tenido un hijo con una india en las Misiones y se aseguraba que él, José de San Martín, era ese hijo natural. Se burlaban de él por su aspecto físico de mestizo y, despectivamente, lo llamaban el Indio o el Cholo de Misiones.

En Mendoza había gozado de ciertas satisfacciones y había obtenido un grupo de sólido apoyo, pero también sintió el rechazo de gran parte de la población por las contribuciones forzosas a los realistas y le habían dolido las repetidas acusaciones de déspota y ladrón.

Recordaba las incertidumbres y demoras que debió sufrir en su plan de cruzar a Chile, hasta que logró el apoyo del director Pueyrredón y la logia de Buenos Aires.

¿Y cómo olvidar los insidiosos comentarios que, al hablar sobre una supuesta relación de Remedios con dos jóvenes oficiales de su ejército, pretendían envenenarle el ambiente y enturbiar su relación conyugal?

Evocaba también sus años en Chile, cuando el gobierno de Buenos Aires le ordenó que regresara con su ejército para luchar contra las montoneras rebeldes que amenazaban a la capital desde las provincias litorales. Prefirió desobedecer estas instrucciones y partió para Lima en rebeldía, solamente con el apoyo económico de Chile y el patrocinio de la logia de Santiago.

Al abandonar su cargo de Protector del Perú, debió quedarse casi un año en Mendoza, pues tenía miedo de que, al llegar a Buenos Aires,

el gobierno de Rivadavia lo procesara por su antigua desobediencia. Aunque Remedios, tísica en la capital, le pedía que se llegara para darle el último adiós, él había sufrido la humillación de la incertidumbre y prefirió no despedirse de su esposa.

Y al llegar por fin a Buenos Aires para recoger a su hija, había sufrido el vacío que le hizo la familia Escalada, pese a lo que él había hecho por sus cuñados Manuel y Mariano y por su tío político Hilarión de la Quintana, hermano de su suegra, a quienes había dado importantes cargos en su ejército. Al fin y al cabo, las disidencias y sinsabores que él había tenido con su esposa eran cosas privadas, en las que los demás no tenían por qué meterse.

Recordaba algunas pocas horas apacibles. La vegetación de Tucumán lo había maravillado y aquellas mañanas radiantes en la galería de la estancia de La Ramada, mientras el piar de los chalchalersos y el mugido de las vacas daban música de fondo a sus cálidas charlas con Juana Rosa Gramajo de Cossio, lo habían ayudado a restablecer su ánimo. Los atardeceres de Saldán, en Córdoba, en la estanzuela de los Bulnes, con la serena contemplación de las sierras y las caminatas por la ribera del arroyo encauzado por rojizas toscas, habían contribuido a que pudiera analizar con más calma sus perspectivas.

Pero se trataba de momentos fugaces, intervalos breves en esos tumultuosos años de intensas conmociones y nutridos desencantos. Se acordó de las noches de pasión que había pasado en Lima con Rosa Campusano, una mujer valiente que lo hizo sentirse muy amado. Pero recordó también las terribles críticas que había

levantado su decisión de incluirla entre las beneficiadas con la Orden del Sol, pese a que ella tenía suficientes méritos patriotas para recibirlo. Varias veces, sus hombres de confianza le habían revelado que una de las mayores resistencias que su figura política despertaba en el Perú se debía a que se había presentado algunas veces en lugares públicos con Rosa, lo que escandalizaba a la pacata sociedad limeña.

Evocó también las delicias que le habían prodigado las dos bellas hermanas que se habían enamorado de él en Santiago de Chile, relaciones que había sabido manejar con discreción. Pero a pesar de esta delicadeza y del hecho de que no carreristas lo habían atacado con saña calificándolo de invasor, ambicioso y asesino.

Durante las largas horas de meditación en el buque, al compás de las olas del turbio Río de la Plata, el general recordaba que siempre en América habían desconfiado de él. Y en realidad, admitió, él tampoco había confiado plenamente en nadie.

"Ciertamente, se dijo, no tengo ningún motivo para quedarme aquí".

Capítulo I

Muchos lugares y ningún hogar

(¿—1792)

En la despejada meseta leonesa, en la zona de Palencia, España, está enclavado desde muy antiguo el caserío conocido como Cervatos de la Cueva. Cuenta la tradición que unos cazadores persiguieron una vez a una cierva y sus crías por el curso del río de la Cueva: la madre habría sido atrapada y muerta por sus perseguidores, pero los pequeños cervatillos lograron escapar y terminaron dando su nombre a la población naciente.

Sobre el río se habían instalado dos molinos y allí iban los pobladores a moler su trigo bajo el rumor cantarino de las aguas que, después de mover el artefacto, intentaban dar algún verdor a las pálidas márgenes.

Cultivaban también algunas viñas, que recogían sin separar la fruta verde del agraz. En pequeñas bodegas abiertas a pico en la tierra y sostenidas con bóvedas de arcilla, elaboraban un modesto y ácido vino que no alcanzaba a endulzar la rudeza y sequedad de los vecinos.

Ya en 1380, el rey don Juan había librado a Cervatos de la Cueva de pagar el tributo del portazgo, que era un peaje que se cobraba en aduana seca por el transporte de mercaderías. Los habitantes del pueblo tenían también el privilegio de nombrar dos alcaldes ordinarios que "conocieren así en casos civiles como criminales", de

modo que no podían ser juzgados ante otras autoridades que las de su aldea.

El caserío no estaba lejos del camino de Santiago, por lo que algunas veces descansaban allí peregrinos que iban o venían desde Francia u otros países hacia Compostela.

Pero a pesar de estos contactos esporádicos con viajeros del mundo, sus pobladores se mantenían sencillos y hoscos trabajadores pero suspicaces, ajenos a las influencias universales y alejados de las bellas artes. Se caracterizaban por ser buenos soldados, disciplinados y obedientes a los jefes. También eran muy religiosos, aunque a veces con prácticas litúrgicas no del todo ortodoxas: asistían a las misas de funerales con un pan en una mano y una vela en la otra y, en el ofertorio, el deudo principal solía depositar a los pies del sacerdote un jarro de vino y un plato de trigo.

A fines del siglo XVI, miembros de la familia San Martín (patronímico que aparentemente procedía del santo de Tours) habitaban ya en Cervatos de la Cueva. Allí, en 1728, nació Juan de San Martín, quien fue criado por sus padres en una casa grande con piso de tierra apisonada, con tapias y paredes de adobe y tejados a dos aguas. El horno interno de pan servía para alimentar a la familia, mientras que los "trébedes" u horneras, dispuestos en algunas habitaciones y alimentados con paja, funcionaban en invierno como losas radiantes sobre las cuales solía ponerse a los bebés para que disfrutaran de sus tibiezas. En el cuarto del carro, situado en la entrada, una cruz blanca colocada en la pared, sobre

las pesebreras de madera, servía como talismán cristiano contra las enfermedades del ganado y las tormentas de la naturaleza.

Cuando tenía 18 años de edad, Juan decidió entrar como voluntario al ejército, que era uno de los modos de escapar a la pobreza y a la rutina pueblerina. Se desempeñó en África, en Melilla y en Orán, y en los períodos de licencia solía volver a su aldea. Fue posiblemente durante esos regresos que empezó a prendarse de Gregoria Matorras, una muchacha diez años menor que él, que vivía en un pueblo vecino.

Paredes de Nava pertenecía a Castilla La Vieja y tenía el honor de haber sido la cuna del gran poeta Jorge Manrique, quien había explicado en sus famosas Coplas, que las dos mejores vías para obtener la salvación del alma en la antigua España eran el clero y la milicia:

*El vivir que es perdurable no se gana con estados
mundanales, ni con Vida deleitable
en que ignoran los pecados infernales;
mas los buenos religiosos gánanlo con oraciones y con lloros;
los caballeros famosos con trabajos, y aflicciones contra moros.*

Gregoria había nacido en Paredes de Nava y, superando las enseñanzas del vate de su ciudad, sintió que en compañía de ese militar Juan de San Martín, de pelo castaño y ojos azules, podía no sólo salvar su alma sino también conocer los deleites del amor corporal. Los jóvenes se fueron enamorando y hasta empezaron a hablar de casamiento, pero en 1764 Juan fue destinado a prestar

servicio en las Indias. El joven partió para el lejano puerto de Santa María de los Buenos Aires y la papeleta matrimonial y la convivencia se postergaron.

Tras pasar un par de años en Buenos Aires, Juan le escribió a Gregoria invitándola a viajar, para que se casaran. Un primo de la muchacha, Jerónimo Matorras, había sido designado gobernador y capitán general de la provincia de Tucumán, por lo que pensaron que Gregoria podía venir en el mismo barco a América.

Pero Juan recibió un día la orden de trasladarse hasta la banda oriental del río Uruguay, al partido de Las Vacas, para hacerse cargo de la administración de los bienes que habían pertenecido a la orden de los jesuitas, quienes habían sido expulsados. Obligado a partir de inmediato, otorgó poder a un amigo para que se casase en su nombre con la joven.

Así, el 10 de octubre de 1770, Gregoria se casaba en Buenos Aires con el ausente Juan de San Martín, quien estuvo representado por el capitán de dragones Juan Francisco de Sumalo. A los pocos días, el flamante matrimonio se instalaba en Las Vacas, donde fueron naciendo los hijos: María Elena, Manuel Tadeo y Juan Fermín.

Hasta que, a fines de 1774, el ayudante mayor de milicias Juan de San Martín fue designado teniente de gobernador de la Reducción de Nuestra Señora de los Tres Reyes Magos de Yapeyú, con jurisdicción sobre cuatro pueblos de indios guaraníes, que habían sido reducidos oportunamente por los ahora caídos en desgracia y desterrados jesuitas.

En el centro de la plaza de Yapeyú había una efigie de la Virgen María, tallada en piedra por artesanos indígenas. Cuatro cruces de madera velaban cada una de las esquinas y, sobre una de las calles circundantes se alzaban la iglesia y el colegio, que había sido la residencia de los sacerdotes. La capilla era grande, con paredes de asperón, columnas salomónicas y techos de tejas. En el interior había coloridos retablos, imágenes de santos y cabezas de ángeles aborígenes con alas doradas.

Dieciséis aposentos sobre el primer patio, y treinta sobre el segundo, formaban el contiguo colegio, integrado por la biblioteca, el archivo, la botica, las aulas de primeras letras, pintura, escultura y música, y los talleres de artesanías con sus instrumentos de trabajo. En los almacenes se guardaba la yerba mate, el algodón, las lanas tejidas por los indios y los efectos de Castilla como lienzos y otras provisiones. El gobernador tenía su vivienda y oficinas, de modo que allí se instalaron Juan, Gregoria y sus tres hijos. Disfrutaban de una huerta con naranjos, limones, higueras, manzanos y peras, además de jardines con rosas y jazmines.

En las cuarenta cuadras de edificación adyacente, edificios uniformes servían de albergue a los guaraníes, divididos entre soldados y artesanos y sujetos a una disciplina que el alejamiento de los jesuitas había venido a alterar.

Yapeyú estaba ubicada sobre la margen derecha del río Uruguay, pero su administración comprendía también San Borja, La Cruz y Santo Tomé. A la llegada de San Martín, el establecimiento comprendía dieciocho estancias y veinticinco puestos, cada uno con

su capilla y ranchos para los peones. En sus potreros y corrales había 60.000 vacas, 13.055 caballos, 8.500 ovejas, 1.900 burros, 830 mulas y unos pocos cerdos y lechones.

Los ingresos provenían del cultivo de 4.000 plantas de yerba mate, más la producción de grasa, corambre y carne, que se distribuía por tierra en carretas o por el río en embarcaciones hacia el Salto oriental u otras poblaciones ribereñas.

Encargado del gobierno y la administración, Juan viajaba regularmente a los pueblos bajo su mando y debió sofocar por la fuerza varias rebeliones de indios minuanes e invasiones de portugueses.

En esos años en Yapeyú (denominación indígena que quiere decir el "fruto que ha llegado en su hora") la familia San Martín siguió ampliándose. Primero nació Justo Rufino y después, el 25 de febrero de 1778, llegó otro varoncito, que fue bautizado como Francisco José, quinto y último hijo del matrimonio.

Como si se hubiera mimetizado con ese ambiente indígena y subtropical, de sol ardiente y vegetación lujuriosa, el flamante bebé Francisco José tenía la piel y el cabello muy morenos y la naricita con rasgos aguileños.

El mismo año del nacimiento de Francisco José, durante un incidente ocurrido en la vaquería, murieron siete indígenas y se perdió una parte importante del ganado. Juan responsabilizó del episodio al alcalde indio y lo puso en el cepo. Pero esto irritó a los aborígenes, que se consideraron vulnerados en la cabeza de su cacique, y se produjo una rebelión que duró varios días. El motín

fue sofocado a través de negociaciones, pero el fiscal del virreinato tomó intervención y, al cabo de tres meses de inquietudes en la familia San Martín, emitió un dictamen en el que solicitaba la destitución del teniente de gobernador por no haber respetado los fueros de los naturales.

La zozobra aumentó durante los meses posteriores, hasta que el virrey Vértiz resolvió sobreseer en la causa, incitó a los indígenas a la subordinación y exhortó a San Martín a "guardar los fueros y privilegios que les correspondan a los caciques".

Poco duró el alivio: a los pocos días, Juan fue sustituido en su cargo de teniente de gobernador y trasladado a Buenos Aires para ser incorporado como habilitado en el batallón de Voluntarios Españoles.

Llegados a Buenos Aires, Juan compró dos propiedades: una casa pequeña en el barrio de Montserrat y otra grande en la calle de San Juan, donde se instaló la familia.

Con tres años cumplidos, el pequeño Francisco José (cuyo nombre de bautismo había sido ya invertido por el uso familiar) jugaba con sus hermanos y vecinos en el patio de esa vivienda porteña de ventanas enrejadas, paredes de ladrillo cocido y techo de tejas.

Su padre, mientras tanto, procuraba volver a un puesto de relevancia y solicitaba ser designado en Montevideo, pero sin resultado positivo.

Dos años después, el capitán San Martín era nuevamente relevado y partía con su esposa e hijos hacia España en la fragata *Santa*

Balbina, que llevaba también a otros oficiales considerados excedentes de los cuadros en el Río de la Plata.

En el océano majestuoso e inquietante, apenas cumplidos los seis años, José Francisco viajaba hacia su tercer lugar de residencia y veía a su padre taciturno, hosco, descontento.

Desembarcaron en Cádiz y desde allí marcharon hasta Madrid. Durante más de un año y medio, el capitán realizó gestiones tendientes a obtener una nueva gobernación en América, pero también esta vez fueron infructuosas. Ante la alternativa de ser asignado a un regimiento, prefirió ser destinado a la plaza de Málaga, agregado como ayudante súpernumerario y con sueldo de retirado. "A los 57 años de edad y con 39 de servicio en destinos penosos y de muchas fatigas —explicó— no podría seguir como capitán las marchas de un regimiento, pues mi familia padecería congojas y no podría atenderla ni darle educación a mis cinco hijos"

Enclavada sobre una radiante bahía del Mediterráneo, Málaga extendía sus blancas viviendas, coronadas por tejados rojizos, hacia una alta colina dominada por el castillo de Gibralfaro, antigua fortaleza musulmana a la que se ascendía por un sendero amurallado y desde la cual podía divisarse la sinuosa costa de África. El puerto tenía un intenso tráfico mercantil, integrado por piezas de alfarería, metales, vinos apreciados, azúcar y exquisitas naranjas. Una población activa, con alto promedio de árabes y beréberes, circulaba por sus calles tortuosas y estrechas, a veces alteradas por sólidas construcciones. Sobre la morisca puerta de las

Aterazanas, la inscripción "Sólo Dios es vencedor" parecía mezclar un precepto religioso con una competencia bélica.

Sobre la calle de Pozos Dulces, próxima a la puerta de Antequera, Juan alquiló una casa por dos reales diarios y allí se instaló con su familia.

José Francisco fue anotado en el Colegio de las Temporalidades, que funcionaba en el disuelto colegio de los jesuitas, a unos trescientos metros de su vivienda. Concurría a la mañana y a la tarde y recibía clases de lectura y aritmética, catecismo y latín. En los días escolares, en los juegos con los compañeros, llegó a veces a sentirse distinto por el lugar en que había nacido: los camaradas lo calificaban de "indiano" y, mofándose de su tez oscura, llegaban a veces a calificarlo de "indio", lo que lo llevaba a dudar sobre si su verdadera madre o padre no habría sido en realidad un indígena de las misiones. La ortografía y el latín no lo atraían y, en cambio, le encantaba ir a ver el mar desde el paseo de la Alameda y contemplar los barcos meciéndose en el puerto.

Aun en pleno invierno, el sol malagueño iluminaba a pleno la bahía y José se henchía de vitalidad y alegría. Al volver a casa, sin embargo, encontraba un ambiente sombrío, como si la oscuridad de las paredes interiores reflejase el desaliento de su padre. Ante el silencio castellano de Gregoria, Juan parecía un hombre vencido, agobiado por la frustración de no haber podido conseguir una nueva gobernación en las Indias.

A José le parecía percibir que su padre se acusaba a sí mismo de ser un fracasado, alguien que había utilizado el dinero y las

relaciones de su esposa para hacer una buena carrera y que, a pesar de ello, no había podido triunfar. "Hay mucho aire afuera", se decía a veces a sí mismo el muchacho, sin entender del todo el sentido de la frase que utilizaban los constructores para explicar por qué hacían las ventanas tan pequeñas.

Acaso como una forma de salir al mundo, y huir de las clases de latín en las que su maestro lo torturaba con una frase sobre un niño y su trompo que nunca lograba entender ni escribir bien, José quiso seguir la carrera militar, la misma de su padre y sus hermanos mayores. Acababa de cumplir los once años cuando su padre logró su admisión como cadete en el Regimiento de Murcia, a cuyo efecto se obligó a asistirlo con seis reales por día para cubrir su "alimento y decencia".

Aunque los reglamentos prescribían que la edad mínima para el ingreso eran los doce años, don Juan logró que el jefe del Regimiento certificara falsamente que su hijo tenía "todas las calidades requeridas", lo que implicaba también acreditar que pertenecía a una familia de cristianos viejos sin mezcla de sangre con moros o judíos.

El Murcia tenía su asiento en la misma ciudad de Málaga y José sintió la emoción de todo comienzo al vestir en su primer día el uniforme blanco, con cuello y botamangas azules y sombrero negro de tres picos, el cabello blanqueado con sebo y terminado en coleta con moño negro. Su padre y sus hermanos le habían advertido sobre los rigores de las enseñanzas iniciales, de tal modo que sobrellevó dignamente las primeras jornadas de instrucción.

A los cadetes se los hacía madrugar y se los acostumbraba al ejercicio físico hasta llegar a la fatiga, de tal modo que a la noche no tuvieran ánimo de volcarse a "los excesos que ridiculizan a la juventud, la afeminan y trastornan el modo sólido de pensar", como decían las Ordenanzas de Carlos III que estaban obligados a estudiar. Debían vestir con aseo y aprender las tareas de un oficial, como recibir rondas, prodigar honores, armar los regimientos y celebrar consejos de guerra sobre deserciones o insubordinaciones. Avanzados en estos quehaceres, se les enseñaba aritmética, geometría y armado de fortificaciones.

Poco a poco, José fue aprendiendo a ser disciplinado, obediente, sufrido y callado, a ocultar sus sentimientos íntimos y a desconfiar en general de la gente que lo rodeaba.

Estaba contento por haberse librado del latín, pero no había podido escapar al menosprecio de algunos camaradas, que a hurtadillas lo calificaban de "indiano" o, con mayor maldad, directamente de "indio" y se burlaban de sus rasgos y del color de su piel.

Después de dos años de instrucción, el joven marchó con su destacamento en barco hacia Melilla, una plaza fortificada sobre el Mediterráneo, en el África, en la zona de Marruecos. España poseía ese lugar desde hacía dos siglos, pero los moros habían intentado reconquistarlo varias veces. El objetivo del viaje del batallón era posibilitar a los cadetes una aplicación práctica de lo que hasta el momento habían aprendido en la teoría.

Alojado en el propio fuerte, José recordó que allí también había estado destinado su padre en sus primeros años militares y eso le

brindó cierta seguridad. Durante siete semanas practicó con sus camaradas el uso y la limpieza de las armas y se familiarizó con el recinto amurallado, en el cual aprendieron a abrir y cerrar puertas y barreras, operar puentes levadizos y efectuar reconocimientos de rondas o patrullas, además de vislumbrar una posible actuación frente al enemigo potencial, en este caso los árabes.

En los días de descanso, el adolescente paseaba por los alrededores de la ciudadela y se cruzaba con los llamados "moros de paz", envueltos en albornoces. Aunque por su denominación parecía tratarse de gente inofensiva, se les enseñaba a desconfiar de todos los nativos y al muchacho le parecía que lo miraban torvamente. Luego, al cumplir las labores de centinela por los baluartes almenados, le parecía divisar esas mismas figuras escondiéndose detrás de los peñascos o barrancos, prontos para atacar la Alcazaba.

Al regresar a Málaga en el barco, se sentía más maduro y el mar Mediterráneo volvía a fascinarlo con su majestuoso azul, encendido por un sol optimista. Se alegró al reencontrarse con sus padres, pero los interiores oscuros de su casa de la calle de Pozos Dulces le recordaron que su hogar estaba ya en el cuartel, junto a sus jefes y camaradas del regimiento.

A las pocas semanas, el segundo batallón del Murcia debió partir nuevamente a África. Un incidente había roto las frágiles negociaciones entre árabes y españoles tendientes a la restitución de las plazas argelinas y el bey de Máscara, Mohamet Ben Osmán, había dado órdenes a sus harcas para que sitiaran y se apoderaran

de los fuertes de Orán, aun al precio de sus propias vidas. Entre los regimientos que fueron enviados por las cortes para reforzar a los defensores hispánicos se contaba el integrado por el jovencito San Martín.

El cadete de trece años cruzó alegre el Mediterráneo, aunque también bastante inquieto. Ahora ya no viajaba para practicar ejercicios, sino posiblemente para entrar en combate. Al llegar al puerto de Orán, contempló unas sólidas mesetas cortadas en vetas irregulares de piedra caliza y arcillas rojizas, en coloridos contrastes. Pronunciadas cuevas unían las elevadas terrazas, sobre las cuales se asentaban importantes edificios, muchos de ellos derrumbados por un reciente terremoto. En la falda de la imponente cordillera denominada Karguenta, una irregular muralla con torreones intentaba defender el castillo de Rosalcázar y lo unía con el de San Andrés, protegidos ambos por los arroyos y la bahía.

El batallón fue alojado en un barracón improvisado en los patios del Castillo de San Felipe y, en su segundo día de estadía, se les dio la orden de prepararse para el combate.

A las diez y media de la noche, la compañía de granaderos que integraba José fue formada en el patio. Nervioso pero ávido de entrar en acción, el cadete escuchó con atención las instrucciones de su jefe. Debían apostarse en la zona exterior de las murallas para formar una cortina de protección a los minadores, quienes debían segar un pozo abierto por los moros a unos quinientos metros de distancia. Estos fosos eran extremadamente peligrosos, pues por

ellos el enemigo se acercaba a las obras de defensa y producía sangrientos golpes de mano.

A la una de la madrugada se dio la orden de salida y José, enarbolando un fusil con bayoneta, sintió que su corazón le golpeaba rítmicamente el pecho al compás de su paso sigiloso. Durante una hora que le pareció tremendamente intensa, cubrieron a los soldados segadores con esporádicas descargas hacia el campo de los árabes. Regresaron a las dos y el superior les comunicó que el objetivo se había cumplido. Al disponerse el descanso, el cadete se tiró sobre su litera agotado pero feliz. Había recibido su bautismo de fuego y se acordó de las historias de su padre y pensó que éste estaría orgulloso con su comportamiento. Se durmió casi al amanecer, con el entusiasmo de derrotar a los moros y conservar para España esa plaza de Orán.

A los pocos días, el batallón fue trasladado al castillo de Rosalcázar, la más importante obra defensiva del lugar. Los 360 hombres se ubicaron en una gran cuadra en el almacén de pólvora Santa Ana y, durante un mes fragoroso y tenso, debieron defender las troneras de ese sector, atacadas por artillería. Una débil empalizada unía este punto con el fuerte de Santa Teresa y los soldados debieron reforzarla con una estacada de roble. Durante esas agitadas y calientes jornadas, debieron resistir con fusilería los ataques de los árabes mientras alternativamente construían la cerca de 150 metros.

La situación se hacía muy difícil en la plaza y llegaban rumores al batallón de que se estaban gestando conversaciones tendientes a un armisticio.

Una mañana de mucho calor en que se encontraba de centinela, José vio venir hacia la línea del castillo a cuatro moros, uno de los cuales traía una bandera de parlamento. Se detuvieron en el camino del barranco de las Huertas y hacia allí salió poco después el hijo y edecán del general en jefe español, acompañado por una escolta y un intérprete. Los cuatro alcaldes del bey de Máscara entregaron unos pliegos al oficial hispánico, quien regresó a la fortaleza a informar a su padre y superior, el general Juan de Courten.

A los pocos instantes, llegaba la orden general de que no se hiciese fuego a los moros fronterizos. Después del mediodía, el edecán volvía al lugar de las conversaciones y comunicaba la aceptación de las condiciones para iniciar una tregua de una quincena. En ese plazo, las partes mantendrían conversaciones de paz en la ciudad de Argel. Los soldados y oficiales del Murcia recibieron la noticia con gran alivio.

Los quince días se extendieron a varios meses y las noticias sobre las negociaciones de Argel que llegaban hasta el batallón de José eran más bien difusas. Se decía que el representante del rey Carlos IV estaba a punto de entregar las plazas africanas al pachá de Argel y que la demora obedecía a ciertas discusiones finales sobre las condiciones de la capitulación.

La situación en Orán, y particularmente en el castillo de Rosalcázar, se había distendido notablemente, pues los moros del bey de

Máscara habían abandonado las posiciones de cerco y destruido sus baterías. Pero los oficiales españoles, después del respiro inicial, no estaban conformes con la idea de rendir las fortificaciones por las que tanto habían luchado. En las charlas informales, se recordaba que ya la reina Isabel la Católica había recomendado no cejar en las empresas de África y que los sucesivos monarcas habían continuado la política de defenderse contra el turco y ser el valladar de la cristiandad.

Finalmente, llegó la confirmación de los rumores: debido al alto costo que implicaba para la corona española la conservación de estos dominios, y en prevención de las alternativas que podría deparar a España la reciente revolución en Francia, se abandonaba la plaza de Orán. Los moros garantizarían a España el mantenimiento de su comercio y la seguridad personal y financiera de los súbditos que quisieran permanecer en la zona.

Aunque desalentados por la noticia, los soldados españoles comenzaron a ejecutar las instrucciones de destruir las obras de refuerzo de las fortificaciones, mientras la población civil se preparaba para la evacuación. Los últimos en abandonar el área iban a ser los militares y se fijó como puerto de embarque Mazalquivir, a unos cinco kilómetros de allí.

En la madrugada del 27 de abril de 1792, las tropas hispánicas iniciaron la retirada de los castillos de Orán, que España había ocupado desde 1509. José marchaba con su regimiento, que fue el último en partir desde el fuerte. El silencio era impresionante y los hombres caminaban con el rostro taciturno. Cuando los últimos

soldados doblaban definitivamente el camino de la Punta de la Mona, el joven cadete miró hacia atrás y notó que los primeros rayos del sol se reflejaban sobre la bahía e iluminaban desde abajo el castillo de Rosalcázar.

Al llegar a Mazalquivir embarcaron directamente en el navío paradójicamente llamado *El Conquistador*, pero una imprevista tormenta los obligó a suspender la partida. Desde el buque, pudieron escuchar las salvas de los cañones y los gritos de alegría de la multitud que celebraba el ingreso a Orán del bey de Máscara, quien regiamente vestido y con caballo enjaezado avanzaba por la puerta de Canastel precedido por un imán que recitaba los versículos del Corán.

En el Rosalcázar, un artesano terminaba de grabar en mármol una encendida frase:

Alá es el único.

Él devolvió Orán

a los musulmanes e hizo salir

humillados y abatidos a los infieles

A la mañana siguiente *El Conquistador* y otros veinte barcos, conduciendo unas siete mil personas, hinchaban sus velas y rumboaban hacia la península. Desde el puente, José pensó que en Málaga iba a ver pronto otra vez a sus padres y una tenue sonrisa le aflojó su semblante moreno y aniñado.

Capítulo II

Derrotas en el mar y fracasos en la montaña (1792—1801)

La Revolución Francesa se radicalizaba cada vez más y las noticias que llegaban a España preocupaban a la corte y causaban discusiones en los ambientes políticos y culturales. La oficialidad militar se contaba entre los sectores ilustrados y en el regimiento de Murcia, en Málaga, los sucesos de Francia se comentaban con frecuencia. Los grupos progresistas y muchos militares habían mirado con simpatía los principios de libertad, igualdad y fraternidad que se habían implantado en el país galo y trataban de expandirse sobre Europa, pero el rey Carlos IV se inquietaba por el destino de su pariente Borbón, Luis' XVI, y los conservadores se horrorizaban por el terror represivo que se había iniciado en París y que había costado ya la vida de casi dos mil monarquistas.

En los momentos de descanso, José y los otros cadetes asistían a las conversaciones de los oficiales subalternos y seguían con interés los argumentos de unos y otros. Cuando se supo que se había implantado un tribunal popular, se había decretado el divorcio y la prohibición de ceremonias religiosas, las discusiones arreciaron.

Prusia había invadido Francia y la guerra se había declarado. España estaba en tensión y el rey, que ya había intentado detener el ingreso de propaganda escrita o de agentes revolucionarios, resolvió prepararse para la confrontación enviando tres ejércitos a la frontera: uno marchó al norte de los Pirineos, en Navarra; el otro al centro, en Aragón; y el tercero al sur, en Cataluña.

Al llegar las listas de los ascensos, José quedó paralizado: el coronel postergaba su promoción y la de otros cuatro compañeros en razón de "escandalosas conductas, total inaplicación y vicios indecorosos". Con quince años de edad, pensó que habría sido descubierto durante lo que llamaban "vicios solitarios", se sintió culpable y tuvo miedo de que la acusación llegara hasta su padre.

Cuando la Convención francesa abolió la monarquía y estableció la república, el regimiento de Murcia recibió la orden de partir a Aragón para incorporarse al ejército del centro. El adolescente, que desde hacía semanas vivía angustiado por la posibilidad de que su padre se enterara de lo que sentía como una falta, se despidió de sus progenitores e inició la marcha con el segundo batallón. Conforme se acercaban a las estribaciones de los Pirineos, la vegetación aumentaba su riqueza. Al cabo de jornadas en que el camino se presentaba cada vez más sinuoso y húmedo, arribaron a Panticosa.

Allí recibió una grata sorpresa: su comandante había desechado la calificación sugerida por el coronel, había informado que San Martín había actuado con serenidad y valor en Orán, y lo había incluido entre los ascendidos.

José sintió un profundo alivio. Supuso que su padre había movido influencias para lograr su ascenso y se preguntó si le habrían llegado las versiones sobre sus infracciones íntimas.

De todos modos, se sintió orgulloso de contarse ya propiamente en el cuerpo de oficiales y tuvo deseos de entrar de lleno en su segunda campaña.

Ya en pleno verano, siguieron viaje hasta Seo de Urgell, al sur del valle de Andorra. Era una aldea de mucho encanto y se instalaron en un barracón de las afueras, con la perspectiva de quedarse allí por algún tiempo.

La parte central de los Pirineos, a cuyo pie se hallaba el Murcia, es la más elevada, abrupta y estéril de la cadena montañosa, con pasos muy difíciles cuando no inaccesibles. Los oficiales pensaban, entonces, que una posible invasión de tropas francesas habría de producirse siempre en el norte o en el sur, sobre las costas cantábricas o mediterráneas, y que la misión del ejército de Aragón que ahora integraban debía consistir simplemente en observar la frontera y servir de apoyo a los otros dos.

Los meses transcurrían en calma, pero el frío se hacía cada vez más intenso y hasta empezaron a añorar el calor de Argel. Se encontraban en cuarteles de invierno y hacían gimnasia y ejercicios tácticos, para conservar el espíritu y la disciplina. José se sentía cómodo en esa vida comunitaria y trataba de ser exacto en el servicio y subordinado con sus superiores. Aunque a veces las condiciones eran rigurosas y algunos jefes demasiado duros, el espíritu de cuerpo le brindaba una camaradería que hacía que casi no extrañara su casa de Málaga, teñida en el recuerdo por el desaliento de su padre. Hasta para peinarse, luego de la diana, la institución le brindaba a cada cadete un "camarada de peine": después de aplicarse en el cabello la harina que blanqueaba y el sebo fijador, los jóvenes, utilizando un tubo de latón, se armaban

recíprocamente la trenza llamada "coleta" y los bucles que debían acomodarse detrás de cada oreja.

En los ratos libres, José se entretenía ensayando temas andaluces con una guitarra, cuyos secretos empezaba a conocer y disfrutar.

Una noticia desde París vino a conmoverlos: la Convención había condenado a muerte a Luis XVI y el monarca había sido guillotinado. A los pocos días, España y Francia entraban en guerra y el ejército de Cataluña, al mando del general Ricardos, ingresaba a la zona del Rousillon y ocupaba Arles.

El segundo batallón del Murcia se aprontó para apoyar desde la retaguardia a las tropas invasoras, pero la orden no llegaba.

El otoño había empezado, cuando iniciaron la marcha hacia territorio francés, para reforzar desde la izquierda (en sentido geográfico y no político) a los regimientos ocupantes. El terreno era escabroso y en algunas aldeas encontraron resistencias, pero fueron fácilmente batidas por la vanguardia. En Tour de Battere y Croix de Fer fuerzas francesas quisieron conservar los sitios con apoyo de fusilería, pero la actuación del Murcia los desalojó. De ese modo pudieron llegar hasta las inmediaciones del campo atrincherado de Boulou, que era el objetivo fijado por la comandancia general.

Ganados por el entusiasmo, se encontraron con otros batallones y con tropas portuguesas, que venían a sumarse a la lucha contra los franceses republicanos.

El general Ricardos tenía planeado un ataque general conjunto contra las líneas enemigas, pero una intensa lluvia los inmovilizó. Las tormentas no cesaron durante seis días y los ríos crecían y

desbordaban sobre los campamentos. Soldados y oficiales tenían inundadas las tiendas y la calamidad no respetaba jerarquías y unificaba a los combatientes. Ateridos por la inmovilidad, José y sus camaradas sólo podían comer galletas en su carpa mientras esperaban el fin del temporal.

Cuando volvió el buen tiempo se ordenaron operaciones nocturnas para desalojar baterías francesas y José participó en algunas de ellas. Resultaron exitosas, aunque el Murcia tuvo dos soldados muertos y un teniente herido.

Las columnas reunidas avanzaron en procura de tomar las poblaciones mediterráneas de Port Vendres y Collioure, lo que significaría poseer el control del macizo costero que era la llave de entrada hacia Francia por el sur. Los defensores de Port Vendres se resistían con cañones y fusiles, pero terminaron sucumbiendo y la mayoría de los soldados huyó hacia Collioure. En esta villa de callejuelas irregulares la consternación y el temor eran generales y muchos pobladores civiles escapaban hacia los campos, mientras la plaza cerraba sus puertas y solamente quedaba una dotación militar para defenderla. Al anochecer el brigadier español ordenó a dos batallones que se aproximaran a las murallas con antorchas encendidas e intimó la rendición, bajo pena de entregar la ciudad al furor de las tropas y reducirla a cenizas. El general francés entregó la plaza sin luchar y un tiempo después la Convención lo castigó decapitándolo en la guillotina.

El año nuevo encontró al ejército español victorioso en Collioure y la alegría era intensa. San Martín contempló orgulloso en una revista

al general Ricardos, quien recorrió los puestos ganados e indicó los lugares en que los batallones deberían pasar nuevamente a cuarteles de invierno. Durante esos meses de frío, en las charlas de los oficiales se comentaba que el propio Ricardos simpatizaba políticamente con los revolucionarios franceses, pese a su papel de jefe enemigo. En los días en que José cumplía dieciséis años, llegó la noticia de que Ricardos había muerto en Madrid por una súbita enfermedad. El joven oficial quedó muy impresionado y se interesó en conocer más sobre las ideas que sustentaban los republicanos, cuyos principios de libertad, igualdad y fraternidad comenzaban a seducirlo.

Algunos oficiales españoles habían empezado a gozar de los favores de ciertas mujeres francesas, quienes tenían fama de buenas amantes, y el jovencito San Martín quiso también hacer sus primeras armas en estos terrenos. La torpeza de los primeros ardores lo dejó un poco frustrado, cuando llegó la alarma sobre una fuerte contraofensiva enemiga. Los galos habían reconquistado Boulou y desde allí iniciaron un demoledor ataque sobre Port Vendres y Collioure. Como había ocurrido dos años antes en Argel, José y sus compañeros se defendían denodadamente con fusiles y artillería desde adentro del fuerte. A las dos semanas del sitio, San Martín integró una partida que salió de noche y quiso llegar hasta el castillo de Saint Elme (San Telmo), pero los franceses los interceptaron y los obligaron a volver a balazos. Aunque pudo salvar la vida, se sintió humillado por el fracaso.

Al cumplirse otra semana de asedio, el jefe español comunicó a sus oficiales que había dispuesto la evacuación del lugar en una flota que estaba a punto de arribar. Pero los barcos no llegaban y la situación era insostenible, de modo que el comandante decidió capitular y entregar la plaza. Se estipuló que la guarnición hispánica saldría con todos los honores a su país, para ser canjeada por otro número igual de prisioneros, ninguno de los cuales podría volver a participar de la guerra. Con la amargura de la derrota y la vergüenza de la rendición, el Murcia y los otros regimientos abandonaron el otrora amable Collioure y tomaron la ruta de regreso a Barcelona, donde iniciarían su internación.

La temperatura era benigna y los efectivos marchaban de nuevo por los caminos de montaña, sembrados de castaños que ensombrecían las bifurcaciones. Apesadumbrado, José se acordaba de su padre y pensaba que él tampoco podría llegar a triunfar en la cambiante carrera de las armas.

* * * *

Los meses de internación eran apacibles y prolongados, siempre al borde del aburrimiento. En las ruedas de los oficiales inactivos, los sucesos de Francia eran permanente motivo de conversación y a José le gustaba intervenir en ellas.

Bajo la figura dominante de Maximiliano Robespierre, un abogado lector de Rousseau a quien por su vida austera llamaban el Incorruptible, el terror había aumentado y los derechos del ciudadano (motivo de la revolución) no se respetaban. Había ochocientos mil presos políticos y las sentencias podían tener

solamente dos veredictos: la absolución o la muerte. Robespierre había hecho ejecutar a Danton, pero luego su propia cabeza cayó también bajo la guillotina.

Se cerraban iglesias y se intentaba establecer una religión republicana que celebrara la Razón y la Virtud. En lo militar, los avances provocaban admiración: con las levadas forzadas se había formado un ejército de 800.000 hombres y se obtenían victorias en todos los frentes. Una nueva generación de jóvenes oficiales partidarios de la república se afirmaba: Hoche, Jourdan, Moreau. Gracias a un sorprendente plan de ataque de un desconocido capitán Bonaparte, las tropas de la Convención habían retomado Marsella, Burdeos, Lyon y Tolón.

Al cabo de un año de forzosa inactividad, José fue ascendido a segundo teniente. Poco después, Francia y España firmaban la paz en Basilea y los oficiales del Murcia se reintegraban a su guarnición. El gestor del tratado de paz con Francia había sido el ministro Manuel Godoy, joven amante de la reina María Luisa y el hombre fuerte en la Corte del rey Carlos IV, débil como gobernante y cornudo como marido. Godoy —a quien se le otorgó el pomposo título de Príncipe de la Paz— siguió presionando a los monarcas y a las cortes en favor de un acercamiento con Francia y logró que se firmara el acuerdo de San Ildefonso, por el cual la península se comprometía a apoyar a los revolucionarios franceses en contra de Inglaterra. Carlos IV justificó esta alianza afirmando que Gran Bretaña no había sido durante la reciente guerra un buen aliado y que, además, había alentado el espíritu separatista en las

posesiones españolas en América. Los ingleses se consideraron traicionados y la guerra se declaró de inmediato.

En esos primeros días de movilizaciones y traslados, el joven oficial de dieciocho años recibió una triste noticia: su padre había muerto en Málaga, vencido por los temblores del mal perlático y el peso de la frustración. Aunque su hogar estaba ya más en el regimiento y en las campañas, que en la casa de sus mayores, José sintió que un profundo dolor le atenazaba el alma y lo llevaba a una infancia con un hombre de uniforme y escritorio que, con dureza y disciplina, le brindaba ejemplos y enseñanzas mechados con algunos destellos de ternura. La angustia de una despedida sin imágenes y sin palabras le impedía una eclosión de sus sentimientos de desolación, por lo que al cabo de algunos días decidió visitar el burdel y sus desahogos varoniles culminaron en sollozos de pasión y abandono.

* * * *

La orientación tomada por la política de Manuel Godoy causaba desconcierto y desazón. El rey había concertado una alianza con los revolucionarios que habían guillotinado a su pariente borbónico y, para colmo, se trataba de una unión humillante, que subordinaba a España en favor de la Francia republicana. La corona española debía contribuir con su flota, a los franceses, para que éstos pudieran enfrentar el poderío marítimo de Inglaterra. Como el escenario bélico iba a ser el de los mares, los soldados y oficiales de uno de los batallones del regimiento de infantería de Murcia fueron embarcados en la fragata Santa, Dorotea. Con ellos iba el segundo

teniente San Martín, quien ahora debía prepararse con sus camaradas para los abordajes y los desembarcos.

El día en que José cumplía veinte años, la *Santa Dorotea*. — desplazando 614 toneladas y con 42 cañones—partió desde el puerto de Cartagena hacia Mahón, en las islas Baleares, adonde llevaba metálico de la tesorería real y acompañaba a un buque mercante. La nave integraba una división con otras tres fragatas similares —las *Santa Casilda*, *Proserpina*— y *Pomona* y el derrotero no tuvo sobresaltos.

El mar provocaba una extraña fascinación en José. Entre sus difusos recuerdos infantiles se contaba la visión de un verde océano tormentoso y a veces amenazador en su viaje desde Buenos Aires, aunque no podía precisar bien si se trataba de su propia experiencia o de las narraciones de su padre y de su madre sobre una travesía triste y desesperanzada. El radiante mar Mediterráneo de sus días de la niñez en Málaga, en cambio, con azules deslumbrantes y vitales, le hacía evocar las jornadas de ilusión y de alegría. Hasta las bahías de Orán, con mesetas áridas pero bellas, y las de Collioure, con montañas verdes y ralas enmarcando pueblos encantadores, le traían a su espíritu ráfagas de serenidad y optimismo, que se imponían a los sinsabores de las derrotas.

Desde las Baleares marcharon hacia Tolón, en la costa francesa, donde debían embarcar 400 quintales de pólvora. La primavera había llegado y las fascinantes franjas púrpuras de los atardeceres sobre el Mediterráneo se alargaban, para regocijo del joven oficial. Al entrar a Tolón encontraron fondeada a una escuadra de la

República Francesa compuesta de quince navíos, en los cuales se estaba embarcando a un ejército de veinte mil hombres comandados por el general Napoleón Bonaparte.

Como los vientos contrarios impedían el ingreso a puerto de las fragatas españolas, Bonaparte tuvo la gentileza de enviar un bergantín al jefe de la división hispánica, el capitán Félix O'Neulle, para darle la bienvenida e invitarlo a transbordar. Cuando las naves pudieron aportar, O'Neulle honró con salvas de artillería al buque insignia de Napoleón, el Oriente, y luego fue a saludarlo personalmente.

Bonaparte se mostró sumamente cortés: le preguntó si quería acoplar sus fragatas a la flota francesa, para asegurar la navegación, y se lamentó de que su inminente embarque le impidiese agasajar a los oficiales españoles como lo deseaba.

El general francés saludó individualmente a los oficiales hispánicos. Al acercarse a San Martín, tomó un botón de su casaca, leyó el nombre del Murcia y luego lo miró fijamente a los ojos, con gesto de reconocimiento. El segundo teniente respondió a la mirada con satisfacción.

Las fragatas españolas partieron hacia Argel y llegaron a la bahía africana con mucho calor. La visión desde el puerto era radiante, pero José recordó que las negociaciones que habían ocurrido en esa ciudad habían determinado la triste retirada de su regimiento desde Orán.

Regresaban a la península cuando una mañana de domingo, a la hora en que el sol parecía calcinar a los que estaban en cubierta,

recibieron desde la *Pomona* la orden de enfrentar a un navío avistado. En esas circunstancias la *Santa Dorotea* se desarboló del mastelero del velacho y del juanete mayor, lo que sembró preocupación en toda la tripulación y José compartió.

Al acercarse el barco adversario —el *Llora* de bandera inglesa— advirtieron que tenía 64 cañones y que se trataba de un enemigo peligroso, lo que acentuó la alarma en todos los espíritus. Las cuatro fragatas se alinearon y la *Santa Dorotea* fue flanqueada por dos compañeras con el objeto de protegerla, dada su escasa maniobrabilidad.

José marchó serio hacia el puesto de combate y preparó a sus soldados. Desde allí observó que la estrategia de O'Neyle era colocar al *Llorr* entre dos fuegos, pero el navío inglés logró colocarse a sotavento de la *Santa Dorotea* y lanzó su artillería contra ellos.

Un estruendo lo sacudió y vio caer cerca de él, con el estómago desgarrado por los astillazos, a un camarada del Murcia. La *Santa Dorotea* respondió el ataque con sus cañones y el humo empezó a cegarlos y el ruido a ensordecerlos. El buque se balanceaba con los impactos y advirtió que la *Santa Casilda*, que había estado apoyándolos desde la popa, se unía a la *Proserpina* y la *Pomona*, mientras ellos se quedaban solos combatiendo en inferioridad de condiciones contra el poderoso navío británico.

El calor aumentaba junto con la angustia y los ayes de los heridos se acallaban solamente por los nuevos impactos, que hacían crujir la embarcación e inclinaban el velamen de un lado a otro. Al cabo de dos horas que le parecieron siglos, recibiendo la fuerte artillería y

con riesgo de naufragio, pudo ver que las tres fragatas españolas hacían la vela hacia el norte, posiblemente al considerar el jefe de la división que los auxilios eran imposibles. Poco después, teniendo en cuenta las graves averías, la inferioridad de armamento y las bajas producidas, el capitán Manuel Guerrero rendía su barco a los ingleses. José sintió que el silencio y la estabilidad del buque aliviaban su ánimo, más allá de la vergüenza por la derrota y la incertidumbre por el futuro. Mientras el *Lion* se acercaba triunfante pudieron atender a las víctimas y comprobaron que tenían 20 muertos y 32 heridos, entre ellos el propio comandante con leves contusiones.

Los oficiales británicos tomaron posesión del barco y se firmó un acta con los nombres de los prisioneros, quienes fueron bien tratados. También se brindó buena atención a los heridos y al día siguiente el *Lion* reinició su marcha, llevando a remolque a la *Santa Dorotea*.

José y los otros oficiales navegaban pesarosos, mientras algunos hombres trataban de arbolar nuevamente el mastelero. Al sexto día se cruzaron con un bergantín que se dirigía a Barcelona y el capitán inglés les entregó a los oficiales españoles y a 50 tripulantes prisioneros, con provisiones para 15 días, con encargo de llevarlos hasta destino. El capitán del bergantín, sin embargo, estimó que el pasaje que se le había impuesto era excesivo y resolvió entrar al puerto de Mahón, donde desembarcó a una buena parte, entre ellos a San Martín y al atribulado comandante vencido. Allí, Guerrero consiguió un navío que los llevara a su apostadero. Esta vez la

navegación fue calma y los prisioneros desembarcaron en Cartagena, donde quedaron otra vez internados bajo palabra de no tomar las armas contra los ingleses mientras durase la guerra.

* * * *

Aunque el capitán de la *Santa Dorotea* recibió la aprobación del rey por su desempeño y el de sus oficiales, los hombres del Murcia quedaron abatidos con la nueva derrota. Otra vez reintegrado a su guarnición en Málaga pero inactivo, el segundo teniente San Martín se dedicó por una larga temporada a estudiar matemáticas y a pintar con caballete y pincel escenas de la vida marina. Aunque la experiencia de la guerra anfibia le había resultado desastrosa, le gustaba recrear con los colores los encantos de los golfos claros y los románticos crepúsculos en las bahías, acaso para recuperar la serenidad y olvidarse de los contrastes en su carrera. En la casa de su madre, cuando iba a visitarla, trataba de recuperar la memoria de su padre y le pedía a Gregoria que le contara sobre las campañas militares de don Juan, pero ella solamente lo había acompañado en los tiempos de las antiguas misiones jesuíticas en América, cuando partía por algunas semanas a combatir a los indios charrúas o minuanes o a pequeñas incursiones portuguesas y poco podía decirle de sus actuaciones anteriores. Cuando ella veía tan desalentado a su hijo trataba de animarlo, pero muchas veces José la interrumpía con impaciencia:

—Calle madre, que a mí me ha tocao siempre perder. ¡En Orán, en Colliure nos han fregao...!

* * * *

En Francia la revolución entraba en reflujó y un general afortunado, Napoleón Bonaparte, que a los veintiocho años había provocado admiración por sus campañas en Italia y luego en Egipto, tomaba el poder como primer cónsul luego de un golpe de Estado ocurrido el 18 brumario. España continuaba subordinada a Francia y Napoleón presionó a Carlos IV para que declarase la guerra a Portugal, si este país mantenía su alianza con Inglaterra. Aunque una hija del monarca español estaba casada con el heredero del rey portugués, el pusilánime Carlos IV (aconsejado siempre por Godoy, el notorio amante de su esposa) cedió a las presiones y abrió las hostilidades. El propio Príncipe de la Paz se puso al frente de las operaciones y salió rumbo a Badajoz.

El Murcia marchó a unirse al ejército que, desde Extremadura, iba a invadir Portugal y entre sus oficiales se encontraba el segundo teniente San Martín, de 23 años. El clima era primaveral y los caminos llanos, con abundantes ganados en los campos aledaños. A los pocos días entraron en territorio portugués, pero la superioridad numérica hispánica era tan grande que no hubo resistencia. Al llegar a Campomayor la plaza se entregó sin luchar y allí se enteraron de que la guerra había terminado, sin ninguna acción que mereciera el nombre de batalla.

En su primer parte, Godoy le había escrito al rey: "Las tropas que atacaron, al momento de oír mi voz, luego que llegué a la vanguardia, me han regalado dos ramos de naranjas de los jardines del palacio de Yelves, que yo presento a la reina". A los quince días del comienzo de la campaña, se firmaba en Badajoz un tratado de

paz, por el cual Portugal se comprometía a cerrar sus puertos y su comercio a los ingleses. Godoy fue nombrado generalísimo de todas las fuerzas de mar y tierra se prepararon fiestas y desfiles para homenajear a los reyes, quienes concurrirían a recibir la plaza de Olivenza y a celebrar la victoria en una curiosa confrontación sin operaciones que fue bautizada socarronamente como "guerra de la naranjas".

El Príncipe de la Paz hizo formar a las tropas en gran parada para dar la bienvenida a los monarcas. La reina María Luisa, llevada en una litera adornada con guirnalda avanzaba por la calzada rebosante de gente. Godoy salió a su encuentro y, poniendo en sus manos los ramos de naranjas, la halagó:

Es el trofeo de la victoria rendido a la hermosura y a su majestad real.

La cincuentona soberana recibió los ramos con gesto de coquetería, mientras su marido, sonriente y con cara de infeliz, contemplaba la escena en medio de las sordas burlas populares. Mientras ciertos sectores de la corte experimentaban vergüenza por las suspicacias chusconas de la población algunos militares temían ser alcanzados por la deshonra de la reina y el oportunismo del general en jefe, acostumbrado conquistar más laureles en el lecho real que en los propios campos de batalla.

En la plaza mayor, durante las fiestas por la "victoria", el clima era alegre y muchachas y soldados iban y venían por el paseo, recorriendo los puestos de manzanillas y horchatas y visitando los

mostradores que ofrecían tapas con chorizos, tortillas, mariscos y pescados fritos cuyo aroma exaltaba la euforia del momento.

José y dos camaradas compartían una mesa con tres manolas bajo los entoldados improvisados. Lola era delgada, alta, de ojos grandes y cutis moreno. San Martín simpatizó con ella y notó que la muchacha le correspondía. Los chatos de manzanilla eran abundantes y los brindis prolongados por la "victoria", la amistad y luego el amor los fueron envolviendo hasta que las barreras empezaron a caer en un clima de embeleso y arrumacos. La noche terminó con furtiva pasión en la banda del río y luego José acompañó a Lola hasta su casa. A los pocos días el Murcia regresaba hacia Málaga y el segundo teniente conservaba la sensación de felicidad por los dulces favores de Lola y mantenía en sus retinas la sonrisa intencionada de la bella muchacha. Cuando iban llegando a su cuartel, sin embargo, José evocaba las duras jornadas de Orán, las marchas bajo la lluvia en los Pirineos y el abordaje de la *Santa Dorotea*, y empezó a pensar que las celebraciones de Badajoz habían sido quizá desproporcionadas con la magnitud de esta campaña.

Capítulo III

Reyes indignos, pueblo primitivo

(1801—1808)

El Murcia fue enviado al fuerte de San Roque, para reforzar la vigilancia sobre las tropas inglesas que estaban estacionadas en el peñón de Gibraltar, que Gran Bretaña había ocupado en 1704. Luego de la usurpación inglesa, España había levantado en la zona una serie de construcciones, que fueron denominadas el campo fortificado de Gibraltar.

No había allí enfrentamientos ni operaciones y José cumplía con las rutinas del cuartel: madrugar; controlar a la tropa y hacer gimnasia; vigilar las guardias; hacer ensayos de marchas y ejercicios tácticos; acostarse temprano. En las horas de descanso, los oficiales charlaban sobre los acontecimientos políticos y las nuevas ideas que circulaban por el mundo y se entremezclaban con los sucesos bélicos. Inglaterra presionaba por la entrada de sus productos en los mercados del continente europeo y muchos de sus intelectuales y políticos pregonaban las nuevas ideas de liberalismo político, a pesar de la larga guerra que llevaban contra los revolucionarios franceses.

En Francia, Napoleón Bonaparte concentraba el poder y gozaba de una enorme popularidad. El primer cónsul trataba de superar las antiguas divisiones y facilitaba el regreso de los monárquicos y revolucionarios disidentes que habían marchado al exilio. "El gobierno no quiere más partidos y no ve más que a los franceses",

era la consigna. Había firmado un concordato con el Papa restableciendo la libertad de cultos y reconociendo al catolicismo como "la religión de la mayoría de los franceses". El pontífice aceptó la anterior confiscación de los bienes del clero y, a cambio, Bonaparte le garantizó la seguridad de los eclesiásticos que prestaran juramento de fidelidad al gobierno. La administración pública de las provincias interiores se había centralizado y se vivía una especie de estabilización del legado revolucionario, pero con un sentido autoritario y ordenador.

Entre los oficiales españoles, una gran parte miraba con mucha simpatía las ideas liberales. San Martín habitualmente se limitaba a escuchar, pero cada vez simpatizaba más con esta forma de pensar. Aunque había luchado contra las tropas francesas en el Rousillon, compartía los ideales de "libertad, igualdad y fraternidad", sobre todo si podían llegar a expresarse dentro del orden y con respeto a la vida y a la propiedad de todos los sectores, como estaba tratando de hacerlo Napoleón.

La política de Godoy había llevado a los españoles a subordinarse a los franceses y, por lo tanto, a enfrentarse con Inglaterra. San Martín y los oficiales del Murcia debían vigilarlos en Gibraltar, pero en la intimidad reconocían que Gran Bretaña estaba en un papel de vanguardia en materia de libertades civiles y económicas y, en cuanto a desarrollo bélico, había tenido un notable progreso en el dominio de los mares.

El invierno hacía su llegada y el segundo teniente fue enviado en comisión a Valladolid y Salamanca, con el objeto de realizar una

conscripción de reclutas. Partió a caballo con un par de sargentos y algunos soldados y llegaron a Valladolid sin inconvenientes. Al día siguiente, en la plaza principal, el alcalde reunió a los jóvenes con la edad requerida y se instaló en una mesa flanqueada por una bandera, junto con José y sus subalternos. El acto era rutinario y consistía en anotar los datos personales de los enganchados. De vez en cuando, San Martín corroboraba que tuvieran las condiciones requeridas por la ordenanza: debían ser católicos, mayores de dieciocho años, con estatura mayor de cinco pies y no podían ser de "extracción infame como mulatos, gitanos o carniceros de oficio". Al completarse las listas se levantó y, siguiendo el ceremonial, expresó: —Señor alcalde: éstos son los mozos que han tenido el pensamiento de alistarse en mi bandera. Exhórteles Vuesa Merced a que honren a su patria y a su familia.

Una vez que los jóvenes pasaron del lado de la comisión militar, el segundo teniente les colocó en el sombrero una escarapela encarnada y, haciéndoles levantar las manos, les preguntó:

—¿Prometen Vuestas Mercedes seguir al rey y defender constantemente sus banderas?

Después del "sí prometemos", San Martín los entregó al sargento y le exhortó: —Mando a Vuesa Merced que conduzca a esta gente al cuerpo; que les evite toda vejación y que haga observar la disciplina del Reglamento.

El pelotón partió a pie para Salamanca, pero José resolvió quedarse a pasar la noche en Valladolid con la idea de alcanzarlo después al

paso de su caballo. Le habían recomendado una moza del pueblo y quería saber si estaba a la altura de su Lola de Badajoz.

A la mañana siguiente, aligerado de sus ímpetus varoniles, partía al paso de su cabalgadura por la ruta hacia Salamanca. El camino era fragoroso y poco arbolado y, al subir una leve cuesta, advirtió que en lo alto lo esperaban cuatro jinetes. A medida que se aproximaba comprobó que estaban mal entrazados y posiblemente intentarían asaltarlo, pero ya era tarde para buscar otra senda. Al toparse con ellos se vio obligado a frenar su caballo y, el que parecía ser el jefe, ordenó secamente:

—Venga la maleta, en el acto.

Instintivamente, San Martín llevó sus manos a la cartera pretendiendo defenderla y recordó, como en un relámpago, que llevaba allí los reales que su regimiento le había dado para la comisión. Un tremendo impacto en el pecho y en el rostro lo sorprendió y el aturdimiento lo inclinó sobre su cabalgadura. Sin comprender del todo lo que pasaba, cayó a tierra pesadamente y allí advirtió que debía defenderse prestamente. Se levantó y sacó su sable y vio que ya los forajidos venían sobre él. Tiró dos estocadas a los más próximos pero el tercero se le abalanzó con una daga y sintió un terrible ardor en el pecho. Se dio cuenta de que había sido tocado y sintió otra lluvia de golpes sobre el cuerpo que lo dejó tirado en el suelo. Pensó que había llegado su hora, pero vio que los maleantes recogían la maleta militar, subían a sus cabalgaduras y se marchaban.

Al cabo de un rato se levantó conmovido y dolorido. Trató de parar la sangre que manaba del pecho y advirtió que también su mano derecha sangraba, fruto de otro corte, hecho posiblemente mientras trataba de defenderse. Sentía dolor en todo el cuerpo y se sentó sobre una peña, al costado del camino.

Ayudado por unos peregrinos pudo llegar hasta el pueblo de Cubo, donde fue asistido en una posada por el boticario, quien le curó las heridas.

A la mañana siguiente le aparecieron más dolores en todo el cuerpo y debió hacer reposo por varios días. Una monja lo visitaba por las tardes, lo ayudaba a cambiarse los vendajes y también lo confortaba anímicamente con su charla.

Uno de los jefes de su división, que casualmente pasaba por el lugar, lo visitó una mañana. José se sintió aliviado de que uno de sus superiores pudiera ver la seriedad y dimensión de sus heridas, ya que el robo del dinero de su comisión lo hacía sentir muy comprometido.

La mañana en que regresaba a San Roque, vino a despedirlo la religiosa que tanto lo había atendido. El oficial le expresó calurosamente su agradecimiento y ella sacó un rosario de entre sus hábitos y se lo obsequió.

—¡Vaya—hermana! Es que yo soy liberal y no creo mucho en estas cosas de la religión...

—Lleva este rosario siempre contigo, hijo, y la Virgen te ayudará...

San Martín pasó el rosario por su cabeza y lo dejó colgado en su pecho. Abrazó a la mujer, subió a su caballo e inició la marcha.

Cuando el pueblo desapareció de la vista pensó en sacar el rosario del cuello y guardarlo en la maleta, pero luego de unos instantes de indecisión cambió de idea. Hizo un gesto como de resignación y, metiéndolo por debajo de su chaqueta, resolvió conservarlo junto a sí.

Al llegar a su regimiento pidió por nota que se le perdonase el pago de los 3.350 reales de vellón que los maleantes le habían robado, que eran el sobrante de los fondos para su comisión de bandera de reclutas. Sintió alivio cuando la superioridad lo liberó de ese pago, pero los dolores en el cuerpo le duraron semanas. También conservó el sentimiento de vejamen e impotencia que sintió frente a los delincuentes, cuya fisonomía retenía y hubiera deseado encontrarlos de nuevo de uno en uno para matarlos como a perros. ¡Joder —se decía admirativamente—, pensar que salí ileso de Argel, del Rousillon y de la Dorotea., y vinieron a herirme estos facinerosos!

* * * *

Ya estaba recuperado, cuando el Murcia fue embarcado y enviado a Ceuta, en el África. Aunque la travesía era muy corta, disfrutó de un crepúsculo maravilloso sobre el Mediterráneo, en el que las nubes parecían abanicarse sobre los restos del sol y esos rayos púrpuras, que tanto lo fascinaban sobre el mar, se desvanecían en el firmamento. Lamentó no llevar los pinceles y el caballete, para plasmar sobre la tela ese espectáculo único que la noche le robaba. Al llegar el verano, la conducción del ejército decidió crear un batallón de infantería ligera que se llamaría de Campo Mayor, en

recuerdo de la reciente victoria en ese lugar de Portugal. Una de las compañías debía ser integrada por 50 hombres del Murcia y entre ellos fue designado San Martín. La infantería ligera no tenía demasiado prestigio, poseía armamento liviano y poca capacidad combativa, por lo que el segundo teniente no estaba muy satisfecho con el destino. Además, hacía casi ocho años que estaba en el Murcia y se había apegado al regimiento, pero de todos modos partió con sus capitanes y subalternos hacia Sevilla, donde el nuevo batallón iniciaría sus actividades. Allí aumentó su optimismo al saber que lo ascendían a segundo ayudante, juró la nueva bandera y luego siguió con el batallón hasta el puerto de Santa María, donde prosiguió la labor.

Las tareas eran múltiples y variadas, por tratarse de un cuerpo en formación, y José empezó a entusiasmarse. Había que procurar equipos, solucionar problemas de alojamiento y proporcionar instrucción a los integrantes que se sumaban. Como además estaba próximo a sus jefes, se sintió cómodo en estas tareas en las que volcaba su temperamento metódico. El orden que había vivido en su casa con su padre, y luego como cadete y oficial en el Murcia, le estaba sirviendo ahora para organizar la unidad.

Al cabo de un año, el batallón fue trasladado a Cádiz, donde se le agregaron cuadros provenientes de otras provincias. José estuvo satisfecho por llegar a una ciudad importante, plaza fuerte y puerto, y sede de la Capitanía general de Andalucía. Las tareas de apronte de la unidad continuaron, pero fueron interrumpidas por el ataque de un enemigo singular: una epidemia de cólera atacó a la ciudad y

los fallecidos se contaban por miles. El morbo arrasaba con la población: la diarrea deshidratava a la gente y en pocas horas la llevaba a la muerte, en tal cantidad que los sepultureros no daban abasto. En su batallón, San Martín vio con angustia morir a doscientos soldados y oficiales, ante la desesperación de camaradas y jefes que ni en batallas habían visto tantas víctimas. Desde entonces, los andaluces acunaron una gráfica expresión para encontrar consuelo en los malos momentos: "por mal que anden las cosas, peor estaban en Cádiz con el adentro que a él no le habían contado sobre esos sucesos, sino que los había vivido en el propio sitio y con todo su dolor.

El batallón recibió instrucciones de ocuparse de la represión de malhechores y contrabandistas, para lo cual debían dividirse en fracciones que patrullaran las distintas zonas andaluzas. Cuando supervisaba esas tareas de policía, el segundo ayudante ponía gran empeño en eliminar a los delincuentes y a todo elemento de mal vivir. No sólo lo hacía por repulsión al delito y para proteger la vida y propiedad ajena y las normas económicas de la corona, sino también para desquitarse de aquellos facinerosos que lo habían atacado en el camino a Salamanca y cuyas heridas nunca terminaba de vengar.

El batallón recibió instrucciones de ocuparse de la represión de malhechores y contrabandistas, para lo cual debían dividirse en fracciones que patrullaran las distintas zonas andaluzas. Cuando supervisaba esas tareas de policía, el segundo ayudante ponía gran empeño en eliminar a los delincuentes y a todo elemento de mal

vivir. No sólo lo hacía por repulsión al delito y para proteger la vida y propiedad ajena y las normas económicas de la corona, sino también para desquitarse de aquellos facinerosos que lo habían atacado en el camino a Salamanca y cuyas heridas nunca terminaba de vengar.

En aquellos días, su batallón participó de un ejercicio que fue revistado personalmente por el capitán general de Andalucía, el marqués de la Solana. Acompañaba al marqués el famoso general francés Jean Moreau, triunfador en la batalla de Hohenlinden, que había abierto a los franceses la puerta de Viena. En tiempos anteriores, Moreau había recibido en Francia a Solana. Y ahora, en momentos en que Napoleón, guiado por celos, miraba con ojeriza a su propio general, el marqués retribuía las atenciones agasajando al general francés y lo había invitado al ejercicio militar.

José, al frente de sus hombres, miró con admiración al oficial galo y pensó que los avatares de la política suelen ser crueles con las figuras militares.

A fin de año, San Martín recibió el ascenso a capitán segundo. El Campo Mayor no entraba en campañas ni acciones de guerra, salvo algunos breves traslados entre su sede de Cádiz y las cercanas fortificaciones de Gibraltar. Los oficiales, de todos modos, en sus ruedas cotidianas seguían los sucesos locales mundiales.

De todos los adversarios que tenía Francia, sólo Inglaterra no había sido vencida. Muy cerca de donde ellos estaban, en Trafalgar, el almirante Nelson había derrotado a la flota franco—española e Inglaterra quedó dueña de los mares. En respuesta, Napoleón

estableció un bloqueo continental a las mercaderías inglesas, con el fin de provocarle problemas económicos y sociales a la isla y obligarla a negociar.

Tiempo después, José prestó particular atención a una noticia que venía del Río de la Plata, el virreinato donde él había nacido. Un ejército inglés encabezado por el general Beresford había ocupado Buenos Aires, pero la población había rechazado a los invasores. Al año siguiente los británicos hicieron un nuevo intento, pero también fueron expulsados.

El ministro Manuel Godoy seguía siendo el hombre fuerte de la península, con el apoyo de su amante, la desinhibida reina María Luisa, pero el príncipe Fernando, heredero del trono, empezaba a formar su propio partido.

Como Portugal no colaboraba con el bloqueo contra Inglaterra, Napoleón decidió conquistar ese país y desmembrarlo. Para ello firmó con Godoy un pacto de colaboración en Fontainebleau, por el cual España aportaría tropas y dinero. En la parte sur de Portugal se constituiría un principado hereditario para el Príncipe de la Paz, y ambos sectores portugueses quedarían bajo la soberanía del rey de España. De este modo, Carlos IV no iría a compartir solamente su esposa con Godoy, sino también sus reinos. Las colonias portuguesas de ultramar serían repartidas entre Francia y España.

En cumplimiento de este acuerdo, un gran ejército francés cruzó los Pirineos y marchó por el norte de España hacia Portugal. Tropas españolas fueron a reforzar al ejército francés y el marqués de la Solana, gobernador civil y militar de Cádiz y capitán general de

Andalucía, partió con un ejército de 6.000 hombres para invadir Portugal por el sur. Entre ellos estaba la mitad del batallón de infantería ligera de Campo Mayor, pero el segundo capitán San Martín no fue incluido entre los movilizados y debió permanecer en Cádiz, con una cierta sensación de frustración.

Ante el avance de las fuerzas francesas, los reyes de Portugal decidieron trasladarse con su corte a Brasil. Tres días después, las tropas de Napoleón entraban triunfantes a Lisboa.

El general Solana, a su vez, se apoderaba del sur sin disparar un solo tiro.

Mientras tanto, en la corte española en El Escorial se había producido una gravísima crisis. El príncipe Fernando estaba alarmado por la conducta y las ambiciones del amante de su madre y empezó a trabajar con sus partidarios para formar un ministerio adicto. Elaboraron una memoria explicativa para presentar al rey, en la que denunciaban que Godoy aspiraba a sucederlo en el trono en caso de fallecimiento. Pero los espías del favorito se enteraron de este movimiento y, mediante un anónimo, el príncipe de Asturias fue acusado de querer asesinar a su padre y envenenar a su madre. Fernando fue citado por los reyes y estuvo incomunicado por tres días, mientras su correspondencia era registrada y sus servidores apresados. Interrogado por el presidente del Consejo de Castilla, el príncipe aceptó su responsabilidad, denunció a sus cómplices y solicitó el perdón real. Carlos IV comunicó al país los peligros que corría la corona y denunció también la conspiración ante Bonaparte, como si éste se tratara de un superior. Ante la

popularidad de que gozaba Fernando (en oposición al desprestigio de los monarcas y de su favorito), el soberano y la reina terminaron por otorgar el perdón solicitado.

Bonaparte no cumplió con lo que había prometido a Godoy, sino que por el contrario empezó a adoptar una política agresiva hacia España. Varios ejércitos franceses entraron a la península y ocuparon las ciudades más importantes.

En un primer momento, los partidarios de Fernando pensaron que se trataba de un apoyo para ellos, pero pronto Napoleón desnudó sus intenciones: Francia iba a quedarse con todo Portugal y exigía que España le entregase sus provincias del norte, para tener una vía de acceso directa al país anexo.

Godoy propuso que los reyes se trasladasen a América y la corte se instaló en Aranjuez, mientras se organizaba el viaje hacia las Indias. Pero Fernando manifestó que él no viajaría y estalló un violento motín encabezado por sus partidarios: una multitud enardecida asaltó la residencia del ambicioso favorito. Atemorizado, Carlos IV destituyó a su valido, pero esto no calmó a los rebeldes. El rey, entonces, resolvió abdicar.

El pueblo, que había visto con alarma el ingreso de las tropas francesas, recibió con alegría la noticia de la finalización del reinado de Carlos IV y su imprudente esposa.

El nuevo rey, Fernando VII, buscó el apoyo de Napoleón y le solicitó la mano de una sobrina. Formó también su ministerio y envió un emisario al jefe de las tropas francesas en España, el mariscal Murat, cuñado de Bonaparte. Pero Murat no reconoció al flamante

monarca y aconsejó a Carlos IV que se retractara de su abdicación, cosa que éste hizo.

Mientras tanto, la ex reina María Luisa pedía a Murat por la vida de Godoy y se expresaba en contra de su hijo.

Aprovechándose de estas turbulentas disensiones, Bonaparte decidió viajar a Bayona para imponer allí una solución a la "cuestión española" y citó a Fernando VII, Carlos IV, María Luisa y Godoy.

En medio de vergonzosas discusiones entre Fernando y sus padres, Napoleón les notificó que él estaba encargado por la Providencia de formar un gran imperio; y que dado que no podía contar con una España tranquila mientras reinaran ellos, había resuelto otorgar la corona a un miembro de su propia familia, su hermano José Bonaparte.

La población española estaba escandalizada por la conducta de sus anteriores reyes, por lo cual algunos sectores ilustrados aceptaron la idea de una nueva dinastía Bonaparte (al fin y al cabo, otros hermanos de Napoleón reinaban ya en varios países europeos y, por otra parte, los borbones españoles también habían venido de Francia en 1701).

Pero en los ambientes populares se recibió con desagrado la imposición de un monarca extranjero, asentado sobre la fuerza de tropas de ocupación. Un sordo descontento se fue extendiendo por toda la península y esto aumentó el apoyo a Fernando VII, prácticamente destronado antes de que empezara a reinar.

* * * *

En esos días de conmoción y desaliento, José empezó a frecuentar a José Matías Zapiola, un marino que había nacido en el Río de la Plata y con cuyas ideas liberales coincidía particularmente. Una noche, bebiendo unas horchatas de chufas en una taberna, Zapiola le confió que se estaba reuniendo secretamente con unos camaradas —la mayoría originarios de América— con el ánimo de impulsar la independencia de esas colonias.

Le comentó que tanto en Madrid como allí, en Cádiz, se habían empezado a formar logias operativas, tendientes a colaborar con ese cometido liberador, que coincidía plenamente con el espíritu progresista y filantrópico de la masonería.

San Martín simpatizaba sobradamente con el movimiento masónico, que desde hacía un siglo tenía intensa actividad en Inglaterra y Francia y que había sido introducido también en España por la Ilustración, cuyos miembros practicaban y difundían el libre pensamiento. Precisamente, el propio marqués de la Solana, jefe militar y gobernador a quien José admiraba, era un reconocido logista que solía pregonar las ventajas de la tolerancia política y religiosa. Por eso, le resultó muy atractiva la idea de favorecer la independencia de las colonias indianas, en cuanto significaba sustraer a esos territorios del incierto destino de la monarquía peninsular y orientarlos hacia caminos más progresistas, pero pensó que era prematuro y comprometedor enrolarse en una vía sobre la que no tenía demasiado conocimiento ni convicción.

América no era para él un lugar concreto ni el recuerdo claro de los sitios de la infancia (Málaga, en cambio, sí lo era) como para

determinarlo a seguir de golpe un camino tan riesgoso. La educación de cuartel, precisamente, había ido acentuando en él un temperamento precavido, que lo volvía muchas veces directamente desconfiado y lo alejaba de las decisiones precipitadas. No obstante esto, la idea le quedó circulando en la mente como un proyecto interesante para tiempos tan conflictivos, y le hizo pensar que el lugar de su nacimiento acaso podría tener que ver con el desarrollo de su futura personalidad.

* * * *

El 2 de mayo de 1808 estalló en Madrid un levantamiento popular contra los franceses y en los días posteriores los motines se reproducían en las principales ciudades. Como Fernando VII (al igual que Carlos IV, María Luisa y Godoy) había sido internado en Francia, se formó en Sevilla una Junta de Gobierno provisoria para representar su poder.

La agitación llegó también a Cádiz y una multitud se reunió en la plaza a vociferar contra los franceses invasores, a quienes se consideraba "herejes y afeminados". Una delegación popular fue a solicitar al gobernador y capitán general, el marqués de Solana, que adhiriera a la Junta de Sevilla y se incautara de los buques franceses que estaban en el puerto y detuviera a sus marinos.

Solana era un general elegante y alto, partidario de las ideas liberales y amigo de la cultura francesa. Nacido en Venezuela y de tez morena y nariz aguileña, trataba a los hombres con firmeza pero con buen modo, algo que no era común entre sus camaradas. San Martín era su subordinado indirecto y se identificaba y tenía

profunda admiración por ese general tan distinguido y prestigioso, con cuyas afirmaciones coincidía.

Después de reunirse con los mariscales de su zona, Solana publicó un bando diciendo que si bien los invasores eran enemigos insaciables que no vacilarían en hacer de Cádiz otro Gibraltar, no era conveniente dejarse arrastrar a un alzamiento prematuro que podría convertirse en una carnicería, sino que era necesario prepararse previamente, tanto en hombres como en pertrechos.

A la tarde siguiente, la multitud se reunió amenazante en la plaza de los Pozos de la Nieve, frente a la cual se encontraba el palacio del gobierno militar. José estaba en la residencia y, al advertir el tumulto, marchó hacia la guardia junto con los otros oficiales presentes. En ese momento se acababa de cerrar el grueso portón de madera y hierro y los efectivos se habían atrincherado a la defensiva.

Un orador apostrofó a los amotinados en contra del general Solana calificándolo de afrancesado y traidor, mientras desde adentro la guardia pedía refuerzos sin ningún éxito. Los sublevados intentaron echar abajo la puerta, pero como tenía gruesas trancas optaron por traer unas piezas de artillería. Alarmado, San Martín interrogó con la vista al capitán general, pero éste le ordenó que no hiciera fuego contra la multitud y marchó hacia el fondo del edificio, en donde subió a la terraza para intentar una huida por allí.

Los cañonazos derribaron el portón y los amotinados asaltaron la residencia y la ocuparon ruidosa y salvajemente, mientras los integrantes de la guardia miraban con horror, pero no fueron

atacados. Solana, en tanto, había pasado por los techos a la casa de una vecina acaudalada, quien lo ocultó en un pequeño gabinete alhajado al estilo oriental. Pero su escondite fue denunciado a la turba por un albañil que conocía la vivienda y el marqués fue sacado de allí a los empujones y dirigido a los golpes hasta la plaza de San Juan, donde estaban instaladas las horcas para ejecutar a los delincuentes.

Espantados, los dispersos soldados contemplaron cómo el infortunado general era vejado y sus ropas destruidas, mientras la multitud se alejaba rumbo a la plaza donde terminarían apuñalándolo y colgándolo.

Un brazo de la turbulenta manifestación se dirigió con clara hostilidad hacia San Martín mostrándole sus armas, por lo que éste optó por huir en sentido contrario. Después de correr varias cuadras llegó hasta la iglesia de los capuchinos, donde un monje le otorgó asilo eclesiástico y lo protegió de sus perseguidores. Además de agitado por la corrida, estaba atónito por la suerte sufrida por Solana y horrorizado por las circunstancias que estaba viviendo. No pudo dormir en toda la noche, dolorido por la suerte injusta de su superior y desconcertado por la increíble situación que afrontaba.

Al día siguiente, el segundo jefe de su regimiento, Juan de la Cruz Mourgeon, lo refugió en su casa y le ordenó que marchara hacia Sevilla. José partió apesadumbrado y humillado sin poder sacarse de encima una profunda sensación de ultraje. Los olivares que flanqueaban el camino, que otras veces le habían resultado alegres, ahora le parecían espectrales.

"Estos compatriotas son muy brutos —meditaba, mientras nuestros reyes son indignos y nuestro pueblo muy primitivo".

Capítulo IV

Calor y triunfo en Bailén (1808—1811)

Cuando llegó a Sevilla, la ciudad estaba totalmente agitada con motivo de la constitución de la Junta Central de España e Indias y la formación de un Ejército de Andalucía, para luchar contra las tropas francesas, que se acercaban bajo el mando del general Dupont. El maltrecho San Martín fue destinado (integrando el reunificado batallón de Campo Mayor) a la vanguardia de aquel ejército, que estaba en Carmona a cargo del marqués de Coupigny. El mando superior lo tenía el general Castaños.

Dupont avanzaba con 25.000 soldados y los andaluces estaban reclutando un número igual para enfrentarlo e impedirle su objetivo de llegar a Cádiz. La misión de la vanguardia era hacer reconocimientos sobre las primeras avanzadas enemigas, de tal modo de informar al comando principal sobre las marchas del adversario. Pero también debía distraer la atención del ejército francés con hostilidades relámpago sobre los flancos y amenazas sobre las comunicaciones.

José quedó de nuevo bajo el mando inmediato de Juan de la Cruz Mourgeon, quien compartía también el ideario liberal del malogrado Solana y confortó espiritualmente a su subordinado. San Martín se hallaba cómodo en estos operativos de guerrilla que debían desarrollar, pero su estado de ánimo era deplorable. Se sentía desasosegado, incómodo, sin poder asimilar del todo la tragedia de

un jefe con quien tanto se había identificado. Hasta físicamente se sentía parecido a él y se enorgullecía de esa semejanza: los dos eran altos, de tez morena y cabello negro ensortijado. El marqués había nacido en América, era hijo del capitán general y gobernador de Venezuela, era partidario de las luces y los principios de la Revolución Francesa y por lo tanto deseaba el progreso y las libertades para su pueblo, lo mismo que él. ¿Por qué entonces ese mismo pueblo lo había asesinado vilmente? ¿Por qué acusarlo de afrancesado y traidor, por el simple hecho de ser admirador de la cultura y los adelantos franceses, si precisamente Solana quería el bien de su país y de sus pobladores más humildes? Había querido ahorrar la sangre de su pueblo y este mismo pueblo, convertido en una multitud enloquecida, lo había martirizado y ahorcado como a un delincuente. No podía entenderlo y un sordo encono lo dominaba. Para colmo, solamente una minoría podía comprender sus sentimientos y no tenía demasiada gente con quien desahogarse, porque el común de los súbditos estaba ahora enfervorizado contra los invasores y sólo se pensaba en odiar a los franceses.

Las operaciones de guerrilla le posibilitaban libertad y movilidad, pero solía marchar hosco, taciturno, rumiando su disgusto contra estos camaradas que antes lo menospreciaban y lo calificaban de "indio", y ahora lo segregaban y lo tildaban de extranjerizante y desleal. En algún momento, él iba a enseñarles a esos cobardes quién era más patriota y más valiente.

Una madrugada, Mourgeon salió con varias compañías, entre ellas la de Campo Mayor, a ocupar algunos puestos avanzados en las inmediaciones de Arjonilla. Se dividieron en columnas y, luego de marchar unos kilómetros por el camino del arrecife, el jefe le indicó a José que atacase una descubierta de los enemigos. El capitán segundo partió con veintiún jinetes hacia ellos pero comprobó que en ese momento los franceses huían. San Martín, excitado, quería pelear y decidió tomar una trocha para cortarles la retirada, animando a los cazadores de otros batallones que lo acompañaban. Al llegar a la posta de Santa Cecilia vio que los galos estaban formados esperando y que eran casi el doble que ellos, pero enarboló su espada y dio la orden de arremeterlos, sin pensar un segundo. Mientras su caballo avanzaba a todo galope sentía que la sangre le hervía y, al chocar con los franceses, empezó a tirar mandobles para todos lados, como si estuviera descargando un odio furibundo contra todos los que habían dudado de su valor de soldado y su adhesión al país. Sus hombres lo acompañaban en la carnicería y la polvareda se llenó de gritos, ayes, ruido de sables y disparos de pistolas y fusiles. Algunos invasores caían con sus caballos y el oficial que los comandaba optó por la retirada. Exaltado, casi enceguecido, quiso perseguirlos pero en ese momento le llegó una orden de detener el fuego enviada por Mourgeon, quien había sido informado de que cien jinetes adversarios venían a reforzar a los vencidos.

Sobre el campo de lucha quedaban quince franceses muertos y cuatro heridos, a quienes hizo montar sobre sus propias

cabalgaduras. Hizo recoger quince caballos del enemigo y saludó a un soldado propio que estaba herido y a otro que lo había ayudado en un trance muy peligroso. Todavía exaltado pero en tren de calmarse, descargado como si se hubiese aliviado de un gran peso, marchó de nuevo hacia su campamento y pensó que su padre y el marqués de Solana estarían orgullosos de él si hubieran podido verlo en el combate. A la tarde, el teniente coronel Mourgeon redactó el parte sobre la escaramuza y terminó así: "Los que huyeron de esta manera son los vencedores de Jena y Austerlitz". Al leerlo, San Martín esbozó una sonrisa de orgullo y agradeció el gesto de su superior.

Pocos días después, José era ascendido a ayudante primero y él, por su parte, pedía a sus superiores un escudo de distinción a los sargentos, cabos y soldados que habían estado a sus órdenes, lo que fue concedido por el marqués de Coupigny. A las cuatro semanas, le llegaba la designación Borbón, por el "distinguido mérito en la acción de Arjonilla". Esto significaba un ascenso y el pase de la infantería (donde ya llevaba diecinueve años) a la caballería, además de un cambio de regimiento, aunque seguiría prestando servicios en el Ejército de Andalucía.

Se incorporó al Borbón y, en esos días, el general Castaños ordenó ocupar los Visos de Andújar, una cadena montañosa paralela al Guadalquivir, con el objeto de dar batalla en las cercanías de Bailén.

El calor era agobiante, el agua debía ser disputada permanentemente y el cansancio y el hambre afectaban las fuerzas,

pero los españoles se mostraban aguerridos y estaban en su propio terreno.

José avanzó con su nuevo regimiento. Tuvieron algunos choques ligeros donde se apoderaron de algunos carros y fueron los últimos en llegar a los promontorios cercanos a Bailén, próximo al camino a Andújar y al río Rumbiar, donde el ejército se preparaba para el combate. Se trataba de una extensa altiplanicie ondulada con lomadas en los flancos. La caballería (entre ellos el Borbón) fue ubicada en la tercera línea, con la misión de proteger al resto de las fuerzas. Detrás de una cañada donde había una noria, las fuerzas francesas estaban cubiertas por un olivar.

Esa tarde hubo algunas escaramuzas por la izquierda y la noche fue muy tensa. La presencia de un contingente tan enorme de tropas y la cercana amenaza de otro enemigo casi similar auguraban una lucha impresionante. Antes del amanecer los galos sorprendieron a algunas avanzadas, pero no lograron desorganizar las formaciones hispánicas. Con las primeras luces del alba, José vio avanzar por un desfiladero a los primeros batallones franceses. Se apostaron a ambos lados del camino y emplazaron su artillería en el centro. El fuego se inició por ambas partes y luego vio que el flanco izquierdo español, en medio del estrépito infernal, avanzaba a la bayoneta y los franceses retrocedían abandonando algunos cañones. Sobre la derecha la situación se veía algo más difícil, pero el flamante capitán advirtió que los franceses habían sido contenidos en su ataque y decidieron volver al desfiladero, dejando un gran número de muertos y heridos.

A las cinco de la mañana los invasores habían recibido refuerzos de su retaguardia y reiniciaron el fuego de artillería sobre el centro español. Los peninsulares estaban en campo descubierto, pero la artillería, la infantería y la caballería se mantuvieron en sus posiciones pese al fuego y resistieron los ataques. Al cabo de una hora el general francés, animado porque había recibido nuevos refuerzos, ordenó atacar los flancos hispánicos mientras simultáneamente una fuerte columna trataba de romper el centro de su adversario apoyada por la artillería.

Cuando ya habían sido superadas la primera y la segunda líneas españolas, los regimientos Borbón y Farnesio recibieron orden de cargar. San Martín arrancó con su compañía y entró a combatir en el momento más enconado y sangriento, cuando los dos ejércitos luchaban casi a pleno. La confusión era general, pero José advirtió que la artillería propia estaba desbaratando el ataque francés y rompía piezas invasoras. Esto posibilitó que los dos regimientos pudieran avanzar sobre los galos y los persiguieran hasta los olivares. Allí prefirieron no entrar y volver hasta sus formaciones, pero una parte del Farnesio fue sorprendida por coraceros y debió ser socorrida por la artillería.

Al mediodía el calor era inaguantable y se incrementaba aun más por el fuego intermitente de ambos ejércitos y las llamaradas de algunos pastizales que ardían en las inmediaciones. José contempló varias veces a una gruesa y esforzada mujer, rápidamente bautizada como la Culiáncha, que recorría el campo con un cántaro y daba de beber a los soldados, casi desesperados por la sed y el cansancio.

A la tarde, el general Dupont convocó a los marinos e inició un nuevo ataque, pese a que la fatiga y el desaliento cundían ya en el campo francés. San Martín los vio avanzar desde su posición, al grito de "*en ac)a.nt*", "*én aua.nt*", (SIC) que se daban unos a otros para animarse. Pero la artillería española los diezmó y debieron retirarse vencidos nuevamente hasta los olivares. Aunque agotado, José advirtió que el campo francés era ya un sitio de desolación y de muerte, lleno de cadáveres, heridos y mutilados y con cañones y carros desmontados. Batallones suizos que en el último ataque se habían enfrentado con compatriotas que peleaban en el ejército español, se pasaban en masa a éste y se saludaban con sus connacionales.

El general francés solicitó capitulación y la alegría reinó entre los españoles. Los galos habían tenido más de mil muertos y el invencible ejército napoleónico había caído por primera vez en tantos años de triunfo. Entre los hispánicos había 243 muertos, pero ni el batallón de San Martín ni ningún otro del Borbón tenía víctimas fatales.

Atendidos los heridos y firmadas las capitulaciones definitivas, se realizó en el mismo campo la imponente ceremonia de rendición. El ejército francés desfiló ante las tropas españolas y fue entregando las armas, municiones, artillería, carros y equipajes. Finalmente, Dupont saludó a Castaños y le entregó su espada, diciéndole:

—General, os entrego esta espada con la que he vencido en cien batallas.

—Pues mire usted, general —respondió el español devolviéndosela—, ésta es mi primera victoria.

El ejército de Andalucía marchó hacia Sevilla y fue recibido con gran entusiasmo. La Junta Suprema invitó al general Castaños y le ofreció una corona de laurel, que el jefe ofreció a San Fernando, quien había sido rey con el título de Fernando III y había,—sido canonizado por sus sangrientos triunfos contra los moros. Se rindió también homenaje a Nuestra Señora de Zocueca, patrona de la ciudad de Bailén, por considerarse que desde su santuario de Rumblar había protegido a los hispánicos en la batalla.

El triunfo español en Bailén conmovió a toda Europa: Napoleón recibió la noticia en Burdeos y sintió que su ejército había sido humillado donde menos lo esperaba y por un país y unas tropas a las que despreciaba, por considerarlas inferiores e insurrectas.

Le resultaba increíble que uno de sus más distinguidos generales, a quien se llamaba "Rayo del Norte" por su actuación en Rusia y en Austerlitz, hubiese rendido las águilas imperiales a un ejército subalterno. "Tengo aquí una mancha —se quejó mostrando su casaca militar—, que me gustaría borrar con mi propia sangre".

En Madrid, el rey intruso José Bonaparte, a quien ya los chuscos habían bautizado como "Pepe Botellas" o "Rey de Copas", por sus aficiones a la bebida y a la baraja, se sintió inseguro y decidió marchar con sus ministros y generales hacia Miranda, donde quedó resguardado por el río Ebro y por las fuerzas francesas estacionadas allí y en Bayona.

Libre ya de los invasores, el ayuntamiento de Madrid quiso recibir al victorioso ejército de Andalucía.

El general Castaños partió para allí con sus numerosas tropas y en ellas marchaba José, integrando su regimiento. Entraron por el paseo del Prado y, al llegar a la puerta de Atocha, Castaños se dirigió al Santuario de la Virgen, ante la cual se arrodilló y le elevó sus preces. Desde allí se inició el desfile, enmarcado por los aplausos y vítores del público que rodeaba las calles. Muchos soldados llevaban uniformes o sables franceses o mostraban otros despojos del enemigo, mientras también rodaban por la calzada cañones o trenes de artillería tomados a los galos. Pasaron por las calles de Alcalá y la Mayor y, al llegar a las Casas Consistoriales, cruzaron un arco de triunfo adornado con coronas de laureles.

El entusiasmo del público era desbordante, pero San Martín no marchaba demasiado contento. Tronaban las salvas de artillería, repiqueteaban las campanas y los vecinos avivaban a los vencedores, pero el oficial del Borbón no se contagiaba de la alegría general. Se dirigieron hacia la plaza del Palacio Real, donde se rindieron los honores de Ordenanza al ausente monarca Fernando VII. "Estamos luchando por un rey anacrónico que no nos representa", pensó en ese momento el escéptico oficial.

En los días siguientes asistió a una corrida de toros organizada en obsequio a los vencedores, a un suntuoso refresco y a un concierto para la oficialidad, pero su ánimo no mejoraba. Por el contrario, empezó a tener fiebres y dificultades respiratorias, por lo que el médico de su regimiento le prescribió guardar cama.

Estando en el lecho y acosado por la tos, se enteró a través de un camarada que el marqués de Coupigny había sido privado del mando de su división. Aunque no se conocían las razones, se rumoreaba que por el hecho de ser francés de nacimiento las autoridades españolas desconfiaban de su total entrega a la causa nacional.

Esta noticia afectó aun más el espíritu de José. Coupigny era un militar destacado y progresista que acababa de participar brillantemente en el triunfo de Bailén, una victoria que había electrizado a Europa pues significaba el primer contraste de Napoleón. Para la Junta Central, sin embargo, esto no había sido suficiente y, en vez de ascender y premiar a Coupigny, se lo separaba del mando. ¿Qué era necesario para ser reconocido en este país? A un militar hay que juzgarlo por lo que hace en el campo de batalla —pensó— y no por sospechas bastardas o intrigas de palacio.

Sus problemas pulmonares no mejoraban y el médico le prescribió una prolongada licencia. Partió entonces de regreso a Sevilla, destinado a la Junta Militar de Inspección, con goce de sueldo pero sin funciones, para atender a su restablecimiento.

Comenzaba el otoño y las encinas empezaban a desprenderse de hojas, cuando llegó debilitado a la capital de Andalucía. La inactividad contribuía a mantenerlo deprimido, pero se alegró al enterarse de que Coupigny había recuperado el mando de su división y había sido ascendido, haciéndosele justicia por sus méritos en Bailén.

Concurría esporádicamente a la Junta de Inspección, para charlar con los camaradas y comentar los acontecimientos.

Napoleón había viajado a Erfurt, donde había celebrado una alianza con Alejandro 1, emperador de Rusia. Tranquilizada de algún modo la situación en Europa oriental, Bonaparte se abocó entonces a la conquista de España, que esta vez decidió realizar personalmente. Formó un ejército de 150.000 hombres para sumarlos a los 100.000 que ya tenía en la península y partió para allí. Al llegar a Vitoria manifestó a los españoles: "Llego con soldados de Austerlitz. Vuestras malas tropas no podrán detenerlos. Como no puedo fiarme de la nación española, tomaré mis garantías y la sujetaré a un gobierno militar".

El general Castaños, esta vez al frente del ejército del Centro, y el general Palafox, al mando del de Reserva, discrepaban sobre los planes de la defensa territorial y se denostaban entre ellos. Reunidos en Tudela en Consejo de Guerra, no pudieron ponerse de acuerdo y las discordias y rivalidades surgieron a la superficie, mientras las tropas francesas se acercaban a la ciudad. Napoleón, deseoso de desacreditar al vencedor de Bailén y al defensor de Zaragoza, los batió ignominiosamente y quedó con el paso expedito hacia Madrid.

Los españoles que integraban el ministerio del rey José Bonaparte habían hecho llegar una carta a Madrid haciendo notar "lo temerario de una resistencia armada a las fuerzas incontrastables del Emperador" y haciendo responsable de la sangre y de las desventuras a la Junta Central y al corregidor de la ciudad. Pero la

Junta Central rechazó la exhortación y declaró que sus autores eran malos servidores de su legítimo rey Fernando VII, indignos del nombre español y traidores a la religión y a la patria.

Al acercarse a Madrid al frente de sus tropas, Napoleón volvió a exigir la capitulación. Rechazada la intimación, los franceses hicieron fuego y en menos de una hora tomaban las puertas de Atocha, de Alcalá y del Retiro. Los vecinos se agruparon en barricadas en las avenidas del Prado, pero nada pudo hacer el entusiasmo patriótico de una multitud desorganizada e indisciplinada contra las mejores fuerzas europeas. Al mes de la llegada de Bonaparte a España, los franceses entraban victoriosos a la capital española. Pero el emperador no quiso residir en el Palacio Real y prefirió alojarse en Chamartín, desde donde emitió varios decretos estableciendo reformas en el sistema político y económico del reino. A los pocos días, una nutrida delegación del Ayuntamiento, el clero, la nobleza y los gremios lo visitaban para agradecerle la bondad con la que había tratado al vecindario y pedirle que hiciera retornar al trono a su hermano José.

Napoleón quería destruir a las fuerzas inglesas y partió por el Guadarrama hacia el oeste, obligando a los británicos a retirarse hacia Galicia y luego hacia Portugal. En los primeros días de 1809 recibió preocupantes noticias de Austria, por lo que regresó a caballo a París luego de anunciar que su hermano José reasumiría en Madrid como monarca.

* * * *

El clima fresco había llegado hasta Sevilla, donde se había instalado la Junta Central, vulnerada y desacreditada. San Martín seguía inactivo por su estado de salud, cuando recibió una carta del general Coupigny en la que le pedía que marchara a servir con él al ejército de Cataluña. La perspectiva lo alegró y, en cuanto se sintió restablecido, pidió la autorización para incorporarse a dicho ejército. Su viaje se demoró porque se le había provisto de un caballo inútil y partió hacia el este recién con los fríos más intensos. En el principado de Cataluña se puso a las órdenes directas de Coupigny, quien estaba tratando de reorganizar unas tropas muy debilitadas por las derrotas, las deserciones y hasta las epidemias. Aunque todavía estaba algo débil, debió movilizarse por el área porque era necesario reforzar y perfeccionar las fortificaciones de algunas ciudades y tratar de enviar socorros a Gerona, sitiada por los franceses.

A pesar de la precaria y hasta difícil situación que afrontaban, José estaba contento porque había pasado del mando inferior de tropas de un solo regimiento al comando superior con manejo de fuerzas combinadas. Además se sentía identificado con Coupigny, por ser éste un jefe de ideas masónicas y liberales, que apoyaba a los oficiales que acompañaban los nuevos principios sobre la marcha general de la civilización hacia la ciencia, la filantropía y el progreso. Sin embargo, al cabo de tres meses, Coupigny fue citado a Sevilla para integrar la Junta de Generales y José se sintió nuevamente solo, desprotegido dentro de una situación que era alarmante y deprimente en tantos sentidos. En primer lugar, la derrota era una

perspectiva cercana y permanente porque las fuerzas francesas dominaban gran parte del territorio. Los aliados ingleses estaban en la frontera con Portugal y poco podían hacer desde allí. En segundo lugar, la contradicción ideológica lo acosaba, porque Napoleón señoreaba Europa haciendo cumplir muchos preceptos liberales que eran el legado de la revolución de su país, pero en España la población se había levantado contra los invasores y los sectores progresistas se habían quedado sin espacio y sin banderas. Además, había un generalizado descontento con la Junta Central, a la cual se le achacaban las derrotas y los infortunios, mientras que el propio Fernando VII, desde su prisión francesa de Valenay, felicitaba por sus triunfos al mismo Napoleón.

Al llegar el invierno, en enero de 1810, recibió un oficio de Coupigny haciéndole saber que acababa de ser designado como Cuartel Maestre del Ejército de la Izquierda, y pidiéndole que se desempeñara allí como su ayudante.

José partió de inmediato para Extremadura, pero, resolvió pasar antes por Sevilla, donde quería resolver algunos asuntos. Allí se encontró con Alejandro María de Aguado, un joven oficial, miembro de una noble familia de la ciudad, con quien había compartido algún tiempo la vida de regimiento en el Campo Mayor. Reunidos en una taberna de la calle de las Sierpes y mientras compartían unos chatos de manzanilla, Aguado le confió a su camarada que su madre y un tío (quien era ministro del rey José I) estaban tratando de convencerlo de que se pasara al bando de los afrancesados, con el argumento de que el triunfo de la nueva dinastía era inevitable,

que Fernando VII no merecía que se combatiera por sus derechos y que, en realidad, era Napoleón quien representaba los ideales de libertad, igualdad y fraternidad en medio de una Europa monárquica.

—Aunque creo que mi tío y mi madre tienen razón —comentó Alejandro mientras dejaba la copa sobre el mesón y se limpiaba los labios con el dorso de la mano—, me cuesta dar este paso.

—José se quedó callado y siguió sorbiendo suavemente su manzanilla, mientras meditaba sobre las contradicciones a las que estaban sometidos quienes compartían esos mismos pensamientos.

A la noche visitaron juntos el burdel y luego San Martín siguió viaje a Badajoz, donde se encontraba el comando general. El jefe del ejército era el marqués de la Romana, un hombre liberal y de progreso, quien había elegido como jefe de su estado mayor a Coupigny. A su vez, éste podía designar cinco ayudantes y uno de ellos era José, quien se sintió muy satisfecho de poder estar de nuevo cerca de jefes con quienes compartía las mismas ideas y sentimientos.

En general, la situación era difícil. Bonaparte había firmado la paz con Austria y había ordenado marchar hacia España a 150.000 soldados para reforzar a los 200.000 que ya se encontraban allá y dominar la persistente rebelión de la península. Al regresar de Viena a París había manifestado que él personalmente viajaría a España para terminar la guerra cuanto antes, pero su divorcio de la emperatriz Josefina lo había demorado.

Napoleón era partidario de destruir cuanto antes al ejército inglés, que se encontraba apostado en la frontera entre España y Portugal, pero Pepe Botellas prefería dominar primero Andalucía.

El emperador aceptó el criterio de su hermano y las tropas francesas marcharon hacia el sur. Tomaron sin dificultades todos los desfiladeros que se consideraban como un inexpugnable murallón que protegía Andalucía y ocuparon Bailén, esta vez sin ningún obstáculo. El rey José entró a Córdoba y fue agasajado con grandes fiestas.

Ante la inquietante perspectiva, los miembros de la Junta Central de Sevilla decidieron abandonar la ciudad y reunirse en la isla de León, cerca de Cádiz. Una vez allí, resolvieron abandonar el mando y transmitirlo a un organismo de cinco integrantes denominado Consejo de Regencia.

En Extremadura, donde se encontraba San Martín, la situación era tensa y se libraban permanentes refriegas, aunque no grandes batallas. Las fuerzas francesas amenazaban constantemente y pusieron sitio a Olivenza y Badajoz. Coupigny acompañaba al marqués de la Romana en las inspecciones a las distintas guarniciones y José y los otros ayudantes los escoltaban.

En esos días, llegó la noticia de que en Buenos Aires, en Caracas y en otros puntos de la América española, se habían instalado juntas de gobierno al conocerse la información de que la Junta de Sevilla se había disuelto. José se acordó de sus conversaciones con Zapiola y pensó que acaso esos movimientos podrían ser pasos tendientes a favorecer la independencia de las colonias.

El jefe del ejército de Extremadura resolvió incorporar la mayor parte de sus tropas a las fuerzas que Inglaterra había instalado en Portugal, al mando de Lord Wellington. Aprovechando el terreno montañoso y reforzándolo con construcciones y artillería, Wellington había emplazado al norte de Lisboa un poderoso sistema de fortificaciones, que se llamó la línea de Torres Vedras.

El viaje hasta allí fue corto, y San Martín disfrutó de la vista de verdes serranías con ganados y cultivos de viñas, que le parecían liliputienses candelabros crispados. También había pinos elegantes y blancos molinos de viento en algunas cimas, que se desbordaban en rosados durazneros contenidos por las empalizadas de piedra que dividían los prolijos terrenos. Al levantar la vista, franjas horizontales de color ocre semejaban cinturones pétreos que ajustaban los bordes de las montañas.

El marqués de la Romana instaló su cuartel general en el mismo bello pueblo de Pero Negro, donde estaba Lord Wellington, y lo visitaba diariamente en su quinta. Al regresar de sus visitas al comando británico, Romana solía reunirse con Coupigny y sus ayudantes, con quienes analizaba la situación. Más de una vez, San Martín acompañó a sus superiores en las reuniones con oficiales ingleses y portugueses y también en las inspecciones a los puntos estratégicos del campo atrincherado, que intentaba contener el avance de las tropas francesas:

A través de las opiniones del marqués de la Romana y por sus propias impresiones del lugar, José se fue formando un gran concepto de Wellington como militar y como hombre de progreso. Lo

veía como a un jefe calculador, precavido y minucioso, que organizaba la defensa con disciplina y tenía frialdad para cumplir sus planes. Sabía retirarse a tiempo disponiendo la política de tierra arrasada, es decir el retiro de los lugareños para dejar a los invasores franceses sin provisiones; a la par que utilizaba a las guerrillas para hostigar al enemigo.

Napoleón deseaba tomar Lisboa y desde allí arrojar a los ingleses al mar, para lo cual ordenó que las tropas que habían dominado Andalucía marcharan sobre Extremadura. Sobre el fin de año, las fuerzas francesas pusieron sitio a Olivenza y Badajoz.

El marqués de la Romana decidió retroceder para defender a Badajoz, pero sufrió un espasmo de pecho y murió a los pocos días. La noticia consternó a Coupigny y a sus ayudantes y también llenó de tristeza a Lord Wellington quien, aunque no respetaba demasiado a los militares españoles, había estrechado con él una gran amistad. "He perdido un colega, un amigo y un consejero — dijo—. El ejército español ha perdido su más bello ornamento y el mundo el campeón más esforzado y celoso de la causa en que estamos empeñados".

José sintió dolor ante el infortunio y experimentó una gran sensación de desamparo, parecida a la que había vivido en Cádiz ante el asesinato del general Solano. "Estamos meados por los perros, hombre", se dijo a sí mismo, mientras acompañaba el féretro del general hasta el impresionante monasterio gótico de San Jerónimo, en las afueras de Lisboa. Al terminar la triste ceremonia, tomó un chocolate con algunos camaradas en una confitería vecina.

El dulce sabor de una "queixada de Belem", con un delicado dejo a canela, le alivió la garganta y el ánimo, pero siguió pensando que, por una razón o por otra, los liberales tenían cada vez menos espacio en estas tierras.

Coupigny le pidió que lo acompañara a Cádiz, adonde había sido citado por el Consejo de Regencia, y San Martín partió inquieto junto a su jefe. El frío era intenso y, a través de la ventanilla del carruaje, podía ver cómo las armoniosas serranías portuguesas, pletóricas de pinos de erguidos follajes, eran reemplazadas por terrosos llanos con secos olivares, que le parecían figuras sugerentes. Meditaba sobre el futuro y su estado de espíritu oscilaba al compás del traqueteo del sonoro vehículo, cuyos crujidos irregulares se atemperaban por el monótono rumor de los cascos de los caballos.

Capítulo V

Ahorro y decisión

(1811—1812)

En la intimidad del trayecto en diligencia, José le confesó a Coupigny que se encontraba confundido y desalentado. Veía que la resistencia contra los franceses era muy difícil y pensaba que Fernando VII no representaba una causa digna de defensa, por lo cual sentía que nada útil podía hacer en la península en consonancia con su ideario liberal.

—Lamentablemente veo las cosas como usted —reflexionó el marqués con un tono resignado—. Pero soy ya demasiado viejo como para tomar otro camino...

Al llegar a Cádiz, la ciudad presentaba un intenso movimiento. Se había establecido allí la sede del gobierno de la España no ocupada, integrado por el Consejo de Regencia y las cortes, lo que le daba una gran animación política.

Una vez instalado, San Martín retomó contacto con José Matías Zapiola y con otro militar, nacido también en América, que a pesar de su extrema juventud se había constituido en el adalid del grupo que intentaba apoyar los movimientos que luchaban por la independencia de las colonias españolas: Carlos de Alvear. Con sólo veintiún años, Alvear tenía una personalidad simpática y seductora y utilizaba también en su tarea los múltiples recursos económicos y de relaciones que tenía por su origen familiar.

Su padre, precisamente, don Diego de Alvear, además de ser un hombre muy rico, era un militar y funcionario importante que había contribuido recientemente a reforzar los fuertes y baterías de la bahía de la ciudad para evitar el asalto de las tropas francesas. Más de quince mil soldados de línea de infantería, casi dos mil de caballería, paisanos gaditanos organizados en cuerpos por don Diego, religiosos movilizados y refuerzos británicos, se encontraban en el lugar. En el puerto había varios buques de guerra, tanto españoles como ingleses, cuyas tripulaciones y oficiales acentuaban el movimiento general.

Coupigny fue designado general en jefe del Ejército que defendía Cádiz y la adyacente isla de León y José continuó como su ayudante. Aunque su proximidad con el marqués y sus funciones lo habían puesto en el centro de la lucha contra los franceses, su espíritu marchaba en cambio bastante alejado de este cometido.

Empezó a participar activamente en las reuniones que realizaban Alvear y Zapiola, a las que también asistían militares y clérigos provenientes de México, Perú, Nueva Granada, Cuba y otros lugares de América. Allí se hablaba permanentemente de colaborar con los movimientos independentistas, como un modo de orientar a las colonias hacia las ideas liberales. También se insistía en la necesidad de constituir logias operativas, bajo el amparo del pensamiento y los ritos masónicos, con el objeto de preservar los secretos y la seguridad de los procedimientos y afianzar el ideario filantrópico y progresista.

José sentía que estas ideas tomaban cada vez más cuerpo dentro de su ser. Se conocía a sí mismo como a alguien cuyos proyectos maduraban lentamente y la incertidumbre sobre sus próximos pasos lo atenazaba.

Empezó a frecuentar a una bella manola de vida alegre que se llamaba Pepa. Visitaba con ella las tabernas donde bebían vino de Oporto o de Madeira en abundancia, haciendo brindis por el amor o por cualquier motivo. Algunas veces él tomaba la guitarra y entonaban juntos unas canciones, para terminar luego la noche en el lecho, donde él la besaba y la acometía casi con furia. Mientras Pepa gozosamente simulaba resistirse y morderlo, San Martín la penetraba con delectación y profundidad, hasta que los cosquilleos de su bajo vientre lo hacían evadirse de las zozobras de este mundo y finalmente se perdía en un espasmo de éxtasis y desmayada serenidad. A la mañana siguiente, sin embargo, ni el exceso alcohólico ni el sexo pasional le habían aclarado las ideas ni habían mejorado su ánimo, Por el contrario, se levantaba y debía tomar un bálsamo de láudano para mejorar su malestar estomacal.

Aunque su temperamento cauteloso lo alejaba de las decisiones precipitadas, su rechazo contra el absolutismo español y su coincidencia con el pensamiento de los conjurados lo llevaron, con el correr de los meses, a un punto de plena convicción. Una tarde, reunido con los amigos, les comunicó su decisión: se incorporaba plenamente al movimiento masónico y quería ingresar en la logia ya existente. Había llegado el momento de jugarse y terminar con sus contradicciones.

Esa noche volvió a salir con Pepa y le confió que estaba en vísperas de cambios favorables, pero sin darle mayor precisión. Bebieron unos buenos vinos y, al hacer el amor, José sintió que marchaba rítmicamente con ella en busca de los momentos del mayor placer. Al día siguiente se levantó aliviado y satisfecho y marchó a la comandancia con optimismo y resolución.

* * * *

La Logia de los Caballeros Racionales se reunía en la casa de Alvear, ubicada en el barrio de San Carlos, cerca de la muralla que cercaba la ciudad. José fue citado allí una noche y fue recibido por el maestro de ceremonias, quien lo hizo pasar y le vendó los ojos, ya que formalmente no debía conocer a los miembros hasta que no prestara el juramento del secreto y fidelidad. El introductor lo llevó hasta una puerta y dio cuatro golpes. Desde adentro una voz respondió:

—A la puerta han llamado de un golpe racional.

Y otra voz agregó: —Vea quién es.

Una vez abierta la puerta, el maestro explicó que traía un pretendiente:

—¿Quién es el interesado?

—José de San Martín.

—¿Qué estado?

—Militar.

—¿De qué tierra es?

—Del Río de la Plata, en América.

—Cúbranle los ojos y que entre.

San Martín sintió que lo tomaban del brazo y lo dirigían hasta la habitación. Allí le preguntaron: —

¿Qué pretende usted?

—¿Qué objeto le han dicho que tiene esta logia?

—Mirar por el bien de la América y los americanos.

—Y para ello es necesario que usted prometa bajo su palabra de honor someterse a las leyes de nuestra sociedad. José sintió la emoción de estar dando un paso importante y contestó:

—Si prometo

Luego le consultaron si estaba dispuesto a dejarse sangrar para confirmar su juramento. San Martín sabía que cuando contestara afirmativamente se le iba a eximir de este paso y así ocurrió.

El maestro de ceremonias agregó entonces:

—Una vez que el señor se ha ofrecido voluntariamente a la prueba de la sangre, se pueden omitir las otras.

Otra voz ordenó:

—Descúbranlo.

Al quitarse la venda, el ingresante vio a nueve logistas sentados a la mesa, cuya cabecera era ocupada por Carlos de Alvear.

Alvear se levantó, tomó una espada y se la ofreció:

—Señor, esta sociedad se llama de Caballeros Racionales porque no hay nada más racional que mirar por la patria y sus paisanos. Le doy esta espada, como insignia para defender la patria. También deberá socorrer a sus paisanos, especialmente a los socios, con sus bienes, como éstos lo harán con usted. Y como se nos puede acusar de conspiradores, deberá guardar secreto sobre lo que aquí suceda.

El maestro de ceremonias le hizo dar tres pasos a la izquierda y luego a la derecha, para significar que cuanto se hiciera por la América del Norte debía hacerse igualmente por la del Sud, y viceversa. Se le enseñó también que el signo de reconocimiento entre los hermanos consistía en trazar con la mano, disimuladamente, una raya en la parte inferior de la boca; o al darse la mano apretar el dedo grande o el del corazón. Cada uno de los presentes lo abrazó diciéndole "unión y beneficencia" y luego se sirvió un refrigerio.

Cuando los logistas dejaron la casa y se dispersaron, José tomó conciencia de que su vida tomaba nuevos rumbos. América ahora significaba para él un campo propicio para concretar sus ideales iluministas y huir de las frustraciones que lo acosaban. Excitado, le costó conciliar el sueño y se acordó de las postergaciones de su padre, que él intentaría superar.

* * * *

Las deliberaciones de esos días estaban encaminadas a buscar los mejores caminos de apoyo a las luchas independentistas, y se resolvió que los militares indianos volvieran a sus lugares de origen para incorporarse a los ejércitos insurreccionados. Se preveía contar con un barco especial a esos efectos y se iniciaron los preparativos. Alvear, utilizando sus vinculaciones personales y proveyendo fondos de su propio peculio, apoyó la fuga de un importante oficial francés que estaba prisionero en Cádiz, en el castillo de Santa Catalina, con el objetivo de que llevara una carta a su mariscal. En ella le solicitaba al general galo que se dejara libre a los oficiales españoles

prisioneros que hubieran nacido en América, con el objeto de que se sumaran a las luchas por la independencia de sus países de origen, bajo el compromiso de no combatir contra Francia.

Aunque tratando de mantener cierta discreción, San Martín le comunicó a Coupigny que estaba a punto de solicitar su retiro del ejército y partir para América. El marqués lo escuchó con respeto y comprensión y José sintió incluso afecto en su superior.

A los pocos días, se le comunicó su designación como comandante agregado al Regimiento de Dragones de Sagunto y pensó que se trataba de un sutil gesto amistoso de Coupigny, un intento de retenerlo en la península y en el ejército que compartían. Pero la suerte ya estaba echada y San Martín solicitó por nota su retiro, manifestando que debía viajar a Lima para arreglar sus intereses particulares, de modo de asegurar su subsistencia y la de sus dos hermanos que quedaban sirviendo al ejército en la península.

* * * *

Sintió mucha melancolía al presentar su pedido, pues recordó que era un niño de once años al ingresar al Murcia, y que había cumplido desde entonces más de veintidós años de carrera militar, es decir dos tercios de su vida. También experimentó la inquietud de la incertidumbre, pues se retiraba sin sueldo, por no tener todavía cumplidos los veinticinco años de servicio, estipulados por el reglamento para poder cobrarlo.

Su trámite fue informado favorablemente, manifestándose que ante las causas tan justas de este oficial de tan buena opinión en la presente guerra, debía otorgársele el retiro con uso de uniforme y

fuero militar, situación que por otra parte "proporciona al erario el ahorro de un sueldo en la Caballería, recargada y sobrante de oficiales".

José sintió satisfacción por la pronta resolución, pero esbozó una mueca de disgusto e ironía ante el argumento que juzgó descomedido e hiriente, de que su alejamiento de la fuerza era beneficioso, pues significaba una economía para el tesoro. "Ya verán cuánto ahorran con mi ida", pensó con resentimiento, como si estuviera buscando razones para pelear contra el ejército al que había pertenecido hasta ese día.

La posibilidad de que los logistas viajaran directamente a América desde España se disipó y se decidió que partieran dispersos hacia Londres, desde donde seguirían para las Indias. Alvear ayudó con dinero a algunos amigos, pero José prefirió no contarse entre ellos. Admiraba a Carlos por su talento y empuje y por su personalidad audaz y seductora, pero a la vez experimentaba un cierto sentimiento de rechazo, en el que los celos se aproximaban a la envidia. Se daba cuenta de que a Alvear las cosas le costaban poco, mientras que él debía esforzarse más por todo.

Los Alvear y los San Martín tenían relaciones desde hacía mucho tiempo: ya el abuelo materno de Carlos, Isidro Balbastro, había sido socio en un comercio de tienda en Buenos Aires con Jerónimo Matorras, el primo de Gregoria.

En su carácter de comisario de la Comisión Demarcadora de Límites entre España y Portugal, don Diego había recorrido muchas veces la zona de las misiones jesuíticas y había visitado Yapeyú, cuando

todavía era soltero. Luego se había casado en Buenos Aires con María Josefa Balbastro y volvió con su esposa a las Misiones, en donde en 1789 había nacido su hijo Carlos María.

En aquellos años, en la famosa tertulia de la familia Escalada, había circulado un pasquín anónimo sobre las "cosas que más chocan en esta ciudad de Buenos Aires", entre las cuales se contaban

Las plumas de Juana Matorras, lo ladeado de su hija. Las ínfulas de las Alvear y el desaseo de las Balbastro.

El virrey Juan José de Vértiz y Salcedo había iniciado un proceso para conocer el origen de ese "papel sedicioso" que puntualizaba los vicios de la gente de bien, dado que sospechaba que sus autores eran los hermanos Antonio José y Francisco Antonio de Escalada, quienes en definitiva fueron sobreseídos pero se los condenó a pagar las costas del juicio.

En 1804, cuando el matrimonio Alvear viajaba desde Buenos Aires hacia España con sus siete hijos, los ingleses atacaron la flota de fragatas e incendiaron y hundieron una de ellas, precisamente la que conducía a la mujer de don Diego y seis de sus hijos. El marido y Carlos María, que viajaban en otro navío, fueron los únicos sobrevivientes de la familia y fueron llevados presos a Inglaterra, donde el joven completó sus estudios. Aunque el trato entre las dos familias era amistoso, José siempre había intuido que algo misterioso parecía caracterizar a ese vínculo, aunque nunca había llegado a comprender la causa. Muchas veces, en su infancia malagueña, había intentado esclarecer el tema con sus padres, pero

las ambigüedades de Juan y de Gregoria solían crearle una sensación embarazosa y lo habían mantenido en la incertidumbre.

Para resolver sus necesidades monetarias acudió en auxilio de un comerciante de origen escocés, James Duff, quien se desempeñaba como cónsul de Inglaterra y con quien había construido una cálida amistad. Duff le consiguió pasaje en un bergantín inglés y además le proporcionó unas letras de cambio a las que podría recurrir en caso de apremios financieros.

Se despidió de sus amigos y ex camaradas, para muchos de los cuales era un secreto a voces el objetivo de los indianos revolucionarios. Se despidió también de Pepa con una noche de francachela y en los primeros días de otoño partió para Lisboa. Desde la cubierta de la nave británica veía alejarse las construcciones gaditanas y se acordó de la tarde en que las turbas de la plaza de los Pozos de la Nieve asaltaron la residencia del general Solana y luego lo persiguieron a él hasta la iglesia de los capuchinos. Se estremeció al recordar el sentimiento de humillación y miedo que había experimentado en todo ese episodio, pero sacudió la cabeza como si tratara de ahuyentar esos fantasmas. En América verán lo que es luchar por la independencia y la libertad, se dijo a sí mismo, mientras pensaba que allí reivindicaría también la figura postergada de su padre y la memoria ultrajada de Solano, cuyo retrato llevaba consigo en un relicario, al igual que el rosario de la monja de Cubo.

En el puerto de Lisboa transbordó a otro bergantín y llegó a Londres con los primeros fríos. La ciudad lo impresionó favorablemente y le

pareció que sus viviendas prolijas y sus calles animadas por gentes laboriosas denotaban el espíritu de progreso que se atribuía a los británicos.

Una vez instalado en su hotel, se dirigió a la casa de Grafton Street 27, en Fitzroy Square, donde se reunían los venezolanos que habían sido iniciados por Francisco de Miranda en las tareas independentistas. Estaban allí Andrés Bello, Luis López Méndez y el sacerdote mexicano Servando Teresa de Mier, y el lugar funcionó como sitio de encuentro para quienes venían de España. Con la llegada de Alvear la logia reanudó sus sesiones y se comentó que las gestiones realizadas ante el gobierno inglés en busca de ayuda no eran demasiado prometedoras, ya que la alianza con el Consejo de Regencia español ataba de manos al gobierno británico. José sugirió que se tratara de incentivar las negociaciones con Napoleón Bonaparte, puesto que el emperador francés debería tener un lógico interés en debilitar y crear dificultades a su enemiga España.

San Martín y Zapiola fueron ascendidos al quinto y último grado de iniciación, lo que los llenó de satisfacción y se comprometieron a ser leales a esa confianza. Celebraron el fin de año con nieve y, en los primeros días de 1812, partieron en diligencia hacia Portsmouth, donde se embarcaron en la fragata George Canning. El buque llevaba un cargamento de más de 2.000 bultos de mercaderías a un fuerte comerciante Quintanilla y el capitán José Vicente Chilavert con su hijo Martiniano, de diez años. También eran de la partida el segundo teniente Eduardo von Kaunitz, barón de Holmberg, el capitán Francisco Vera, José Agustín de Aguirre, quien había estado

comprando armas para Buenos Aires en Londres, y dos familias inglesas, una de ellas con tres bellas mujeres que alegraron los largos días de navegación.

Cuando los días empezaron a calentarse, José se sentaba en los atardeceres en la cubierta y disfrutaba con las puestas del sol sobre el océano. Tocaba un rato la guitarra y después, en silencio y soledad, trataba de reconstruir imágenes de Yapeyú o Buenos Aires, pero sólo tenía visiones borrosas provenientes de escuetas narraciones de sus padres, que confundía con radiantes mañanas de Málaga o con las opacas paredes de su casa de la calle de Pozos Dulces. Evocaba los crepúsculos sobre el Mediterráneo y los recordaba más luminosos y serenos, acaso porque una tenue preocupación le venía desde el fondo de su espíritu, al considerar que desde los once años había vivido con un sueldo del ejército y había renunciado voluntariamente a esa estabilidad. Su cabina era estrecha y el agua y la comida malas, pero la ansiedad por entrar en una nueva etapa de su vida que lo satisficiera espiritualmente lo compensaba con creces. El día que cumplió los 34 años lo celebró con sus compañeros y el capitán y brindaron con vino de las Canarias, que le resultó exquisito y le hizo acordar a Pepa. Se consoló diciendo algunas galanterías a las inglesitas y conversando con Carmen de Alvear, con quien tenía mejor comunicación que con su marido, y le resultaba más simpática que éste.

Cuando entraron al Río de la Plata se cruzaron con un barco que iba en sentido contrario y su comandante les informó que la escuadra española había puesto sitio al puerto de Buenos Aires y la

revolución estaba a punto de ser sofocada. Zapiola, por su condición de experimentado navegante, ofreció su colaboración al capitán de la *George Canning* para sortear el bloqueo y así lograron llegar hasta la rada. Cuando José vio que ya estaban adentro, prorrumpió en un grito de "Viva Zapiola", que fue coreado en la cubierta por los circunstantes. Aquí estamos, pensó San Martín con entusiasmo, pero también con un dejo de zozobra ante los días que se iniciaban.

Capítulo VI

La Reina del Plata (1812—1813)

Construida sobre un suave promontorio y ubicada entre dos, riachuelos que desembocaban en el inmenso Río de la Plata, Buenos Aires extendía hacia el sur sus viviendas con techo; de tejas dispuestas en manzanas cuadrangulares. Una modesta fortaleza daba la espalda al río y miraba sobre la Plaza Mayor, rodeada también por la Catedral, el Cabildo con su torre con reloj, y escasas construcciones con azoteas y muy pocas de dos plantas. Al compararla con la vista de Málaga o de otras ciudades sobre el Mediterráneo, a José le pareció chata y uniforme.

Desde la fragata descendieron a unos botes, en los que fueron arrimados hasta unos carros tirados por bueyes cuyas alias ruedas estaban semi hundidas en el agua. En ellos llegaron hasta tierra firme y San Martín fue el último en descender, pues sabía que nadie lo esperaba.

Se instaló en su alojamiento y, a la tarde, partió hacia el Fuerte con sus camaradas a saludar a los miembros del Triunvirato que ejercía el Poder Ejecutivo y ofrecer sus servicios como profesionales de la guerra. Fueron recibidos con cordialidad y conversaron sobre la situación que se vivía, que era bastante difícil, pues habían llegado a Montevideo refuerzos portugueses para apoyar a las tropas del Consejo de Regencia español, que desde allí intentaban sofocar el levantamiento del Río de la Plata. El ejército rebelde, a su vez, a las

órdenes de un abogado improvisado en general, Manuel Belgrano, había sufrido algunas derrotas en el Alto Perú, de modo que los revolucionarios estaban amenazados desde el este por las fuerzas navales de Montevideo y desde el norte por las tropas con asiento en Lima.

El secretario del organismo, Bernardino Rivadavia, reemplazaba al triunviro que estuviera ausente y en los hechos era el verdadero hombre fuerte del gobierno. Los gobernantes se manifestaban muy liberales, pero comentaron que ante la reticencia del apoyo inglés, la actitud de la Casa de Portugal y la exigencia de sometimiento absoluto por parte del Consejo de Regencia, era prudente seguir legislando en nombre de Fernando VII. No obstante ello, querían mejorar la posición militar y se acordó crear un nuevo regimiento de caballería, cuya conducción se pondría en manos de San Martín, Alvear y Zapiola. José se sintió muy reconfortado y se retiró satisfecho, aunque no terminó de simpatizar con Rivadavia y el rechazo parecía haber sido mutuo.

Esa misma noche concurren a una tertulia familiar y fueron presentados a la gente más importante de la ciudad. Aunque el piso de la morada era de baldosas, había muebles elegantes de madera tallada, pinturas religiosas con marcos dorados y vajillas de porcelana con jarras de plata, de modo que el recién llegado advirtió que la sociedad local no era tan tosca como le había parecido en su primera impresión. Los jóvenes bailaban minués al compás de los acordes de un clavicordio y José sintió que estaba en un ambiente cálido y nada hostil. Aunque Alvear y su esposa Carmen eran el

centro de la escena y eran cumplimentados con entusiasmo por muchas personas, también él fue saludado por alguna gente cuyos ascendientes habían conocido a sus padres o a su tío Jerónimo Matorras.

* * * *

De inmediato empezó a funcionar una nueva logia, con la presidencia de Alvear. San Martín fue designado secretario y ello contribuyó a hacerlo sentir cada vez más integrado a su nuevo objetivo y a su nuevo lugar de residencia y actuación. Una de las normas de la asociación establecía que si uno de sus miembros ocupaba un alto cargo en el gobierno, no podría tomar resoluciones graves sin consultar con la logia. Específicamente, el jefe de gobierno no podía designar gobernadores, generales en jefe, embajadores, jueces superiores o dignatarios eclesiásticos, ni castigar a otro masón, sin el acuerdo de los otros logistas. Como la logia aconsejaba que los principales empleos se proveyesen en personas que gozasen de buen predicamento, otra norma obligaba a los hermanos a esforzarse para adquirir buena consideración pública. Si alguno de los masones fuese designado general o gobernador, podía crear una sociedad dependiente de aquélla, compuesta de un menor número de integrantes.

* * * *

El periódico oficial, La Gaceta, anunció la llegada de los militares españoles, y a los pocos días un decreto gubernamental resolvía dar a San Martín el empleo efectivo de teniente coronel de caballería y lo designaba comandante de un escuadrón de granaderos a caballo

que debía organizar. Alvear fue nombrado sargento mayor y Zapiola capitán de la primera compañía. José sintió alivio al verse de nuevo con un cargo y un sueldo que aseguraran su subsistencia, pero como Alvear renunció a su salario decidió emularlo y resignar una tercera parte de cada retribución mensual. Esta actitud de Carlos, quien procedía de acuerdo con su afán de notoriedad pero sin importarle si dejaba descolocados a sus camaradas, le cayó mal pero no le expresó su descontento. Al dinero que había traído desde Europa lo depositó en la casa del comerciante inglés Alejandro Mackinson, y se propuso vivir de su sueldo y no tocar ese capital.

El nuevo regimiento se instaló en el cuartel de la Ranchería, cerca de la Plaza Mayor, y se inició solamente con un soldado, dos cabos, dos sargentos y un trompa. A José le encantaban los desafíos de la labor organizativa, que ya había desempeñado muchos años antes en los comienzos del batallón de infantería ligera de Campo Mayor. Si bien los medios no iban a ser abundantes, se propuso ser muy exigente en la formación de oficiales y soldados, ya que veía que en la sociedad indiana había todavía más improvisación e incompetencia que la que había criticado en la península. Puso todo su empeño en la tarea, para la cual además estaba cómodo porque Alvear se dedicaba principalmente a las labores políticas de la logia y prácticamente no venía por el regimiento.

Una noche fue invitado a una reunión en casa de Mariquita Sánchez, una dama de la sociedad local cuya tertulia era muy renombrada. Se accedía al salón por unas escaleras breves y las paredes estaban revestidas de género. En el jardín, una fuente con

reloj de agua daba realce a la fiesta y mezclaba su rumor líquido con el susurro de violines.

Remedios de Escalada tenía catorce años y sus padres la habían llevado al sarao. Animada y coqueta, era hija del matrimonio formado por Antonio de Escalada y Tomasa de la Quintana, quienes la mimaban y cuidaban con delectación, al igual que sus hermanos. Cuando Remedios miró hacia la entrada, notó la presencia de un hombre alto, con llamativo uniforme militar. Su tez era morena y el cabello, negro y lacio, se prolongaba en espesas patillas que envolvían un rostro vivo, (le pronunciada nariz aguileña y boca pequeña y de labios finos. No era bello pero sí apuesto, de porte marcial y distinguido, con unos impresionantes ojos negros, vibrantes y movedizos, cubiertos por espesas cejas que resaltaban su fulgurante mirada. La niña preguntó quién era ese invitado y se lo comentaron:

—Es José de San Martín, el oficial que vino con los Alvear.

José recorrió el salón con su mirada y fue atraído por la figura de una jovencita delgada y pálida, de ojos cautivadores y delicado donaire, que llevaba un vestido claro de estilo imperio y parecía esconderse y ofrecerse detrás de la tersura de un ramillete de jazmines. Quedó impactado por el parecido que tenía con Pepa, pero en una versión de menos edad, con estampa más fina y ademanes más suaves. Se acercó a Carmen, la esposa de Alvear, y le preguntó quién era esa niña:

—Es Remeditos, la hija de Antonio de Escalada.

Carmen los presentó y luego los dejó solos. Después de conversar un rato, José la sacó a bailar. Danzaron minué y contradanza y él quedó deslumbrado con su voz deliciosa y sus movimientos seductores. Ella, a su vez, se sentía tremendamente halagada con la atención de este hombre maduro y fuerte, que le brindaba bienestar como si fuera un padre seguro y atractivo, pero a la vez la inquietaba por su tono incitante e interesado.

Alvear los vio bailar y le comentó a su mujer:

—Mírelo al viejo embobado...

San Martín estaba ajeno a todo lo que sucedía fuera de esta bella criatura y pensaba que pocas veces una mujer lo había mirado tan a los ojos, como si lo quisiera para toda la vida.

* * * *

En el cuartel de la Ranchería, dedicaba sus jornadas a la formación e instrucción de oficiales, para lo cual utilizó inicialmente a sus compañeros de viaje desde España y a quienes se hubiesen fogueado ya en las luchas de la Revolución. Paralelamente creó un cuerpo de cadetes, tomándolos de las familias más importantes de la ciudad, de tal modo que funcionaba una especie de academia de formación práctica, que él dirigía personalmente, donde se enseñaba el uso de armas y las nociones tácticas. En cuanto a los soldados, exigía para reclutarlos que tuvieran buena talla y fueran vigorosos y los hacía someter a una disciplina rigurosa, inculcándoles a fuego el principio de obediencia.

Las funciones militares lo tenían atareado, pero la cuestión política le llegaba cotidianamente. El Triunvirato no se entendía con el

Poder Legislativo encarnado en una Asamblea, y terminó por disolverla.

En cuanto a la guerra, los triunviros querían arreglar primero la situación con Montevideo (donde las fuerzas españolas tenían una clara superioridad naval) y recién después dar batalla en el norte, desde donde Belgrano solicitaba apoyos que no recibía.

Gran parte del núcleo revolucionario inicial se había volcado a la oposición y una agrupación llamada Sociedad Patriótica, liderada por Bernardo de Monteagudo, encarnaba estas protestas. La logia, desde las sombras, pero conducida por ese personaje de relumbré que era Alvear, contribuía a aportar una dirección organizada y a orientar influencias en este sentido

Las divisiones intestinas empezaron a generar desconfianzas sobre los militares llegados de la península: en las tertulias sociales o de cuartel, José se enteró de que algunos rumores lo acusaban de ser espía del Consejo de Regencia español, tesis que se abonaba en el hecho de que hubiera sido el ayudante del jefe militar de Cádiz hasta el momento de su partida. También se decía que era un agente inglés, lo que explicaba su estadía previa en Londres y estaba avalado también por su sable corvo, que era el tipo de arma que usaban los corsarios británicos. Otras versiones decían que era un notorio afrancesado, digno discípulo de los jefes con quienes había servido, como Solana y Coupigny. Esto parecía estar corroborado por el memorándum que un informante rioplatense había enviado desde Londres al cónsul inglés, en el que le aseguraba que tanto el teniente coronel San Martín como el barón

de Holmberg, por sus conductas anteriores, eran agentes pagados por el gobierno francés y enemigos de los intereses británicos.

El regimiento de granaderos empezaba a perfilarse y fue trasladado al cuartel de Retiro, sobre las barrancas en que terminaba la ciudad, al lado de la precaria plaza de toros. San Martín se instaló allí y dirigía personalmente la instrucción, cuyos avances comenzaba a notar. Por las tardes, asistía a las tertulias sociales y visitaba a Remedios en su casa.

Don Antonio de Escalada era uno de los comerciantes más acaudalados de la ciudad y poseía un bloque de edificios sobre la calle de la Catedral, que se extendía hasta la de la Merced. En la esquina explotaba una pulpería con un pilar de lapacho en la ochava, que dividía las puertas y sobre la cual obraba de palenque un viejo cañón clavado por la boca. Mientras hacia el norte estaban las cocheras, dos viviendas altas y siete cuartos alquilados a comerciantes, sobre la arteria de la Catedral estaba la casa de su familia, con dos plantas y azotea, ancha puerta de madera, y rejas y barandas de hierro de Vizcaya.

Por un zaguán con piso de mármol se llegaba al primer patio, a cuya izquierda estaba la sala principal con suelo de baldosas y alfombras floreadas, cielo raso con molduras y arañas de cristal, estrado y sahumerios, ventanas a la calle y paredes revestidas con damasco de seda amarilla.

Aunque Antonio había sido reconocido como hijo legítimo por rescripto del príncipe, por haber nacido sin matrimonio de sus padres, gozaba de un gran prestigio social y sus tertulias eran muy

animadas. Habitualmente, él mismo iniciaba los bailes y solía mantener la danza hasta la madrugada. Viudo con dos hijos (Bernabé y María Eugenia) se había casado en segundas nupcias con Tomasa de la Quintana, una belleza de gran reputación, con quien había tenido dos varones, Manuel y Mariano, y dos mujeres, Remedios y Nieves. Antonio simpatizó de entrada con San Martín, lo recibía con hospitalidad y veía con buenos ojos la relación que se formaba con su hija, pero otros miembros de la familia, particularmente su esposa, lo subestimaban y le llamaban "el plebeyo" o "el soldadote".

José estaba cada vez más enamorado de Remedios. En su vida de soldado había conocido a muchas mujeres de todo tipo, pero esta criatura le resultaba muy especial. La insinuación de su mirada y la perfección de su boca lo encandilaban, mientras que su extremada juventud le añadía un toque de pureza y encanto adicional. Se sentía correspondido y en las reuniones cotidianas bailaban minués y contradanzas y el romance era motivo de comentario general.

Entre la servidumbre de los Escalada se contaba la negra Jesusa, una mujer joven y graciosa que atendía la mesa y servía en las tertulias, en las que contoneaba sus caderas con gran sensualidad. Tenía devoción por Remedios y parecía haberse contagiado del afecto que la niña estaba desarrollando por el erguido militar. José notaba que Jesusa lo trataba con dulzura e interés: lo miraba con profundidad y entreabría levemente su boca de labios carnosos; al servirle la comida en el comedor, rozaba siempre su brazo.

José pidió hablar con Antonio en privado y le hizo saber su intención de matrimonio con Remedios. Desde entonces, pese a la sorda oposición de Tomasa, la niña y el oficial pudieron estar más tiempo a solas en la sala y se besaban con pasión cada vez más encendida sobre el sofá. A José le resultaba maravilloso este crecimiento del amor y regresaba al cuartel encendido como un chiquillo.

Una noche, estando ya en su habitación para acostarse, sintió unos leves toques en su puerta y en el acto advirtió que se trataba de una mujer con intenciones. Sintió un escalofrío que lo despertaba y se imaginó la presencia de Remedios, ofreciéndosele. Se dirigió a la puerta y la abrió lentamente. Con un brazo en la cadera, un quiebre en su cintura incitante, un vestido escotado con vuelos sobre sus senos generosos, Jesusa lo miraba comiéndoselo con los ojos.

* * * *

Las reuniones de la logia se realizaban en una casa de la calle de la Barranca, cerca de la iglesia de Santo Domingo.

Una noche, José llegó en el horario convenido y notó que había una cierta efervescencia en los rostros de sus compañeros. Alvear informó que Bernardino Rivadavia, quien había sido invitado a incorporarse a la logia, había declinado el ofrecimiento porque no estaba dispuesto a compartir con un organismo secreto y ajeno las responsabilidades del gobierno.

Creo, amigos —concluyó Carlos— que no tenemos más remedio que luchar por el cambio de triunviros...

Varios socios apoyaron la moción de tratar de colocar en el Triunvirato a miembros de la logia. En cierto momento, miraron inquisitivamente a San Martín y éste respondió:

—De acuerdo, hombre, de acuerdo...

* * * *

A los seis meses de su arribo a Buenos Aires desde Londres, el teniente coronel San Martín esperaba, en la Catedral, la llegada de su novia. El maduro militar de 34 años miraba a sus padrinos, Carmen Quintanilla y su esposo Carlos de Alvear. No estaba demasiado nervioso, pues en su prolongada vida militar había pasado por momentos comprometedores, pero se sentía algo inquieto. No sabía dónde poner la mirada y la llevaba desde la figura de un ángel arcabucero al costado del altar, hasta las estampas de Alvear y Carmen, ambos elegantemente vestidos. Estaba contento, porque sentía que su relación amorosa con Remedios le había devuelto algo de su juventud y le complacía incorporarse a una familia rememoró una sensación muy infantil, un sentimiento muy temprano de que don Juan se había valido de las relaciones y el dinero de Gregoria para ganar puestos y responsabilidades. Un rumor lo devolvió al presente y vio entrar a Remedios acompañada por su padre y cubierta por una blanca mantilla. Con bucles cayéndole hasta los hombros, desde su rostro de fino óvalo la muchacha lo miró con ojos profundos y José sintió que una emoción protectora le nacía en el pecho y se le convertía en animada sonrisa.

El cura Luis María de Chorroarín los declaró marido y mujer y esa noche hubo baile en lo de Escalada, en donde los novios iban a vivir. Una escolta de granaderos los acompañó luego hasta San Isidro, a la quinta que la hermana mayor de Remedios, María Eugenia, y su marido José de María, poseían en el lugar. Cuando se retiraron a sus aposentos, José sintió que la muchacha le entregaba todos sus primores y trató de cabalgarla con ternura, en un encuentro de pasión y torpezas que lo llevó hasta un dulzor que pocas veces había alcanzado.

Al lunes siguiente, San Martín reanudó sus labores al frente del regimiento de granaderos. Llegaba muy temprano y dirigía personalmente la instrucción de oficiales y soldados, en los que procuraba asegurar una férrea disciplina. Impartía lecciones de táctica militar a la oficialidad y resolvió crear una institución que había visto perfilarse en sus últimos días en Cádiz: un tribunal de honor compuesto por los propios oficiales, en los que ellos mismos actuaban como celadores, fiscales y jueces y podían utilizar incluso el duelo. El primer domingo de cada mes, presidía una reunión secreta del consejo de oficiales, en la que realizaba una arenga sobre la necesidad de no permitir ninguna indignidad dentro del cuerpo. En unas tarjetas en blanco cada oficial debía escribir las faltas que hubiese notado en sus camaradas y, si había algún acusado, se lo hacía salir de la habitación. Se designaba entonces una comisión investigadora que, durante una posterior sesión extraordinaria, dictaminaba si el cuestionado era digno de pertenecer al cuerpo.

* * * *

El gobierno insistía en su plan de liquidar primero a las fuerzas de Montevideo y después lanzar una ofensiva en el norte. Aunque el general Belgrano quería presentar batalla y pedía ayuda para eso, se le ordenó retroceder hasta Córdoba y solamente se le habían enviado 400 fusiles, de los 8.000 llegados de Estados Unidos.

Antes de recibir la última instrucción, Belgrano presentó batalla en Tucumán y obtuvo una resonante victoria. La noticia llegó a los pocos días a Buenos Aires y se la festejó con salvas de artillería, repique de campanas y música en las calles. En el Fuerte, bajo la bandera española, se colocó un pequeño gallardete celeste y blanco. Esa noche, en la logia, se resolvió apresurar los tiempos y promover la destitución de los triunviros, en particular la de Rivadavia.

A la tarde siguiente, grupos de opositores a la conducción política empezaron a ocupar la polvorienta plaza de la Victoria. Poco antes de la medianoche, los regimientos de artillería, de infantería y el de granaderos a caballo ingresaban al paseo. Sus jefes, el comandante Pinto, el coronel Ortiz de Ocampo y el teniente coronel San Martín, miembros de la logia los tres, dispusieron que las tropas formaran frente al Cabildo. Se emplazaron cañones en la bocacalle y, bajo el arco principal de la recova, dos morteros apuntaban hacia el edificio.

San Martín fue informado de que un grupo de exaltados había ido a buscar a sus casas a Rivadavia y a Juan Martín de Pueyrredón, dos de los triunviros. Al no encontrar a ninguno, empezaron a proferir

insultos al frente de la vivienda de un hermano de Pueyrredón, y le rompieron una ventana.

Desde la madrugada se empezó a citar a los cabildantes y, a las 9 de la mañana, la corporación ya estaba reunida. El jefe de la Sociedad Patriótica, Bernardo de Monteagudo, ingresó con un petitorio con más de 300 firmas (incluidas las de importantes religiosos), exigiendo que el Cabildo reasumiera la autoridad que el pueblo le había delegado el 22 de mayo de 1810, que cesaran en sus mandatos los triunviros y la Asamblea, y se creara un nuevo Poder Ejecutivo que convocara a una nueva Asamblea verdaderamente nacional, la que debía fijar la suerte de las Provincias Unidas.

Los miembros del Cabildo empezaron a deliberar, pero como la situación era confusa resolvieron citar a los jefes de regimiento, para conocer su posición. Los tres comandantes entraron y manifestaron que su propósito al haberse reunido en la plaza era el de proteger la libertad del pueblo, para que pudiera explicar libremente sus votos y sentimientos, ya que las tropas no estaban para sostener a cualquier gobierno y convalidar la tiranía.

Los militares se retiraron y los cabildantes continuaron sus deliberaciones, mientras también en la plaza los manifestantes discutían y se dividían en facciones. Como el Cabildo demoraba la resolución del petitorio, San Martín volvió a entrar al recinto y expresó con energía que el fermento había aumentado y que era preciso cortarlo de una vez.

Al cabo de nerviosas deliberaciones, los regidores aceptaron las presiones de los jefes militares y designaron un nuevo Triunvirato

integrado por Nicolás Rodríguez Peña, Juan José Paso y Antonio Álvarez Jonte, que eran precisamente los nombres que había sugerido Ortiz de Ocampo. Cuando los flamantes triunviros prestaron juramento y se dirigieron al Fuerte para ejercer sus cargos, las tropas volvieron a los cuarteles. Mientras marchaba hacia el Retiro al frente de sus granaderos, José pensó que ahora, con el gobierno consolidado cerca de la logia, podían acentuarse las políticas independentistas. A la noche, todavía excitado, le comentó a Remedios los acontecimientos de la larguísima jornada. Luego la acarició y la besó apasionadamente, y sintió que esa niña tierna e inexperta lo conmovía con su cariño lleno de temblores.

* * * *

A través de comentarios, San Martín se enteró de que Juan Martín de Pueyrredón estaba resentido con él, por haber entendido que había sido el promotor de su búsqueda y del ataque contra la casa de su hermano. José estaba conforme con el reemplazo del Triunvirato y la forma en que marchaban los acontecimientos políticos, pero no quería crearse enemigos sin necesidad ni restar apoyo de personas que consideraba importantes y útiles. Se sentó en su escritorio del regimiento y le escribió a Pueyrredón:

Nada hay tan sensible para todo hombre como el ser acusado de hechos que no ha cometido. Así es que habiendo sabido extrajudicialmente me creía usted el promotor del incidente de su hermano y busca, de usted la noche del ocho, ha llegado al colino ini serttintiento.(SIC) Firme en mis principios, ni aun la misma, muerte mee haría negar este hecho si así lo hubiera

cometido. Bien, al contrario, es bien notorio que a mi llegada, a la plaza se había ya ejecutado y que lo desaprobé. Mi honor y delicadeza exigen que, tanto a usted como al resto del pueblo que estén en esta creencia, les dé una satisfacción.

La firmó agregando los tres puntos .'. de su filiación masónica y la despachó de inmediato para Arrecifes, donde Pueyrredón estaba retirado en su quinta. Esa noche, en casa de los Escalada, le contó a Remeditos y a su suegro que acababa de mandarle una explicación a Juan Martín. Se encontraba cómodo dentro del círculo de relaciones que iba formando, y su incorporación a la familia Escalada, y por lo tanto al vasto ámbito de amistades que éstos tenían, le resultaba satisfactoria y le daba un sentido de pertenencia que en realidad, prácticamente desde su incorporación al ejército español, nunca había sentido.

Una tarde, al regresar a la casa de Escalada, se encontró con una respuesta desde Arrecifes:

He leído con placer la satisfacción que me da en su carta, porque precisamente me había extrañado que proviniese de usted el comportamiento del oficial que insultó mi casa y la de mi hermano. No conservo resentimientos vulgares, sino que deseo que nuestra patria pueda contar con una constitución que enseñe los caminos y a los que mandan y a los que obedecen, para no dar en el escollo de la anarquía. Por ser usted quien es y por la familia a la que pertenece .'. , lo aprecia con verdad
Juan Martín de Pueyrredón

El nuevo triunvirato ascendió a San Martín a coronel y el matrimonio festejó el fin de año en casa de los Escalada. Hubo una alegría adicional en la reunión al recibirse la noticia de que una columna española que había salido de Montevideo con el objeto de hacer levantar el sitio, había sido derrotada por el ejército patriota comandado por José Rondeau. Aunque sitiadas en Montevideo, las fuerzas españolas dominaban las aguas y mandaban barcos al río Paraná, en donde habían cañoneado y saqueado San Nicolás y San Pedro. Su objetivo era hostilizar las costas para evitar que se enviasen refuerzos a los sitiadores, como también obtener alimentos frescos para la plaza, en la que ya empezaban a escasear.

El Triunvirato tomó conocimiento de que una escuadrilla realista había sido enviada a remontar el Paraná para destruir las baterías emplazadas en Rosario y evitar el tráfico comercial con el Paraguay. Los triunviros se reunieron en el Fuerte con el coronel San Martín y, de común acuerdo con él, se le ordenó marchar con una parte de su regimiento a proteger la costa del río, desde Zárate hasta Santa Fe.

José salió del cuartel con una fuerza escogida de 125 hombres (incluyó entre los oficiales a su cuñado Manuel Escalada) y marchó hacia el norte. Se sintió reconfortado al estar de nuevo en acción, puesto que hacía casi dos años que había llegado a Cádiz para concluir su etapa en el ejército español. Pero he aquí —pensaba— que ahora voy a enfrentarme con mis antiguos camaradas. Se animó al reflexionar que ahora estaba luchando por sus ideas

liberales y que afortunadamente la dirección política del movimiento independentista estaba encaminándose bien.

Pasó por Santos Lugares y lo sorprendió la exuberancia de, la vegetación, mucho más frondosa que la que acostumbraba ver en Andalucía o Extremadura. Hacía calor y las grandes arboledas fueron dejando lugar a extensos llanos, pero igualmente verdes y radiantes.

Al saber que estaban cerca de la expedición naval, empezaron a marchar por las noches. San Martín quería evitar los espías y, simultáneamente, envió los propios a vigilar la costa. Poco después, él mismo se disfrazó con un poncho y un sombrero de campesino y acechó desde la orilla a los barcos españoles: eran siete embarcaciones de distinto tamaño, con más de 300 hombres entre soldados y marineros.

Resolvió seguir a la flota a la distancia y, un día, el comandante militar de Rosario le avisó a través de un chasqui que la escuadrilla se había detenido en San Lorenzo, frente al convento de los franciscanos, que pensaban registrar al día siguiente en busca de caudales y víveres.

—Ésta es la mía —pensó José—. Les daremos batalla a estos maturrangos...

Ordenó apurar el paso y entre trote y galope ganaron distancia. Era ya noche cerrada cuando llegaron hasta la posta de San Lorenzo, unos cinco kilómetros antes del convento, donde los esperaba un refuerzo de cabalgaduras. Un lujoso coche estaba desatado a un costado y dos soldados fueron a inspeccionarlo, mientras el maestro

de postas le explicaba a San Martín que se trataba de un viajero inglés que iba rumbo al Paraguay y había preferido dormir dentro del vehículo. Le mandó que no encendiera las luces del lugar mientras se hacía el cambio de caballos y se dirigió hasta el carruaje, donde se encontró con Parish Robertson, un británico a quien había conocido en la tertulia de su suegro. Se saludaron cordialmente y Robertson lo invitó a compartir una botella de buen vino, que llevaba en su equipaje. José aceptó de buen grado y, entre copa y copa, le confió su intención de dar batalla a los españoles cuando desembarcaran. El inglés hizo un brindis por el triunfo y le pidió que los dejara acompañarlos.

—Convenido —aceptó el coronel mientras secaba sus labios con el dorso de la mano—. Pero recuerde que su misión no es pelear. Le daré una buena cabalgadura y si ve que el resultado nos es adverso, póngase a salvo. Tenga en cuenta que los marinos no son de a caballo...

Siguieron viaje hasta el convento y entraron sigilosamente al patio por la puerta de atrás, tratando de no hacer ruido para no ser notados desde los barcos. Los frailes se habían retirado el día anterior, pero un revoltoso cura rosarino, que había tenido muchos conflictos con las autoridades religiosas, Julián Navarro, había venido a unírsele. José apostó doce granaderos a cuidar la puerta y luego dividió el resto en dos compañías. Acompañado por Robertson y unos pocos oficiales, subió al campanario para tratar de avistar a las embarcaciones. El silencio y la oscuridad le confirmaron que el ingreso al monasterio no había sido advertido. Experimentó alivio,

pero el nerviosismo por la proximidad del encuentro le impidió descansar. Con las primeras claridades de la aurora, al ubicar las embarcaciones sobre el ancho río y divisar entre las nieblas transparentes la verde llanura que iba desde el convento hasta el borde, para luego caer en dura barranca, sintió que estaba dominando el sitio y se tranquilizó aun más. Calculó que desde el frente del monasterio, donde él estaba, hasta el límite de la barranca acantilada, a cuyo pie se encontraba la playa, había unos trescientos metros y pensó que era el lugar ideal para arrollar a los españoles con la caballería.

El movimiento en las cubiertas anunciaba el inminente desembarco y San Martín bajó para disponer las últimas instrucciones. Ordenó que las dos compañías salieran nuevamente por la puerta de atrás (la única que no se divisaba desde el río) y permanecieran allí montadas, con las bridas preparadas pero ocultas tras los macizos muros.

Volvió a subir a la torre y comprobó con su largavista que los botes con unos doscientos cincuenta hombres (el doble de los granaderos) se dirigían ya hacia la orilla. Las lanchas tocaron tierra y los soldados se armaron en dos compañías de infantería. Una vez formados, empezaron a subir una senda en zigzag que los llevaba desde la playa hasta la planicie superior. Cuando vio asomar en la llanura a los primeros infantes, bajó presurosamente por las estrechas escaleras y se topó con Robertson: detener su paso.

Subió al caballo bayo que su asistente le tenía de las riendas y se puso al frente de una compañía. La otra estaba a cargo del capitán

Justo Bermúdez, a quien le dijo: —Nos encontraremos en el centro de las columnas enemigas. Allí le daré a usted nuevas órdenes.

Desenvainó su sable corvo e hizo una breve arenga a la tropa, exhortándola a usar lanzas y sables y a defender el honor del regimiento. Espoleó su bayo y, al son del clarín, salió ~ por el ala izquierda del convento, mientras Bermúdez y su tropa aparecían por la derecha.

Con la música de pífanos y tambores y pertrechados con dos pequeños cañones, los españoles estaban ya a cien metros ' del frente del convento cuando se vieron atacados sorpresivamente desde ambos costados del edificio. Se detuvieron e iniciaron fuego con fusiles y con cañoncitos, pero la carga de caballería los alcanzó a pesar de todo.

En el primer choque José sintió que su caballo rodaba alcanzado por la metralla y un fuerte golpe de su cuerpo contra el piso lo dejó medio aturdido. La mejilla le dolía y no podía ver bien, en medio del polvo y del humo de la pólvora. Cuando intentó levantarse vio que el correntino Cabral se acercaba desmontado para ayudarlo, pero cayó cerca con dos heridas en el pecho. Se sintió impotente y angustiado, porque no podía dirigir el combate, pero vio que Bermúdez había tomado la iniciativa y ordenaba un segundo ataque que hacía retroceder a los europeos hasta el borde de la barranca.

Pocos minutos después, los españoles iniciaban precipitadamente la retirada hacia los botes abandonando banderas y cañones, mientras algunos soldados en su apuro llegaban a caerse por los acantilados.

Sin embargo, en los últimos tiroteos con los que huían, el propio capitán Bermúdez cayó herido por una bala.

Dolorido pero satisfecho, San Martín montó nuevamente y retomó el comando. Recorrió el campo asistiendo a los heridos y sintió orgullo por el comportamiento de sus hombres y la victoria obtenida. ¿Seguirán diciendo ahora en Buenos Aires que soy un espía español?, se preguntó a sí mismo, con una mezcla de encono y resignación.

Cerca del mediodía, bajo la sombra de un pino de copa horizontal para aliviar el creciente calor, compartió la mesa con algunos oficiales y el inglés ofreció nuevamente sus buenos vinos. Unos otros caminaban con precaución por el piso de la huerta, asustados todavía por el ruido de los cañonazos y el olor a pólvora.

Había euforia por el triunfo y José, aunque siempre reconcentrado, compartía el buen espíritu por haber derrotado a una tropa que los doblaba en número. Pensaba en eso cuando dictó sobre la misma mesa el parte de batalla.

Tengo el honor de decir a V. E. que los granaderos de mi mando, en su primer ensayo, han agregado un nuevo triunfo a las armas de la patria. Seguramente el valor e intrepidez de los granaderos hubiera, terminado de un solo golpe las invasiones de los enemigos en las costas del Paraná, si la proximidad de las bajadas, que ellos no desampararon, no hubieran protegido su fuga. Pero me arrojó a pronosticar que este escarmiento será un principio para que no vuelvan a inquietar a estos pacíficos moradores.

Esa tarde empezaron a regresar algunos monjes y el coronel se instaló en el cuarto del cura guardián. Desde el claustro, sostenido en un sector por contrafuertes y sembrado de naranjos, ciruelos y rosales, le llegaba el olor a pasto mojado y el fuerte canto de unas calandrias. A la mañana siguiente, un centinela le avisó que un oficial español había desembarcado en un bote y se acercaba con ánimo de parlamentar. El coronel lo recibió con amabilidad y el hombre le explicó que necesitaban víveres frescos para alimentar a sus heridos, por lo que venía a solicitar se le vendiesen algunos. San Martín lo hizo conducir hasta el comedor, donde se le obsequió con un succulento desayuno, y después le hizo entregar una media res para llevar hasta la flota, exigiéndole bajo palabra de honor que sólo sería dedicada a los enfermos.

Enterrados los muertos y asistidos los heridos, José resolvió volver a Buenos Aires. Antes de arrancar, el prior le pidió que intercediera por la comunidad del convento ante el gobierno, a los efectos de que no se la incluyera dentro de los decretos que estaban a punto de expedirse contra los españoles europeos. Con modales ceremoniosos, el fraile le argumentó que oportunamente el colegio había adherido a la Junta de Mayo y que en los días previos había tratado de colaborar en todo lo posible con las tropas patriotas y luego aliviar a sus heridos, no sólo por el apostólico ministerio a que estaba obligado, sino porque todos sus integrantes estaban compenetrados con la justa causa que se estaba sosteniendo.

Escribame un memorial, padre —le respondió el coronel—, que yo me ocuparé con gusto.

Mientras se alejaba del monasterio cuyos muros habían sido testigos del bautismo de fuego contra sus antiguos camaradas peninsulares, miró para atrás y vio a los monjes alineados en la puerta. "¡Estos curas...!", se dijo a sí mismo moviendo la cabeza, y luego apuró el paso de su renovada cabalgadura.

Capítulo VII

Vamos p'al norte (1813—1814)

Una vez que los granaderos se instalaron nuevamente en el cuartel y la caballada fue atendida, José marchó rumbo a su casa. Los Escalada estaban contentos por la participación en el combate de Manuel, el hermano mayor de Remedios, cuya actuación como oficial en comisión había sido resaltada en un parte por el comandante José Matías Zapiola. Ante los comentarios sobre este tema, San Martín se mantuvo parco y más bien denotó cierta incomodidad.

Durante su ausencia, la convocada Asamblea había comenzado a sesionar y había resuelto excluir de los empleos eclesiásticos, militares y civiles a los españoles europeos que no obtuviesen título de ciudadanía. Se sonrió al acordarse de la solicitud del prior del convento e hizo llegar al Triunvirato el pedido que le había efectuado.

La mayoría de los miembros de la Asamblea pertenecían a la logia y, siguiendo "instrucciones invisibles", el cuerpo resolvió abolir el nombre del rey de España en los documentos oficiales, además de los títulos de nobleza, la Inquisición y los tormentos. La figura de los monarcas fue borrada de las monedas y sustituida por el sello de las Provincias Unidas.

San Martín se concentró en sus tareas de organización del regimiento y concurría a las reuniones de la logia, pero notaba que a

pesar del resultado favorable en San Lorenzo, la figura de Alvear era cada vez más importante y afamada, e incluso había sido designado presidente de la Asamblea.

En los círculos sociales, Carlos brillaba por su inteligencia, fortuna material y encanto personal. En algunas tertulias se rumoreaba que su padre, don Diego de Alvear, mientras cumplía funciones militares en las Misiones, había tenido una amante india con la cual tuvo un hijo. Según el comentario, don Diego había entregado en Yapeyú esta criatura al matrimonio formado por Juan de San Martín y su esposa Gregoria, para que lo criasen, quienes lo bautizaron como José Francisco y le dieron su apellido. Según esos rumores, entonces, José de San Martín y Carlos de Alvear venían a ser medio hermanos.

Cierta o no esta versión, José y Carlos parecían tener una amistad y una rivalidad verdaderamente fraternal. En las sesiones de la logia empezó a notarse una división en dos grupos, orientados por Alvear y San Martín, que a la vez eran los militares profesionales más importantes del momento.

El Ejército del Norte continuaba a cargo de Manuel Belgrano, un abogado liberal que se había educado en España, en la Universidad de Salamanca. Belgrano se había incorporado a la logia y había empezado a cartearse con San Martín, quien le había aconsejado que creara un cuerpo de lanceros.

Una tarde, en el regimiento, José recibió carta del improvisado general, quien le contaba sus dificultades para introducir la lanza y le agregaba algunos comentarios:

¡Ay mi amigo!, qué concepto se ha formado usted de mí? Por casualidad, o mejor diré porque Dios lo ha, querido, me hallo de general, sin saber en qué esfera estoy. No ha sido ésta mi carrera y ahora, tengo que estudiar para desempeñarme, y cada día veo más las dificultades de cumplir con esta terrible obligación. Crea usted que jamás me quitará el tiempo y que me complaceré con su correspondencia, si gusta honrarme con ella y darme algunos de sus conocimientos para que pueda ser útil a la patria.

A los pocos días, llegaban a Buenos Aires las noticias de que el Ejército del Norte había sido duramente vencido en Vilcapugio y Ayohúma y Belgrano retrocedía hasta Jujuy al frente del resto de sus hombres, mientras pedía una vez más que se le enviaran refuerzos.

El Triunvirato, que actuaba de común acuerdo con la logia, resolvió que Alvear (ya ascendido a coronel) marchara a auxiliar a Belgrano. Pero Carlos prefirió quedarse en el centro del poder político o asumir el comando del ejército sitiador de Montevideo, de modo que se dispuso que fuera San Martín quien partiera hacia el norte.

José se sentía un poco manoseado por el hecho de tener que hacer, por descarte, la tarea que Alvear desechaba, pero le pareció que de todos modos debía asumirla. Le consultó el tema a Remedios, quien también había empezado a molestarse con la infatuación de Carlos, y ella coincidió con su marido:

—Creo, José, que no queda otra alternativa...

Resignado ante la ascendente estrella de su joven amigo y rival, quien dominaba en la logia y era el favorito del gobierno, José aprestó a 250 granaderos, quienes a su vez iban a ser complementados con un escuadrón de 100 artilleros y el batallón 74 de libertos con 800 plazas. Ya con calor y dos semanas antes del fin de año, se despidió de Remedios e inició la marcha hacia el norte. Desde el puente de Márquez (en Morón) se adelantó a Chacras de Ayala, donde esperó el pase de los efectivos, carretillas y carretas, a los que pasó revista.

El viaje debía hacerse con cierta prisa y el coronel debía atender cotidianamente la planificación de las etapas y turnos, estado del ganado y parque de artillería, armamento, víveres y agua, además de la disciplina del personal. Aunque todas estas tareas debían hacerse sobre la marcha, a José le gustaba realizarlas porque podía poner en ejercicio su capacidad de organización.

Recibió el año nuevo en Córdoba, donde dispuso que se hicieran arreglos en el coche en que viajaba y en la carretilla donde llevaba sus efectos personales. Pasó por Totoral y, en una de las postas siguientes, cuando el suelo se hacía cada vez más seco y el intenso calor los obligaba a marchar de noche, se encontró con carta de Belgrano:

Mi corazón toma un nuevo aliento cada instante que pienso que usted se me acerca, porque estoy firmemente persuadido de que, con usted, se salvará la patria y podrá el ejército tomar un diferente aspecto. Soy solo, esto es hablar con claridad y confianza; no tengo ni he tenido quien me ayude ,y he andado

por los países en que he hecho la guerra como un descubridor; pero no acompañado de hombres que tengan iguales sentimientos a los míos de sacrificarse antes de sucumbir a la tiranía. Se agrega a esto la falta de conocimiento y práctica militar, como usted lo verá, y una soberbia consiguiente a su ignorancia, con la que todavía nos han causado mayores males que con la misma cobardía. En fin, mi amigo, espero en usted un compañero que me ilumine, que me ayude, y que conozca en mí la sencillez de mi trato y la pureza de mis intenciones.

Luego de expresar su alegría por saber que marchaba con parte de los granaderos, ya que éstos iban a ser un modelo para los demás en disciplina y subordinación, el general abogado agregaba:

No estoy contento con la tropa de libertos; los negros y mulatos son una canalla que tiene tanto de cobarde como de sanguinaria,, y en las cinco acciones que he tenido, han sido los primeros en desordenar la línea y buscar murallas de carne. Sólo me consuela saber que vienen oficiales blancos, o lo que llamamos españoles, con los cuales acaso hagan algo de provecho. En fin, hablaría, más con usted si el tiempo me lo permitiera. Empéñese usted en volar, si le es posible, con el auxilio, y en venir a ser no sólo amigo, sino maestro mío, mi, compañero y mi jefe si quiere.

En Santiago del Estero el calor era intensísimo pero seco. Dejó un grupo de carretas al mando de Toribio de Luzuriaga y recibió otra misiva de Belgrano:

Le contemplo a usted en los trabajos de la marcha, viendo la necesidad de nuestros países y las dificultades que presentan con sus distancias, despoblación y, por consiguiente, falta de recursos para operar con la celeridad con que se necesita. Deseo mucho hablar con usted, de silla a silla para que tomemos las medidas más acertadas, y formando nuestros planes, los sigamos, sean cuales fuesen los obstáculos que se nos presenten; pues sin tratar con usted, a nada me decido. Que venga usted feliz a mis brazos, son los votos que dirijo al cielo.

San Martín no estaba contento, pues le incomodaba su situación con Belgrano. El gobierno pretendía que lo relevase, pero la adhesión que éste le manifestaba lo ponía en un compromiso. Además, tenía la impresión de que las derrotas en el Alto Perú no se debían a la impericia profesional del improvisado militar, sino a razones más objetivas y profundas. Desde hacía casi cuatro años, las tropas peninsulares dominaban en el altiplano, mientras las fuerzas patriotas se habían impuesto en Tucumán y Salta. Quizás esto demostraba —se decía— que el camino hacia el poder realista en Lima no pasa por el río Desaguadero, es decir por el límite entre el Alto y el Bajo Perú.

Al entrar a la provincia de Tucumán, la vegetación empezó a tornarse sorprendentemente verde. Ríos caudalosos estaban

rodeados por frondosos pacaraes y robustos cedros, más otros árboles del país que José no reconocía pero que le resultaban deslumbrantes. La humedad se percibía en el ambiente y estallaba en vegetaciones generosas y abundancia de aves. A la izquierda, un macizo montañoso se agrandaba día a día y, en el crepúsculo, el sol se ponía sobre cerros azulados, cuyos tonos variaban con el correr de los minutos.

Acompañado por el primer batallón de granaderos, San Martín entró a San Miguel de Tucumán poco después de las cinco de la mañana, con las primeras claridades del alba. Se encontró allí con uno de los triunviros, Antonio Álvarez Jonte, y con el segundo jefe de Belgrano, Eustaquio Díaz Vélez, a quien el general abogado había comisionado para encargarse de la fábrica de fusiles que funcionaba en la ciudad.

Ellos le informaron que Belgrano continuaba la retirada y se aprestaba a abandonar Jujuy, y le transmitieron su indicación de que prosiguiera con sus auxilios hacia el norte para encontrarlo en un punto intermedio. El coronel le pidió a su amigo y "hermano" Álvarez Jonte que le hiciera llegar la mitad de su sueldo (diez doblones de oro) a Remedios. Durmió en la ciudad y, al siguiente atardecer, partió a caballo, sin coche y acompañado por su edecán, su médico norteamericano Guillermo Collisberry, y una reducida comitiva, rumbo a Salta. Pasó por Los Nogales y Tapia y renovó cabalgaduras en Trancas, en la posta de Pozo del Pescado, donde almorzó y durmió la siesta. Las noticias indicaban que Belgrano

seguía retrocediendo con su ejército y que se encontraba atacado por fiebres tercianas.

Se proveyó de media res y partió nuevamente, por un camino rodeado de talas, chafares y algarrobos de similar aspecto. A derecha e izquierda, en la lejanía, dos azules serranías parecían guiarle el rumbo. Llegó a San José de Yatasto, pasó Metán, cruzó el río de las Conchas y siguió hasta la Posta del Algarrobo. Acababa de salir de allí cuando un mensajero que venía del norte le entregó un oficio del propio Belgrano, fechado ese mismo día:

Río del Juramento, 17 de enero de 1814. Voy a pasar el Río del Juramento y respecto de hallarse Usted con la tropa tan inmediato, sírvase esperarme con ella.

San Martín echó pie a tierra e indicó a sus acompañantes que hicieran lo mismo.

Al poco tiempo, una polvareda les indicó que se acercaba una diligencia. Cuando el crujiente carruaje detuvo su marcha y el polvo los alcanzaba y se asentaba lentamente, José adivinó en una de las ventanillas la figura de Belgrano. Se reconocieron con una mirada. Manuel bajó del coche, se dirigió hacia San Martín y se estrecharon en un abrazo. Se preguntaron por la salud de cada uno, cambiaron algunas palabras de circunstancias y se presentaron a los colaboradores. Con Belgrano venía el catalán José Manuel Torrens, propietario de la vecina estancia de las Juntas, y decidieron marchar hacia allí para descansar y deliberar con comodidad.

Se ubicaron en habitaciones de la casa y luego charlaron animadamente en la umbrosa galería. Estaban rodeados por algarrobos, pero también había tarcos altos y floridos palos borrachos, que los lugareños llamaban yuchanes. Belgrano estaba desalentado por las derrotas y débil por las fiebres palúdicas, que lo atacaban al atardecer. Despotricaba contra sus oficiales superiores y le confesó que había mandado a su segundo, Eustaquio Díaz Vélez, a dirigir la fábrica de fusiles en Tucumán, como medio de sacárselo de encima. Había dejado en Jujuy y Salta al coronel Manuel Dorrego con quinientos hombres, con el encargo de cubrirle la retaguardia y molestar a los realistas en su avance.

San Martín le dijo que él traía instrucciones de asumir como su segundo, pero añadió que le parecía inconveniente hacerlo de inmediato, porque Díaz Vélez tenía mucho predicamento en Tucumán (por su madre, que pertenecía a la familia Aráoz, de sólido poder en la provincia) y su reemplazo súbito podría afectar la moral del ejército.

Manuel insistía en que asumiera en el acto, pero José le sugirió que se tomaran un tiempo para reconocer la zona en que estaban, y luego tomar decisiones.

Al día siguiente partieron con el dueño de casa a recorrer un paso angosto del río Juramento, llamado Carne Ácida, en el que Belgrano dispuso instalar un puente levadizo y portátil, para facilitar el cruce del grueso del ejército.

Conversaron varias veces en el día, mientras el general disponía el fraccionamiento en divisiones no mayores de cien hombres para

evitar confusiones, y prohibía que se acercaran equipajes civiles y vivanderos antes de que pasaran las fuerzas de choque. Manuel estaba más tranquilo al sentirse apoyado por San Martín, y éste a su vez valoró la capacidad de organización del abogado general, quien evidenciaba buen sentido aunque no tenía estudios militares. Más distendidos, acordaron que era preferible ordenarle a Díaz Vélez que marchara a Buenos Aires, para luego recién reemplazarlo por San Martín.

Belgrano envió un oficio a Díaz Vélez mandándole que partiera hacia la capital. Luego siguió recorriendo la zona con San Martín y visitaron la estancia de Yatasto, de propiedad de José Vicente Toledo Pimentel.

San Martín partió sin prisa a Tucumán, de modo de llegar después de la partida de Díaz Vélez. Llevaba la orden de reemplazarlo y proceder al arreglo y disciplina de las tropas. Pernoctó en la estancia de Antonio Puch, cerca de Rosario de la Frontera, donde se encontró con su camarada y amigo Tomás Guido, sobrino de su suegra Tomasa de la Quintana de Escalada, quien venía castigado por Belgrano. Guido se quejó del general en jefe y le dijo que él no sólo debía reemplazar a Díaz Vélez, sino que debía hacerse cargo del Ejército del Norte.

—Debemos actuar con prudencia —le contestó lacónicamente José, mientras compartía un vino con su pariente político, con quien se quedó charlando hasta la madrugada, disfrutando del fresco.

José llegó a Tucumán y asumió el puesto de segundo jefe del Ejército.

Pero se encontró allí con novedades: el Triunvirato había sido reemplazado en Buenos Aires por un director supremo y había asumido el cargo Gervasio Antonio de Posadas, tío de Carlos de Alvear. Junto con esta noticia, recibió una carta del propio Posadas:

Como ya lo hago a Usted descansando de las molestias del viaje, me he resuelto escribirle para rogarle encarecidamente que tenga a bien recibirse del mando de ese ejército que indispensablemente le ha de confiar el gobierno. Fuera política y vamos al grano. Excelente será el desgraciado Belgrano; será igualmente acreedor a la gratitud eterna de sus compatriotas; pero sobre todo entra en nuestros intereses y lo exige el bien del país que, por ahora, cargue usted con esa cruz, dado que hasta el mismo Belgrano está de acuerdo.

Pocos días después, arribaba Belgrano con los restos de su derrotado ejército. Los 4.600 hombres que tenía en Vilcapugio se habían reducido a 1.800. San Martín lo recibió cálidamente y prefirió guardar silencio sobre el pedido de Posadas, hasta que llegara una instrucción oficial al propio desplazado.

La disposición del Poder Ejecutivo llegó a las 48 horas, desde Buenos Aires: Belgrano debía entregar el mando del ejército a San Martín y permanecer a la cabeza del regimiento NQ 1, a las órdenes de éste.

En una mañana húmeda y calurosa, a la sombra de unos tarcos de follaje protector, San Martín recibió la conducción de manos del general abogado, quien también le presentó sus saludos. José se

sintió aliviado por la forma en que llegaba a comandar la fuerza y sintió respeto por la nobleza del improvisado y vapuleado militar.

Ahora hay que hacerse cargo de todo esto, pensó el flamante jefe del Ejército del Norte, cuando se quedó solo en su escritorio. Entre los refuerzos que él había traído y las tropas que llegaban diezmadas desde el Alto Perú tenía más de tres mil hombres, pero era necesario inculcar disciplina y organizar y reanimar a estos últimos.

Envió un escuadrón de granaderos a Lules, para que se estableciera en el convento de San José, que había sido de los jesuitas, y dejó en el cuartel de Tucumán al batallón N° 27, a cargo de Toribio de Luzuriaga. Incorporó a éste a todos los negros y libertos que había traído Belgrano, con el encargo de someterlos a una rígida instrucción. Contrariamente a la opinión que tenía el general abogado sobre estos reclutas, San Martín opinaba que podían servir bien si se los adiestraba con exigencia. Precisamente, en su viaje desde Buenos Aires con los auxilios, había tenido muchos desertores entre los artilleros, pero ninguno entre los pardos y morenos.

Se instaló en una casa contigua al cuartel y se propuso reglamentar a las fuerzas con la mayor rigidez. Suspendió a dos oficiales de caballería por no haberse presentado en horario a sus funciones y pidió al gobierno que fueran separados del servicio; y arrestó por un mes al abanderado de cazadores por no haber cumplido la orden de aprestar de inmediato a su piquete.

Nombró como ayudante de campo al capitán Gregorio Aráoz de Lamadrid, un distinguido oficial tucumano. Una mañana, José

dispuso que cada cuerpo presentase 25 hombres a fin de elegir a los más aptos para reforzar a los granaderos a caballo. Aráoz de Lamadrid se presentó ante su jefe para explicarle los inconvenientes que esa medida le provocaba con su gente, pero al comenzar a hablar vio que San Martín sacaba el reloj de su bolsillo y le decía con severidad:

—Capitán, han pasado ya dos minutos de la hora en que ordené se pusieran en formación los piquetes.

* * * *

Recibía a los oficiales a la oración, para impartirles academia, y les exigía que leyesen el orden del día a la tropa. Una tarde, resolvió uniformar las voces de mando y le correspondió a Belgrano repetir en primer lugar la orden, con el tono y la pauta. El coronel Dorrego, que tenía espíritu chacotón, no pudo contener la risa ante la voz delicada del general abogado y se produjo una situación embarazosa. San Martín dio un golpe sobre la mesa con un candelero y expresó con enojo: —Señor coronel, hemos venido aquí a uniformar las voces de mando.

Aunque Dorrego era un militar de enorme prestigio e incluso José había pensado en él como segundo jefe, al día siguiente lo envió castigado a Santiago del Estero. El nuevo comandante dispuso que todos los sábados se pagase el sueldo a la tropa, a cuyo efecto resolvió ingresar a la Caja Militar 36.000 pesos en oro y plata sellada, provenientes de los caudales del Alto Perú, pese a que había recibido una instrucción del gobierno de destinarlos a la tesorería general.

No le gustaba mucho escribir, pero en la tesitura de tener que explicar su actitud de "acatar a la autoridad pero no cumplir su orden", se sentó en su escritorio y argumentó:

Acostumbrado a, prestar la más ciega obediencia a las órdenes superiores, y empeñado en el difícil encargo de reorganizar este ejército, fluctué mucho en el conflicto de conciliar lo uno con lo otro. Yo no había encontrado más que unos tristes fragmentos de un ejército derrotado. Un hospital sin medicinas, sin instrumentos, sin ropas, que presenta el espectáculo de hombres tirados en el suelo que no pueden ser atendidos del modo que reclama la humanidad y sus propios méritos. Unas tropas desnudas con trajes de pordioseros. Una oficialidad que no tiene cómo presentarse en público. Mil clamores por sueldos devengados. Gastos urgentes en la maestranza, sin los que no es posible habilitar nuestro armamento para contener los progresos del enemigo. Éstos son los motivos que me han obligado a obedecer y no cumplir la superior— orden, y representar la absoluta necesidad de aquel dinero para la conservación del ejército. Si contra toda esperanza, no mereciese esta resolución la superior aprobación, despacharé el resto del dinero, quedando con el desconsuelo de no poder llenar el primero de mis encargos.

El director supremo comprendió la medida y, en carta confidencial, le comentó:

Si se dio orden para la devolución de los caudales, fue porque se contaba aquí con ellos para pagar cuatro meses que se debían a

la tropa. Pase por ahora, el obedecer y no cumplir, porque si con el obediencia se exponía Ud. a quedar en apuros, con el no cumplimiento he quedado yo aquí como un cochino.

Las principales familias de la ciudad lo invitaban a sus tertulias. Le agradó la gente de Tucumán y se sintió bien tratado, pero notaba que eran más amistosos con Belgrano que con él.

Manuel venía de dos tremendas derrotas en Vilcapugio y Ayohúma y había llegado con un ejército diezmado y desalentado, pero los tucumanos (y sobre todo las tucumanas) parecían mantener el recuerdo de la victoria de un año y medio atrás y lo agasajaban y atendían con cariño, como si se tratara de un triunfador.

El caso de Juana Rosa Gramajo, una bella jovencita recientemente casada con Rufino Cossio, fue una excepción que sensibilizó particularmente a San Martín: ella simpatizó con el recién llegado coronel y pareció advertir de inmediato sus valores, sentimiento que expresaba sin ambages en todos los ambientes y que parecía ser compartido por su marido.

En las reuniones políticas y sociales, José frecuentó con asiduidad a Bernabé Aráoz, el hombre que había apoyado decisivamente a Belgrano en 1812 para que diera la batalla del 24 de septiembre, y quedó encantado con sus méritos. "El coronel de estas milicias —le escribió a Posadas—, don Bernabé Aráoz, es un sujeto que me aventuro a asegurar no se encuentran diez en América que reúnan más virtudes, y espero que usted le escriba para lisonjearlo". Le pareció que era la persona más apta para gobernador y así se lo

hizo saber al director supremo. Posadas aceptó la sugerencia: "Todo ha sido despachado a propuesta de usted", le contestó.

El general en jefe encargó al coronel Martín Miguel de Güemes un plan de vigilancia y de hostilidades contra los españoles en las provincias de Salta y Jujuy, pero no a cargo de fuerzas regulares sino con voluntarios conocedores del terreno, llamados comúnmente "gauchos". Estos guerrilleros empezaron a actuar de inmediato para disputar las zonas de esas provincias, mientras San Martín concentraba todas las tropas del reforzado Ejército del Norte en San Miguel de Tucumán.

En el sudoeste de la ciudad, en el área en que Belgrano había vencido a los realistas de Pío Tristán, inició la construcción de un recinto fortificado, en forma de pentágono, para instalar a soldados, parque de artillería y hospitales. El objetivo era mostrar al enemigo que se resistiría a todo trance, además de sustraer a las tropas del contacto con la población para disminuir las desertiones. La construcción fue denominada la Ciudadela y fue hecha por los hombres disponibles, una partida de indios matacos, y con materiales gratuitos provenientes de requisiciones a los vecinos. La dirección de la obra estaba a cargo del teniente coronel Enrique Paillardelle, quien organizó un grupo de ingenieros a quienes enseñaba geometría y artillería.

Un par de meses antes, Paillardelle había elaborado (~~en -Viejos;~~) en el Alto Perú, un informe para ser enviado al gobierno de Buenos Aires, en el que hacía conocer su opinión de que la ruta del río Desaguadero no era la vía apropiada para conquistar Lima. El

teniente coronel estimaba que lo prudente sería que fuerzas rioplatenses y chilenas partieran por mar desde Valparaíso y desembarcaran en Arica, para desde allí llegar hasta la capital del Virreinato del Perú, mientras el Ejército del Norte podría operar y presionar simultáneamente desde el altiplano.

* * * *

San Martín había llegado hasta el norte sin planes preconcebidos y sin ideas claras sobre la situación, pero cuando vio que la Ciudadela tomaba cuerpo tuvo la convicción de que el general Pezuela, que con sus tropas realistas había ocupado Jujuy y las inmediaciones de Salta, no intentaría bajar hasta Tucumán. "No lo hará porque no tiene fuerza para ello —le comentó a Posadas en una carta. Y aunque las aumente no tengo temor, porque hay tiempo para prepararse".

Pero esta seguridad no le daba mayor sosiego, porque sentía que se trataba de una situación de equilibrio que no iba a tener definición. Para independizar estas tierras —pensaba debemos neutralizar Montevideo y ocupar el centro del poder español en Lima. Hasta que no lleguemos al Perú, corremos el riesgo de que los maturrangos refuercen sus tropas desde la península y nos degüellen.

En esas cavilaciones estaba, cuando llegó desde Buenos Aires, una orden de que el general Belgrano se trasladase a Córdoba, a los efectos de acelerar el juicio que se le seguía por su responsabilidad en las derrotas de Vilcapugio y Ayohúm.

José estaba algo celoso con Belgrano por la calidez y el apoyo que éste recibía de la sociedad tucumana, y este resquemor se había

acentuado al enterarse de que un grupo de vecinos había solicitado al gobierno de Buenos Aires su reposición como jefe del Ejército del Norte. También le sorprendía la adhesión que el improvisado general recogía en buena parte de la oficialidad, pese a su notoria falta de conocimientos tácticos; situación que contrastaba con la desconfianza que San Martín percibía hacia su propia persona por parte de estos mismos militares, a pesar de su larga profesionalidad en la península y del bagaje teórico que estaba tratando de inculcarles. Pero superando este sentimiento de rivalidad, prefería mantenerlo a su lado para que lo asesorara sobre un medio y un ejército que todavía no conocía bien, por lo cual le escribió al director supremo:

De ninguna manera es conveniente la separación del general Belgrano de este ejército. No encuentro un oficial de bastante suficiencia y actividad que lo reemplace en el mando de su regimiento, ni quien me ayude a instruir a la oficialidad, que es ignorante y presuntuosa, y se niega a todo lo que es aprender. Me hallo en unos países cuyas gentes, costumbres y relaciones me son absolutamente desconocidas y cuya topografía ignoro; y siendo estos conocimientos de absoluta necesidad, sólo el general Belgrano puede suplir esta falta, instruyéndome y dándome las noticias de que carezco.

Pero el Poder Ejecutivo rechazó este pedido y Manuel debió partir. Al llegar a Santiago del Estero, oyó rumores que mencionaban que había descontento entre los oficiales del Ejército del Norte, porque

San Martín estaba introduciendo instituciones como la del duelo, que se practicaba en el regimiento de granaderos a caballo. Estos lances estaban prohibidos por la Iglesia. Se decía también que el nuevo general en jefe había expresado ideas liberales de rechazo o desprecio hacia la religión, lo que preocupaba a las tropas.

Belgrano se sintió en la obligación de escribirle, para advertirle lo peligroso que podía llegar a ser un sentimiento de ese tipo:

Son muy respetables las preocupaciones de los pueblos en cosa que huelga a religión. La guerra allí no sólo la ha de hacer con las armas, sino con la opinión, afianzándose siempre ésta en las virtudes naturales, cristianas y religiosas; pues los enemigos nos la han hecho llamándonos herejes, y sólo por este medio, han atraído a las gentes bárbaros a las armas, manifestándoles que atacábamos a la religión.

Acaso se reirá alguno de este mi pensamiento; pero usted no debe llevarse de opiniones exóticas, ni de hombres que no conocen el país que pisan; además, por este medio conseguirá usted tener el ejército bien subordinado, pues él, al fin, se compone de hombres educados en la religión católica que profesamos y sus máximas no pueden ser más a propósito para el orden.

Acuérdese usted que es un general cristiano, apostólico, romano. Cele usted de que en nada, ni aun en las conversaciones más triviales, se falte el respeto de cuanto diga nuestra santa religión. Tenga presente no sólo a los generales del pueblo de Israel, sino al de los gentiles y al gran Julio César, que jamás dejó de invocar

a los dioses inmortales y por sus victorias en Roma se decretaban rogativas.

San Martín se sonrió al leer las recomendaciones de este abogado masón y liberal como él, pero íntimamente reconoció que tenía razón y se propuso ser más prudente en todas sus expresiones. Dispuso un servicio de capellán para el hospital y ordenó que los oficiales hiciesen las estaciones en el Jueves Santo.

* * * *

Con el afán de disciplinar a su cuerpo de oficiales, dispuso la creación de una Comisión Militar para juzgar en forma sumaria e inapelable a los jefes que cometieran faltas. También exigió a los oficiales que presentaran los despachos que acreditaran su grado, ya que se le había informado que, debido a la desorganización que reinaba, varios individuos cobraban sueldos sin poder justificar debidamente el título que ostentaban. Ello provocó el resentimiento del teniente coronel Enrique Paillardelle, y de su hermano Antonio, de igual grado, quienes solicitaron licencia para viajar a Buenos Aires.

Preocupado por la repercusión que esto podría tener en la capital, José le escribió a Posadas explicándole la situación:

El origen de esta novedad no ha sido otro que entender que el haber yo pedido a D. Enrique el despacho que debía tener de ese gobierno su hermano don Antonio para disfrutar el sueldo de teniente coronel que se le ha estado pagando. Yo me aturdo, Señor Excmo., cuando veo que unos hombres que se dicen

comprometidos con la causa, tienen tan poca moderación y desinterés que en el momento que se trata de hacer e1, más pequeño sacrificio del rango al que se creen acreedores, se olvidan de la primera disposición que caracteriza, a, un patriota, que es la resolución de salvar la Patria a, cualquier costa. Por otra parte don Antonio Paillardelle no tiene más título de teniente coronel que el que le expidió su hermano don Enrique en la momentánea revolución del pueblo de Tacna. V. E. sabe cuáles son las consecuencias de la facilidad con que se han prodigado los grados militares

También quiso ser estricto con los jefes enemigos, de tal modo que ordenó que se hiciera consejo de guerra al coronel español Antonio Landívar, quien le había sido remitido prisionero desde Santa Cruz de la Sierra. El tribunal funcionó sumariamente en la propia casa de San Martín y condenó a muerte a Landívar por asesinatos, robos, incendios, saqueos y extorsiones cometidos contra el derecho de gentes. José puso el "cúmplase" y lo hizo fusilar de inmediato y sin consultar al gobierno central, ante el cual justificó su severidad:

Aseguro a V. S. que pese al horror que tengo a derramar la sangre de mis semejantes, estoy altamente convencido de que ya es de absoluto necesidad el hacer un ejemplar de esta clase. Los enemigos se creen autorizados para exterminar hasta la raza de los revolucionarios, sin otro crimen que reclamar éstos los derechos que ellos les tienen usurpados. Nos hacen la guerra sin respetar en nosotros el sagrado derecho de las gentes y no se

embarazan en derramar a torrentes la sangre de los infelices americanos.

Remedios le escribía cartas apasionadas y también le comentaba los chismes políticos de Buenos Aires. Se decía que Alvear se había quedado muy contento con el viaje de San Martín al norte, pues de ese modo le dejaba el escenario de la capital solo para él. Carlos había acompañado a José hasta la salida de la ciudad y, según estos comentarios, al verlo partir habría manifestado a sus amigos: "ya se jodió el hombre".

Desde la partida de Belgrano, José se había convertido en el centro del interés social y era objeto de requiebros tanto por parte de las mujeres cuarteleras como por mujeres de la sociedad, pero él tenía muy adentro los dulces recuerdos de Remedios y además se encontraba preocupado por la situación.

Sus amigos de la logia le informaban en sus cartas que Posadas y Alvear preparaban una expedición para liberar Montevideo y que, al concentrar los esfuerzos en el este, ninguna ayuda podía esperar él al frente de su Ejército del Norte. Esto lo hacía sentirse solo y aislado y subordinado a los intereses de Carlos. Los calores húmedos del verano tucumano se le hacían cada vez más agobiantes e intensos dolores de estómago lo atormentaban de noche, por lo cual recurrió a unas pastillas de opio que le recomendó su médico, el norteamericano Guillermo Collisberry.

Optó por escribirle al director supremo y a su sobrino diciéndoles que no podía creer que se estuviera formando una escuadra,

mientras se le retaceaba a él toda colaboración, y les expresó con sinceridad sus resquemores de que este proyecto encubriera una intriga para reducir sus fuerzas a la inacción.

Alvear le respondió que su objeto era precisamente el contrario, pues si se tomaba Montevideo todas las fuerzas disponibles, aumentadas con las proporcionadas por esa plaza, serían orientadas hacia el Alto Perú. Y si los barcos eran derrotados, se dejaría a cargo de José Gervasio de Artigas y sus soldados irregulares el sitio de la ciudad, mientras las fuerzas de Buenos Aires se dirigirían igualmente hacia Tucumán. En cualquier caso — agregaba— usted recibirá importantes refuerzos que le permitirán entrar en acción. Finalizaba expresando que era una gran injusticia suponer que tanto él como su tío eran capaces de albergar sentimientos impropios de un patriota o de gente de bien y le reiteraba su amistosa consideración.

San Martín no quedó convencido con estos argumentos y, por el contrario, pensó que Carlos era un ambicioso que estaba actuando a favor de sus intereses políticos. Pero, por otra parte, cada vez tenía más dudas de que fuera conveniente operar desde Tucumán hacia el Alto Perú y pensaba que el plan de Paillardelle parecía mucho más razonable. Precisamente, en las fortificaciones portuguesas de Torres Vedras, en Cádiz y en Londres, había conversado con oficiales ingleses y habían cambiado ideas sobre los antiguos planes británicos de atacar a las posesiones españolas en América golpeándolas desde el Atlántico y el Pacífico, una de cuyas variantes era cruzar con tropas por la cordillera hacia Chile y desde

allí embarcar una expedición hacia Lima. Ahora que había realizado un viaje tan largo desde Buenos Aires hasta Tucumán y ni siquiera había alcanzado el altiplano, creía entender que aquella alternativa podía ser estratégicamente más sólida, aunque en principio el paso de los Andes apareciera como muy difícil.

Aunque el almanaque había anunciado la entrada del otoño, la feracidad de la naturaleza tucumana se empecinaba en el verano. Las dudas lo acosaban y el calor parecía a veces anonadarlo. Una mañana radiante pero pesada, recibió en su despacho un oficio de Posadas comunicándole que la flota al mando de Guillermo Brown había tomado la isla de Martín García y se encontraba bloqueando el puerto de Montevideo. Experimentó una sensación nauseosa y la atribuyó a la noticia del inminente choque en el oriente, mientras él seguía sin recursos y con dudas. Se levantó y salió hacia la galería en busca de aire puro y sintió que desde su estómago un fondo de amargura le subía hasta la boca. Se inclinó hacia el piso de tierra y vomitó caudalosamente, pero el alivio fue sólo de un instante: se alarmó al ver que había arrojado un líquido rojo, claramente teñido con su propia sangre. Se apoyó en la baranda y el fantasma de la tisis lo dejó inmobilizado: la sombra de un enorme pucará le resultó glacial.

Capítulo VIII

De Tucumán a Mendoza (1814—1815)

Llamó a su ayudante y a su médico personal, quienes lo acompañaron hasta su casa y lo ayudaron a acostarse. El doctor Collisberry le dijo que si la hemorragia tenía origen en sus trastornos gástricos no tenía importancia, pero que en prevención de que pudiera estar originada en los pulmones era conveniente que guardara reposo. El facultativo dio orden de guardar silencio absoluto y se impidió que la retreta tocara a su puerta, de modo que la noticia se expandió de inmediato por el cuartel y la ciudad. José no se sentía bien en ningún sentido y decidió entregar el despacho del ejército a su jefe de estado mayor, Francisco Fernández de la Cruz. Al día siguiente se realizó una junta médica y se acordó por unanimidad que el coronel, por sus fatigas de pecho y vómitos de sangre, debía buscar mejor clima en las sierras de Córdoba o en La Rioja.

Esa noche vinieron a visitarlo Rufino Cossio y su esposa Juana Rosa, quienes le ofrecieron alojamiento en su finca de La Ramada, a unas siete leguas al noreste de la ciudad, en el convencimiento de que una temporada de tranquilidad en ese lugar habría de aliviarlo. Le gustó la propuesta y aceptó de buen grado. Despachó una nota a Buenos Aires comunicando su enfermedad y pidiendo licencia para pasar a Córdoba y, en la madrugada siguiente, partió en diligencia hacia el campo de sus amigos. Era todavía de noche cuando

atravesó la desierta ciudad y el carro cruzó bamboleándose el río Salí. Un radiante resplandor los enfrentaba y el conductor giró hacia el norte, como si quisiera evitar el choque con el sol que Tucumán iba a agigantar. Aunque sumido en sus pensamientos, José no podía dejar de notar cómo los primeros rayos iluminaban los picos de las imponentes montañas que tenía a su izquierda y creaban una fantasía de tonos verdiazules que parecían derramarse lentamente hasta el piedemonte, como si el gran arquitecto del Universo estuviese creando la naturaleza en ese instante. Una vegetación tórrida acompañaba su paso y bellos naranjos alegraban el camino. Palos borrachos de troncos secos y pinchudos estallaban (le golpe en flores blancas o rosas, que animaban su espíritu mientras el carruaje ascendía levemente y parecía dirigirse hacia unas suaves serranías, algo así como la antesala de la cadena que iban dejando a la siniestra.

Pero el conductor dobló esta vez hacia la derecha y poco después llegaban a la estancia de los Cossio. El casco era grande y noble, con generoso techo de tejas, y San Martín sintió una gran tranquilidad. Se instaló en un dormitorio sobre el norte, y como la casa tenía dos galerías, durante la mañana se usaba la del oeste para evitar el sol. Le gustaba desayunar allí alguna infusión con un aromático bollo recién horneado y luego se quedaba horas sentado, mirando las montañas y meditando sobre la situación. Un algarrobo de verdes hojas delgadas extendía horizontalmente sus ramas, como si buscara una estabilidad que se perdía hacia los bordes, donde triunfaba la ley de la gravedad. Un tenue susurro de palomas se oía

a lo lejos, con un tono tan arrastrado como lúgubre. De vez en cuando, el canto de un pájaro interrumpía la triste letanía, con un sonido alegre de alto registro, que luego caía. Un peón le informó que se trataba de un quetupí, un ave cuyo nombre derivaba precisamente de los acordes de su canto.

Pequeños crujidos eran provocados por la caída de ramitas, que José intentaba divisar. El olor a bosta y los mugidos (le las vacas le anticipaban la llegada a su mesa de un recipiente con leche fresca, mientras los cacareos de las gallinas que avanzaban con pasos rítmicos en busca de sus migas alegraban sus mañanas. Más de una vez, José empuñaba la guitarra y rasgueaba algunas piezas andaluzas. La vida apacible le atenuó los dolores de estómago y empezó a sentirse mejor. Recibió respuesta de Posadas, quien lamentaba su enfermedad y le otorgaba la licencia solicitada para pasar a Córdoba. "Sin embargo de que en esta misma fecha ordeno al gobernador intendente de aquella provincia que le tenga preparada una cómoda habitación —añadía—, le manifiesto que la licencia se hace extensiva hacia esta capital o cualquier otro punto que V. S. elija para recuperar su salud".

Los dueños de casa lo visitaban a menudo y, mientras Rufino iba a recorrer el campo, Juana Rosa se quedaba a acompañarlo en la galería y le contaba las novedades de la ciudad. Un peón les acercaba una damajuana con exquisita agua fresca y Juana Rosa le explicó que ese hombre la traía caminando todas las madrugadas desde un manantial que estaba detrás de las sierras del cajón. San Martín se quedó pensando en el esfuerzo que el hombre hacía

cotidianamente con tanta naturalidad y lo relacionó con la idea que le daba vueltas en la cabeza, de cruzar con un ejército desde Mendoza a Chile, a través de la cordillera de los Andes. Aunque naturalmente estas montañas no son iguales —pensó—, si este muchacho la atraviesa a pie todos los días quiere decir que algo similar puede hacerse.

Desde Buenos Aires, el director supremo le informaba que Carlos de Alvear había desembarcado en Colonia para ponerse al frente de las tropas que intentarían tomar Montevideo, mientras que los barcos del almirante Brown habían tomado ya algunas embarcaciones españolas sin resistencia por parte de éstos, lo "que da una idea de que están muy acobardados".

Si bien la situación gástrica de San Martín había mejorado, tenía algunos accesos de asma y el doctor Collisberry le señaló que el clima de La Ramada era muy húmedo. Efectivamente, el coronel había contemplado ya varias tormentas tropicales: las tardes solían poblarse de nubes negras y desde el sur llegaban rayos y truenos amenazantes que se trasformaban en una pesada cortina de agua que sacudía los árboles y parecía estar a punto de derribarlos. La lluvia seguía golpeando sobre las tejas casi toda la noche pero, a la mañana, pacaraes lucían su rejuvenecido follaje sobre un tronco aun más esbelto y las tipas de hojas, enormes elevaban sus ramas oblicuas. Algún tarco, mientras tanto, había dejado sus castañuelas vegetales sobre el piso.

* * * *

A1 cabo de cuatro semanas, decidió partir hacia el sudeste, en busca de un ambiente más seco. Se despidió con pena de los Cossio y marchó hacia Santiago del Estero, en donde la vegetación empezaba a ralearse y los caminos eran polvorientos. Allí recibió nuevas noticias de Posadas, quien le comunicó que Brown había dado un "golparrón" a los españoles en El Buceo y terminaba animándolo: "conque amigo, ánimo y a ponerse bueno, que parece que estas fiestas mayas apuntan bien".

La fatiga de pecho continuaba, por lo que José resolvió seguir hasta Córdoba. Pasó por Manogasta y Silípica y entró a Córdoba por Río Seco. El invierno se acercaba y los campos amarillos y los troncos desnudos acentuaban la melancolía del peregrino coronel. Descansó brevemente en la casa de Caroya y llegó a la capital cordobesa: Francisco Ortiz de Ocampo era el nuevo gobernador y su amigo Tomás Guido actuaba como su secretario de gobierno, de modo que San Martín se sintió cómodo al encontrarlos. No obstante, prefirió seguir de inmediato hasta la residencia que se le había preparado: la casa de la estanzuela de Saldán, un bello paraje ubicado a veinte kilómetros, cedido por su propietario, Eduardo Pérez Bulnes. La vivienda tenía techo de tejas y piso de ladrillos y su distribución era idéntica a la de La Ramada, pues tenía también dos galerías. Hacia el oeste se recortaban las sierras, mientras en el fondo el terreno descendía hacia un arroyo de suaves murmullos, con una ribera de toscas rojizas que el otoño había ampliado. A su vera se desperezaba un robusto nogal, despojado de casi todas sus hojas, mientras en la otra banda unos pocos sauces y algarrobos

mostraban sus esqueletos vegetales en posturas opuestas: los primeros se caían ya entregados, mientras los segundos permanecían erguidos con orgullo horizontal.

Se instaló en una de las habitaciones, con pequeña ventana de hierro, y le gustó la proximidad de las sierras y el sereno paisaje, matizado con pinos y algunos nísperos. Guido venía a visitarlo con asiduidad y, sentados en la galería que el sol entibiaba y saboreando algún vino francés, comentaban los sucesos políticos y la marcha de la guerra. Alvear había entrado a Montevideo y al día siguiente había vencido también a un lugarteniente de Artigas, Fernando Otorgués, a quien se acusaba de connivencia con los peninsulares sitiados. Posadas se lo comunicaba con entusiasmo en una carta: "Respire ese corazón: Montevideo es nuestra por capitulación. Carlos está adentro con sus tropas y la escuadra del estado se ha apoderado del puerto. Póngase usted bueno y ataque a la maldita enfermedad". Pocos días después, el director supremo insistía: "Carlos me dice en su carta que hemos ganado un tesoro, pues por un cálculo prudencial ascienden a seis millones los pertrechos de guerra. Con estas noticiones lo hago a usted enteramente bueno y alegre".

San Martín se daba cuenta de que el propósito de Posadas era tranquilizarlo, en el sentido de que después del triunfo en Montevideo sobre los españoles, el Ejército del Norte iba a recibir refuerzos. Mientras caminaba solitario remontando el Saldán hasta su encuentro con el arroyo Seco, se permitía dudar de estas manifestaciones, ya que pensaba que en realidad el director

supremo iba a hacer lo que fuera más favorable a las ambiciones de su sobrino Alvear. Por otro lado, José estaba cada vez más convencido de que no tenía sentido insistir por el Alto Perú, de modo que no le interesaba reasumir el mando de su ejército, sino más bien mantenerse a la expectativa.

El frío era ya intenso y un aire helado bajaba por las mañanas desde la sierra. Por las tardes, abrigado con poncho y sombrero, salía a pasear a caballo hasta las serranías y a veces se cruzaba con los "muleros" que venían desde Chile, lo que alimentaba sus pensamientos sobre el posible cruce de la cordillera con un ejército. Guido llegó uno de esos días con la correspondencia y San Martín se sentó en la mesa de la sala a leer la carta que le había enviado Alvear:

Amadísimo amigo: Hemos concluido muy pronto esta importante guerra y ya las Provincias Unidas no tienen más enemigos por esta parte. De resultas del trato que le pegué a Otorqués se ha humillado Artigas, y he celebrado con él un pacto concediéndole una amnistía a todos los que lo seguían, con lo cual ha concluido felizmente también esta guerra, que hubiese sido muy prolongada y fastidiosa. La fortuna me ha favorecido en todas mis empresas admirablemente; ella quiera sea propicia a ustedes del mismo modo; hemos tomado en la plaza pertrechos inmensos de guerra y siete mil cuatrocientos y tantos fusiles además sobre tres mil de esta arma que en Buenos Aires serán pronto otros tantos fusiles. Mi ejército lo he aumentado prodigiosamente no sólo con los prisioneros que han tornado

partido sino con un gran número de reclutas que he hecho en la campaña y consta de muy cerca de siete mil hombres. Memorias a los amigos e inunde como siempre a éste su verdadero y apasionado amigo.

Al terminar la lectura, José estalló y anotó irónicamente al margen: "Ni Napoleón". Se la pasó a su amigo para que la leyera y luego le comentó que estaba harto de la soberbia de Carlos, quien con sólo 25 años acababa de ser nombrado general, mientras él con 36, su experiencia y su responsabilidad seguía como coronel, y le vaticinó que esa infatuación iba a ser perjudicial para la guerra en que estaban empeñados. Posadas, por su parte, lo exhortaba en una misiva a hacer más vida social:

Aunque usted me dice que sigue aliviado, todos los amigos me aseguran que está usted malísimamente en ese desierto; que es un poco desarreglado; que su enfermedad es grave y la cura larga y prolija. Por qué, ya que no quiere usted venirse a su casa; por qué, digo, no baja a esa ciudad de Córdoba, que está tan inmediata, adonde, al menos tendrá otros auxilios que en una casa de campo, y tendrá el de la sociedad que suele ser el principal por su distracción.

Pero el coronel no tenía ánimo de ir hasta la ciudad y hasta para cobrar su sueldo mandaba a su ayudante a la casa de gobierno, donde se lo pagaban con imputación a la caja del ejército que obraba en Tucumán.

Extrañaba a Remedios y recordaba los dulces pero cortos días que había pasado con esa niña, pero no quería volver a Buenos Aires. Le resultaba intolerable la idea de tener que sobrellevar en el propio sitio la soberbia de Alvear en sus días de triunfo y la cohorte de adulones que lo rodeaba.

Las noticias que llegaban de Europa eran preocupantes:

Napoleón había sido vencido en Waterloo y Fernando VII iba a ser restaurado como monarca español. Posadas le explicaba gráficamente las perspectivas:

El maldito Bonaparte la embarró al mejor tiempo: expiró su imperio, cosa que los venideros no creerán en la historia, y nos dejó en los cuernos del toro.

Una mañana, el mayordomo de la estancia, que era español, aplicó castigos físicos a uno de los peones, por unas faltas que había cometido. El empleado le hizo luego un comentario quejoso a San Martín, quien le respondió que en los nuevos tiempos que se vivían no era ya admisible que un peninsular agraviase a un patriota; y que cada persona debía ahora hacerse respetar en sus derechos.

A la tarde lo visitaron unos oficiales jóvenes, entre los cuales estaba el capitán José María Paz, quien había servido con él en Tucumán y había venido a Córdoba a visitar a sus padres. Conversaron sobre la marcha de la guerra y Paz le comentó sobre la situación en el Ejército del Norte, cuya jefatura había asumido el general José Rondeau. Los jóvenes mencionaron algunas conductas timoratas de funcionarios o camaradas y San Martín se exasperó:

—Es que ésta no parece revolución de hombres, sino de carneros.

Les contó el episodio de ese día y enfatizó:

—¡Qué les parece a ustedes, después de tres años de revolución, un maturrango se atreve a levantar la mano contra un americano! Díganme si ésta no es una revolución de carneros...

* * * *

Al cabo de dos meses de calma cordobesa, San Martín le escribió a Posadas para pedirle que se lo designara jefe político de Mendoza. La solicitud fue aceptada sin demoras por el director supremo, quien lo nombró como gobernador intendente de Cuyo "con el doble objeto de continuar los distinguidos servicios que tiene hechos a la patria y de lograr la reparación de su quebrantada salud en aquel delicioso temperamento". Su jurisdicción comprendía Mendoza, San Juan y San Luis y se le otorgó un sueldo de tres mil pesos anuales. Le agradeció a Pérez Bulnes su hospitalidad y se despidió de Guido y sus otros amigos. A Remedios le solicitó mediante una carta que viniera a reunirse con él en Mendoza, y partió sin más trámites. Al llegar a la posta del Retamo, sintió que el ambiente diáfano y la pureza del aire le hacían bien a sus pulmones y le levantaban el ánimo. Al atardecer entró a la ciudad: el sol se ponía sobre la imponente cordillera y un manto púrpura se diseminaba en las estribaciones, luchando impactó la aridez del suelo y de la cadena montañosa, pero los viñedos y los cultivos de alfalfa de los ejidos y los enhiestos álamos que penetraban en las calles surcadas por acequias le dieron la impresión de que la urbe era un oasis cálido y acogedor. Fue recibido por algunos cabildantes, quienes le habían

preparado una cómoda vivienda, a tres cuadras y media de la plaza, para alojarlo. El flamante gobernador intentó rechazar el ofrecimiento haciéndoles saber que tenía donde vivir, pero finalmente lo aceptó para no desairar al cuerpo.

Decidido a concentrar fuerzas para llevarlas hacia Chile y desde allí al Perú, le había pedido al director supremo el envío de armas y soldados, para apoyar al gobierno patriota de Santiago que en ese momento estaba acosado por fuerzas españolas.

Pero Alvear estaba luchando de nuevo en el Uruguay contra los lugartenientes de Artigas y su propósito era marchar luego hacia Tucumán, para iniciar una ofensiva por el Alto Perú. De modo que Posadas le contestó negativamente a San Martín, y le previno que no podía distraer pertrechos hacia el oeste:

Yo no extraño que los chilenos pidan. Lo que me extraña es que ustedes, que son paisanos y militares, y que conocen de esta farándula de armas, me vengán pidiendo cosas a centenares y millones. Estando empeñados en la campaña del Perú, no podemos divertir una o parte de nuestras fuerzas hacia Chile, a quienes solamente podemos dar esperanzas. Nuestros objetos por esta parte son muchos y nuestros vastos proyectos sobre Chile los hemos de realizar si la fortuna nos sopla, no para subyugar a esos mancarrones, como inicualemente se lo presumen, sino para entrarlos en el sendero de la unidad de sentimientos y conformidad de ideas, a fin de establecer un gobierno sólido y estable contra los ultramarinos.

José volvió a sentirse solo y aislado. Cuando estaba al frente del Ejército del Norte no podía contar con fuerzas ofensivas porque Alvear las necesitaba para liberar Montevideo. Ahora que estaba en Mendoza, no podían mandarle tropas porque Carlos las precisaba para iniciar una campaña desde Tucumán.

La llegada de Remedios lo alivió. Después de diez meses de separación, el reencuentro se produjo cuando el sol primaveral ofrecía sus tibiezas y los manzanos y durazneros brindaban sus primeros brotes. La joven esposa llegó con su sobrina, Encarnación de María, su criada, la mulata Jesusa, y un primoroso ajuar de enaguas olorosas, sombreros de raso y vestidos de seda con miriñaques comprados por sus padres. Ya en el dormitorio, con los baúles abiertos y la ropa desperdigada por la estancia despidiendo un agradable aroma a alcanfor, José la amó con pasión entrañable y ahogó con hombría sus coquetos caprichos de chiquillina y sus demandas de mujer mayor.

A la mañana siguiente, todavía embebido por la afortunada noche de amor, recibió malas noticias desde Chile: las tropas españolas habían vencido a las patriotas en Rancagua y el gobierno revolucionario había caído. Mientras el general Osorio entraba triunfante a Santiago, más de dos mil chilenos (además de mujeres y niños) huían hacia los pasos cordilleranos para buscar refugio del otro lado de los Andes. Las malas nuevas lo contrariaron: no esperaba ese golpe, a pesar de que las informaciones que había recibido últimamente, sobre las divisiones intestinas entre los

patriotas chilenos, lo habían preocupado sobremanera y hacían presumir dificultades.

Bernardo O'Higgins era un militar prudente y hábil, pero estaba muy enfrentado con los hermanos José Miguel, Juan José y Luis Carrera, quienes eran impetuosos en lo personal y jacobinos en lo político. Los dos grupos habían estado rivalizando y disputándose por la fuerza el poder, cada uno con sus propias tropas. Aunque en Rancagua habían luchado unidos contra el ejército que Osorio traía desde Lima, no cabían dudas de que estos profundos conflictos internos habían facilitado la invasión realista.

A pesar de que no conocía personalmente a ninguno de los protagonistas, San Martín había tomado partido de entrada por O'Higgins y condenó en su fuero interno a los hermanos Carrera, por díscolos y petulantes. La historia personal de O'Higgins, los pleitos que con toda dignidad había librado para que su padre, un virrey del Perú, reconociera su filiación, le diera su apellido y lo apoyara en sus estudios, lo acercaban a él.

Luego de pedir al Cabildo que se ocupase de preparar alojamiento para los refugiados trasandinos, el gobernador partió hacia el valle de Uspallata, con el objeto de organizar la llegada de los emigrados y prevenir los desórdenes que las divisiones intestinas hacían presumir. Dejó al pie de la cordillera una buena cantidad de víveres y mulas y ascendió por una ruta marcada entre macizos ocres y jalonada por algunos sauces. Al llegar a Villavicencio se encontró con O'Higgins, quien llegaba con más de un centenar de dragones.

San Martín lo saludó con gran cordialidad y recíprocamente advirtieron que iban a entenderse. El chileno le explicó que en Rancagua había hecho cuanto había podido, pero que ante la falta de un apoyo decidido de las tropas de José Miguel Carrera había tenido que dejar el campo de batalla. Le dijo también que Carrera venía con los caudales públicos de Chile, que había alcanzado a recoger antes de huir, y que se trataba de un jefe muy conflictivo.

El gobernador siguió hacia Uspallata y se encontró con setecientos hombres del ejército de Carrera, al mando de un coronel, mezclados con partidarios de O'Higgins, mujeres y niños. La situación era confusa y de mutuas recriminaciones y la gente se peleaba por las vituallas en un clima de desorden. San Martín dispuso que los soldados se reunieran en piquetes y se pusieran bajo las órdenes de oficiales que respondían a O'Higgins, lo que cayó muy mal a los jefes carrerinos. Continuó hasta Picheuta, pero regresó al convulsionado campamento de Uspallata al anochecer. Se presentó allí ante él Juan José Carrera, para saludarlo en nombre de la junta de gobierno chilena y hacerle saber que, en una choza inmediata, se encontraban los tres miembros de la misma: su hermano, Muñoz y Urzúa.

José empalideció de rabia ante el altivo gesto de los chilenos, ya que él era el gobernador del territorio que los estaba asistiendo. Esto es una provocación, pensó, ya que lo menos que podrían hacer es venir personalmente a presentarme sus respetos. Se reservó sus pensamientos y simplemente contestó:

—Me alegro de que los señores hayan llegado buenos y mi ayudante irá a saludarlos. A la madrugada dio orden de que se revisaran los equipajes de los jefes chilenos en la aduana de Villavicencio, con el objeto de verificar si traían los caudales públicos que se afirmaba, y emprendió el descenso hacia Mendoza. Mientras cabalgaba siguiendo el rumbo de un serpenteante arroyo de cristalinas aguas, se regodeaba pensando en la humillación que pronto iban a sentir los Carrera y los miembros de la junta, a quienes no estaba dispuesto a reconocer como autoridades.

Estando ya en su despacho de gobernador, un ayudante le anunció: —Nos informan de la aduana, señor, que los señores Carrera prefieren echar sus baúles a las llamas antes que permitir su revisión.

José se sonrió y respondió secamente:

—Las órdenes requieren ejecución.

Los jefes chilenos terminaron sometiéndose al registro, pero no se encontraron los caudales buscados. Ambos hermanos dirigieron una severa protesta a San Martín por el trato indigno que se les había infligido, pero éste contestó que se trataba de una medida general y que no aceptaría que se desconociesen las normas de las autoridades locales.

Los Carrera y sus tropas fueron alojadas en el cuartel de La Caridad. Molestos por el claro acercamiento entre San Martín y O'Higgins, continuaron presentando quejas ante el gobernador, quien optó por mandar confinados a San Luis a estos jefes. Ninguno de los transandinos aceptó la orden y José Miguel explicó:

Esta confinación expone los derechos del hombre, el alcance de las jurisdicciones y el orden con que deben hacerse los juicios. Como general del ejército de Chile y vocal de su gobierno, sólo puedo contestar que primero será descuartizarme que dejar yo de sostener los derechos de mi patria.

José quedó demudado al leer las respuestas: la ira lo dominaba, pero para colmo se sentía impotente para reducir a quienes consideraba facciosos. No había recibido los refuerzos de tropas que había pedido a Buenos Aires, de modo que no tenía fuerzas suficientes para hacer cumplir su orden de traslado a San Luis.

Simuló dejar en suspenso la disposición y esperó una mejor oportunidad: hizo bajar de la cordillera a doscientos soldados; los reunió con las milicias locales que había ido formando y con los jefes y tropas o'higginistas, y se presentó al frente de ellos ante el cuartel de La Caridad. Emplazó dos piezas de artillería, intimó la rendición de las tropas y arrestó a José Miguel y Juan José Carrera y al presbítero Julián Uribe, a quienes luego remitió a San Luis y Buenos Aires.

Antes de partir de San Luis Juan José le envió una nueva carta al gobernador en la que lo acusaba de haberlo despojado de tres caballos. San Martín frunció los labios de rabia y se lamentó de no haber pasado por las armas a estos insolentes. Le hizo contestar que esos equinos estaban confiscados en Uspallata y remató indignado: "José de San Martín no necesita los caballos de V. S.

porque no sabe usar como V. S. de lo que no es suyo". No veo la hora de que estos infames se alejen de Cuyo, pensó.

Capítulo IX

Alvear queda afuera (1815—1816)

A pesar de Rancagua y la pérdida de Chile, San Martín pensaba que debía insistir con su proyecto de cruzar los Andes y para ello debía afianzar su autoridad política en Mendoza (cuestionada por los desplantes de los Carrera) y conseguir apoyo local y de Buenos Aires para la formación de un ejército importante, ya que hasta el momento sólo contaba con cuatrocientos hombres.

Los amigos que tenía en el Cabildo le informaron que el alcalde de segundo voto le era desafecto, y que había enviado un informe directamente al director supremo pasando por sobre la autoridad del gobernador. José se presentó en el organismo municipal y recriminó públicamente su actitud al alcalde, como un modo de abochornarlo y hacerles saber a todos que no toleraría disidencias en su cometido. Los días eran muy calurosos y al anochecer salía a pasear con Remedios por la alameda, para disfrutar del fresco e integrarse con la sociedad local. En los días de fin de año, siguió con interés las noticias de la crisis política nacional. Posadas había designado como jefe del Ejército del Norte, en reemplazo de Rondeau, a Carlos de Alvear, quien había partido hacia Tucumán. Pero al llegar a Córdoba, se enteró de que un grupo de oficiales se había sublevado en Jujuy en defensa del jefe reemplazado. Carlos condenó el hecho y regresó a Buenos Aires, en donde exigió a su tío la aplicación de severos castigos a los amotinados. Pero Posadas

prefirió renunciar y la Asamblea eligió a su sobrino como nuevo director supremo.

—La situación de Carlos no es nada fácil —le comentaba San Martín a Remedios, mientras tomaban un helado en un puesto de la alameda y saludaban a los paseantes mediante una inclinación de cabeza—. Con el norte levantado y Artigas dominando el litoral, no le veo buenas perspectivas.

Aunque Alvear lo ascendió a general, José prefirió guardar distancia y le solicitó al nuevo director supremo una licencia de cuatro meses por razones de salud, para pasar a descansar a la villa del Rosario, sobre la costa del Paraná.

Poco después, llegaba la respuesta: se le concedía la licencia y se enviaba como reemplazante al coronel Gregorio Perdriel.

José se sintió desplazado, citó a sus amigos regidores y les contó la novedad. Casi no necesitó decirles que su deseo íntimo era continuar en el cargo, porque éstos conocían sus proyectos y aspiraciones. Convocaron un Cabildo abierto y le pidieron al mandatario que no hiciese uso de su licencia. El general simuló primero rehusarse, pero luego aceptó de buen grado, ya que ésta era precisamente su intención.

Al llegar Perdriel a Mendoza para hacerse cargo del gobierno, los cabildantes y vecinos partidarios de San Martín se reunieron al anochecer frente a la casa donde se alojaba el recién llegado y le manifestaron su hostilidad, amenazándolo con agredirlo en caso de que no se volviese de inmediato a la capital. A la mañana siguiente, a la hora fijada para la asunción de Perdriel, los mismos vecinos se

reunieron frente al Cabildo y fueron acompañados y respaldados por las milicias, movilizadas por los jefes adictos al gobernador.

El cuerpo se declaró en sesión permanente y, pese a la presión de la multitud y de los soldados, un asesor se pronunció a favor de reconocer la autoridad del enviado del director supremo y traspasarle el gobierno. Pero la mayoría lo abucheó y se resolvió separarlo del organismo y aprobar la continuación del actuante mandatario. San Martín se presentó a la tarde en el Cabildo y expresó que era necesario acatar la decisión del director supremo y aceptar a Perdriel como gobernador, pero los regidores insistieron en su decisión de respaldar su permanencia en el cargo. Ante el silencio de José, que fue interpretado como una aceptación, los presentes prorrumpieron en vivas a la patria y a los jefes militares presentes.

Perdriel regresó indignado a Buenos Aires y el Cabildo y el gobernador resolvieron desterrar al asesor que se había atrevido a apoyarlo. En una nota al director supremo, San Martín le explicó que ante las circunstancias vividas había considerado aplicable el principio prescrito por la Recopilación de Leyes de Indias, que disponía que las reales órdenes pueden suspenderse, cuando de su ejecución pudiera derivarse escándalo o daños irreparables. Como había ocurrido en Tucumán con los caudales, el general apelaba al conocido principio hispánico de "Se acata (a la autoridad), pero no se cumple". Ante los hechos consumados, Alvear decidió ceder a la imposición.

En conocimiento de que Artigas (que dominaba ya no solamente la Banda Oriental sino también las provincias de Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y Córdoba) se encontraba dispuesto a marchar sobre Buenos Aires, Alvear resolvió enviar un ejército de 1.600 hombres, al mando de Ignacio Álvarez Thomas, a combatirlo. Pero al llegar a Fontezuelas, en Santa Fe, Álvarez Thomas se sublevó contra el director supremo y emitió una proclama en la que le exigía su renuncia. Dirigió también una nota a los cabildos y gobernadores, solicitándoles su adhesión.

Al recibir esta comunicación, San Martín se alegró sobremanera y le contestó que Mendoza adhería a la "gloriosa" acción del jefe insurrecto, le enviaba \$ 4.000 como colaboración y le negaba obediencia al gobierno dictatorial de Buenos Aires.

Carente de todo apoyo, Alvear resignó su cargo y se embarcó en una goleta inglesa, junto con su esposa e hijos, hacia Río de Janeiro. El jefe rebelde, Álvarez Thomas, fue designado director supremo por el Cabildo de Buenos Aires y se resolvió convocar a los diputados de las provincias a un congreso, a reunirse en Tucumán. Aliviado por esta novedad, José pensó que, liberado de este molesto rival que quería lucirse en todas partes, podría dedicarse a su proyecto con más tranquilidad. Se acordó de las recomendaciones que le había formulado Belgrano sobre la conveniencia de practicar los ritos católicos y dispuso que se celebrara en la Catedral un solemne Te Deum de acción de gracias, por "la destrucción del tiránico gobierno de la capital".

Con el paso de las semanas, sin embargo, el gobernador mendocino advirtió que, pese a las buenas relaciones que mantenía con el nuevo director supremo, no podía contar con demasiados auxilios desde Buenos Aires. En primer lugar, el restaurado Fernando VII había enviado una expedición de 10.000 hombres al mando del general Morillo hacia el Río de la Plata, para someter a los rebeldes indios, lo que hacía necesario concentrar recursos en ese sitio.

Cuando se supo que la expedición de Morillo se había desviado hacia Venezuela, Álvarez Thomas le hizo saber a San Martín que Artigas había vuelto a ponerse en situación de rebeldía en el litoral. "Esto paraliza nuestras miras sobre "Chile", le decía, explicándole que se veía en la necesidad de enviar 1.500 hombres y la escuadra a Santa Fe, para luchar contra las montoneras capitaneadas por el caudillo oriental.

Desde la derrota de Rancagua, el comercio con Chile se había paralizado y esto había disminuido sustancialmente los ingresos de la tesorería mendocina en concepto de tarifas de importación o exportación. Con el objetivo de obtener recursos para ampliar y mantener su ejército e incluso enviar ayuda a Buenos Aires, el gobernador designó una comisión para que recogiese donativos voluntarios, a cuyo efecto donó la mitad de su sueldo. También impuso un empréstito forzoso a los capitales, sobre la base de cuatro reales por cada mil pesos, medida que provocó airadas protestas, incluso entre algunos cabildantes que en principio habían apoyado al general. "Entre este único arbitrio o dejar perecer a las tropas, no hay medio", fue la dura respuesta de San Martín.

Resuelto a aumentar la recaudación por cualquier medio, el gobernador citó a los productores de vinos y aguardientes y los presionó para que hicieran una contribución extraordinaria, bajo la amenaza de tomar represalias con quienes no apoyaran la causa de la revolución. Se estableció así el paradójicamente llamado "impuesto voluntario" sobre caldos, que ningún fabricante se animó a soslayar. Se creó asimismo un gravamen sobre el consumo de carne, se tornó estricto el cobro de los derechos de alcabala y se multiplicaron las multas a los infractores. Aun más severa fue la decisión de secuestrar y confiscar los bienes de los españoles europeos o americanos enemigos de la Independencia que se hubieran fugado a Lima, Chile u otros puntos. Los que permanecían en Mendoza tenían prohibido salir de sus casas después de las 10 de la noche. Familiares de los afectados concurrían a quejarse a la casa de gobierno, pero el general no los atendía o los trataba con rigor, lo que generaba sordos rencores y acusaciones de arbitrariedad.

Vestido con su uniforme militar, caminaba José una mañana por una calle de la ciudad y, al cruzarse con un vecino español, advirtió que éste no le cedía el lugar de la vereda ni tampoco lo saludó. Lo detuvo y lo increpó:

—¿Sabe usted que soy el general San Martín?

—Sí señor...

—Pues señor edecán —le ordenó al oficial Juan O'Brien—, lleve usted a este sujeto al cuartel y lo pone de plantón dos horas. Cada

vez que entre o salga un soldado, deberá quitarse el sombrero como saludo.

Los capitales puestos a interés por el convento de las monjas de la Buena Esperanza y de otras cofradías se ingresaron compulsivamente a la tesorería provincial, con reconocimiento de sus rentas, así como también las limosnas recaudadas por los mercedarios para la redención de los cautivos cristianos. También se desterró a dos curas dominicos por "razones de seguridad de Estado", todo lo cual provocó protestas en una parte del clero, aunque los religiosos progresistas apoyaban al gobernador.

Los peones, por su parte, no podían concurrir a las pulperías los días hábiles, y éstas debían cerrar a las 10 de la noche. Los comerciantes, a su vez, debían informar al gobierno la concurrencia a sus establecimientos de "hombres sospechosos o sobre conversaciones perjudiciales al servicio de la patria".

Como contraprestación a estos esfuerzos, el gobernador trató de impulsar las obras de regadío, fundó una biblioteca pública y creó un colegio secundario.

En los meses de invierno recorrió a caballo las estribaciones de la cordillera y parte del sur de la provincia. Llegó hasta el fuerte de San Carlos y disfrutó con estas excursiones, pero al volver a la capital percibía el malestar de la población por las contribuciones que se imponían.

Como una forma de aliviar los intensos reproches, José le sugirió a Remedios que promoviera y encabezara entre sus amigas mendocinas la donación pública de parte de sus joyas, cuyo

producido fue enviado como aporte a la escuadra de Buenos Aires. El gesto fue celebrado por los sectores adictos al general, pero rechazado por los opositores, quienes lo calificaron de demagógico e hipócrita.

Al empezar los calores y acercarse otro fin de año, José pensó que las circunstancias estaban dadas para intentar el cruce de la cordillera con su ejército. Los cuatrocientos soldados con que contaba inicialmente se habían aumentado a mil cien: había incorporado forzosamente a los esclavos de los españoles europeos, amenazando con multas a los remisos; había formado una legión de chilenos emigrados y recibido artilleros y granaderos a caballo desde Buenos Aires; los gobernadores de San Juan y San Luis le habían enviado algunos hombres y había recurrido también a la leva de vagos.

Se dirigió al director supremo para solicitarle permiso y apoyos para cruzar con sus fuerzas hacia Chile, pero Álvarez Thomas le respondió que debía mantenerse a la defensiva, hasta tanto se conociera el resultado de las operaciones que el general Rondeau había iniciado en el Alto Perú. Poco después, llegaba la noticia de que Rondeau había sido derrotado completamente en Sipe Sipe. No haremos camino a Lima sino por Chile, pensó San Martín, contento de ver confirmadas sus previsiones pero sintiéndose impotente al no poder iniciar su expedición.

Volvió a tener vómitos de sangre y ataques de asma, que muchas noches no lo dejaban dormir. Se quedaba sentado en una silla para respirar mejor y se adormecía con fuertes dosis de opio, que le

suministraba su médico personal, el doctor Zapata. Una junta médica dictaminó que por el estado de sus pulmones no viviría más de un año y José le escribió al director supremo para comunicarle este diagnóstico y pedirle una licencia de cuatro meses para descansar en Córdoba o en Catamarca. Pero Álvarez Thomas, temeroso de que San Martín organizase otra asonada como la que había impedido la asunción de Perdriel, no le concedió la licencia ni tampoco lo autorizó para partir hacia Chile.

Algo repuesto, se le ocurrió un ardid para hacer que el presidente de Chile, Casimiro Marcó del Pont, intentase invadir Mendoza y, por ese medio, derrotarlo en su propio terreno. Hizo que cuatro notorios españoles realistas (que en realidad actuaban como agentes encubiertos de San Martín), enviasen cartas a Santiago haciendo saber que el general y sus tropas iban a marchar hacia el norte en apoyo de Rondeau y dejarían la ciudad desguarnecida. Había recibido algunos refuerzos de Buenos Aires y la promesa de una suma mensual, de modo que tenía esperanzas de vencer a los godos. En una carta a su amigo Tomás Guido, le explicaba:

El enemigo no puede atacarme sino con la mitad, de su fuerza, es decir con 2.000 hombres; y yo le puedo oponer 1.400 buenos. Por otra parte, su caballería no es maniobrera; y su infantería llegará cansada y estropeada, lo mismo que su armamento. Yo estoy tomando mis medidas no solamente para un caso de victoria, sino para uno adverso. Si el primero se verifica me soplo en Chile y si el segundo, se podrá remediar con la precaución. Usted me dirá cómo teniendo el enemigo cuatro mil hombres disponibles no

puede atacarme más que con la, mitad. La cosa es sencilla: esta fuerza esta diseminada en varios puntos y en un espacio de más de trescientas leguas; tienen que cuidar de sus costas y del disgusto general de Chile. ¡Dios nos ayude!

El ejército español había iniciado su marcha desde Chile, pero un espía le comunicó a Marcó del Pont la verdadera situación de Mendoza y la expedición se detuvo. San Martín se decepcionó terriblemente y volvió a tener vómitos de sangre. Desde hacía más de un año había estado sometiendo a los mendocinos a todo tipo de exacciones con la esperanza de que esos esfuerzos redundarían en la victoria de la revolución sobre los españoles, pero ahora debería explicarles que debido a la inminente entrada del otoño (con el consiguiente cierre de la cordillera), deberían esperar un año más. Pensó que la falta de apoyo y decisión del gobierno nacional se debía a la desconfianza que despertaba su persona y se deprimió intensamente. Le contó sus pesares a Remedios y le escribió a Buenos Aires a Tomás Guido, con quien recíprocamente se trataban de "lancero", aludiendo a sus condiciones de oficiales de caballería:

¿Qué quiere que le diga de la expedición, a Chile? Cuando se emprenda ya es tarde: crea mi amigo que yo estaba bien y persuadido de que no se haría, sólo porque su Lancero estaba, a la cabeza; ¡Maldita sea mi estrella que no hace más que promover desconfianzas! Por esto habrá notado que jamás he abierto mi parecer sobre ella; ay, mi amigo ¡qué miserables y débiles somos los animales con dos pies y sin plumas! Zapiola

como yo estarnos amolados en este campo, no de Marte sino de toda colección de bichos e insectos; paciencia. Adiós, mi Lancero, el humor no está bueno y la salud peor.

Guido le respondió que no se desanimase y que continuara reclamando el apoyo del gobierno, pero la incomodidad con relación a los mendocinos y el abatimiento de San Martín eran muy grandes. Reservado y receloso por naturaleza, sin amigos ni confidentes a su lado, le escribió nuevamente a Tomás para confiarle sus sentimientos:

Mi lancero anotado: al fin. Usted con su carta, del primero me ha hecho romper el silencio perpetuo que me había propuesto guardar, pero reventaría si continuase así en mi sistema. Vamos al caso. Me dice que pida, y más pida para, el aumento de fuerza de esta provincia; a la verdad, mi amigo, que es una cosa bien triste verse en esta situación; ¡Pedir! ¿No lo he hecho aun, de las cosas de primera, necesidad y se me han negado? ¿No he hecho continuas reclamaciones sobre la indefensión de esta provincia, tanto el año pasado como el invierno anterior? ¿Por ventura el gobierno no ha tenido los estados con el número de armamento y su calidad?, siendo éste de tal especie que las dos terceras partes están enteramente inútiles. Pero para qué voy a enumerar sobre esto cuando todo debe haber pasado por sus manos: a V. E. le consta que lejos de auxiliarme con un solo peso me han sacado 6.000 y más en dinero que remito a ésa, que las alhajas de donativo de la provincia (entre las que fueron las pocas de mi

mujer) me las mandaron remitir como así mismo los caldos donados y que estos últimos no fueron porque ya era demasiada la paciencia; que tuve que pagar cuarenta mil pesos de las cuatro mil mulas remitidas al Perú que mis entradas mensuales no eran, más que de 4.000 pesos y gasto mensualmente 20.000; que he tenido que crear una maestranza, parque, armería, dos hospitales, una fábrica de pólvora (porque ni aun, ésta se me ha remitido sino para la sexta parte de mis atenciones); una provisión de víveres y qué sé yo qué otras cosas; no incluyo tres mil caballos recolectados y 1.300 mulas y mi1 recados; todo esto lo sabe el gobierno y también el que he tenido que arruinar las fortunas para sostener y crear tantas atenciones: no hablemos de gastos secretos, porque esto es un mare magnum; y a pesar de todo se me ha abandonado y comprometido del modo más inaudito.

Yo bien sabía que ínterin estuviese al frente de estas tropas no solamente no se haría expedición a Chile, sino que no sería auxiliado,, así es que mis renunciaciones han sido repetidas no tanto por mi salud atrasada cuanto por las razones expuestas. Vamos claros, mi Lancero; San Martín será siempre un hombre sospechoso en su país y por esto mi resolución está tornada: yo no espero más que se cierre la cordillera para sepultarme en un rincón en que nadie sepa de mi existencia, y solo saldré de él para ponerme al frente de una partida de gauchos si los matuchos nos invaden.

Capítulo X

El cruce de los Andes (1816—1817)

Tomás Guido había sido designado oficial mayor de la Secretaría de Guerra del gobierno directorial, de tal modo que desde allí pudo realizar algunas gestiones en apoyo de su amigo. El resultado fue que se decidió aprobar una pequeña expedición a Chile de quinientos hombres en el otoño, para satisfacer a San Martín y mantener levantado el ánimo de los patriotas chilenos.

Pero el gobernador mendocino no estuvo de acuerdo, ya que pensó que era mejor esperar la apertura de la cordillera en los comienzos del próximo verano y cruzarla con un ejército poderoso que decidiera la situación militar en forma definitiva. "Todo esfuerzo parcial —reflexionó en su respuesta se pierde decididamente. La toma de Chile exige una fuerza imponente que, evitando la efusión de sangre, nos dé completa posesión en tres o cuatro meses".

Proponía como alternativa preparar un ejército de 4.000 hombres, a cuyo efecto solicitaba se le enviaran 1.800 desde la capital, para agregarlos a los 2.200 que él ya había logrado reunir. Pedía también fusiles, sables, cañones, 14.000 pesos para continuar la guerra de zapa (es decir de espionaje y acción psicológica, actividad que lo fascinaba) y 60.000 pesos para gastos, "pues no es regular ir a Chile sin numerario y empezar por exacciones cuando se debe seguir un sistema en todo opuesto al de sus opresores".

Las circunstancias nacionales parecían ahora serle más propicias. La logia se había reorganizado en Buenos Aires y uno de sus miembros, Antonio González Balcarce, había asumido en forma interina como director supremo ante la renuncia de Álvarez Thomas.

Por otro lado, el Congreso de diputados de las provincias había empezado a sesionar en Tucumán y los diputados de Cuyo tenían bastante peso: Tomás Godoy Cruz y Juan Agustín Maza representaban a Mendoza; Francisco Narciso Laprida y fray Justo Santa María de Oro a San Juan; y Juan Martín de Pueyrredón a San Luis. Frente a esto, algunos brotes autonomistas en las provincias preocupaban a San Martín, quien pensaba que la desunión podía dificultar sus planes. Las provincias dominadas por Artigas no habían enviado diputados al Congreso y en Santiago del Estero se había producido un alzamiento contra la dependencia de Tucumán. Exasperado, el general le confiaba a Godoy Cruz su estado de espíritu:

Me muero cada vez que oigo hablar de Federación: ¿no sería más conveniente trasplantar la capital a otro punto cortando por este medio las justas quejas de las provincias? ¡Pero federación! ¿Y puede verificarse? ¿Si en un gobierno constituido y en un país ilustrado, poblado, artista, agricultor y comerciante se han experimentado en la última guerra contra los ingleses (hablo de los americanos del norte) las dificultades de una federación, que será de nosotros que carecemos de aquellas ventajas? Amigo mío, si con todas las provincias y sus recursos somos débiles,

qué nos sucederá aislada cada una de ellas. Concluirá V. que todo se volverá una leonera, cuyo tercero en discordia será el enemigo.

En una carta a Guido, era todavía más claro con su pensamiento:

¡Carajo con nuestros paisanitos! Toma liberalidad y con ella nos vamos al sepulcro. Lancero mío, en tiempo de Revolución, no hay más medio para continuarla que el que mande diga hágase, y que esto se ejecute tuerto o derecho; los hombres tienen una tendencia a cansarse de lo que han emprendido y si no hay para cada uno de ellos un cañón que les haga seguir el camino derecho, todo se pierde.

Un susto me da cada vez que veo estas teorías de libertad, seguridad individual, ídem de propiedad, libertad de imprenta, etc. ¿Qué seguridad puede haber cuando me falta el dinero para mantener mis atenciones y hombres para hacer soldados? ¿Cree V. que las respetan? Estas bellezas sólo están reservadas para los pueblos que tienen cimientos sólidos y no para los que ni aun saben leer y escribir, ni gozar de la tranquilidad que da la observancia de las leyes. Yo aseguro a V. (y esto sin vanidad) que si yo no existiese, esta provincia haría los zambardos que las demás, pues todo el mundo es país.

El Congreso eligió como director supremo al brigadier Juan Martín de Pueyrredón y eso podría resultar favorable a los proyectos de San Martín, pero llegó también la noticia de que en Tucumán se

opinaba que había que hacer un nuevo intento por el Alto Perú. Cuido redactó una memoria en Buenos Aires favorable a la expedición a Chile y se la envió a Pueyrredón a Tucumán. Por su parte, el gobernador mendocino le escribió al flamante mandatario nacional pidiéndole una entrevista, a los efectos de explicarle personalmente sus propuestas.

Pueyrredón, entusiasmado con el informe de Guido, le contestó a San Martín que podrían encontrarse en Córdoba, durante el viaje que pensaba iniciar hacia Buenos Aires. Alentado por el hecho de que Pueyrredón también era masón pero prevenido por el malentendido que los había enfrentado durante la caída del primer Triunvirato, José partió hacia Córdoba, adonde llegó con mucho frío. Pero los días pasaban y el director no llegaba, por lo que empezó a impacientarse y a deprimirse: reapareció la fatiga de pecho y volvió a pensar que nunca tenía suerte ni lograba la plena confianza de nadie.

Una gran noticia lo alegró: el Congreso de Tucumán había declarado la independencia de las provincias unidas el 9 de julio, conforme el deseo que él había expresado con insistencia a Godoy Cruz y a los restantes diputados cuyanos. Ésta era la causa de la demora de Pueyrredón, quien arribó poco después.

José fue a recibirlo a la entrada de la ciudad, se abrazaron cordialmente sin ningún rencor y luego lo acompañó hasta la residencia que le habían preparado. San Martín se instaló prácticamente allí y conferenciaron durante 48 horas: hubo unanimidad de pareceres y coincidencia de temperamentos y el

director se comprometió con todo entusiasmo a apoyar la campaña hacia Chile.

El gobernador volvió feliz a Mendoza, con la convicción de que ahora el proyecto iba a realizarse. A los pocos días, Remedios dio a luz una niña y el duro general de treinta y ocho años sintió una indecible ternura. Aunque esperaba un varón, lo embargó un sentimiento de orgullo y potencia, mezclado con el cálido deseo de proteger a su encantadora bebita.

Los flamantes padres bautizaron a la niña con el nombre de Mercedes Tomasa y los padrinos fueron el coronel e ingeniero tucumano José Antonio Álvarez Condarco y Josefa Álvarez. Le escribió a Tomás para compartir su emoción y como en esos días los opositores lo acusaban de pretender coronarse como rey, ironizó:

Sepa, Usted que desde antes de ayer soy padre de una infanta mendocina.

Precisamente, debido a las corrientes europeas favorables a las restauraciones monárquicas y a las dificultades americanas para el autogobierno, San Martín le había escrito a Godoy Cruz expresando su acuerdo con la iniciativa de coronar a un Inca:

Me parece admirable el plan de un Inca a la cabeza sus ventajas son geométricas. Pero por la patria les suplico, no nos metan en una regencia de varias personas. En el momento en que sea más de una, todo se paraliza, y nos lleva el diablo.

El general confiscó a los propietarios los esclavos de servicio doméstico y de labores agrícolas para engrosar su ejército y decidió trasladar las tropas hacia un sitio cercano. Dejó el mando político en manos de Toribio de Luzuriaga y levantó un campamento en el Plumerillo, a unos cuatro kilómetros de la ciudad, donde construyó alojamientos, cocinas y un tapial para prácticas de tiro.

Implantó ejercicios cada vez más severos, con el ánimo de asegurar la disciplina. Una tarde pasó ante un grupo de oficiales y advirtió que su cuñado Manuel no lo había saludado. Volvió sobre sus pasos y le espetó:

—Señor oficial: pico con pico y ala con ala. Sepa que yo no me casé con usted, sino con su hermana. Preséntese arrestado en su habitación hasta nuevo aviso.

En el sitio de la reunión se había levantado una gran carpa redonda y los jefes indios pehuenches, la mayoría casi desnudos y con un penetrante olor a potro, llevaban ya una semana de agasajos y borracheras. Se sentaron en círculo en el piso y San Martín, desde su silla, les dijo por intermedio de un lenguaraz que los había citado para informarles que los españoles iban a venir desde Chile para robarles sus mujeres e hijos. Agregó que él, dado que también era indio, iba a cruzar los Andes para acabar con los godos que les habían robado las tierras a sus padres; y que para poder pasar por el sur necesitaba el permiso de ellos, que eran los dueños del suelo.

Los aborígenes prorrumpieron en alaridos y vivas al general, a quien abrazaban con entusiasmo. Al terminar la ceremonia, el gobernador marchó a cambiarse de ropa, por el aroma rancio y a aguardiente

que le habían transmitido sus amigos. Como también le habían dejado algunos piojos que caminaban por su uniforme, José bromeó:

—¡Qué diablos! Estos piojos se comerán a mi amigo Marcó del Pont, que siempre está lleno de perfumes...

De acuerdo con lo que San Martín había previsto, algunos caciques viajaron a Chile a comentarle lo sucedido a Casimiro Marcó del Pont, buscando también sus regalos. El jefe español dividió entonces sus fuerzas, que era uno de los objetivos del gobernador mendocino.

En el entusiasmo por la inminente partida, el gobernador le pidió al Cabildo que se le donasen cincuenta cuabras de tierra para poder asegurarse la vejez. Explicaba que el oficio de labrador era el que más cuadraba con su naturaleza y que no contaba con recursos para adquirirlas, pese a su escaso precio. El cuerpo le obsequió las cincuenta cuabras solicitadas en Los Barriales y agregó otras doscientas para su recién nacida hija Mercedes.

José quedó satisfecho, pero la medida escandalizó a los opositores, quienes protestaban sordamente manifestando que era inaudito que mientras la población era sometida a todo tipo de exacciones a favor del Estado, el gobernador se hiciese regalar las tierras públicas.

El director supremo afrontaba algunas dificultades políticas y esto afectaba también a San Martín. Salta había retirado sus diputados del Congreso y Santiago del Estero había intentado nuevamente separarse de Tucumán. En carta a Guido, José protestaba:

Ya sabrá usted lo de Salta y Santiago del Estero, y dígame si con semejante gente podemos constituirnos en Nación: en Nación, sí, pero de salteadores; yo opino que como no sea nada que tenga relación con españoles, porque primero es la muerte, todo nos acomodaría. En fin, mi amigo, dígame usted, con ingenuidad: ¿con nuestro carácter, ambición, falta de costumbres, ninguna ilustración y el encono mutuo de los partidos y hombres particulares, ve usted, ni remotamente, un porvenir regular a nuestra felicidad futura., no a nosotros, sino al común de los habitantes?

San Martín necesitaba mulas, caballos, monturas, uniformes, víveres y toda clase de recursos. Sin perjuicio de las contribuciones que imponía, le solicitaba todo ello a Pueyrredón. Una mañana, en el Plumerillo, recibió un envío importante desde Buenos Aires y con él una carta del director supremo:

Van todos los vestuarios pedidos. Van cuatrocientos recados. Van hoy por el correo en un cajoncito los dos únicos clarines que se han encontrado. Van los doscientos sables de repuesto que me pidió. Van doscientas tiendas de campaña (o pabellones.), no hay más. Va el mundo. Va el demonio. Va la carne. Y no sé yo cómo me irá con las trampas en que quedó para pagarlo todo; a bien que en quebrando, cancelo cuentas con todos y me voy yo también para que usted me dé algo del charqui que le mando; y, ¡carajo, no me vuelva usted a pedir más, si no quiere recibir la

noticia de que he amanecido ahorcado en un tirante de la fortaleza!

José dejó la misiva sobre el escritorio y sonrió satisfecho. Sobre el fin de año, el general envió a su oficial y compadre Álvarez Condarco a Chile, para llevar a Marcó del Pont una copia del acta de Independencia, pero también con el objetivo secreto de que estudiara bien los pasos de la cordillera y los volcara en un mapa. El jefe español estuvo a punto de fusilarlo, pero en definitiva le permitió volver entregándole una respuesta en la que le hacía saber que, en lo sucesivo, cualquier otro enviado no merecería "la inviolabilidad con que dejó regresar al de esta misión". Al poner su rúbrica, Marcó del Pont, haciendo referencia a la condición de mestizo que se le atribuía a San Martín, agregó despectivamente: —Dígale a su general que yo firmo con mano blanca, no con mano negra como la de él...

A José le dolió íntimamente la referencia ofensiva, y se dijo que iba a cobrarse ese agravio con la victoria.

Remedios y José celebraron la Navidad en la casa del capitán Manuel Olazábal. A los postres, el gobernador formuló un brindis y pidió a su esposa y demás damas presentes que cosieran una bandera, para llevarla con la inminente expedición. En la víspera del día de Reyes, las tropas partieron del Plumerillo al son de tambores y pífanos y se dirigieron hasta el convento de San Francisco para recoger la imagen de la Virgen del Carmen, a quien el escéptico general había designado como patrona del ejército. San Martín se

puso al frente de las fuerzas y las dirigió hasta la plaza principal, donde se celebró una misa de campaña. Al terminar, el general tomó la bandera entregada esa madrugada por las damas y, presentándola, exclamó: —Soldados: ésta es la primera bandera que se ha levantado en América. ¿Juráis defenderla, hasta perder la vida, como yo lo hago?

Después del atronador "Sí juro", las tropas volvieron a su campamento y se inició una jornada de festejos. Hubo un almuerzo campestre y corridas de toros, en las que los oficiales más jóvenes, alentados por el buen tintillo mendocino, actuaron audazmente como improvisados matadores. Uno de los más atrevidos faenó a su animal y, cortándole no sólo las orejas y el rabo sino también los testículos, ofreció los trofeos a Remedios, quien presidía la fiesta junto a su marido. La joven se sonrojó ante el insólito presente, pero José, mirándola intencionadamente, le sugirió que lo aceptara.

Al regresar a su morada, el gobernador encontró a un joven capitán sentado en una esquina de la plaza y se dio cuenta de que estaba "entre San Juan y Mendoza", como se decía ya entonces a los ebrios.

—¿No vuelve al cuartel? —le preguntó condescendiente.

—Estoy sentado acá viendo pasar los edificios, mi general —se levantó trabajosamente y la boca pastosa le deformaba las palabras—. Cuando vea pasar al cuartel entraré de inmediato...

El general se sonrió paternalmente y siguió su marcha.

A la noche hubo un sarao y fuegos de artificio preparados por el fraile franciscano Luis Beltrán. En la culminación de las luminarias,

la plaza se iluminó vivamente y, con letras de todos colores, pudo leerse la leyenda "Viva el general San Martín". Una admirativa exclamación escapó de la concurrencia, pero no faltaron los díscolos que criticaron el egocentrismo del gobernador y el carácter adulator del cura artillero.

A los pocos días, el grueso ejército iniciaba la marcha por secciones y por distintos pasos, para confundir y dividir a las tropas realistas en Chile. La primera columna partió hacia el norte de San Juan, para cruzar por el paso de Guana y llegar hasta Coquimbo. Todavía más al norte, en la provincia de La Rioja, otra avanzaba por Come Caballos hacia Copiapó. En el sur, por el Planchón, una división buscaba arribar a Talca.

En el centro, una fuerte división inició el cruce por Uspallata, al mando del coronel Juan Gregorio de Las Heras. Aunque San Martín no confiaba plenamente en la lealtad de Las Heras porque sospechaba que había participado el año anterior de un intento de rebelión contra su mando, lo puso al frente del grueso del ejército por el predicamento que tenía entre sus subordinados.

Otro grupo marchó por el paso de Los Patos: la vanguardia estaba a cargo de Miguel Estanislao Soler y el centro a la orden de Bernardo O'Higgins. San Martín, excitado aunque siempre sereno, supervisó la partida de todas las secciones y, antes de marchar tras la reserva de esta última división, le escribió a su amigo Guido:

El 18 rompió su marcha el ejército. Para el 24 ya estará todo fuera de ésta y el 15 de febrero decidida la suerte de Chile. Mucho ha habido que trabajar y que hacer, pero todo sale

completo excepto el dinero, pues no me llevo más que 14.000 pesos. Mi amigo, si de ésta salgo bien, como espero, me voy a cuidar de mi triste salud a un rincón, pues esto es insoportable para un enfermo.

Desde el Plumerillo fue hasta la ciudad, para despedirse de Remedios. La relación entre los esposos había sido bastante limitada los últimos meses, pues ella estaba absorbida por su hijita Mercedes y él había vivido prácticamente en el campamento, ocupándose de los últimos detalles de la partida. Se había ya arreglado que Remedios regresara a Buenos Aires con su beba esos mismos días, para esperar allá las noticias sobre la suerte de la expedición. José le había escrito a Pueyrredón para recomendarlas y le pidió que le entregara a su esposa ochenta pesos mensuales, a descontar de su sueldo.

Partió luego en coche hasta San Juan y desde allí, con sus asistentes, siguió a lomo de mula hacia la quebrada del Zonda. El aire era diáfano y un arroyo claro serpenteaba entre sauces hospitalarios. Al final del valle comenzaron el ascenso y las moles pétreas le imponían su aridez amenazante. Alcanzaron a la retaguardia de la división, cuyo paso era más lento por el transporte de armas, víveres, elementos de hospital, caballos, mulas, y vacas para faenar. El general estaba preocupado por llegar pronto a las zonas de ríos y deshielo, pues la falta de agua era el primer obstáculo que debían superar.

Al llegar a Manantiales, un chasqui le informó que la columna de Las Heras había marchado más rápido que lo previsto y había derrotado en Los Potrerillos a una avanzada de tropas realistas. Le envió un recado pidiéndole que atrasara la marcha, pues quería que todas las columnas convergieran sobre territorio chileno simultáneamente.

Apoyando el cuerpo sobre los estribos (le madera, abrigado con una chaqueta de piel de nutria y cubierto con su capote y su sombrero de punta, José subía por la cuesta del Valle Hermoso y volvía la cabeza para contemplar la hilera de hombres que, afectados ya en su respiración por la puna, conducían los pertrechos y podrían sentirse apremiados por la sed en cualquier momento. Aunque la senda era escarpada y el viento le golpeaba el rostro, la deslumbrante belleza de los picos nevados lo impactaba profundamente. Unas nubes oscuras que avanzaban desde el sur lo privaron del espectáculo y poco después un intenso granizo golpeaba su cuerpo y el de su cabalgadura. Aliviado por la dura llegada del agua, dio orden de detención, se apeó de su acémila y compartió un trago de aguardiente con su ayudante y tío político, el coronel Hilarión de la Quintana. Cuando la tormenta se disipó resolvió mantener el descanso y, armando su catre de campaña, fumó un cigarrillo y se durmió por unas horas.

Dejó que su mula lo condujera durante el fragoroso ascenso. Al alcanzar la cima, los guías le informaron que los españoles ya conocían la marcha de su división y que un destacamento había sido enviado a la garganta de las Achupallas para impedirles la

Llegada al llano. San Martín ordenó el descenso por la senda que flanqueaba el río Putaendo y dispuso que un comando de granaderos se adelantase hasta ese lugar para liberarlo de cualquier obstrucción. La bajada aceleró el ritmo de la marcha y hombres y bestias parecían estar empujados por una fuerza invisible que les acortaba el camino. La avanzada, con algunas cargas comandadas por el capitán Juan Lavalle, había despejado la angostura de las Achupallas y allí se le comunicó al general que la columna de Las Heras había podido llegar al bajo y había tomado la ciudad de Santa Rosa de los Andes. José llenó sus pulmones de aire y respiró aliviado.

Al bajar la última cuesta y llegar al poblado de San Antonio de Putaendo, luego de diez días de travesía, se apeó de su mula y ató las riendas a un aguaribay que se encontraba en un costado de la plazuela. El tronco rugoso estaba coronado por hojas suaves y minúsculas y unas frutas rojas como pimientos. Escasas viviendas se engalanaban con árboles verdes y frondosos, con los que el piedemonte mostraba el renacimiento de la vegetación. Mientras caminaba hacia la casa del alcalde, el satisfecho general pensaba que ya se había logrado lo más difícil.

Así se lo explicó a Pueyrredón en una carta:

El tránsito solo de la sierra ha sido un éxito. Figúrese V. E. la mole de un ejército moviéndose con bagaje de subsistencias, armamentos, municiones y demás adherentes por un camino cruzado de eminencias escarpadas, desfiladeros, travesías y profundas angosturas. Tal es el camino de los Patos que hemos

traído. Pero si vencerle ha sido una victoria, no lo es menos haber principiado a escarmentar al enemigo.

Capítulo XI

Venga esa mano blanca

(1817)

La vanguardia del ejército siguió hacia el sur, superó una resistencia en la quebrada de Las Coimas y ocupó San Felipe de Aconcagua. Al llegar al pie de la cuesta de Chacabuco, en la entrada de Santiago de Chile, se juntó con la división que había entrado por Uspallata.

San Martín se reunió allí con su estado mayor y se analizó la situación. Marcó del Pont se había abroquelado en la capital y había apostado sus fuerzas disponibles en la cumbre de esa sierra, para impedirles el ingreso. Aunque José no tenía completo su parque de artillería y había tenido graves pérdidas de mulas y caballos en la cordillera, resolvió dar batalla de inmediato, antes de que el jefe realista recibiera refuerzos o pudiera reunificar sus columnas dispersas. La clave de la victoria —explicó el general— es atacarlos divididos. Esa noche, el ejército vivaqueaba nervioso al pie de la Olazábal:

—¿Que tal nos encontramos para mañana?

—Como siempre, mi general, perfectamente.

—¡Bien! Duro con los sables sobre la cabeza de los matuchos, que queden pataleando...

Al amanecer, las huestes patriotas iniciaron el ascenso. Un grupo encabezado por Soler marchó por el oeste tratando de ganar la retaguardia de los españoles, mientras otra columna, al mando de

O'Higgins, avanzaba por el este y debía amenazar al enemigo por el frente.

Soler cargó la bayoneta sobre uno de los flancos y logró que los realistas retrocedieran, ante lo cual O'Higgins ordenó a sus hombres un ataque frontal. Pero los españoles se rehicieron y contraatacaron con infantería y artillería durante más de una hora, al cabo de la cual los patriotas perdieron cientos de pardos y morenos. En vista de las dificultades, San Martín ordenó a Soler insistir por el flanco, mientras tres batallones de granaderos reforzaban al jefe chileno, quien realizó una nueva carga con bayonetas y logró esta vez doblegar a los adversarios, los que finalmente se rindieron ante la envolvente acción. Más de seiscientos españoles quedaron muertos sobre el campo de batalla.

Aunque estaban solamente a cincuenta kilómetros de la capital, San Martín se instaló en la casa de la hacienda de Chacabuco y prefirió esperar sobre el campo con sus tropas para ver si Marcó del Pont les enviaba un nuevo ataque con las fuerzas que estaba recolectando. Pero esto no se produjo y, poco después, llegó la noticia de que los batallones realistas se estaban embarcando en Valparaíso para huir hacia el Perú, mientras el propio Marcó del Pont había abandonado también la ciudad. José respiró aliviado y no le dio importancia al hecho de que, en el sur, el gobernador de Concepción reorganizaba las tropas dispersas.

Envió un batallón de granaderos a caballo a cargo de Mariano Necochea para evitar los saqueos que, ante la evacuación del jefe español, habían empezado a producirse. Después partió tranquilo

con su ejército y entró triunfalmente en Santiago, donde se alojó en la Casa Colorada, una lujosa residencia sobre la calle de la Merced, a media cuadra de la Plaza de Armas, que pertenecía a los herederos de Mateo de Toro y Zambrano, el Conde de la Conquista. Disfrutó de un buen baño con agua caliente y después le escribió a Guido:

Al fin no se perdió el viaje y la especulación ha salido cómo podía esperarse. Ocho días de campaña han deshecho absolutamente el poder colosal de estos hombres. Nada existe sino su memoria odiosa, y su vergüenza. Coquimbo es nuestro y sólo les restan quinientos reclutas en Concepción, los que a esta fecha estarán dispersos.

Le gustó la rica edificación de Santiago, que le pareció más importante que la de Buenos Aires y Mendoza. Convocó a un cabildo abierto que resolvió designarlo como presidente o director supremo, pero resignó este cargo y, de acuerdo con lo que se había convenido previamente con Pueyrredón, sugirió que fuera elegido Bernardo O'Higgins, mientras él retenía el mando del ejército libertador de las Provincias Unidas y Chile. Su propósito era organizar cuanto antes la expedición a Lima, mientras O'Higgins se ocuparía de administrar el país e imponer contribuciones a los realistas, de modo de tener recursos para sostener al ejército de los Andes (ampliado ya con prisioneros y voluntarios), armar el de Chile y resarcir a las Provincias Unidas los gastos ya incurridos en la campaña.

Se encontraba alegre por el triunfo y concurrió entusiasmado a un baile que se ofreció, en la casa de uno de los principales vecinos, Felipe del Solar, en honor del ejército vencedor. En la puerta se había apostado una pieza de artillería para atronar el festejo y las damas concurrían con coronas de flores, mientras los hombres portaban un gorro frigio con cintas blancas y azules. En macizas fuentes de plata lucían pavos con banderas en el pico, cochinillos rellenos con naranjas en el hocico, jamones de Chiloé, sabrosos embutidos llamados "queso de chancho", coronillas, manjar blanco y dulcísimos huevos quimbos, mientras los vinos españoles, el chacolí de Santiago y el asoleado de Concepción circulaban con profusión.

Rodeado por sus principales oficiales, el general hizo un brindis por la libertad y, en actitud de arrojar la copa al suelo, le preguntó al dueño de casa:

—¿Solar, es permitido?

—Todo lo que está sobre la mesa, general, está puesto para romperse. Tiró la copa al piso haciéndola añicos y poco después comenzó el baile. Danzó minué y contradanza con dos bellas señoras que eran hermanas y lo festejaban permanentemente, halagándolo y consintiéndolo. Los sucesivos brindis lo fueron entonando y cada vez veía más lindas a ambas mujeres. Empezó a tener deseos de hacer el amor con una de ellas, pero a medida que el alcohol lo euforizaba concluyó en que ambas eran tan seductoras que le gustaría hacerlo con las dos. Terminó la noche acostándose con la más joven.

Se ocupó de formar una logia en la ciudad y la flamante entidad masónica designó como secretario a José Ignacio Zenteno, jefe de estado mayor del Ejército de los Andes, quien también fue nombrado ministro de guerra por O'Higgins.

Una partida de granaderos detuvo en el sur al presidente depuesto, Marcó del Pont, quien fue conducido en una calesa hacia Santiago. El rumor de su llegada se expandió por la ciudad y el público se agolpó frente al Palacio Episcopal, sobre la Plaza de Armas, donde San Martín atendía su despacho. El detenido fue llevado a un salón y se lo hizo sentar. José no había olvidado la humillación que quiso infligirle el realista al aludir a su mano de mestizo. Por ello entró al salón y, al reconocer por el uniforme a su vencido, estiró su diestra y le dijo irónicamente:

—Señor General, venga esa mano blanca...

Luego lo invitó a pasar a su despacho, donde conversaron a solas durante un largo rato. Marcó le solicitó se le permitiera regresar a la península con la promesa de no volver a tomar las armas en América, pero algunos días después el director Pueyrredón disponía desde Buenos Aires que fuese confinado a San Luis.

Le escribió una carta a su amigo el comodoro William Bowles, jefe de la expedición naval inglesa en los mares del sur, quien se encontraba en el Río de la Plata. Le contó acerca del éxito del cruce de la cordillera y de la batalla de Chacabuco y le pidió que viniera a visitarlo, para mantener una conversación, la que "podría contribuir mucho al bien de estos países". Le decía también que "sería muy conveniente que viniesen a estos mares algunas fuerzas de guerra

británicas, tanto para proteger a su comercio como por las ventajas que podrían resultar con su presencia".

Se reunió con O'Higgins y ambos convinieron en que era imprescindible mandar un emisario a Inglaterra para comprar barcos. Eligieron a José Antonio Álvarez Condarco, hombre de confianza de San Martín y padrino de su hija Mercedes, y le hicieron entregar una importante suma de dinero, con el secreto encargo de que en Londres depositara parte de ella a nombre de Bernardo y de José. José estaba una noche en el patio de la casa de su amante, cuando vio entrar a la morada a un joven oficial de su propio ejército. Por la familiaridad con que lo hacía, advirtió de inmediato que ambos estaban compartiendo los favores de la dama. Decidió no competir con su subalterno y se retiró discretamente, pero luego fue el militar bisoño quien abandonó la lid. Resolvió viajar a Buenos Aires y le pidió a su ayudante, el oficial irlandés Juan O'Brien, rubio, alto, buen mozo y mujeriego, que lo acompañara. Partió en carroza hasta la hacienda de Huechuraba, donde pernoctó. Allí le proporcionaron unas mulas barrosas y unos baqueanos, con quienes cruzaron la cuesta de Chacabuco, que en lengua araucana significaba "despejar, allanar camino". Tuvo un pensamiento para los pobres negros que habían dejado allí su pellejo y siguieron hasta Los Andes, donde se provieron de charqui, harina tostada y cebolla. Iniciaron el ascenso y cruzaron la cima, pero al llegar al valle de Uspallata José fue atacado por un violento acceso de asma. No sabía si atribuirlo a la altura o al cansancio, y se vio obligado a guardar reposo más de un día. Siguió luego hasta Mendoza,

donde lo recibieron triunfalmente y lo agasajaron con un banquete seguido de baile. Continuó viaje al amanecer, para aprovechar la fresca, pues le urgía llegar a la capital. Aunque Pueyrredón le había confirmado que contaba con apoyo para continuar hasta Lima, su experiencia le decía que esto debía hacerse con prontitud. Desde una posta a las afueras de Mendoza, envió un mensaje al Cabildo de Santiago para hacerle saber que no aceptaba los diez mil pesos que se le habían obsequiado para gastos de viaje.

Al llegar a Buenos Aires fue directamente a lo de Escalada, donde lo esperaban Remedios y su hijita Mercedes. Abrazó a la criatura y besó cálidamente a su esposa. El éxito de la expedición lo había puesto eufórico y potente, de tal modo que esa noche la amó con pasión entrañable y sintió que ella le correspondía. Los meses de dedicación y esfuerzos se concentraron en ese acto de entrega y orgullo, de fusión con una niña que ya era una mujer.

* * * *

Al día siguiente sus suegros le comentaron que Remedios no estaba del todo bien de los pulmones y se quedó algo preocupado con la noticia. Se reunió privadamente con Pueyrredón durante varios días, con intermitencias debidas a los convites y fiestas con que se quería agasajar al jefe militar. Fuerzas portuguesas habían invadido Montevideo y el director supremo estaba indignado y quería declarar la guerra al imperio. San Martín trató de calmarlo, sabedor de que un nuevo conflicto en el Plata iba a absorber los recursos que él necesitaba para llegar al Perú por el Pacífico.

Pueyrredón reconocía que el dinero de la Casa de la Moneda de Chile pertenecía a ese Estado, pero opinaba que los fondos tomados a las fuerzas realistas correspondían a las Provincias Unidas, por su carácter de despojo de guerra, y quería utilizarlos para ayudar al Ejército del Norte, al mando nuevamente de Belgrano, y para la eventual campaña contra los portugueses. Finalmente convinieron en que se remitiesen desde Santiago 40.000 pesos y prisioneros de guerra, pero sin que ninguna compañía al mando de San Martín repasase la cordillera. En cuanto a los barcos que se necesitaban para la expedición naval, habían ocurrido en el ínterin importantes sucesos. José Miguel Carrera había llegado al puerto de Buenos Aires, con dos fragatas contratadas en Estados Unidos, para liberar a su país del dominio español. Pero Pueyrredón, que quería disponer de esas embarcaciones, había detenido a Carrera en el cuartel de Retiro y había entrado en tratativas con sus capitanes.

Para resolver el conflicto, se pensó en lograr que el gobierno chileno proporcionara una pensión anual para el envío de José Miguel y sus hermanos a los Estados Unidos y su mantenimiento allí. San Martín fue a visitar a Carrera en su lugar de detención, para tratar de convencerlo de que aceptara la propuesta.

El general entró a la habitación y le tendió la diestra, pero el caudillo chileno lo miró a los ojos y le rehusó la suya. El jefe triunfante se puso más oscuro que de costumbre por la inesperada humillación, pero contuvo su indignación, se sentó y explicó a Carrera su propósito.

Con toda altivez, José Miguel le respondió que estaba siendo víctima de un insólito despojo y que ese ofrecimiento era absolutamente inaceptable y además ofensivo, porque implicaba pensar que los Carrera eran unos simples cobardes capaces de venderse por dinero.

En definitiva, Pueyrredón y San Martín resolvieron otorgar poder a Manuel Aguirre y a Gregorio Gómez (éste un gran amigo del general, uno de los pocos con quien se trataba de tú) para que compraran y armaran en Estados Unidos dos fragatas, con 200.000 pesos que aportaría el gobierno de Chile.

Staples, a quien le narró la situación de Chile y le dijo que le interesaba contar con el apoyo británico para su expedición sobre Lima. Le reiteró también el pedido efectuado anteriormente a Bowles —quien estaba en ese momento en Río de Janeiro— en el sentido de poder contar en el Pacífico con naves británicas.

—Aunque actúen bajo el principio de neutralidad —explicó el general— servirán para proteger el comercio en nuestras costas.

Staples le preguntó sobre la forma de gobierno que pensaba darse Chile. San Martín meditó un instante:

—Los chilenos están más inclinados a la monarquía que a la república —sorbió un trago de té—, pero en ningún caso aceptaremos a un Borbón español.

Se reunió varias veces con los "hermanos" de la logia y consiguió, a través de ésta, que Pueyrredón designara a Tomás Guido como representante de las Provincias Unidas ante el gobierno de Santiago. Hacía tiempo que San Martín quería a Tomás a su lado —solía

desconfiar de todos sus jefes y desde Mendoza había destituido al coronel Soler por sospechar que estaba en comunicación con los Carrera—, de modo que se alegró mucho con esta novedad.

Contrató a varios oficiales extranjeros —ingleses, franceses y norteamericanos— y se despidió de Remedios con otra noche de amor. Abrazó a la pequeña Mercedes y partió en diligencia con Guido. En Mendoza se cruzaron con Álvarez Condarco, quien iba hacia la capital para embarcarse hacia Londres, para comprar allí armamentos navales y depositar una gruesa suma a nombre de San Martín y O'Higgins, como previsión para el futuro.

José y Tomás cruzaron la cordillera y, al llegar a Santiago lujosamente preparado. O'Higgins había marchado hacia el sur para sofocar los focos realistas y San Martín le escribió para comunicarle su arribo:

Mi amado amigo:

Acabo de llegar con una salud cumplida y un viaje feliz. Nuestro Álvarez Condarco ha marchado a Buenos Aires para desde allí seguir a Londres, con la comisión que acordamos. Todo va, perfectamente y estoy seguro la, desempeñará con la honradez que le es propia.

Bernardo había dejado en su reemplazo al coronel Hilarión de la Quintana, tío político de San Martín, pues era hermano de Tomasa, la madre de Remedios.

Esta designación había causado malestar en los sectores carreristas y aun independientes, pues se consideraba que Quintana era un

forastero sin méritos ni antecedentes, que mal podía gobernar a los chilenos. Además, al poco tiempo de la partida de San Martín, el alcalde de primer voto Fernando Errázuriz había visitado a Hilarión y le había comentado que el rechazo de San Martín de los diez mil pesos que se le habían regalado había sido un desaire para el Cabildo.

—Yo conozco a los militares —insinuó con tono confidencial el pariente político—: aman el dinero, pero solamente hay que regalarles sumas grandes, que cambien su fortuna para siempre. Si ustedes le obsequian una hacienda del Estado, no la devolverá...

Aunque Errázuriz adujo que el ayuntamiento era pobre —no como el de Buenos Aires—, la corporación aprobó la iniciativa sugerida y se resolvió donar a San Martín la llamada "chacra de Beltrán", una finca ubicada en las afueras de la ciudad, en Ñuñoa, que había sido expropiada a un realista prófugo. Esta medida disgustó a los propios patriotas e indignó a la oposición.

A su regreso, el general percibió este malestar y se propuso tomar algunas medidas para atenuarlo, Para indicar que su influencia sería a favor de la ilustración (lo contrario de los realistas españoles) resolvió destinar a la fundación de una biblioteca pública los 10.000 pesos que el Cabildo le había destinado para gastos de viaje. Rechazó una suntuosa vajilla de plata que se le había obsequiado y su sueldo de 6.000 pesos anuales que se le asignó en su condición de general del ejército chileno, pero ante la insistencia de las autoridades terminó aceptándolos. También recibió la donación de la "chacra de Beltrán", pero se comprometió a destinar la tercera

parte de su producido al hospital de mujeres y a la dotación de un vacunador contra la viruela.

* * * *

Se reunió con la logia y se resolvió que Hilarión de la Quintana debía renunciar. San Martín le escribió a O'Higgins para decirle que debía elegir un reemplazante chileno (por esa razón de extranjería él mismo se autoexcluía) y le informó las últimas noticias del Plata: José Miguel Carrera se había fugado de la prisión y se había asilado en Montevideo. Desde allí, en compañía de Carlos de Alvear, quien había regresado de Río de Janeiro, y utilizando una imprenta traída desde Baltimore, había iniciado una intensa campaña de desprestigio contra Pueyrredón, San Martín y O'Higgins. Manuel Rodríguez, un militar que había colaborado con la guerra de zapa que San Martín había efectuado desde Mendoza pero a la vez un notorio carrerista, ofreció sus servicios al general. José resolvió incorporarlo a su estado mayor y le explicó la decisión a O'Higgins:

Yo vigilaré su Conducta y creo que no tardará, mucho en descubrirse. Pero tiemble, porque haré con él una verdadera, alcaldada si me da el menor motivo.

80

Empezaba a hacer frío, el director supremo seguía en el sur con las tropas, y los rumores de una conspiración carrerista llegaban todos los días hasta el despacho de San Martín, traídos por sus espías. Por las noches, José visitaba a Guido en su habitación y, sentados sobre unas sillas de damasco carmesí, charlaban sobre la marcha

de la organización del ejército y sobre las versiones de un inminente golpe de los Carrera. Al general le gustaban los problemas de logística, pero las divisiones intestinas lo ponían frenético. Su tío Hilarión continuaba como director delegado, pero en definitiva era él quien efectivamente gobernaba y debía castigar a estos díscolos recalcitrantes.

Desde Buenos Aires le decían que en la casa de Javiera existía una conspiración tendiente a derrocar a O'Higgins por traidor, juzgar marcialmente a San Martín como criminal y fusilar a quienes se resistiesen. Las noticias lo irritaban y el temor se iba convirtiendo en una agresividad que llegaba a marearlo.

Cuando le informaron que los complotados se estaban reuniendo en la hacienda del padre de los Carrera, decidió darles un golpe de gracia. Ordenó que se detuviera a todos los asistentes y también a Manuel Rodríguez. Pero cuando le avisaron en su palacio que los conspiradores estaban presos, no llegó a experimentar alivio ni menos satisfacción. Sintió unas terribles náuseas y vomitó sangre.

Guido se preocupó por la salud de su amigo y citó al médico oficial, el doctor Zapata. El galeno atendió a San Martín y luego conversó, en la antecámara, con Tomás:

¿Cómo está el general?

—No vivirá mucho si no se le distrae de sus ocupaciones.

—¿Son los pulmones?

—Su cerebro está viciado por el trabajo y comunica su irritabilidad al pulmón, al estómago y a la tecla vertebral.

Aunque no entendió del todo el diagnóstico (seguía en la duda sobre si se trataba de tisis o de un simple problema estomacal), Guido le sugirió a José que se tomara unas vacaciones en la finca de Francisco Ruiz Tagle, denominada Calera de Tango, cerca de Rancagua. El general aceptó de buen grado: quizá la tranquilidad del campo – se ilusionó— pueda ayudarme en estos momentos.

La Calera de Tango era una hermosa estancia que había sido de los jesuitas y poseía todavía una importante producción. José se instaló en la casa principal, con una amplia galería, y la magnífica vista de la cordillera, el aire diáfano del invierno y la apacible vida rural apaciguaron su ánimo. Pero su intervención para eliminar las disensiones intestinas le provocaba una íntima tristeza. En una de esas tardes solitarias y melancólicas, le escribió a Tomás Godoy Cruz:

Usted no puede calcular la violencia que me hago en habitar este país: en medio de sus bellezas encantadoras, todo me repugna de él; los hombres en especial son de un carácter que no confrontan con mis principios y aquí tiene usted, un disgusto continuado que corroe mi triste existencia: dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza, me darían la vida.

Desde Cuyo le llegaban nuevos ecos de la conspiración: Luis Carrera había sido detenido en Mendoza y su hermano Juan José en San Luis. O'Higgins, por su parte, desde el sur, se exaltaba al explicarle sus sentimientos:

Los Carrera siempre han sido lo mismo y sólo variarán con la muerte. Mientras no la reciban, fluctuará el país en incesantes convulsiones. Desaparezcan de entre nosotros los tres inicuos hermanos, júzgueseles y mueran, pues lo merecen más que los mayores enemigos de la América.

Al cabo de un mes el general regresó a Santiago, donde percibió que las medidas policiales contra los conjurados habían aumentado las protestas en los sectores carreristas, quienes afirmaban que el país estaba dominado por los invasores de las Provincias Unidas. Las quejas se personalizaban en Hilarión de la Quintana, por lo cual San Martín le escribió a O'Higgins y le pidió que se acelerara su reemplazo. Se designó entonces a un triunvirato de chilenos (Luis de la Cruz, Francisco Antonio Pérez y José Manuel Astorga), lo que alivió algo la situación y Santiago se tranquilizó.

Mejorado su ánimo y con el objetivo de distender el ambiente de la capital, San Martín reanudó las tertulias que ofrecía semanalmente en su palacio. Después de la cena, solía iniciar él mismo los primeros minués y el baile se prolongaba hasta la madrugada. También recorría los distintos grupos saludando a las damas y cambiando bromas con los hombres.

Pese a las ocasionales traspachadas, solía iniciar su jornada muy temprano. A las cinco lo despertaba su ayudante, a quien le pedía que le alcanzara una botella con láudano, que guardaba en una cómoda en su propia habitación. Bebía un sorbo del espeso y verde licor de opio para aliviar sus dolores estomacales y pasaba luego al

despacho, donde tomaba un té o un café y dictaba las cartas o minutas a su secretario. A las diez recibía a los jefes de las distintas ramas de su ejército u otras autoridades y, alrededor de la una, pasaba a la cocina donde se hacía servir un churrasco o un puchero, que acompañaba con vino de Burdeos y remataba con algún dulce del lugar. Era ése un momento de íntima expansión que solía compartir con alguno de sus hombres de confianza: el tío Hilarión, Rudecindo Alvarado, Mariano Necochea, Juan Lavalle o el comandante Manuel Blanco Encalada. Dormía unas horas y, al levantarse, ya estaba servido en el comedor principal el generoso almuerzo oficial de las cuatro de la tarde, que era presidido por Tomás Guido, famoso por su buen apetito y gran gustador de los pasteles de choclo y las papas con chuchuca del cocinero. José se sentaba a la mesa, vestido usualmente con un levitón azul con bolsillos y botones dorados, pero solamente tomaba el café de la sobremesa y participaba de las charlas para contar anécdotas de su vida militar o comentar los acontecimientos del momento.

Volvía después al trabajo de escritorio, que parecía apasionarle pese a que decía que no le gustaba escribir, o salía a cabalgar con su ayudante en un alazán tostado o un zaino oscuro, que por entonces eran sus caballos favoritos.

Caminaba a veces al atardecer por el tajamar o por la alameda y, al regreso, revisaba la correspondencia urgente. Pasaba por el dormitorio de Guido para compartir las últimas confidencias y, a las diez u once, se retiraba a descansar.

Capítulo XII

Triunfos y derrotas (1817—1818)

La llegada de la primavera le acrecentó el optimismo: disfrutaba de los mediodías soleados en las galerías de su residencia, aunque los inexorables atardeceres le traían el aire todavía frío de la cordillera. El arribo de su amigo, el comodoro inglés William Bowles, a bordo de la fragata *Amphion*, al puerto de Valparaíso, también sirvió para alegrarlo.

La presencia de naves británicas en el Pacífico le daba algo de tranquilidad, pues hasta el momento el dominio español en el mar era casi total. Bowles viajó hasta Santiago y se reunió a solas con San Martín varias veces: el general le contó sobre la situación y le pidió que viajara hasta Lima como mediador de buenos oficios, al efecto de pedirle al virrey un canje de prisioneros.

Bowles aceptó y, antes de partir, fue agasajado junto con sus oficiales con un gran baile en el Cabildo. El patio del edificio fue entoldado e iluminado con farolillos pintados, mientras los salones adyacentes se engalanaban con arañas de cristal. Luego de una espléndida cena, el general ofreció un brindis por el comandante británico y su tripulación. Se bailó el vals hasta el amanecer y San Martín, luego de pasear por los salones saludando a los participantes, se retiró contento.

La *Amphion* zarpó llevando a su bordo a un representante del general del Ejército de las Provincias Unidas y de Chile. Su

propósito no era solamente negociar sobre el canje de prisioneros, sino también el de obtener información y comunicarse con los posibles patriotas para iniciar la llamada "guerra de zapa" o de acción psicológica.

Antes de fin de año llegó a Santiago la noticia de que el virrey del Perú se aprontaba a enviar hacia el sur de Chile una poderosa expedición naval de 3.500 hombres, con el objeto de reforzar a las fuerzas realistas que, en Talcahuano, habían sabido resistir los ataques de Las Heras y O'Higgins.

Preocupado, San Martín volvió a escribirle a Pueyrredón pidiéndole que se activara la compra de unos bergantines para enviar al Pacífico. A la noche, se reunió con Guido en su habitación y le pidió que hiciera lo mismo, ya que si los realistas llegaban a reconquistar Chile, el próximo paso iba a ser cruzar los Andes para recuperar las Provincias Unidas.

Pueyrredón, sin embargo, les contestó que nada podía hacer al respecto hasta que le enviaran desde Chile los cien mil pesos que se necesitaban para la adquisición de los navíos, ya que en ese momento no podía distraer fondos que precisaba para combatir a las montoneras de Artigas en el litoral.

Se reunió con la logia y se decidió que las tropas patriotas que sitiaban Talcahuano marcharan rumbo a Santiago para unificarse con las fuerzas que estaban en la capital. José se lo explicó por carta a su amigo O'Higgins:

Todos los hermanos hemos acordado que la posición de Concepción es sumamente cerrada. Nada nos importa abandonar

una, provincia pobre, sin recursos de subsistencia, y que pronto la volveremos a tomar. Tenga usted presente que, si por una de aquellas casualidades de la guerra, ese ejército fuera batido, todo se lo llevará el diablo. Pero si estamos todos reunidos pasaremos de nueve mil hombres y podremos dar un buen día.

Recordando lo que había aprendido en Portugal con Lord Wellington, le pidió a Bernardo que retrocediera con todos los recursos de la zona, es decir granos, caballadas y ganado, además de todo sospechoso de enemigo, para dejar tierra arrasada

Celebraron el fin de año en el Palacio Episcopal y a los pocos días arribó de regreso a Valparaíso el comodoro Bowles en la *Amphion*.

San Martín partió hacia allí en birlocho para visitar al marino inglés. Mientras cruzaba la cuesta de Curacaví, pensaba que poco podía esperar ya de Buenos Aires que la marcha hacia el Perú iba a depender del esfuerzo de Chile. Pero para esto —meditaba al compás del bamboleo del vehículo— habrá que incentivar las contribuciones forzosas, con todo el odio que ellas producen.

El navío se mecía suavemente en la bella bahía, rodeada por montañas que le daban un particular encanto. Bowles lo recibió en su cámara, le informó que el canje de prisioneros había sido rechazado por el virrey y le confirmó el envío de una nutrida expedición realista hacia Talcahuano.

El general, a su vez, le entregó una nota firmada por el director supremo de Chile, en la que le pedía la mediación inglesa para hacer cesar la guerra entre la América y España, que ya llevaba

siete años. El escrito de O'Higgins manifestaba que así como Inglaterra había contribuido a la paz en Europa, si aportase a la independencia de Chile los súbditos británicos podrían visitar libremente sus puertos, ofrecer sus productos industriales y ayudar a que los conocimientos útiles se derramasen en su territorio.

Bowles le invitó una taza de té y conversaron largamente sobre las perspectivas. San Martín le expresó que no veía otra forma de gobierno que la monarquía, pero que era impensable el establecimiento de un príncipe español.

—En todo caso —se limpió los labios con una servilleta y fantaseó— podría dividirse a la América del Sud entre las principales potencias europeas, de tal modo de evitar las rivalidades entre las casas reinantes.

—¿Y España se quedaría sin nada?

—Se la compensaría con una indemnización económica —imaginó el general—. Pero creo que sin la protección de una potencia amiga, ningún país de la América del Sud podrá resolver sus disensiones internas y gobernarse solo.

—¿Y cuál sería el beneficio de mi gobierno —el marino inglés apuró un sorbo— por favorecer la independencia de Chile?

—La cesión de la isla de Chiloé y el puerto de Valdivia y una reducción del diez al quince por ciento sobre los derechos de importación; y del cuatro sobre la exportación. Estas instrucciones ya las tiene el representante de Chile en Londres. San Martín hizo también una visita de cortesía al capitán de una corbeta de los Estados Unidos que estaba en el puerto y luego partió de regreso en

su carruaje hacia Santiago. Al llegar a la capital, se encontraban en preparación los actos de la inminente declaración de la independencia de Chile, que había sido votada por los principales vecinos y tenía el acuerdo de O'Higgins. José creía que este acto iba a animar el espíritu de los patriotas, en vísperas de nuevas batallas con los realistas, y además iba a disipar los temores de que las Provincias Unidas del Río de la Plata pretendieran algún tipo de dominio sobre el Estado chileno.

En la mañana del 12 de febrero se encontraban formadas en la plaza mayor las tropas de línea, las de infantería y caballería y los alumnos de las escuelas, ante una crecida cantidad de público. San Martín se dirigió en compañía de Guido hasta el palacio directorial, donde ya se encontraba O'Higgins, quien había venido desde el sur, junto a sus altos funcionarios. Una vez en el tablado de la plaza, se leyó el Acta de la Independencia y luego prestaron juramento el director supremo, el obispo y San Martín, en su condición de general del ejército de Chile y general en jefe del Ejército Unido. Se leyó la fórmula al pueblo y se festejó con una carga de artillería. Durante varios días, continuaron las celebraciones con fuegos de artificio, bailes, iluminaciones públicas, conciertos de música y coros patrióticos. José participó de las fiestas, pero su pensamiento se dirigía al inminente choque con las fuerzas españolas que habían sido reforzadas desde Lima.

Al saber que las tropas patriotas que venían del sur habían llegado ya a Cancha Rayada, cerca de Valparaíso, San Martín aprestó las fuerzas de la capital, requisó equinos y carruajes, hizo imponer

nuevas contribuciones, y ordenó la marcha hasta ese lugar, para concentrar allí todo su poder bélico.

Estaba nervioso ante la inminencia de la confrontación. En las últimas noches, antes de seguir a su ejército hacia Cancha Rayada, se reunía con O'Higgins y solían intercambiar bromas sobre el próximo resultado:

José— no la pasará mal si perdemos. Pero a mí me llevarán a Creta...

—¡Vamos, don José! Como antiguo jefe español y buen "Oriente", encontrará muchos protectores en sus hermanos masones a los que ahora enfrentará...

Partió a unirse con sus tropas y llegó al sitio al atardecer. El sol del camino lo había castigado fuerte y se sentía con fiebre y dolores de cabeza, por lo que se sentó al pie de un árbol y se cubrió con una manta, al lado de su carpa, para evitar los chuchos. Pese al malestar físico estaba optimista, puesto que las tropas realistas que formaban en las proximidades ascendían a 4.600 hombres, mientras el reunificado ejército patriota casi doblaba esa cifra. Su tío Hilarión y otros jefes le informaron que la caballería había iniciado dos ataques contra los españoles aprovechando la superioridad numérica, pero había sido rechazada, posiblemente por los accidentes del terreno, que estaba lleno de zanjones y barrancas.

Le pareció un mal presagio y resolvió no cenar. Luego se enteró, a través de un espía, de que los realistas pensaban atacarlos durante la noche. Dio la orden de variar las posiciones a la medianoche,

para evitar sorpresas, pero antes de que se terminara de cumplir la disposición, escuchó unos alaridos que llamaban a degüello. Se levantó con celeridad, alarmado, en el momento en que una carga de artillería arrasaba su campamento y vio caer herido a uno de sus jóvenes ayudantes chilenos. Desde ese momento todo fue confusión y el avance de unos caballos desmontados en medio de gritos le hizo saber que la caballería no había logrado armarse. Trató de reorganizarla, pero los equinos no respondían y los hombres disparaban sin rumbo, para todos lados. La infantería estaba ya en retirada e Hilarión lo tomó de un brazo y lo presionó para que también huyera, pues los realistas estaban a la mano disparando sin cesar.

Marcharon por una honda zanja, tratando de defenderse de los ataques y protegiéndose de mulas cargadas que a veces los apretaban contra los bordes. Se tranquilizaron al cabo de una hora, al ver que los enemigos habían dejado de perseguirlos.

Se dio cuenta de que habían perdido también la artillería y experimentó, más que miedo, vergüenza por la sorpresa y la derrota. Se sentía un imbécil, al pensar que su ejército había sido vencido por fuerzas mucho más pequeñas. Le consoló reencontrarse con O'Higgins, quien tenía una fractura expuesta en un brazo, y sus ayudantes. A la madrugada llegaron a San Fernando. El poblado estaba desierto y se había saqueado el depósito de sus equipajes, pero pensó que en ese lugar podría hacer cuartel, recuperar la calma y pensar sobre las acciones futuras.

No pudo dormir bien esa noche, angustiado por la falta de noticias. No podía creer que los "maturrangos", como él llamaba despectivamente a los españoles por su supuesta incapacidad para montar, los hubiesen batido. A la mañana siguiente llegó el coronel Las Heras, quien había podido salvar toda su división, lo que alivió su espíritu. Los jefes coincidían en que el oficial francés Brayer era el responsable del contraste, por no haber colocado bien los centinelas, pero José pensaba que él también había fallado, por demorar la orden de cambiar las posiciones.

Al hacer el recuento de tropas se reconfortó, pues advirtió que podría disponer de la mitad de las que tenía antes y también se había salvado la artillería chilena (no así la del ejército de los Andes). Le escribió al director interino, Luis de la Cruz, haciéndole saber que había sido batido por el enemigo y había sufrido una dispersión general, pero que se hallaba reuniendo la tropa con feliz resultado.

Se sintió más tranquilo con el sinceramiento y empezó a pensar que no estaba todo perdido, pues con las fuerzas disponibles podría obtener revancha.

El director De la Cruz le contestó que en Santiago se estaban movilizandando en su apoyo y que ya habían reunido más de mil hombres, armas y víveres para continuar la lucha. También le comentó que había asociado al gobierno al coronel Manuel Rodríguez, por el entusiasmo que había puesto en levantar los ánimos de la población.

Se animó con la primera parte de la noticia (no con la segunda) y le pidió a O'Higgins que marchara hacia la capital con parte de las tropas, para reasumir el mando político. Luego partió él mismo y, al cruzar los llanos de Maipú, se reunió con Guido que venía a su encuentro. Se emocionó al ver a su amigo y, sin desmontar, lo abrazó y tuvo un momento de desfallecimiento:

—Me parece que los amigos nos han abandonado, don Tomás —se lamentó.

—No es así, don José. En Santiago lo aguardan con ansia y todos estarán de nuevo a su lado: He venido para decírselo.

Entró al atardecer a Santiago, todavía con algo de pudor. Su casaca azul estaba cubierta de polvo y, además de cansado, se encontraba inseguro y receloso. Pero la gente que lo esperaba en la puerta del Palacio Episcopal lo acogió con entusiasmo y le dio seguridad. Visitó a O'Higgins para interesarse sobre el estado de su brazo y conocer las últimas novedades: había reasumido el cargo de director, Manuel Rodríguez había sido desplazado y la conscripción de tropas y pertrechos marchaba viento en popa. Volvió a su residencia y pidió un baño de agua caliente. Se sumergió en el cálido líquido, que le resultó balsámico, y se dijo a sí mismo que iba a seguir luchando con entusiasmo.

A la madrugada siguiente tomó su licor de opio, para aliviar el estómago, y se levantó animado. Al percibir sobre el terreno que la población de Santiago mantenía su optimismo y estaba dispuesta a derrotar a los españoles, retempló su ánimo y reinició en su despacho las labores organizativas: había que rearmar escuadrones,

redestinar a jefes, acuartelar milicias, herrar caballos, comprar fusiles, recoger municiones y restaurar la artillería.

Afortunadamente, los españoles no habían aprovechado su victoria de Cancha Rayada y, en vez de reiniciar el avance y tomar Santiago cuanto antes, habían demorado prudentemente la marcha. Al enterarse de que habían cruzado el río Maipú y habían acampado sobre su margen, San Martín decidió darles batalla allí. Envió el grueso del ejército hacia ese lugar y, antes de partir personalmente, le pidió a Guido que viajara hacia Valparaíso, para resolver la compra y el armado de la fragata *Windham* que había enviado Álvarez de Condarco desde Londres. Como al gobierno chileno no le alcanzaba el dinero para adquirirla, Guido avaló el resto del precio en nombre de las Provincias Unidas y la embarcación, rebautizada como la Lautaro, quedó lista para operar.

San Martín llegó hasta el Llano de Maipú, a unos veinte kilómetros de Santiago. Se puso un poncho y un chambergo y recorrió el lugar en compañía de un ingeniero y su ayudante O'Brien, siempre apuesto y elegante. Hizo reubicar a su gente sobre unas lomadas, para controlar el camino, se instaló en su campamento y se preparó para el choque.

La madrugada del domingo 5 de abril se levantó temprano, tomó más láudano que de costumbre y salió a la intemperie. El aire era diáfano, no había una nube y el piar de los pájaros le recordó la apacibilidad que precede a la tormenta. A media mañana subió a una loma y desde allí, con su antejo de largavista, vio que las tropas españolas marchaban a tambor batiente para ocupar la ruta.

Pensó que le estaban ofreciendo el frente y murmuró: —¡Qué brutos son estos godos! El triunfo será nuestro...

Ordenó que Las Heras los atacase desde la derecha con tres batallones y la fusilería llenó el campo de ruidos, heridos, humo y muertos. Los españoles respondieron con artillería y los patriotas debieron ser reforzados con varias cargas de granaderos a caballo. Por la izquierda, Rudecindo Alvarado atacaba con libertos y otras compañías, pero también acá la artillería realista diezmaba a blancos y morenos. La lucha era encarnizada y San Martín, preocupado, dejó su campamento al pie de las Lomas Blancas, avanzó sobre el campo de batalla y buscó a Hilarión de la Quintana para darle instrucciones. El exceso de láudano lo había adormilado y le costaba hablar (Hilarión pensó que su comandante y sobrino político estaba ebrio), pero en definitiva le ordenó que, al mando de los batallones de la reserva, marchase en forma oblicua sobre su izquierda. Apoyadas por artillería, las tropas combinadas lograron quebrar el frente español y eufóricas, comprobaron que, al quedar divididas, las fuerzas realistas iniciaban la retirada.

Dolido todavía por la vergüenza de Cancha Rayada, José ordenó a su caballería perseguir a los que huían y el choque produjo un nuevo entrevero de quince minutos que culminó con una sangrienta carnicería. Los restos realistas se refugiaron en los corrales y en la hacienda de Espejo y levantaron bandera blanca.

Los patriotas llegaron hasta allí por un callejón confiados en el pedido de capitulación, pero un cañonazo con metralla, disparado desde el interior, voló la puerta y derribó a los primeros granaderos.

Los restantes, entonces, cargaron sobre el edificio y, aunque fueron recibidos con mosquetería, masacraron a los realistas y desalojaron el lugar. Los sobrevivientes escapaban por unos viñedos en el fondo, pero aun allí eran alcanzados y asesinados.

Como el bagaje del ejército español estaba en la casa, el saqueo comenzó de inmediato y hasta algunos oficiales se sumaron a la depredación. Al cabo de algunos minutos el estruendo de las armas había sido reemplazado por el accionar de los rapaces, mientras el lujoso casco de la estancia presentaba un terrible cuadro: puertas y ventanas perforadas por municiones; los pisos cubiertos de cadáveres y, en los corredores y paredes, restos de sesos y coágulos de sangre.

Contento por su desquite contra los "matuchos", como también llamaba burlescamente a los españoles, San Martín volvió a caballo a su campamento. Allí vio llegar a O'Higgins, quien a pesar de su herida en el brazo no había podido contener la ansiedad y venía a conocer la suerte de las armas. Bernardo lo abrazó sin desmontar y le dijo:

—Su nombre no será olvidado, don José...

—General —le retribuyó pomposamente San Martín es su apellido el que perdurará... Más de mil quinientos muertos habían quedado desparramados sobre el campo. Los dos generales y sus ayudantes se dirigieron al atardecer a la hacienda de Espejo. Se sentaron en la galería y bebieron con entusiasmo un vino de Jerez. Entonado por la victoria y la bebida, San Martín tomó la pluma y, sobre esa misma mesa, escribió:

Acabamos de ganar completamente la acción. Nuestra caballería los persigue hasta concluirlos. La patria es libre.

Al regresar a Santiago fueron recibidos con alborozo. Funcionarios, comerciantes, sacerdotes y relaciones concurrían a felicitar a San Martín al Palacio Episcopal. José disfrutaba del momento, pero una visita sorpresiva lo sacó del bienestar en que se movía para traerle una enojosa cuestión: una mujer desesperada venía a pedirle por la vida de su marido. La esposa de Juan José Carrera le dijo que su esposo y su hermano Luis estaban a punto de ser condenados a muerte en Mendoza acusados de perturbadores y le suplicó su intercesión.

Aunque muy desagradado, el general le dijo que se interesaría ante O'Higgins y así lo hizo. Pero al día siguiente llegó la noticia de que los Carrera ya habían sido ejecutados.

San Martín no tuvo lástima de ellos y se alegró de que hubieran muerto, pero le quedó un regusto amargo al pensar en la reacción que podrían tener sus partidarios. No se equivocó: la facción carrerista desató una intensa campaña de oposición y una nutrida manifestación encabezada por Manuel Rodríguez pidió que el Cabildo se hiciese cargo del gobierno, hasta tanto se reuniese un Congreso de las Provincias. En respuesta, O'Higgins ordenó detener a Rodríguez, pero hizo saber a sus partidarios que estaba dispuesto a hacer concesiones.

Capítulo XIII

Entre Santiago y Mendoza (1818—1819)

José resolvió partir de nuevo a Buenos Aires, pues quería aprovechar la euforia del triunfo para conseguir los fondos necesarios para la expedición a Lima. Salió en birlocho hasta Los Andes y cruzó en mula la cordillera, guiado por sus baqueanos favoritos. Al entrar en la alameda de Mendoza lo esperaban grupos de vecinos entusiasmados, quienes lo acompañaron hasta el centro. Resolvió dormir en la casa de su amigo Manuel Ignacio Molina, sobre la plaza principal, y fue agasajado por el gobernador Luzuriaga con un banquete seguido de baile.

Llegó a Buenos Aires con los primeros fríos, entró a la ciudad de madrugada y se dirigió directamente a la casa de sus suegros, donde se reencontró con Remedios y su hija Mercedes. Tras los meses de alejamiento y con la alegría del triunfo, hizo el amor con su esposa y, en el momento del placer, le pareció que entraba en una distensión infinita.

Al despertarse miró a Remedios, todavía dormida sobre las blancas sábanas de hilo. Unos tenues rayos de sol penetraban por los resquicios de los postigones y formaban oblicuas columnas de luminoso polvo. La vio muy bella pero también intensamente pálida y se sobresaltó con un mal presentimiento. Al mediodía su cuñado Manuel —que había traído el parte de la batalla de Maipú— le confirmó la mala noticia: el médico había diagnosticado que estaba

tísica. En las semanas previas ella había estado en San Isidro con Nieves Spano (la mujer de Tomás Guido) y había concurrido a los bailes y comido mucho para adquirir color, pero no lo había logrado. Quedó deprimido por la sorpresa y experimentó una sensación de rebeldía.

* * * *

Mercedes ya caminaba y además, por enseñanza de su madre, balbuceó la palabra "papá". José sintió una enorme ternura, mezclada con orgullo.

Le había pedido a Pueyrredón que evitara las "bullas y fandangos", pero asistió a una reunión del Congreso —que se había trasladado desde Tucumán— en la que se le dieron las gracias por la victoria de Maipú. El cuerpo le obsequió una propiedad inmueble sobre la Plaza de la Victoria, al lado del Cabildo, y le otorgó una pensión de 600 pesos mensuales a su pequeña hija. El director supremo, a su vez, lo había recompensado ascendéndolo al grado de brigadier general con su correspondiente sueldo.

Pueyrredón lo invitó a pasar unos días en su chacra de Bosque Alegre, en San Isidro, y aceptó de buen grado, ya que allí podrían conversar con tranquilidad. La casa era una bella construcción con patio interior ornado de naranjos y una galería con plácida vista sobre el enorme Río de la Plata, más allá de los cañaverales. En las mañanas soleadas salían a cabalgar por los alrededores, donde algunos ombúes prodigaban sus tímidos resplandores, o caminaban por el jardín, con frondosas y armónicas tipas y algunos nogales. A la tarde solían sentarse bajo un algarrobo que los albergaba; hasta

que José advertía que las aguas tomaban un tinte gris violáceo y el viento frío les recordaba que estaban en invierno. Se refugiaban entonces en la sala, entibiada por una chimenea, a veces acompañados por otros miembros de la logia, que llegaban en sus carruajes desde la ciudad para participar de las deliberaciones, que se amenizaban con café de yungas, cigarros y algún licor. La cena solía ser exquisita, pues la casa contaba con un cocinero francés.

San Martín le explicó a su anfitrión que sin una flota naval bien equipada y sin una poderosa ayuda económica, no era posible llevar el ataque militar hasta Lima. Juan Martín le respondió que la situación financiera de su gobierno era muy ajustada, por no decir penosa, y que en general la gente se había desinteresado de la guerra, pero de todos modos le prometió contraer un empréstito por 500.000 pesos para solventar la expedición.

Cuando su visitante regresó a Buenos Aires, Pueyrredón lo despidió con una afectuosa recomendación:

—Debe usted abandonar el opio, don José.

—Temo morir si lo dejo. Pero —condescendió con una sonrisa— le prometo que sólo lo tomaré en los accesos de fatiga...

Resolvió quedarse en Buenos Aires hasta conocer el resultado de la contratación del empréstito. Desde Santiago le informaron que Manuel Rodríguez había intentado fugarse de su cautiverio —mientras lo trasladaban a Quillota— y el jefe de la custodia lo había asesinado de un pistoletazo. Comprendió que había sido ejecutado por "aplicación de la ley de la fuga" y no se sorprendió de su trágico fin.

José Miguel Carrera, a su vez, había desatado desde Montevideo una fuerte campaña de protesta por la muerte de sus hermanos. Una encendida proclama acusaba de criminales a O'Higgins, San Martín y Pueyrredón:

Ved aquí a sus bárbaros asesinos. El cobarde y afeminado gobernador Luzuriaga no actuó sino como verdugo de estos monstruos sanguinarios y ya no tiene Chile otros enemigos que estos viles opresores. La sangre de los Carrera pide venganza.

San Martín sintió el golpe y resolvió emitir un extenso manifiesto para aclarar su situación. Expresó que él se había excusado de participar en el proceso penal e incluso había pedido clemencia a O'Higgins, pero no ocultó su pésima opinión sobre los Carrera:

Repito no haber tenido parte en la ejecución de sus hermanos, pero si me hubiera hallado de gobernador de Mendoza mucho antes lo hubieran sido.

Con relación a la antigua acusación de despotismo sobre los chilenos, se defendió contraatacando:

El señor don José Miguel Carrera me permitirá haga un paralelo entre su conducta y la mía: él perdió por su culpa el estado de Chile y yo por dos veces he ganado su libertad. Él ambiciona dominar a su país, como si fuese un vínculo de su propiedad, y .yo no deseo más que verlo libre e independiente.

Ya en pleno invierno, al saber que el empréstito había sido comprometido, resolvió marchar hacia Mendoza con Remedios y Mercedes, que estaba a punto de cumplir los dos años. Partieron en galera y tuvieron un buen viaje, pese al intenso polvo de los caminos, que José temió pudiera afectar el pecho de su esposa, quien se abrigaba con una mantilla de lana.

Se instalaron en la finca de Los Barriales, que había hecho construir sobre los terrenos que el Cabildo les donara. Amueblaron la sala con sillones y una mesa inglesa de palo rosa, enchapados en bronce, y vistieron el piso con una alfombra de Bruselas. Sobre una de las paredes, el general colgó una miniatura de sí mismo, rodeada de dos grabados con las figuras de Napoleón Bonaparte y Lord Wellington, dos militares muy admirados por él. En su dormitorio puso un armario también de palo rosa, donde guardó su colección de veinte fusiles y rifles y la infaltable botella con el láudano de la madrugada y de algunas otras horas. Como la cordillera estaba cerrada por la nieve, se entretuvo ocupándose en las labores de la chacra: la cría de caballos y los preparativos para la siembra del trigo.

Contento con el disfrute de su propiedad, resolvió adquirir también dos solares sobre, la alameda. Firmó las escrituras con gran satisfacción y, de regreso en Los Barriales, compartía buenos momentos con Remedios y gozaba de las primeras frases de su hija. En uno de esos atardeceres de invierno, su esposa le hizo saber que había quedado otra vez embarazada. José se alegró, pero también se

preocupó por lo que esto podría significar en la salud de Remedios, ya que la veía toser cada vez con mayor frecuencia.

Desde Santiago, empezó a recibir noticias inquietantes: Guido y O'Higgins tenían desavenencias (se sospechaba que por intrigas de Bernardo de Monteagudo) y la situación había derivado en un serio conflicto político. Envió cartas a ambos exhortándolos a superarlas y les pidió que no agravaran las cosas y esperaran su arribo.

Por otra parte, las noticias de Buenos Aires tampoco eran buenas: Pueyrredón le comentaba que no podía completar el empréstito porque los comerciantes ingleses y demás mercaderes habían postergado su cumplimiento. Además, le expresaba que debía distraer parte de esos fondos para financiar una nueva campaña contra los rebeldes gobernantes de Santa Fe.

José se indignó y se sintió defraudado como amigo y como jefe militar. Envió su renuncia al director supremo y, en charla con Remedios, le dijo que no quería ser el juguete de nadie y que quería preservar su honor.

La logia se reunió en Buenos Aires, con la presencia del representante del gobierno chileno, Miguel Zañartu, y se consideró la situación. Los "hermanos" se manifestaron sorprendidos porque creían que el dinero había sido recolectado y se decidió seguir adelante con el empréstito. Pueyrredón le escribió a San Martín para decirle que estaba dispuesto a embargar y expulsar del país a los comerciantes ingleses que no cumplieran sus obligaciones y lo exhortó a que se "dejara ahora de renunciaciones".

* * * *

Una mañana le avisaron en su finca que lo buscaba "un señor de Buenos Aires". Lo hizo pasar a la sala: se trataba de Julián Álvarez, quien venía como enviado de Pueyrredón y se encontraba de paso hacia Chile. Le contó que el gobierno de las Provincias Unidas había enviado un representante al Congreso de Aix—La—Chapelle, que reunía a los monarcas de los países europeos, con el objeto de solicitarles el reconocimiento de la independencia y hacerles saber la intención de organizarse como una monarquía constitucional, con la coronación de algún príncipe de Europa.

—Nuestro deseo, don José —explicó Álvarez— es que usted le anticipe a O'Higgins nuestro pedido de que Chile se una a nuestra gestión.

San Martín escribió de buen grado al director chileno y lo interesó en el tema. Bernardo aceptó el pedido, pero no unificó la representación sino que designó a un delegado propio para actuar en el viejo continente.

* * * *

Abierta ya la cordillera, José resolvió partir hacia Santiago. No quería llevar a Remedios y a Mercedes por la mala salud de su compañera y, además, porque en los momentos en que se hacía necesaria la actuación intensa, se sentía más cómodo sin su familia. El día anterior a su partida, Remedios tuvo un aborto espontáneo y perdió su embarazo. San Martín lo lamentó, pero también tuvo una sensación de alivio, ya que algo le decía que no estaba en condiciones para otro parto. Esta vez le costó despedirse, pues

dejaba a su esposa en cama, no la veía bien y, por primera vez en su vida, había sentido el placer de tener su propia casa.

* * * *

Durante el cruce de los macizos andinos, mientras su mula lo conducía casi espontáneamente por valles y desfiladeros en jornadas diáfanas primaverales, pensó en su mujer y en su pequeña hija. Pero al llegar a Santa Rosa de los Andes y seguir en el birlocho hasta Santiago, su pensamiento estaba ya en las dificultades de la campaña hacia el Perú.

Se alojó de nuevo en el Palacio Episcopal y, esa misma noche, Guido le confirmó algunas buenas noticias: estaban actuando ya en el Pacífico los nuevos barcos que, comprados por los representantes en Inglaterra y Estados Unidos (Álvarez Condarco y Manuel Aguirre), constituían la armada chilena. Una de las fragatas había sido rebautizada como San Martín y la otra como O'Higgins. Y estaba a punto de arribar a Santiago un famoso marino inglés con fama de buen científico y a la vez de aventurero, que había sido contratado en Gran Bretaña para comandar la flota: Thomas Alexander Cochrane, décimo conde de Dundonald.

Pero también las había malas: se había descubierto que dos mercenarios franceses venían a Santiago con el propósito de asesinar a O'Higgins y San Martín, al parecer enviados por José Miguel y Javiera Carrera. Aunque los sospechosos fueron detenidos y condenados a muerte, ello demostraba que la oposición carrerista estaba firme y activa.

Por otra parte, la posición de O'Higgins se había tornado delicada. A raíz de las demandas de los carreristas, acababa de constituirse un Senado, cuyos integrantes limitaban al director y no veían con buenos ojos que se siguieran imponiendo contribuciones para sostener a la escuadra y al ejército de los Andes. En el sur, además, se habían levantado en armas los hermanos Francisco de Paula, José y Juan Francisco Prieto, titulándose "Protectores de los Pueblos Libres de Chile", con denominación que recordaba la del líder oriental José Gervasio de Artigas.

El mismo Bernardo, cuando José lo visitó en su despacho, le explicó que, paradójicamente, a raíz del dominio que ahora tenían del Pacífico Sur, los miembros del Cabildo y los senadores sentían que el territorio chileno estaba resguardado y no veían ninguna necesidad de realizar nuevos gastos para invadir el Perú.

—En realidad, don José —añadió el director—,debo admitir que en algo tienen razón: las arcas de nuestra tesorería están exhaustas y estamos al borde de la bancarrota. El general se retiró molesto con la situación. Cada vez que las cosas parecían encaminarse, algún factor nuevo complicaba los objetivos. Conversó con Guido sobre el tema y dictó a su escribiente una carta para Pueyrredón:

Creo de mi obligación y en descargo de toda responsabilidad hacer a V. S. presente que la conducta que observo en el gobierno chileno no es adecuada al agradecimiento que debía tener al ejército Unido, como al plan de operaciones para atacar al enemigo en Lima.

He pedido un aumento de tropa para tener disponibles 6.100 hombres para la expedición, pero no tengo la menor esperanza de que se verifique. En cuatro meses no he recibido un solo recluta ni he sido socorrido con un solo real.

Recibió el nuevo año preocupado por el futuro y decidió reunificar el ejército de los Andes en Curimón, sobre la ruta que llevaba a la cordillera. Escribió nuevamente a Buenos Aires y les informó que el gobierno chileno seguía sin fondos, por lo que solicitaba se le enviase dinero o se ordenase el repase de la cordillera hacia Mendoza, con el riesgo de desertión (pues muchos soldados eran chilenos) o de que estallase la anarquía a su partida.

Aunque disfrutaba de un verano radiante y benigno, con días claros y noches frescas, se encontraba nervioso, agitado. Recibió noticias de que los caudillos de las provincias litorales habían logrado cortar las comunicaciones con Buenos Aires, por lo que se había ordenado a Belgrano que marchase con su Ejército del Norte sobre Santa Fe.

A los pocos días le informaron que los jefes españoles que estaban prisioneros en San Luis se habían sublevado e intentaron huir, pero habían sido fusilados.

Empezó a pensar que había — una conexión conspirativa entre los jefes montoneros del litoral, los carreristas chilenos incitados desde Montevideo por José Miguel, y los presos realistas. Además de frustrado por las demoras en su plan, se sintió perseguido y amenazado.

Resolvió viajar a Mendoza para impedir que la rebelión de las provincias litorales llegase hasta Cuyo y, de ser necesario, marchar hasta Santa Fe para contribuir a sofocar la anarquía. Antes de partir, le escribió a O'Higgins:

Mi amigo, vamos claro: si usted quiere que se mantenga el orden en este país, mande por precaución a todos los carreristas a la isla de Juan Fernández. Si han echado mano de los españoles europeos para sus fines, está visto que todo les importa menos que la independencia de la América. Ojo al charqui y prevenirse con toda actividad.

Al entrar en Mendoza fue directamente a su finca de Los Barriales. Su pequeña Mercedes lucía encantadora, pero encontró a Remedios muy delgada y macilenta. Tosía continuamente y se la veía muy débil. Cuanto más enferma estaba, más trataba de salir y divertirse, buscando una vida que se le escapaba desde el pecho. José sintió dolor al verla y también se mortificó al saber que circulaban en la ciudad comentarios malévolos, que afirmaban que la reciente degradación y destierro de dos jóvenes oficiales se debía a la estrecha relación que habían entablado con su esposa. Pensó que sería conveniente enviar a esta desgraciada muchacha a su casa paterna en Buenos Aires, pero los caminos seguían cortados en Santa Fe.

Partió triste hacia San Luis, en donde aprobó el rigor que Bernardo de Monteagudo había aplicado a los prisioneros realistas que intentaron fugar. Visitó sin embargo al joven oficial Ordóñez, hijo de

uno de los jefes fusilados: atenuó las condiciones de su detención y le recordó que su padre había sido uno de sus camaradas próximos en España.

Recibió allí una orden de Buenos Aires: se le hacía saber que el ejército de los Andes debía repasar la cordillera y ubicarse en Mendoza, a los efectos de ser utilizado para repeler una posible invasión de tropas realistas que vendrían desde España hasta el Río de la Plata. Regresó a Mendoza y, apenado, le envió un oficio a su jefe de estado mayor para ordenarle que trajese los primeros 1.200 hombres. Decidió escribirles a los caudillos del litoral, en la esperanza de que, ante la amenaza que se cernía desde la península ibérica, desistiesen de sus resistencias hacia el gobierno central. Al gobernador de Santa Fe, Estanislao López, le decía:

Unámonos, paisano mío, para batir a los maturrangos que nos amenazan. Divididos seremos esclavos, unidos estoy seguro de que los batiremos.

Y al jefe oriental, Artigas, le manifestaba:

No puedo ni debo analizar las causas de esta guerra entre hermanos. Pero sean cuales fueren las causas, creo que debernos cortar toda diferencia y dedicarnos a la destrucción de nuestros crueles enemigos, los españoles. Cuando no tengamos enemigos exteriores, sigamos la contienda con las armas en la mano. Mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas, como éstas no sean a favor de los españoles y su dependencia.

Al saber que el camino hacia Buenos Aires se había liberado, resolvió que Remedios y su hija partieran en la diligencia. Su mujer estaba muy débil y la despidió con pesadumbre. A prudente distancia, en otro carruaje, partió un féretro liviano, por si las circunstancias lo hacían necesario en el camino.

Se acongojó aun más cuando recibió carta de Pueyrredón, quien le expresó su fuerte disgusto por su iniciativa de mediación ante López y Artigas. Lejos de necesitar padrinos o mediadores —se quejaba celoso— lo que tenemos que hacer es imponer la ley a los anarquistas.

En Chile, mientras tanto, la noticia del inminente regreso del ejército de los Andes provocó inquietud, pues pensaron que el virrey del Perú podría aprovechar la circunstancia para enviar una invasión. La logia se reunió en Santiago y se resolvió apoyar la expedición a Lima, la que debía contar con cinco mil hombres.

O'Higgins y Guido le comunicaron la buena nueva a San Martín, pero no lograron sacarlo del escepticismo y el desaliento. En carta a Tomás, se permitía dudar:

Mi amado amigo: usted me confirma, decretada la expedición. Pero he visto tantos decretos no cumplidos que desconfío de todos ellos. ¿Usted ha visto cumplir algún acuerdo por parte de los amigos de ésa?

Desde Buenos Aires, recibió una mala noticia: se le ordenaba mandar todas las tropas que ya tuviese en Mendoza hacia

Tucumán, para ponerlas bajo el mando del jefe del Ejército del Norte, quien temía una invasión realista desde el Alto Perú.

Se amargó al sentirse una vez más desplazado y traicionado y le expresó a Guido su desencanto:

El ministro Gregorio Tagle ha tenido un modo sumamente político de separarme del mando del Ejército. Sea lo que fuere yo no haré más que obedecer, lavar mis manos y tomar mi partido, el que ya está resuelto. Dije a V. en mi anterior que mi espíritu había padecido lo que V. no puede calcular; algún día lo pondré al alcance de ciertas cosas y estoy seguro dirá V. nací para ser un verdadero cornudo, pero mi existencia misma la sacrificaría antes de echar una mancha sobre mi vida pública que se pudiera interpretar por ambición.

Envió nuevamente su renuncia al mando del ejército de los Andes y, en las semanas siguientes, empezaron a llegar los escuadrones que venían desde Chile a cargo de Rudecindo Alvarado, Mariano Necochea y su cuñado Manuel Escalada. Éstos lo visitaron en Los Barriales, le expresaron su solidaridad y le dijeron que no estaban dispuestos a marchar al norte.

San Martín le escribió a Pueyrredón, le notificó esta posición de los jefes y añadió que contaban con su respaldo.

Se quedó muy preocupado por su actitud de rebeldía y empezó a sentir dolores en el ano. Sus viejas hemorroides —lo comprobó— habían vuelto a manifestarse. Desde Fraile Muerto, en Córdoba, el general Manuel Belgrano compartía sus experiencias íntimas y le

aconsejaba: "Yo me he liberado de las almorranas habiendo aprendido a introducírmelas por medio de unto sin sal o del sebo, después de haber obrado en agua templada".

Los primeros fríos habían llegado cuando recibió carta del director supremo: lo invitaba a viajar a Buenos Aires para zanjar las diferencias.

Le respondió que le sería imposible partir durante el invierno, pues el clima húmedo de Buenos Aires atrasaría su salud extraordinariamente. Permaneció otra vez desasosegado por su propia conducta, las hemorroides se le complicaron y le surgió una fistula muy dolorosa. Se sentía inquieto, casi angustiado, y debió guardar cama por varios días. Hasta para dormir debía permanecer de costado o boca arriba, para evitar el dolor.

Cuando se enteró de que Pueyrredón había presentado su renuncia, experimentó un gran alivio. Como había sucedido anteriormente con Alvear, su conflicto con el director supremo se había resuelto a su favor mediante la impensada renuncia de éste. Se acordó del miedo que había tenido en sus años de cadete, cuando un superior lo denunció por "vicios solitarios" y durante meses estuvo aterrado pensando que su padre iba a enterarse de esa falta, hasta que la situación se resolvió sola.

Recuperó el entusiasmo sobre el proyecto de marchar al Perú y se dirigió al gobierno de Buenos Aires: le pedía autorización para pasar a Chile y servir allí con el grado de brigadier que le había sido conferido por ese Estado, por lo que renunciaba al cargo que tenía en las Provincias Unidas.

Pero el nuevo director supremo, el general José Rondeau, le escribió que la expedición militar española estaba a punto de partir desde Cádiz y le solicitó que viajara a la capital para colaborar en la organización de la defensa.

San Martín no quería marchar a Buenos Aires. Él mismo no entendía bien las razones: no sabía si era porque no tenía ganas de ver a Remedios o porque intuía que ello iba a complicarlo en la política interna y lo iba a alejar de la expedición a Lima. La situación lo tenía literalmente enfermo y empezó a sentir intensos dolores en manos y pies. El médico le diagnosticó reumatismo y permaneció en cama, en su finca, por más de once días.

Se le ocurrió escribirle a O'Higgins, para pedirle que enviara la flota chilena al Atlántico, para contener la invasión peninsular:

El destino de la América, del Sur está pendiente de Usted. No hay dudas de que si la expedición que viene a tocar Buenos Aires está fuerte de dieciocho mil hombres, al sistema se lo lleva el diablo. El único modo de libertarnos es que esa escuadra parta sin perder momento a destrozar dicha expedición.

Se me llama con la mayor exigencia a Buenos Aires, pero no partiré hasta recibir su contestación. Le ruego por nuestra amistad no me la demore un momento.

Pero tanto Bernardo como el almirante de la armada, Lord Cochrane, estimaron que los barcos chilenos no podían dejar el Pacífico hasta tanto no destruyeran la flota realista asentada en Lima, de modo que este proyecto no pudo materializarse.

No tuvo más remedio que iniciar su viaje a Buenos Aires. Partió desganado y volvió a sentir los dolores reumáticos, pese a que la primavera cuyana había llegado con su aire seco y jornadas soleadas. Hizo detener la galera en San Luis y decidió guardar unos días de reposo. Allí recibió carta de Rondeau, quien le comunicaba que la invasión desde España estaba suspendida y que, disipado ese peligro, podía pensarse nuevamente en la expedición a Lima. Lo invitaba a seguir a Buenos Aires para conversar personalmente esta posibilidad.

Reinició su viaje con más optimismo, pero sin mayor entusiasmo. Al llegar a la posta del Sauce, cerca de la frontera con Córdoba, le avisaron que los montoneros habían vuelto a cerrar los caminos. No lo lamentó y decidió regresar a Mendoza. Allí se sentía en su casa e intuía que estaba más próximo, no sólo en sentido geográfico, de Chile y el Perú.

Marchó hacia Tumuyán a tomar unos baños termales, pero no sintió mucha recuperación. Al volver, se encontró con un oficio del gobierno de Buenos Aires que le ordenaba trasladarse hacia allí con toda su caballería. Se le indicaba que si las montoneras santafesinas o entrerrianas le impedían el paso, debía batirlas con vigor y hostilidad.

Se reunió en su casa con Toribio de Luzuriaga y Rudecindo Alvarado para conversar sobre el tema.

Así —reflexionó el general— a la expedición al Perú se la lleva el diablo. Ha llegado la hora de las decisiones...

San Martín se quedó varios días en su casa acuciado por las dudas. Una mañana se decidió. Le escribió a Rondeau y le dijo que estaba reuniendo caballadas, pero redactó otra carta a O'Higgins en la que desnudó su voluntad:

No pierda un solo instante en avisarme el resultado de la expedición de Lord Cochrane, para que sin perder un momento marche con toda la división a ésa, excepto un escuadrón de granaderos que dejaré en San Luis para resguardo de la provincia. Se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible, pero si no se emprende la expedición al Perú todo se lo lleva el diablo.

A los pocos días le llegó la información de que en Tucumán había habido una revolución que había derrocado al gobernador y detenido al general Belgrano. El gobierno provincial había sido asumido por Bernabé Aráoz.

San Martín se sintió muy afectado por esta noticia, pues se daba cuenta de que el gobierno nacional necesitaba su intervención para detener la anarquía interna, que cada vez se extendía más. Volvió a sufrir dolores reumáticos y decidió reposar unos días en San Vicente, un campo próximo a la capital. No mejoró. Por el contrario, se le sumaron accesos de asma, que lo obligaron a guardar cama.

Rudecindo Alvarado lo visitó una mañana en su lecho de enfermo y le comentó las novedades:

—Parte del Ejército del Norte se ha sublevado en Córdoba., don José, y nos parece que en Cuyo está por pasar lo mismo. Creemos que usted debe marcharse pronto...

* * * *

Ante el silencio de San Martín, Alvarado le pidió a Luis Beltrán, el director del parque de artillería, que hiciese construir una camilla para hacer cruzar la cordillera en andas al general.

Rondeau, que ya estaba en el litoral combatiendo a los rebeldes, volvió a pedirle que marchase hacia allí con granaderos e infantes para reforzarlo, pero José estaba dispuesto a continuar con su decisión de desobedecer las órdenes y marchar a Santiago y al Perú. Pasó la Navidad en el lecho y, al día siguiente, dictó a su escribiente una carta a Rondeau:

En vano han sido mis continuas reclamaciones a V. E. por el espacio de tres años para que me concediese la separación del mando del ejército con el objeto de recuperar mi salud. Ya no es necesaria, nueva reclamación, pues mi postración absoluta me hace separarme de este encargo. Si V. E. no nombra a otro general, el ejército está expuesto a su disolución. Pasado mañana marchó para los baños de Cauquenes, y aunque con ellos experimente alguna mejoría en mis dolores reumáticos, mi enfermedad al pecho no me permitirá por mucho tiempo dedicarme a trabajo alguno.

Alvarado y Mariano Necochea vinieron a buscarlo a San Vicente con sesenta hombres para que condujeran la camilla. San Martín hizo

un esfuerzo y se levantó de su lecho, se abrigó con su levita azul, dio la mano a sus jefes como despedida y partió en un birlocho hasta las primeras estribaciones. Pálido y agobiado por la decisión asumida, allí se acostó sobre las angarillas e inició el ascenso por quebradas y valles que, mirados desde abajo, parecían desplazarse al compás de los movimientos de los camilleros. Iba acompañado por su médico Guillermo Collisberry, el mismo que lo había atendido hacía seis años en Tucumán. La posibilidad de poder marchar al Perú lo alentaba, pero se sentía preocupado por haber tenido que abandonar a un gobierno con tantas dificultades.

Capítulo XIV

La traición a Buenos Aires (1820)

El cruce de la cordillera fue largo y penoso. Al llegar a Los Andes abordó un birlocho y, al acercarse a Santiago, se encontró en Huechuraba con Bernardo O'Higgins, quien había salido a recibirlo acompañado por funcionarios y allegados. El gesto del director supremo le levantó el ánimo y llegó a su residencia del Palacio Episcopal con mejor semblante.

Cauquenes, para interiorizarse de la situación local. Bernardo le hizo saber que todo marchaba bien: el Senado había aprobado la expedición sobre Lima, la que contaría con seis mil hombres, un parque de artillería, un hospital y una caja con dinero para pagar tres meses de sueldo al ejército. También había resuelto designar a San Martín como general de los ejércitos unidos.

Recibió carta de Rondeau desde Buenos Aires, en la que le comunicaba que se le había concedido la licencia para recuperar su salud en las termas y se lo confirmaba como jefe del ejército de los Andes. Esto le dio un gran alivio, pues desde su salida de Mendoza se había sentido culpable en relación con el gobierno de las Provincias Unidas y más esperaba una reprimenda que una ratificación.

Desde Cuyo, en cambio, las noticias eran malas: el batallón de cazadores de San Juan se había sublevado y el gobernador Luzuriaga había enviado a Rudecindo Alvarado a someterlo.

Por otra parte, mientras se desplazaba desde Córdoba hacia Buenos Aires, el Ejército del Norte se había amotinado en la posta de Arequito y se negaba a reprimir a los caudillos del litoral. La situación del gobierno nacional, por lo tanto, era prácticamente insostenible.

Marchó hacia los Cauquenes preocupado por los sucesos en las Provincias Unidas, pero dispuesto a continuar con los preparativos de la expedición al Perú.

Los baños estaban al pie de la cordillera. Aunque el edificio no era lujoso, sino casi conventual, el lugar le pareció maravilloso y fue sólo llegar y sentirse mejor. El río discurría al fondo de un profundo acantilado y el rumor de las aguas golpeando contra las piedras le sonó como una música vibrante que armonizaba con el cielo plomizo. El día gris no opacaba el paisaje boscoso tachonado de encinas, boldos, pinos que le recordaron a los de Portugal, y unos árboles que no conocía y que le dijeron se llamaban peumos.

Disfrutó tomando baños en unas piletas que se renovaban con las humeantes aguas de tres vertientes y empezó a comer con más apetito. Le escribió a Guido para pedirle le enviara unas docenas de cajones de vino de Madeira, que compartió con profusión durante los almuerzos y cenas con su médico, el doctor Diego Paroissien. Allí recibió la noticia de que Lord Cochrane, que ya había fracasado en dos anteriores excursiones navales sobre el Valdivia, en el sur de Chile, de donde había expulsado a los españoles.

También se enteró de que Rondeau había sido vencido en Cepeda por las tropas santafesinas de Estanislao López y las entrerrianas

de Francisco Ramírez. El gobierno nacional había desaparecido y Manuel de Sarratea, luego de asumir como gobernador de Buenos Aires, había firmado con sus colegas un pacto de organización federal.

Los miembros de la logia de Buenos Aires y los principales dirigentes de la ciudad culpaban de la situación al general San Martín, y lo acusaban de haber traicionado a su gobierno y de negarse a combatir contra los montoneros de las provincias litorales.

Trató de disipar los pensamientos culposos sobre los hechos en las Provincias Unidas y se dio cuenta de que, en la medida que lo lograba, los baños termales le sentaban cada vez más. Ya casi sin dolores reumáticos, envió una orden a su jefe de estado mayor, el coronel Juan Gregorio de Las Heras, para que trasladara al ejército de los Andes desde Curimón hacia Rancagua.

Se dio el último baño y regresó muy mejorado a Santiago. Se instaló nuevamente en el Palacio Episcopal y O'Higgins le Valdivia e invocando su famoso antecedente del triunfo europeo en Aix Road nada menos que ante la flota de Napoleón, que le había valido ingresar a la orden británica del Baño, había propuesto al Senado comandar una expedición al Perú. Su proyecto consistía en marchar con cuatro buques y dos mil hombres sobre Guayaquil, a fin de iniciar la campaña desde el norte. San Martín y el resto de la tropa viajarían después en otro convoy, por lo cual el general sintió que se lo había intentado postergar en el tiempo, en el mérito y en la jefatura y casi no pudo ocultar su indignación.

La logia chilena, sin embargo, por influjo de Bernardo, desestimó la propuesta de Cochrane e impuso el primitivo plan con el comando de San Martín.

Se sintió respaldado por las autoridades chilenas, pero seguía sin sentirse cómodo en relación con lo que había sucedido con el disuelto gobierno de las Provincias Unidas. Conversó sobre el tema con su amigo Guido y redactó un documento que luego envió a Rancagua al coronel Las Heras, con instrucciones de abrirlo en reunión de oficiales.

Las Heras reunió en su casa a los jefes a su cargo y les leyó el pliego recibido: San Martín les comunicaba que las autoridades de las Provincias Unidas, de las cuales oportunamente había recibido su mando, ya no existían. Por lo tanto, los exhortaba a nombrar un jefe para dirigirlos a "salvar los riesgos que amenazan a la libertad de América".

Rudecindo Alvarado, que había llegado desde San Juan con la parte del batallón sublevado que había podido rescatar, Enrique Martínez, Pedro Conde, Mariano Necochea y otros oficiales, manifestaron que la autoridad que había recibido el general para hacer la guerra a los españoles no había caducado ni podía caducar, porque su origen, que era la salud del pueblo, era inmutable.

* * * *

Contento con la consolidación de su jefatura, José se trasladó a Rancagua para verificar en el sitio los últimos aprestos de su ejército. Las tareas organizativas le renovaban el ánimo y le encantaban las labores de coordinación de las distintas armas.

Como la desaparición del gobierno central de las Provincias Unidas había dejado sin su cargo al coronel Tomás Guido, resolvió llevarlo como edecán, a la par del doctor Paroissien. También Toribio de Luzuriaga había renunciado como gobernador de Mendoza, de modo que lo incorporó como general, junto con Juan Antonio Álvarez de Arenales. Bernardo de Monteagudo fue designado secretario de Guerra y auditor, Juan García del Río secretario de Hacienda y Antonio Álvarez Jonte auditor de Marina.

Con la llegada de los primeros fríos, el general en jefe resolvió trasladar su ejército hasta Quillota, un lugar más próximo a Valparaíso, que iba a ser el puerto de embarque. Antes de dejar Santiago, realizó los últimos contratos sobre armamentos y víveres para la expedición. Durante una reunión con comerciantes que estaban obligados a hacer contribuciones, uno de los mercaderes le preguntó bajo qué bandera marcharía el ejército.

—Bajo la de Chile, señor —respondió el general sin hesitar.

Obtuvo del Senado facultades para negociar con el virrey del Perú y para realizar consejos de guerra verbales, cuyos fallos podría ejecutar sin necesidad de consultar al gobierno. También se lo autorizó secretamente a exonerar al almirante Cochrane, en caso de ser necesario, a la vez que se instruyó al Lord de que debía obedecer a San Martín.

Participó de una ceremonia de despedida en el Cabildo y partió para Valparaíso, donde se reunió con Lord Cochrane, un singular personaje nacido en el seno de una noble familia escocesa pero cuya vocación democrática lo había impulsado a presentarse en Londres

como candidato del partido whig a Cámara de los Comunes. Integrante por herencia de la Cámara de los Lores, una fallida aventura comercial sobre explotación de minas en África lo había llevado a la ruina, fue expulsado del Parlamento y llevado preso a la Torre de Londres. Una noche, logró escapar de su prisión y se presentó en la Cámara de los Lores, donde pronunció un discurso en su i, defensa. Su audacia dejó perplejos a los nobles y a la opinión pública del reino, pero de todos modos fue reconducido a la cárcel. Inventor de una lámpara de aceite de altas calorías para la fundición de metales, había invertido una buena parte de su recobrada fortuna en la construcción de un barco de guerra impulsado a vapor y en la elaboración de unos cohetes incendiarios con gases de pólvora, ideados por su camarada, socio y amigo Lord William Congreve.

José no había simpatizado con Cochrane y alguna vez, cuando éste hablaba presuntuosamente de su proyectado navío a vapor, había ironizado: —Tiene muchos humos este Lord de las chimeneas...

La fuerte personalidad, el talento científico y el renombre internacional del escocés lo constituían en un duro rival para San Martín, quien experimentaba alguna envidia por la fama de sus hazañas marítimas, por su fiera apostura física realzada por su rostro claro y su cabello rubio con matices rojizos, y por su bellísima esposa, que deslumbraba a los transeúntes de Valparaíso cuando paseaba por las calles de la ciudad, llevando a su pequeño hijo.

Pero ahora, con el respaldo de O'Higgins y el Senado, el general se sentía seguro y con cartas fuertes en la manga, de modo que trató de ablandar al almirante y desechó las objeciones que éste presentaba sobre insuficiencia de pipas para agua potable, víveres o lanchas de desembarco.

Le gustaba el ambiente de Valparaíso. La bahía le recordaba los colores de Málaga y el movimiento portuario y comercial le agradaba sobremanera. Estaba excitado por la próxima partida que se había venido demorando varios años, pero había algo en relación con las Provincias Unidas que todavía lo mantenía desasosegado. Desde Buenos Aires le se guían llegando informes de que lo consideraban traidor y, molesto por estas acusaciones, resolvió redactar una proclama con reflexiones y descargos a sus habitantes:

Compatriotas: El genio del mal os ha inspirado el delirio de la federación. Esta palabra está llena de muerte y no significaba sino ruina y devastación. Yo tengo motivos para conocer vuestra situación, por—que en los ejércitos que he mandado me ha sido preciso averiguar el estado político de las provincias que dependían de mí. Pensar en establecer el gobierno federativo en un país casi desierto, lleno de celos y de antipatías locales, escaso de saber y de experiencia en los negocios públicos, desprovisto de rentas para hacer frente a los gastos del gobierno general, es un plan cuyos peligros no permiten Infatuarse ni aun con el placer efímero que causan siempre las ilusiones de la novedad. Si dóciles a la experiencia de diez años de conflictos no dais a vuestros deseos una, dirección más prudente, terno que

cansados de la anarquía, suspiréis al fin por la opresión y recibáis el yugo del primer aventurero feliz que se presente.

Hasta el mes de enero próximo pasado el general San Martín merecía el concepto público de las provincias que formaban la Unión, y sólo después de haber triunfado la anarquía ha entrado en el cálculo de mis enemigos el calumniarte sin disfraz y reunir sobre mí nombre los improprios más exagerados.

Compatriotas: yo os dejo con el profundo sentimiento que causa, la perspectiva de vuestra desgracia; vosotros irte habéis acriminado aún de no haber contribuido a arrebatárselas, porque éste habría sido el resultado si yo hubiese tomado una parte activa en la guerra contra los federalistas; mi ejército era el único que conservaba su moral y irte exponía, a perderla, abriendo una campaña en que el ejemplo de la licencia armase mis tropas contra el orden. En tal caso era preciso renunciar a las empresa de libertar el Perú y, suponiendo que la, suerte de las armas ante hubiera sido favorable en la guerra civil, yo habría, tenido que llorar la victoria con los mismos vencidos.

No, el general San Martín jamás derramará, la sangre de sus compatriotas y sólo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sudamérica. ¡Provincias del Río de la Plata! El día más célebre de vuestra revolución está próximo a amanecer. Voy a dar la última respuesta a mis calumniadores: yo no puedo menos que comprometer mi propia existencia y mi honor por la causa de mi país. Sea cual fuere mi suerte en la campaña del Perú, probaré que desde que volví a mi patria, su

independencia ha sido el único pensamiento que me ha ocupado y que no he tenido más ambición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos.

Al amanecer de un frío día de agosto, la artillería, los repuestos y los pocos caballos que se llevaban ya estaban embarcados en los transportes surtos en la bahía. Con las primeras luces empezaron a llegar los batallones a la plaza del resguardo, desde donde cada compañía salía casi sin detenerse hasta una de las planchadas que las dirigía a la lancha correspondiente. Ubicados los soldados y oficiales, unos botes remolcaban las lanchas hasta los navíos respectivos, en medio de los gritos de despedida y agitar de pañuelos de mujeres y parientes que quedaban en tierra.

Esa tarde, José dirigió un oficio al Cabildo de Buenos Aires, en el que le hacía saber que, cuando se erigiera la autoridad central de las provincias, estaría el ejército de los Andes subordinado a sus órdenes superiores.

A la madrugada siguiente, luego de tomar su amargo licor de láudano, se dirigió hacia la bahía y se impresionó con la vista de la flota. El convoy de dieciséis transportes había sido dividido en tres partes (vanguardia, centro y retaguardia), y los siete buques de la escuadra protegían a las fragatas y bergantines rebosantes de tropas y armamentos.

Subió con sus oficiales de estado mayor a una falúa y recorrió la bahía saludando a los buques. Lord Cochrane, a bordo de la *O'Higgins*, inició la marcha, mientras José la cerraba en la nave

capitana, la *San Martín*, que seguía a las once cañoneras que formaban la retaguardia.

Cuando los montes con secos espinillos que protegían al bello Valparaíso casi no se veían ya desde su cubierta, San Martín leyó un oficio que le había entregado su amigo O'Higgins, quien precisamente ese día celebraba su cumpleaños. Con satisfacción, comprobó que le había expedido los despachos de capitán general de los ejércitos de la república de Chile.

Sonriente, el flamante jefe máximo hizo agregar esta insignia a la que ya ondeaba en su carácter de general en jefe de la expedición al Perú, y se dirigió al comedor para tomar su primer almuerzo a bordo. Pidió un vino de Burdeos y, levantando la copa, les dijo a sus oficiales de confianza: —Salud señores, por el éxito de la expedición...

Capítulo XV

En el mar, con pies de plomo

(1820—1821)

El ambiente de mar y el sentirse de nuevo en campaña le produjeron un gran bienestar. Navegaban cerca de la costa y, al atardecer, la O'Higgins en que viajaba Cochrane hacía las señales convenidas fijando el rumbo y las posiciones. Al amanecer se repetían las consignas y la marcha continuaba hacia el norte sin mayores novedades.

Disfrutaba con las puestas del sol sobre el Pacífico y, venciendo el frío, contemplaba los crepúsculos hasta el final. Cuando el astro ya se había hundido bajo las aguas, una mancha de color ciruela se encendía sobre el horizonte y se apagaba suavemente hasta convertirse en una franja esmeralda, presionada desde arriba por una inmensa bóveda azul. La luna, en esas noches, se presentaba completa y parecía explicar con su presencia las inusuales luces del firmamento orientador.

En el puerto de Coquimbo recogieron un nuevo batallón y, a los pocos días, los vientos y celajes anunciaron una tormenta. Las ráfagas y las olas los sacudieron una jornada entera y, al siguiente amanecer, la calma les mostró que la fragata *Águila*, con casi ochocientos hombres a bordo, había quedado fuera de la vista del convoy. El bergantín *Araucano* fue enviado en su búsqueda.

Avistaron entre la niebla el morro de Nazca y la proximidad del arribo les levantó el ánimo. Al día siguiente entraron a la bahía de

Paracas, donde echaron anclas, pues era el lugar elegido para desembarcar, ya que estaban a sólo tres leguas de la ciudad de Pisco.

El capitán general ordenó a Las Heras iniciar el desembarco a la madrugada, al frente de tres batallones, cincuenta granaderos y algunas piezas de artillería. Utilizaron botes y lanchas, además de algunas jangadas armadas con pipas y barriles y, después del mediodía, llegaron sin problemas a la playa. Un pequeño escuadrón realista los observaba desde la lejanía, pero desde una goleta se hicieron algunos disparos y los vigías desaparecieron.

Al atardecer, Las Heras partió con sus hombres hacia el pueblo de Pisco. Desde su buque, San Martín los vio marchar a pie por la playa, llevando sus cañones, equipos o sillas de montar a brazo. Sólo el jefe y su ayudante iban a caballo.

A la noche, recibió un parte de su subordinado: había entrado a la ciudad con precaución y se encontró con que estaba abandonada. Había buscado alojamiento para la tropa para seguir al día siguiente su reconocimiento.

San Martín se tranquilizó y se llenó de optimismo. En los últimos meses había acentuado la guerra de zapa, es decir el envío de espías y la difusión de proclamas liberales, y este primer hecho parecía confirmar los informes que se le habían dado, en el sentido de que el virrey Pezuela iba a abroquelarse en Lima.

Al día siguiente, Las Heras le envió a un anciano que había encontrado oculto en el pueblo, quien había sido descubierto a raíz del ladrido de algunos perros. El paisano le contó que habían

recibido orden de abandonar la ciudad al arribo de la expedición desde Chile, y que les habían advertido que los insurgentes iban a entrar robando, matando y violando a las mujeres, como lo había hecho anteriormente la incursión naval de Lord Cochrane. Explicó que él, por sus achaques, había resuelto quedarse, pese a que la orden del virrey se había impartido bajo amenaza de penarlos con la muerte.

José ordenó terminar el desembarque y, antes de que éste finalizara, tuvieron la alegría de la llegada del *Araucano*, quien venía acompañado del *Águila.*, intacto y con su tropa completa.

La totalidad del ejército marchó hacia Pisco y, al día siguiente, partió también San Martín. Sus tropas habían ocupado ya el fuerte de la ciudad, la casilla del resguardo, los almacenes de la aduana y muchos otros edificios.

Se alojó en la cómoda residencia del marqués de San Miguel, a media cuadra de la Plaza de Armas, y se dispuso a organizar los próximos pasos. Creó una división de vanguardia, designó a su frente a Álvarez de Arenales y le fijó como punto de observación y de avanzada la hacienda de Cáucato, a legua y media al norte de allí, sobre la ruta a Lima.

Exhortó a su tropa a guardar buena conducta y respetar a la población local, fuesen españoles o americanos, bajo pena de muerte. Y dirigió una proclama a los peruanos en la que hizo referencia a la nueva Constitución española, que Fernando VII había aceptado y estaba a punto de jurarse en Lima:

La nación española ha recibido al fin el impulso irresistible de las luces del siglo, ha conocido que sus leyes eran insuficientes para hacerla feliz. Los españoles han apelado al último argumento para demostrar sus derechos. La revolución de España es de la misma naturaleza que la nuestra: ambas tienen la libertad por objeto y la opresión por causa. Pero la América no puede contemplar la Constitución española sino como un medio fraudulento de mantener en ella el sistema colonial, que es imposible conservar por más tiempo por la fuerza. Ningún beneficio podemos esperar de un código formado a dos mil leguas de distancia sin la intervención de nuestros representantes. El último Virrey del Perú hace esfuerzos por prolongar su decrepita autoridad. El tiempo de la opresión y de la fuerza ha, pasado. Yo vengo a poner término a esa época de dolor y humillación.

Para evitar el rechazo de los muchos e influyentes nobles que vivían en Lima, San Martín les dirigió también un párrafo:

La voz de la revolución política de esta parte del nuevo mundo y el empeño de las armas que la promueven, no han sido ni pueden ser contra vuestros verdaderos privilegios.

Desde Cáucato, Arenales le informó que había llegado un emisario del virrey de Lima y le pedía instrucciones. San Martín se sorprendió gratamente y le dijo que lo enviara custodiado hasta su cuartel general.

Poco después, el joven oficial Cleto Escudero se presentaba ante San Martín ataviado con un rico uniforme. Cleto era andaluz y de ánimo festivo, de modo que al capitán general le resultó muy simpático: lo alojó en su propia casa y encargó a su edecán que lo atendiese y vigilase.

Escudero le explicó que, siguiendo instrucciones del mismo monarca, el virrey Pezuela quería negociar con los insurgentes sobre la base del dictado de la Constitución, que bien podría servir como elemento de pacificación. Sugería al efecto una conferencia a realizarse en Lima.

José aceptó de buen grado y designó como representantes a Tomás Guido y Juan García del Río.

Se debía realizar al día siguiente un desfile de bandas de música de los regimientos y el emisario fue invitado a presenciarlo. Como suponía que Cleto quería informarse sobre la dimensión de las tropas rebeldes, el capitán general dio instrucciones de que se dividieran las bandas, para que el enviado español pensara que había más cuerpos que los reales.

Cuando pasaron varias bandas menguadas, algunas con sólo dos o tres pífanos y cornetas, el emisario empezó a sospechar. Y dirigiéndose al edecán de San Martín, preguntó:

—Veinte. ¿Y ustedes?

Para no ser menos, el andaluz respondió ágilmente con su simpático gracejo:

—Cincuenta. Y con la de la catedral cincuenta y una...

San Martín se sonrió con la ocurrencia y se acordó de su propia infancia en Andalucía.

* * * *

Guido y García del Río partieron por tierra para Lima y fueron recibidos con gran expectativa. Se había preparado una residencia y muchas exquisiteces de repostería para agasajarlos, pero el virrey se alarmó por el revuelo provocado por la presencia de los jefes rebeldes y decidió realizar la conferencia en Miraflores, una villa contigua a la capital. Allí fueron instalados y cumplimentados y los delegados de Pezuela les propusieron que las fuerzas insurrectas aceptaran la Constitución política de la monarquía y enviaran sus diputados a las cortes. Se les ofreció que "las Provincias Unidas de Buenos Aires y el reino de Chile quedaran con el mando de sus actuales gobernantes" si se subordinaban al virrey o al gobierno de la península y se les garantizó que San Martín y sus oficiales! mantendrían sus honores, sueldos y prerrogativas para disfrutarlos en el punto de la monarquía que más les acomodase.

Los comisionados se limitaron a firmar un armisticio por ocho días y regresaron a Pisco, a informar a su comandante. Muchos habitantes habían retornado a la abandonada ciudad y se habían reabierto algunas tiendas y pulperías, con lo que se había recuperado algo de animación.

José estaba de buen humor por esta circunstancia y recibió a los delegados cordialmente en su residencia. Los ofrecimientos del virrey le resultaron muy prometedores, pues le pareció ver detrás de ellos miedo y debilidad. Conversaron sobre la situación y los

instruyó en el sentido de que rechazaran la jura de la Constitución y sostuvieran la independencia que, de hecho, casi se había logrado en América. Se ofrecía retirar el ejército libertador hasta el río Desaguadero y se aceptaba el envío de diputados a las cortes para negociar con la metrópoli el posible coronamiento de un príncipe europeo, pero con la condición de que mientras tanto se estableciera en el Perú la libertad de imprenta.

García del Río y don Tomás partieron de nuevo a Miraflores, pero sus contrapropuestas fueron rechazadas por los representantes de Pezuela. Las negociaciones se suspendieron y el armisticio quedó roto.

José no lo lamentó, ya que su estrategia había consistido en hacer pedidos extremos para conocer hasta dónde estaba dispuesto a consentir el virrey. Además había logrado que dos de sus jefes principales pudieran estar personalmente en Lima y recogieran impresiones sobre el estado de la opinión en la capital del virreinato. Estaba muy optimista, pues había logrado reclutar en las inmediaciones seiscientos cincuenta negros esclavos que incorporó a sus tropas. Había surtido de aguardiente, vino y azúcar a la escuadra y a sus fuerzas y pensaba que estaba obteniendo apoyos en la gente de todos los niveles, disipando los malos augurios que los españoles habían formulado a su llegada. En la vecina e importante Hacienda azucarera de Cáucato ("tierra de los gatos", en quechua), que había sido de los jesuitas y ahora poseía Francisco Penagos Mazo, había pernoctado varias noches y se había sentido muy bien tratado, particularmente por las mujeres de la familia.

Ordenó a Álvarez de Arenales que partiera con un cuerpo de 1.138 hombres y dos piezas de artillería hacia la sierra, con el objeto de insurreccionar esa parte del país y, al doblegar allí a las tropas españolas, cortar las comunicaciones de Lima con las fuerzas que actuaban en el Alto Perú.

Una mañana, cuando la primavera entregaba ya sus primeras tibiezas, le avisaron que había llegado desde Lima el marqués de San Miguel y que quería entrevistarse con él. José lo recibió de inmediato, pues se trataba de un joven noble, rico y prominente, con mucho prestigio en la capital, quien era cuñado del conde de La Vega, sobrino del conde de Lurigancho, hermano de la condesa de Viera Bella y pariente de los marqueses de Celada y Fuente Hermosa.

—Pues bien, señor general, vengo a sumarme a sus tropas...

—Me complace escucharlo, señor marqués. También el marqués de Campo Ameno se ha integrado a nuestras fuerzas. Y el ejército libertador respetará los privilegios que se concilien con la independencia...

* * * *

José deseaba reembarcar su ejército para partir por mar hacia el norte de Lima. Su objetivo era lograr la sublevación de las provincias del norte, esperar allí a las fuerzas de Arenales y, bloqueando Lima y sitiándola por hambre, lograr la capitulación de Pezuela. "Casi puedo asegurarle, querido amigo —le escribió entusiasmado a O'Higgins en Santiago— que Lima estará en nuestro poder dentro de tres meses".

* * * *

Resolvió crear una bandera para el Perú (con los colores rojo y blanco) y se entristeció por la rápida muerte de su camarada y auditor de guerra, Juan Antonio Álvarez Jonte, a quien enterraron en la catedral de Pisco.

El calor ya se hacía sentir y el capitán general ordenó la salida hacia la bahía de Paracas. Marcharon de noche, para evitar las insolaciones, y las operaciones de reembarco de las tropas le llevaron tres días.

El convoy se hizo nuevamente a la vela a la madrugada, con mucha lentitud por la falta de vientos. Navegaban a la vista de las costas y José se admiraba de los amplios arenales, matizados a veces por valles con sembrados y aislados caseríos. Las brisas aumentaron y entraron de mañana a la bahía ' del Callao. Los buques de la escuadra formaron en línea a la vanguardia, para proteger a las naves de transportes de tropas que fondearon atrás, todos a prudente distancia como para evitar un ataque desde las baterías emplazadas en tierra.

Aunque estaban a la retaguardia, José y sus oficiales podían ver claramente desde la cubierta la población del Callao, el castillo Real Felipe con sus torres y la prisión de Casas Matas, además de los castillos laterales de San Miguel y San Rafael. Buques mercantes y de guerra estaban apiñados en el puerto y, a lo lejos, se veían las torres de las iglesias y los miradores de los edificios de Lima, en el centro del valle del Rimac.

San Martín tomó sus largavistas para contemplar mejor las casas de campo, las arboledas y plantíos, además del camino de carril, tirado a cordel, que partía desde el puerto y llegaba a una vieja alameda que parecía entrar por el portal grande de Lima, una ciudad amurallada. Sintió que su gran objetivo militar y político estaba al 'alcance de la mano y experimentó un sentimiento de ansiedad. Fijando la mirada, advirtió que multitudes de limeños, apiñados sobre las murallas perimetrales, los campanarios de los templos y el vecino cerro de San Cristóbal, trataban de ver desde la distancia a la flota insurgente que llegaba desde Chile. Sintió que la curiosidad recíproca los acercaba y se dijo que trataría de conquistar a ese pueblo para la libertad.

Esa noche, Lord Cochrane envió una cañonera hasta la cadena que cerraba el puerto y, desde allí, disparó una andanada de morteros y de cohetes "a la Congreve" de los que tanto se ufanaba, hacia las fortalezas. Desde tierra se respondió ' en el acto con una sucesión de bombas y, por más de dos horas, el cielo se iluminó con los fuegos cruzados de proyectiles incendiarios y granadas que pasaban entre el mar y la costa, lo que aumentó la excitación de los integrantes de la flota insurgente.

A la salida del sol, José pudo comprobar que los famosos cohetes de Cochrane habían incendiado unos ranchos de pescadores contiguos al castillo de San Miguel, que aún humeaban, pero no habían impactado en los castillos. Lamentó que no se hubieran producido más daños, pero sintió también una especie de amarga satisfacción por el fracaso de los inventos del orgulloso almirante.

San Martín dio a la vela hacia el norte con el convoy de transportes, mientras el Lord y su escuadra se quedaban en el Callao y concretaban el bloqueo sobre el puerto.

El convoy llegó al puerto de Ancón, en una bahía con algunas viviendas de pescadores. No era un lugar apto para que el ejército acampara, pues era un sitio seco y arenoso, pero por su proximidad con Lima sería un buen puesto de observación.

Ordenó que desembarcara una columna con hombres de caballería y de infantería, para que marcharan rumbo a Lima con el objetivo de hacer arreos de ganado y regresar con nuevas caballadas. A los pocos días, un mensajero le comunicó que esa vanguardia se había topado con un batallón de españoles en Casa Blanca y habían resultado triunfadores.

El capitán general se alegró con la noticia y, poco después, aparecía desde el norte una goleta de guerra española con bandera de parlamento. La nave venía de Guayaquil y traía a dos delegados de una junta revolucionaria que acababa de constituirse en esa ciudad. José los recibió en la cámara de su buque, el *San Martín*, y los comisionados le informaron que en Guayaquil se había producido un levantamiento armado, cuyos dirigentes habían encarcelado a las autoridades españolas y a más de quinientos vecinos conocidos por su oposición a las ideas de independencia.

—El propósito de nuestra visita, señor general, es comunicarle que nuestra provincia se pone bajo su protección...

José sonrió satisfecho, pues su propósito de lograr pronunciamientos espontáneos comenzaba a concretarse.

Convidó a cenar con él esa noche a los delegados y, cuando éstos le comentaron que entre los prisioneros que traían se encontraba el general Vivero, depuesto gobernador de Guayaquil, San Martín les dijo que lo había conocido en España y les pidió que lo invitaran también.

El capitán general se paseaba por la cubierta con sus jefes de estado mayor cuando llegaron los invitados. En el momento de los saludos, Vivero expresó:

—He sido presidente de Chuquisaca, comandante del Callao y gobernador de Guayaquil. Y ahora tengo el honor de ser su prisionero, general San Martín...

—Usted siempre ha sido un amigo de San Martín, y por eso queda desde este momento en libertad y puede elegir la suerte que más le acomode.

Los dos viejos camaradas se abrazaron con emoción y pasaron todos a cenar a la cámara.

También desde el Callao le llegaron buenas noticias: mediante un audaz golpe comando, Cochrane se había apoderado de la fragata española Esmeralda. Armado de un puñal, un machete y dos pistolas, y acompañado por voluntarios con los que llenó veintidós botes, el temerario Lord escaló y abordó en el silencio de la noche el navío enemigo. Al darse la alarma, los peninsulares se defendieron a tiros e hirieron en una pierna al jefe atacante, quien se vendó con su propio pañuelo y siguió combatiendo. Los españoles terminaron con ciento sesenta bajas y la pérdida de su más importante nave, que contaba cuarenta cañones

Al día siguiente, unos marineros de un barco inglés desembarcaron en un bote en el Callao. En el convencimiento de que estos británicos habían ayudado a Cochrane la noche anterior, fueron asesinados sin más trámite por los pobladores.

En Lima, por su parte, mataron a otro inglés y la mayoría de los británicos de la ciudad tuvieron que pasar esa noche juntos, en una casa, armados para defenderse. Éste es el odio al extranjero típico de los españoles, pensó San Martín al enterarse. Cochrane y algunos jefes de su ejército estaban ansiosos por atacar Lima y le pidieron que lo hiciera sin más demoras. Pero el capitán general dispuso que el convoy siguiera todavía más hacia el norte y llegaron hasta el puerto de El Huacho, rodeado de unas barrancas naturales. Allí ordenó el desembarco de todas sus tropas, pues le habían informado que el cercano valle de Huaura era el lugar conveniente para acampar

Ubicado entre las faldas de la sierra y las costas, el valle estaba cruzado por un río y su naturaleza era generosa. Mangos, plátanos y chirimoyos ofrecían ya sus novedosos frutos, mientras cultivos de caña de azúcar, alfalfa o maíz mostraban la fecundidad del clima subtropical.

El calor era intenso, pero San Martín quedó contento con el sitio, pues pensaba que se había fortificado a las puertas de Lima y que, por el camino de la sierra, iba a arribar pronto el ejército de Arenales, cuya marcha exitosa ya conocía. La proximidad con el mar, por otra parte, lo conectaba con la flota y le dejaba la

posibilidad de un reembarco, en caso de que las circunstancias lo hicieran necesario.

Estableció su cuartel general en la casa del duque de San enmarcado por galerías con columnas de roble, y su huerto posterior sembrado con vides y durazneros.

Instaló su despacho en el primer piso, sobre la calle, en una habitación con techo de láminas de pino traídas de Nicaragua y un gran balcón de madera con balaústres torneados, con vista al mar y al cerro Centinela. Un artesano cuzqueño había tallado el sillón de cedro sobre el cual se sentaba para atender los asuntos del despacho diario.

Como alojamiento personal, prefirió la hacienda ingenio de Manuel Zalazar Vicuña, frente a la iglesia de San Carlos. canchón de la fábrica, a la que llegaban carros con caña de azúcar para ser molida por los trapiches.

Se encontraba optimista y pensaba que la opinión pública iba a seguir creciendo a favor de la independencia. "El patriotismo es grande en estos pueblos y el entusiasmo aumenta —le escribió a O'Higgins—. Espero un pronto y feliz resultado en la campaña, bien sea que el enemigo venga hasta aquí o pueda obrar yo en combinación con Arenales, quien ha entrado en Huancavelica y marcha sobre Jauja".

Recorría la zona a caballo y se llegó un par de veces hasta San Nicolás de Supe, donde solía pernoctar en una finca azucarera. La dueña de la estancia, Fermina González Lobatón, lo trataba con mucha simpatía y José también empezó a aproximarse a ella, pues

hacía ya meses que estaba en campaña y extrañaba la calidez de la vida cotidiana.

Celebró el fin de año con alegría, junto con sus oficiales de estado mayor, dado que Arenales le había comunicado que, en medio de una intensa nevada, había vencido en el elevado Cerro de Pasco a los españoles y dominaba ya la sierra.

Teniendo en cuenta que San Martín controlaba también el Pacífico, contaba con Guayaquil y la provincia norteña de Trujillo estaba a punto de insurreccionarse (según se lo había adelantado confidencialmente su gobernador, el marqués de Torre Tagle), accedió a la presión de sus jefes y resolvió avanzar sobre Lima.

El virrey Pezuela había apostado su ejército defensivo en Aznapuquio, en las afueras de la ciudad. Lentamente y ya con el apoyo de Trujillo, las fuerzas insurgentes fueron aproximándose a la capital del virreinato. Al arribar a Chancay, a setenta kilómetros de Lima, José dio la orden de detención y se instaló con su cuartel general en la hacienda de Retes, cuya casa contaba con la sombra de algunos árboles. Pero la geografía había cambiado y la mayor parte de las tropas estaban en suelo seco, con pocos pastos y zonas prácticamente desérticas a sus espaldas.

El párroco del pueblo, un franciscano llamado Matías Zapata, era un realista decidido, quien unas semanas antes había predicado durante una misa que el solo apellido de San Martín era una blasfemia y un agravio al santo de Tours.

—Habría que llamarlo solamente Martín —había tronado el fraile—, por su semejanza con Martín Lutero, ese pérfido hereje. Quien lo

nombre como San Martín –amenazó está en pecado mortal por su blasfemia...

Decidido a escarmentarlo, José lo hizo llevar a la fuerza hasta su estancia, donde lo recibió sentado en su escritorio. Sin saludarlo ni ofrecerle asiento, le espetó:

—¿Es cierto que usted me ha comparado con Lutero y se ha atrevido a quitarle una sílaba a mi apellido?

Aterrado, el cura quiso esbozar una disculpa, pero el general lo interrumpió:

—En castigo, le quito yo la primera parte de su apellido. Desde hoy es usted el padre Pata, y lo fusilo sin misericordia si osa firmar algún certificado de bautismo como Zapata.

* * * *

Un gran tierral anunció la llegada de Arenales con sus tropas vencedoras: luchando contra el sol diurno y el frío de la noche, la tierra yerma, el granizo cruel y el viento permanente, más el soroche que los dejaba sin aire, en tres meses habían recorrido más de mil kilómetros por montañas de hasta cuatro mil metros de altura. Creían haber logrado el apoyo de muchos indígenas que los saludaban a su paso, habían sublevado cinco intendencias y habían derrotado a los peninsulares en varios lugares.

Arenales entregó a San Martín trece banderas y cinco estandartes y, esa noche, celebraron el encuentro con una buena cena de carne y pescado, regada con vinos de Burdeos.

Poco después, sin embargo, José comenzó a sentirse inquieto. Las retaguardias que Arenales había dejado en la sierra eran muy

menguadas y comenzaron a ser derrotadas y dispersadas por los españoles, de tal modo que nuevamente lograron comunicación con los ejércitos que estaban en el Alto Perú.

Una fuerza de más de mil soldados realistas había alcanzado Lima desde la sierra y se esperaban nuevos refuerzos desde el Alto Perú.

San Martín había llegado hasta Chancay con la idea de que, al estrechar el cerco de Lima, obtendría el respeto del enemigo, ganaría opinión y facilitaría la desertión hacia su propio campo.

Pero las novedades lo alarmaron y experimentó cierta desazón. No quería comprometer toda la suerte de su expedición liberadora en una sola batalla. Resolvió entonces volver hasta Huaura y dio la orden de iniciar el retroceso.

La medida provocó decepción en la tropa y sus jefes así se lo expusieron. El capitán general explicó que en Huaura había un clima más salubre y abundancia de forraje. Añadió que, por otra parte, si el enemigo quería atacarlos allí debía abandonar el centro de sus recursos, con el desgaste que esto significaba para la caballada y la infantería.

Aunque las órdenes del capitán general no se discutían y fueron acatadas prontamente, algunos oficiales criticaron en voz baja su indecisión en el avance y el desacierto de no haber mantenido en la sierra a Arenales.

De nuevo en Huaura, José se reinstaló en el pueblo y escalonó sus fuerzas sobre la margen derecha del río. Completado el posicionamiento, visitó nuevamente la estancia azucarera de San

Nicolás de Supe y se quedó a dormir allí algunas noches, donde gozaba de la tibia compañía de Fermina.

Una noticia importante le llegó desde Lima: oficiales del ejército español apoyados por vecinos se habían complotado contra el virrey Pezuela. A la mañana, el patio del palacio de gobierno había aparecido con sus paredes llenas de panfletos:

*Nació David para rey para sabio Salomón para soldado La Serna
Pezuela para ladrón.*

A la tarde había sido destituido del cargo, acusado de no haber atacado en su momento a los rebeldes y de irregularidades administrativas en el manejo de los dineros de la corona. En su reemplazo, se había designado al general José de La Serna y se había enviado una delegación a Madrid para que explicara estos hechos al rey.

Aunque significaba un triunfo de los sectores duros (y no de los que propiciaban un arreglo con los insurrectos), San Martín se alegró porque esto confirmaba los informes de sus espías, en el sentido de que había ya una descomposición social. Nuestra guerra de zapa, pensó, está dando resultado.

Resolvió esperar a que disminuyeran los calores para volver a avanzar, pues se había quedado impresionado por los extensos arenales de la zona costera. "Estoy actuando con pies de plomo sin comprometer una acción general —le explicó a O'Higgins—, y espero que para abril la contienda pueda estar terminada".

Puede percibirse cierta animación y el propietario le contó que se acercaba la fiesta de la Yunza o el Tumbamontes, como también se la llamaba. Durante tres días, los peones indios y negros y sus parejas bailaban al contorno de algún árbol de Pacay, al compás de un arpa, guitarra y cajón. Había serpentinas y agua florida y la mujer, armada de un machete, cortaba en medio de la danza las ramas del árbol, mientras su compañero la seguía, y se cantaba en un idioma que el general no sabía si era quechua o algún dialecto africano:

*Árbol bueno y frondoso venimos a sacrificar-te.
Te danzamos y te ofrecemos nuestros regalos y
alegrías.*

El coro respondía:

Huachahuelito, huachahuelito, para indicar que el árbol quedaba huérfano.

Al volver una tarde de su cuartel general, José se detuvo a contemplar una de las jornadas de fiesta, que se realizaba al costado de la iglesia de San Carlos, con abundancia de chicha y dulces. La mulata Juanita, que hacía el servicio de la casa, se contoneaba entre el público y, al ver a San Martín, se atrevió a invitarlo a bailar. El general se sintió obligado a aceptar y, luego de unos instantes de incomodidad, resolvió entregarse a la danza y disfrutó con la sensualidad de su compañera, que se movía rítmicamente mientras parecía adorar al árbol del sacrificio.

Esa noche, pocos minutos después de acostarse, José sintió que Juanita se deslizaba dentro de su lecho.

Capítulo XVI

Las vaporosas ilusiones de Punchauca

1821

El virrey de facto, José de La Serna, procuró una nueva negociación con el general insurgente y se acordó realizar un encuentro en la hacienda de Torre Blanca. Los delegados españoles manifestaron allí que, dado que la monarquía funcionaba como régimen constitucional y que se había expresado en Madrid que los americanos tenían derecho a la representación política, estimaban que había llegado el momento de poner fin a la guerra.

Tomás Guido y el coronel Rudecindo Alvarado, por su lado, respondieron que si bien se congratulaban por los progresos políticos en España, no iban a detenerse hasta lograr la independencia y que, a cambio de ella, sólo estaban dispuestos a hacer concesiones en lo relativo al comercio y la industria.

Pero la tregua que no lograron los negociadores iba a obtenerla la naturaleza. Una epidemia de fiebres tercianas —favorecidas por el calor y la humedad del trópico— empezó a diezmar las tropas de San Martín, pero sin perdonar tampoco a las fuerzas españolas acantonadas en Aznapuquio.

Más de la mitad de los hombres del ejército rebelde cayeron enfermos de paludismo y hasta el propio José sintió los intensos chuchos del flagelo. Los muertos se contaban por decenas y no alcanzaba el tiempo para abrir las sepulturas. San Martín urgía a O'Higgins el envío de medicinas desde Chile, pues sólo contaba con

quina, pero los auxilios no llegaban. Angustiado por la situación, tuvo un vómito de sangre, y debió guardar cama una semana.

En esos días de forzosa inactividad, pensaba a veces en Remedios y en su hija, a quienes no veía desde hacía tiempo. Reflexionaba también sobre lo conveniente que sería que el Ejército del Norte pudiera atacar a las tropas españolas en el Alto Perú, para evitar que se vinieran a defender Lima, pero las Provincias Unidas seguían todavía sin gobierno central.

Los días empezaron a ser más frescos y la epidemia declinó, pero también comenzaron unas inusuales y persistentes lloviznas que mantenían húmedo el ambiente.

* * * *

Mientras tanto, en Madrid, Fernando VII, presionado por los sectores liberales que querían poner fin a las contiendas en América, había iniciado una política conciliatoria hacia los rebeldes, a quienes ahora se calificaba de simples disidentes y se los reconocía como beligerantes a los efectos de aplicarles el derecho humanitario de la guerra. Como fruto de esa nueva política, el monarca resolvió enviar un mensajero de paz al Perú. Al llegar a Panamá, el licenciado Manuel Abreu le escribió a San Martín para hacerle saber que conocía sus filantrópicos sentimientos y solicitarle una entrevista. Agregaba que había tratado en Málaga a su madre y hermana y estaba seguro de que haría todos los sacrificios debidos a la humanidad.

José le respondió que la mención a sus familiares le había traído a la memoria una época que no podía recordar sin emoción, y le envió un salvoconducto.

Cuando Abreu llegó, el capitán general lo alojó en una buena residencia, con servicio de lujo, y le puso un edecán. A la noche lo invitó a cenar y lo ubicó a su derecha. El delegado real expresó las ventajas del sistema constitucional español, pero el anfitrión insistió en que su lucha era por la independencia.

Abreu manifestó que, de todos modos, al llegar a Lima iba a sugerir al virrey La Serna que se iniciaran negociaciones, pues ése era el mandato que traía desde Madrid. Con un brindis en verso, García del Río ratificó el deseo de buscar un acuerdo:

De la feroz discordia apáguense las teas.

*El comercio de luces, de valores e ideas, el suave lazo sea
que a la América, una con la Íbera ralea*

A la tarde siguiente, cuando el delegado estaba a punto de partir, San Martín lo visitó en su alojamiento y, llevándolo a un aparte, le expresó que se había propuesto tomar Lima circundándola, cortándole las entradas de víveres y sin una acción frontal. Y en tono confidencial, agregó:

—Sabemos que la América es impotente para erigirse en república, por eso hemos convenido con mis oficiales en coro comandando una división, hacia los llamados puertos intermedios, es decir los que estaban entre Pisco y Arica. Mandó una nueva expedición a controlar la sierra, dirigida otra vez por Arenales, y ordenó al

chileno José Manuel Borgoño permanecer con un contingente en Huaura hasta nueva orden.

Él iría hacia Huacho, con el objeto de embarcarse hacia el Callao e invitaba a mantener una conferencia. San Martín se sonrió al delegado, a Tomás Guido, Juan García del Río y José Ignacio de la Roza.

Los representantes se reunieron en la hacienda de Punraron y manifestaron su rechazo a jurar la Constitución de España y, por el contrario, plantearon el reconocimiento de la independencia de las provincias del Río de la Plata, Chile y Perú. Los delegados realistas, acompañados por Abreu, propusieron que comisionados de Chile y el Perú (sabían que San Martín no representaba a las Provincias Unidas del Río de la Plata) viajaran a Madrid para negociar la paz.

Esto entusiasmó a los rebeldes, quienes aceptaron el acuerdo, entregaron la fortaleza y castillos en el Callao, entre otras. En un clima de recíproco optimismo, se estableció que se realizaría una entrevista entre el virrey La Serna y el general San Martín, convencido que el triunfo estaba al alcance de la mano. Entendió que si le ofrecían un armisticio y el envío de representantes de ambas partes a Madrid, esto significaba que estaban a un paso del reconocimiento de la independencia. Si logramos este reconocimiento previo —se ilusionó—, en la capital española solamente discutiríamos sobre la futura forma de gobierno.

Casi no dormía de noche y se imaginaba ya la ceremonia en que, reconocida la independencia, ambos ejércitos se estrecharan en un abrazo y volviera la paz al continente. Estaba cansado de guerrear y

de ser considerado un traidor y un forajido por la corona a la que había servido más de veinte años en la península, de modo que la inminencia del acuerdo. Él sabía que, en Colombia, Simón Bolívar había firmado hacía unos meses un armisticio con el general realista Morillo y, después de seis años de luchas, los dos jefes militares se habían abrazado en Santa Ana y se habían expresado un afecto recíproco. Habían celebrado la regularización de la guerra con un banquete y Bolívar había enviado comisionados. Acababa también de recibir noticias de México: allí, el Iguala. Paradójicamente, Iturbide resolvió declarar la independencia de americanos y europeos, la conservación exclusiva de la religión católica y el establecimiento de una monarquía constitucional en México y, si éste no aceptara, se elegiría a uno de sus hermanos o a algún príncipe reinante de Europa. Guerrero había aceptado el criterio y los dos ejércitos se habían abrazado sobre el campo. El llamado Plan de Iguala o Pacto Triguarante había despertado unánime entusiasmo y se esperaba que el virrey lo ratificara y se enviaran emisarios a Madrid.

Estas informaciones alentaban a San Martín y, lleno de optimismo, resolvió partir para Punchauca para concretar la reunión con el virrey. Salió a caballo acompañado por los coroneles Las Heras, Paroissien y Necochea y a poco andar el camino se convirtió en un desierto, salpicado por algunas serranías igualmente ralas. Al cruzar la variante de Pasamayo los arenales se cubrieron de neblinas, que se disiparon al entrar al valle de Carabayllo, donde se veían algunos sembrados y el verdor de plátanos y molles. Allí se

encontró a la tarde con sus delegados, con quienes continuó viaje y llegó al anochecer a la hacienda, que tenía puertas amplias y talladas, balcones con balaústres torneados y a la derecha una pequeña capilla con campanario. Abreu lo recibió en la galería, a la que se ascendía por una escalera doble y acogedora, y le confirmó que La Serna llegaría recién al día siguiente.

El representante real lo agasajó con una opípara cena y, después de la sobremesa, José lo llevó a un aparte y le confió que venía a proponer al virrey un plan preciso: se trataba de nombrar una regencia de tres miembros; un vocal sería designado por San Martín, otro por La Serna y el propio virrey ocuparía la presidencia.

—Luego deberán unirse los dos ejércitos —concluyó el general rebelde—, se declarará la independencia y saldré para España para pedir a las cortes que designen a un infante para rey de estos países.

El emisario del monarca lo miró un rato en silencio, bebió un trago de brandy y luego contestó:

—Pues si firmáramos algo así infringiríamos todo el orden jurídico, atribuyéndonos la soberanía nacional. Ni el rey podría hacer un tratado semejante...

Pero San Martín, que saboreaba también su licor y sus propias fantasías, fue terminante. —¡Estamos a punto de tomar Lima, hombre! Y sin permiso de los gobiernos capitulan las plazas y los ejércitos sitiados.

* * * *

Se acostó amortiguado por el brandy y arrullado por su imaginación. Estaba secretamente ilusionado con la idea de que, si él viajaba personalmente a Madrid con los negociadores, hasta podría ofrecérsele una corona como regente o emperador, en reemplazo de algún príncipe europeo.

El Cholo de las Misiones que recibió tantas burlas y desprecios —se dijo antes de darse vuelta en la cama para dormirse—, a lo mejor todavía llega a ser coronado.

* * * *

Se despertó temprano con la boca seca y malestar estomacal. Bebió un sorbo de su infaltable láudano y desayunó con Guido y García del Río. El día estaba fresco pero soleado y, a las tres de la tarde, llegó el virrey con su comitiva y su escolta de cuatro dragones.

San Martín y su plana mayor lo esperaban en el patio. Aunque La Serna ocultaba debajo de su sobre—casaca carmesí el distintivo de su mando, José lo reconoció y se dirigió hacia él abriendo sus brazos:

—Venga para acá mi general. Entre los dos podemos hacer la felicidad de este país... El virrey contestó con cordialidad y, luego de la presentación de los colaboradores, subieron tomados del brazo hacia la sala de la casa. Allí fueron obsequiados con un refresco y, luego de algunas cortesías recíprocas, pasaron hacia un pequeño salón, para conferenciar a solas.

El general disidente le explicó su propuesta y La Serna lo escuchó en silencio, con mucha atención.

Luego salió a comentar el tema con Abreu y sus funcionarios y, al volver, expresó escuetamente:

—Tratándose de un negocio de tanta trascendencia, no puedo contestarle sin consultar a las corporaciones de Lima. Espero poder responderle en el corto plazo de dos días...

José interpretó que estas palabras anticipaban una aceptación y abandonó eufórico la habitación, acompañado por el taciturno La Serna.

En presencia de las dos delegaciones, el jefe rebelde pensó que era conveniente realizar una exhortación en alta voz:

—General La Serna: éste es uno de los días más felices de mi vida, ya que no he venido al Perú a derramar sangre, sino a fundar su libertad. Los liberales del mundo somos hermanos en todas partes y queremos preparar en este hemisferio un asilo seguro para nuestros compañeros de creencias. Pasó ya el tiempo en que España pueda sostener el sistema colonial; y sus comisarios, entendiéndose lealmente con los míos, han convenido que la independencia del Perú no es inconciliable con los intereses de la metrópoli.

Creyó percibir un sentimiento aprobatorio en todos los circunstantes y concretó su posición:

—Si Vuestra Excelencia acepta la cesación de una lucha estéril y enlaza sus pabellones con los nuestros para proclamar la independencia del Perú, se constituirá un gobierno provisional presidido por Vuestra Excelencia y compuesto de dos miembros más, de los cuales Vuestra Excelencia nombrará uno y yo el otro. Los ejércitos se abrazarán sobre el campo y, de ser necesario, yo

marcharé a Madrid a explicar esta resolución y demostrar que el voto de la América independiente puede armonizar con los intereses dinásticos de la casa reinante...

La Serna respondió brevemente con unas frases de buena voluntad y reiteró que haría conocer su respuesta en 48 horas, luego de las consultas que formularía en Lima, pero San Martín advirtió que los jefes realistas estaban entusiasmados con su proposición.

Se produjeron conversaciones efusivas entre los presentes y la idea de unir ambos *pabellones en signo de confraternidad había creado un clima de amistad.*

A las cinco de la tarde se sirvió la comida fijada en el protocolo, la que transcurrió con alegría y humor. Después de los postres, La Serna se puso de pie, alzó su copa y dijo:

—Brindo por el éxito de esta reunión.

Y San Martín, con su mejor acento andaluz, respondió: —

Brindo por la felicidad de la España y de la América.

El general realista La Mar brindó luego por "el venturoso día de la unión y de la independencia del Perú" y estas manifestaciones y las consiguientes libaciones aumentaron el ambiente de euforia. Su camarada, el general Monet, se paró sobre su silla y pidió que se festejara otra vez "una jornada tan memorable".

Finalizado el agasajo, el virrey se despidió de San Martín con un abrazo y partió con su comitiva hacia Lima.

José, animado por tantos brindis, abrazó con calor a Guido, tomó su última copa y se retiró a dormir muy contento.

* * * *

Amaneció otra vez abotagado por la resaca. Bebió su sorbo de láudano, desayunó una taza de café y partió a caballo con sus acompañantes hacia el Callao, en donde se embarcó en la fragata *Moctezuma*, para esperar allí la respuesta de La Serna.

A la tarde siguiente, los espías que tenía en la capital le enviaron informes de que los militares más duros se oponían a que el virrey aceptara el acuerdo: no puede usted reconocer la independencia — le habían hecho notar— sin consultar a las cortes y al rey. Y La Serna, que no se sentía muy legitimado en su cargo, no estaba dispuesto a asumir una iniciativa tan importante.

* * * *

Se puso de mal humor y esa noche sintió que la fragata se balanceaba con las olas, pero con movimientos que no le resultaban plácidos. ¿Por qué todo me resulta tan difícil?, se preguntaba.

A la tarde siguiente llegaron los dos delegados del virrey. San Martín los recibió amablemente en su cámara y advirtió que le traían una respuesta algo suavizada: La Serna le decía que los militares estaban de acuerdo con la propuesta, pero que se negaban a declarar la independencia sin consultar previamente al gobierno de Madrid. Por eso no había llegado a solicitar la opinión de las corporaciones (el Cabildo, la Audiencia, el arzobispo), sino que le enviaba la siguiente contrapropuesta: que se extendiese la suspensión de hostilidades hasta obtener una resolución de las cortes. Mientras tanto, el propio virrey se embarcaría hacia Madrid para explicar los hechos y, si San Martín lo deseaba, podría viajar también en el mismo barco para pedir un príncipe de la familia real.

* * * *

José percibió con toda claridad que este arreglo era inaceptable para él y sus ilusiones se derrumbaron. Una cosa era viajar a Madrid con la declaración de independencia hecha por ambos ejércitos y por lo tanto como vencedor; y otra muy distinta era hacerlo como un insurgente, acompañando como tímido segundón al virrey dominante.

Trató de ocultar su decepción y, guardando las formas, les manifestó ambiguamente a los delegados que los representantes de ambas partes podrían seguir negociando en Miraflores la ampliación del armisticio. Mordiendo su rabia, despidió con educación a los comisionados y se dijo a sí mismo que no tenía otra vía que apoderarse de Lima, como antes lo había planeado.

En Miraflores se convino ampliar la tregua durante doce días, durante los cuales los sitiadores permitirían la entrada de trigo a Lima, para la alimentación de los habitantes de la ciudad. Esta concesión, tomada por razones humanitarias y con la cual San Martín pensaba ganarse la voluntad de los limeños, fue criticada sin embargo por sus propios oficiales, quienes lo acusaban de débil y contradictorio. Desilusionado por el fracaso de Punchauca y sintiendo de algún modo las quejas de su estado mayor, volvió a sentir dolores reumáticos que atribuyó a la humedad del clima costero.

Las conversaciones prosiguieron con el objetivo de lograr una tregua de dieciséis meses, pero ya no había intenciones firmes en ninguna de las dos partes. San Martín, algo atribulado, pensaba que si se

comprometía a un armisticio tan largo podría seguramente alimentar a su ejército, pero temía no poder satisfacer a la escuadra de Cochrane, que lo presionaba con demandas económicas.

¿Cómo se la remito a Usted a Chile —le escribió a O'Higgins explicándole su actitud cuando sé que no tiene Usted un solo peso con qué pagarla? Yo no podría, sostenerla y su disolución significaría para Chile y toda la América del Sud una pérdida de seguridad. Por todo esto me he decidido a continuar la guerra que será feroz y destructora, no por las balas y trabajos, sino por la insalubridad de estas infames costas, pues no hay memoria de tantas enfermedades como las que sufren nuestros ejércitos.

Ambas partes resolvieron finalizar las tratativas y, como corolario, los representantes realistas y el comisionado Abreu fueron hasta la *Moctezuma* para despedirse del jefe insurgente. San Martín se trasladó con ellos hasta una fragata considerada neutral y allí cenaron. El jefe rebelde le agradeció sus buenos oficios a Abreu y le dijo que lamentaba que hubiesen predominado en Lima los sectores más beligerantes.

—Me apresto a ejecutar el plan que ya liemos acordado con mis jefes —agregó con cierta emotividad—, pero aun así cumpliré mi palabra y trataré de mantener las relaciones con España.

Abrazó al comisionado de Fernando VII y volvió taciturno hasta la *Moctezuma*. Dio la orden de partir de inmediato hacia el Huacho y, a la madrugada, los barcos del convoy iniciaban la marcha. En la fría cubierta, José permanecía erguido y solitario y meditaba sobre los

próximos pasos de su asedio sobre Lima. Sus informantes le habían hecho saber que, acosado por el hambre y la deserción política, La Serna se aprestaba a abandonar la capital y a atrincherarse en el Cuzco con sus tropas para continuar la guerra desde la montaña.

Capítulo XVII

Por fin en Lima

(1821)

Durante la corta navegación hacia el Huacho, José meditaba sobre la situación. Desde la sierra, Arenales le había sugerido que marchara con su ejército hacia esa zona para concentrar fuerzas y, dominando la montaña, poder derrotar desde allí a las tropas realistas que se aprestaban a dejar Lima.

Pero él prefería tomar la capital, con la idea de que el valor simbólico, estratégico y político de la caída de Lima iba a definir el destino de la guerra. Una suerte de extraña fascinación lo llevaba hacia esa ciudad tan ponderada. "Es cierto que ellos podrán clavarme la artillería y destruirán parte de las fortificaciones, pero esto se repara pronto", le había explicado a O'Higgins.

Desembarcó en el Huacho, dio la orden de avanzar y firmó algunas proclamas. A las damas limeñas las exhortaba a emplear su influjo, sus encantos y su delicadeza "para acortar esta guerra sacrílega en la que los españoles combaten contra la voluntad universal".

Se embarcó de nuevo en la *Moctezuma* y se enteró de que La Serna había comunicado a los habitantes de Lima que, fracasado el armisticio, debía marchar con sus tropas hacia el Cuzco y entregaba el mando político y militar al marqués de Montemira. La sorpresa y el desencanto habían cundido entre la población, y los sectores realistas se aprestaban a atrincherarse en la fortaleza del Callao, que quedaba defendida por dos mil soldados españoles.

A su llegada al Callao, recibió una comunicación del propio virrey: le decía que había partidas de bandoleros y guerrillas que podrían causar saqueos ante la acefalia en que quedaba la ciudad, por lo cual le pedía que impartiera las instrucciones necesarias para garantizar el orden. Le encomendaba también, a su filantropía, los enfermos de fiebres tercianas que quedaban en los hospitales y le pedía que fuera generoso con quienes habían defendido la causa del rey.

Muy contento, José se acordó de la frase "al enemigo que huye, puente de plata", y le respondió que acababa de dar instrucciones a los comandantes de las partidas de avanzada, próximas a la capital, de que se abstuvieran de entrar en ella o de alterar el orden.

Dos días después de la partida de La Serna con sus tropas, el marqués de Montemira convocó al Cabildo y éste designó una comisión de cuatro miembros para apersonarse ante el general San Martín y ofrecerle el gobierno de Lima.

José los recibió en su goleta y, disfrutando ya de su triunfo, les agradeció el gesto y les dijo que se aprestaba a ocupar la ciudad en la forma más ordenada posible. Envió después una división de caballería para que entrara a Lima y persiguiera a las últimas tropas del virrey que abandonaban la ciudad. Las fuerzas ocupantes fueron recibidas con júbilo por los partidarios de la independencia, que con el vuelco de la situación militar súbitamente empezaron a crecer y manifestarse.

Mandó otro cuerpo, a cargo del general Las Heras, a poner sitio a los castillos del Callao, donde estaban atrincheradas las tropas

realistas y se habían guardado fondos públicos y bienes de los españoles acaudalados.

Tenía referencias de que el arzobispo era un decidido realista, pero pese a ello había resuelto quedarse en la ciudad. Con el objetivo de comprometerlo, le envió una carta en la que se congratulaba de que el prelado no hubiera abandonado la capital con las tropas españolas y le expresaba su esperanza de que su persona fuera un escudo santo contra las tentativas de licencia a que se había dejado expuesto "al pueblo que está hoy a discreción de mis armas".

Desembarcó a la madrugada siguiente y partió, con una comitiva reducida, a caballo hacia Lima, por un camino enmarcado por una doble fila de árboles deshojados. A través de las ramas y las brumas veía, en el fondo, unas montañas rocosas que parecían vigilar a la deseada capital de los virreyes que descansaba a sus pies, casi como un oasis en medio del desierto. Su ánimo estaba alegre y pensaba que había luchado en América más de nueve años para lograr apoderarse de esa ciudad sobre cuyas maravillas arquitectónicas y vida cultural tanto había oído hablar desde su infancia. Se acordó de Remedios y de su pequeña hija, pero pronto se reconcentró en las novedades de la marcha. Almorzó en una finca, durmió la siesta y reanudó camino al atardecer. La calzada arenosa lo condujo hasta la puerta del Callao y se sonrió al contemplar las armas esculpidas del rey Carlos IV, el escudo de Lima y la insignia de la Cámara de Comercio. Cruzó el grueso portal y las primeras construcciones le recordaron a Sevilla, pese a que el trazado de las calles era completamente regular. Le impresionaron

el perfil de las torres de las iglesias y las cúpulas de algunos edificios públicos suntuosos.

Marchó directamente hacia el Cabildo, una construcción de dos pisos con arcadas sobre la plaza de Armas. Desmontó, se abrió paso entre unos pocos curiosos y entró al edificio, donde fue recibido por el marqués de Montemira, que lo esperaba en su despacho.

La noticia de su arribo cundió de inmediato y el ayuntamiento empezó a llenarse de funcionarios y público, lo que obligó al marqués y a San Martín a trasladarse a la sala de audiencias. Los cabildantes en pleno vinieron a presentarle sus respetos y muchas mujeres y hombres asediaban al jefe triunfante con saludos y expresiones de adhesión. Varias mujeres, incluso, se arrojaban a sus pies y le ofrecían sus hijos para su ejército.

Un sacerdote realizó una arenga, destacando que la entrada de San Martín a Lima tenía un carácter cristiano por su naturaleza pacífica, y luego exclamó: —¡Viva nuestro general...!

—No, no —respondió José con cierta timidez—. Digamos mejor: ¡Viva la independencia del Perú!

* * * *

A las diez y media de la noche se despidió de Montemira y partió, de nuevo a caballo, hacia el campamento de Mirones, a dos kilómetros y medio de la ciudad. Muchos curiosos lo siguieron hasta la entrada del sitio militar.

Al día siguiente, una comisión del Cabildo vino a decirle que ponía a su disposición el palacio virreinal y que vería con buenos ojos que

se estableciera allí. Agradeció el ofrecimiento, pero les anticipó que las necesidades militares lo retendrían en el campamento.

No obstante esto, esa misma tarde marchó hacia Lima y se dirigió al Palacio de los Virreyes, en la plaza de Armas. La gente lo reconoció en el camino y lo acompañó con vivas hasta la lujosa residencia, donde recibió a los principales funcionarios. Muchas familias prominentes vinieron a saludarlo a la noche y él las atendió con amabilidad. Una hermana de su suegra Tomasa y de Hilarión, doña Fermina de la Quintana, quien desde hacía años vivía en Lima pues su marido, Félix de la Rosa, era el Administrador de Correos, se presentó cordialmente y le brindó una bienvenida familiar. Los copetudos nobles del Perú —pensó satisfecho antes de dormirse— vienen ahora a halagar al humilde Cholo de las Misiones.

Durante la jornada siguiente realizó, en la elegante carroza del virrey, de seis ruedas y tirada por seis caballos, con lacayos con pelucas y calzones de seda, visitas protocolares al arzobispo y al marqués de Montemira, a este último en su carácter de gobernador de la ciudad.

De regreso en su campamento, envió un oficio al Cabildo, en el que le pedía se convocase a una Junta General para que los habitantes expresasen si se hallaban decididos por la independencia.

Reunido el Cabildo Abierto, con la presencia del arzobispo, los prelados de los conventos, los nobles de Castilla y los vecinos más prestigiosos, se resolvió contestar al general San Martín que "la voluntad general está decidida por la independencia del Perú de la dominación española y de cualquier otra extranjera". Deseoso de

utilizar la prensa para mover a la opinión pública, el comandante ordenó que *La Gaceta de Lima* comentase esta decisión. La edición del día siguiente decía que había sido una jornada memorable para la regeneración del Perú, debida al "inmortal jefe cuyo genio benéfico ha sido el instrumento que la providencia destinó para liberarnos. ¡Gloria al ínclito varón, al libertador general, al guerrero esforzado que vino a romper nuestras cadenas!".

La publicación fue recibida desfavorablemente por los sectores realistas —y por algunos jefes patriotas— por considerarla muy personalista y aduladora del nuevo líder.

Como algunos españoles habían abandonado la ciudad y se habían refugiado en los castillos del Callao o en conventos, San Martín dispuso que toda casa, tienda o bodegón perteneciente a españoles que no abriese en el plazo de tres días pasaba a ser propiedad del Estado; y que quienes denunciaran el incumplimiento de este edicto serían recompensados con la tercera parte de los bienes confiscados.

Para reponer las arcas del Estado, y para mantener a la fuerza militar y a la escuadra, resolvió recaudar un empréstito forzoso, a integrarse en el plazo de seis meses.

Con el objetivo de evitar saqueos o desórdenes, decretó la pena de muerte para quien fuere encontrado robando una suma mayor de dos pesos. Y dispuso que los esclavos que hubiesen huido de sus amos y no se hubieran incorporado al ejército fuesen devueltos al poder de sus propietarios.

Ordenó también que se borrasen y destruyesen los escudos de armas del rey que se encontraran en los edificios públicos. Instalado ya cómodamente en el palacio virreinal, se permitió escribirle a O'Higgins para resumirle la situación:

Al fin, con paciencia y movimientos, hemos reducido a los enemigos a que abandonen la capital de los Pizarro. No puede usted calcular el grado de entusiasmo de estas gentes. El está en proporción a la horrible tiranía que han ejercitado los españoles.

Continuaba sintiéndose culpable en relación con la situación en el Río de la Plata y le escribió al gobernador de Buenos Aires (provincia que seguía en conflicto con las litorales) para comunicarle la toma de Lima: "Quiera Dios que las Provincias Unidas —le decía— puedan formar un gobierno central que las represente y les dé respetabilidad".

En virtud de la decisión del Cabildo Abierto, San Martín dictó un bando en el que disponía que el siguiente sábado, 28 de julio, se proclamara solemnemente la independencia del Perú.

Esa mañana se despertó temprano y, luego del consabido trago de opio, se puso su uniforme de gala. Saludó a sus jefes de estado mayor y al marqués de Montemira y partió en su caballo enjaezado rumbo a la plaza principal. Lo precedía un brillante séquito muy bien montado, integrado por los doctores de la Universidad de San Marcos, los superiores de los conventos, y miembros de la audiencia y el Cabildo. En la plaza se había montado un enorme tablado. Las autoridades ocuparon sus sitios en él y el marqués de Montemira

tomó la bandera que el jefe insurrecto había ideado en Pisco y se la entregó a su creador. San Martín la recibió y, tremolándola ante la multitud, exclamó:

—El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende...

La concurrencia estalló en vítores, mientras los cañones disparaban sus salvas y las iglesias echaban a repique sus campanas. José sintió que la emoción lo embargaba y pensó que ya no era un jefe rebelde, sino el libertador del corazón del imperio español en Sudamérica.

A la noche, se realizó una recepción en los salones del Ayuntamiento. Asistieron los integrantes de las corporaciones, pero también los vecinos caracterizados y la juventud de ambos sexos, que comenzó a bailar en un clima de mucha alegría. José paseaba por los recintos saludando amablemente a los circunstantes, cuando quedó muy impresionado por la belleza de una dama de rostro claro y fina de cuerpo, ojos azules, boca pequeña y manos delicadas, vestida elegantemente de terciopelo bordó y con generoso escote.

Preguntó a su asistente local de quién se trataba, y éste le respondió: —Es Rosa Campusano, una mujer que ha colaborado inteligentemente con el bando patriota. El general se acercó a la hermosa dama, la saludó con mucho interés y le hizo saber que conocía sus méritos a favor del movimiento liberador.

—Si lo hubiera conocido antes a usted, señor general —hizo un mohín intencionado—, mis afanes hubieran sido aún mayores.

Cambiaron unas palabras de circunstancias y el jefe militar quedó encantado con la personalidad de la muchacha.

Sabedor de que el alto clero era refractario al movimiento libertario, San Martín pidió al arzobispo que se cantase un Te Deum en la catedral, para sancionar con el ritual religioso la declaración de independencia y dar gracias a la Providencia por los sucesos.

También sugirió que se iluminaran las calles, se enarbolaran banderas y se levantaran arcos de triunfo. Entre éstos se destacó el del tribunal del Consulado, que además de inscripciones y emblemas alusivos tenía en lo alto una efigie ecuestre de San Martín, con su sable en la mano.

A la tarde se realizó una colorida corrida de toros. José cruzó el puente de piedra sobre el Rimac y, al entrar a la plaza de Acho al compás de la banda de música, fue saludado por el público con una ovación. En el cartel de la fiesta, un poema lo agasajaba:

*Tú que eres el objeto
de tan solemnes pompas, San Martín, las delicias,
de la América toda, admite grato el culto que Lima,
fiel y heroica, te consagra rendida, te tributa
obsequiosa.*

A la noche siguiente, el Libertador abrió las puertas del, palacio virreinal a los principales habitantes de la ciudad. Algunos hombres maduros venían con el traje de corte español, con chaqueta a rayas

y grandes solapas, mientras los más jóvenes vestían el moderno y casi republicano frac, con pantalones con presilla y sombrero de copa. Las mujeres mayores entraban con serios brocados, pelucas empolvadas y, usando sus bastones, paseaban miradas altaneras sobre el salón.

* * * *

Se alegró sobremanera al distinguir, entre las figuras juveniles, a la bella Rosa Campusano, con un vestido de organdí blanco y peinado alto, a la griega, sobre quien se había quedado pensando en ese tiempo. Le habían informado que había nacido en Guayaquil y era hija natural de un funcionario rico e importante, productor de cacao, quien la había concebido con una mulata y la reconoció por testamento, antes de morir. Había venido a Lima y se había instalado en la elegante calle de San Marcelo, donde su tertulia era frecuentada por gente prominente. Amante de un general realista, Rosa había aprovechado esa relación íntima para pasar información militar a los insurrectos. Más de una vez, vestida con un manto que se le pegaba al cuerpo y un velo de seda que le cubría la cabeza, había cruzado las calles de Lima llevando proclamas subversivas para ser pegadas de noche en las paredes. En una casa grande que había alquilado al efecto, había ocultado a varios oficiales realistas desertores, y luego los ayudó a pasar hasta el campamento patriota de Huaura. Una correspondencia clandestina que se interceptó la mencionaba, y por ello fue detenida por unos días, hasta que la influencia de sobornos y amigos poderosos lograron liberarla. José sintió un íntimo acercamiento hacia la muchacha.

Se aproximó a ella y, luego de saludarla galantemente, la invitó a bailar una contradanza. Rosa le obsequió una sonrisa radiante y le tendió sus brazos con toda gracia. Aunque los ojos del público estaban sin duda sobre ellos, danzaron y charlaron abstraídos, como si se hubieran conocido desde mucho tiempo antes. Ella era jovencita, había leído algunas novelas de Rousseau y su conversación era muy atrayente, de modo que cambiaron ideas sobre teatro y literatura.

Cuando ya la fiesta languidecía, él la condujo a un salón privado y la besó ardientemente, con pasión de soldado que termina su campaña. Rosa le respondió con ardor y ternura, como si comprendiese que ese duro general, acostumbrado a los rigores del mando, era también un hombre necesitado de cariño.

José la amó esa noche en su habitación con vigor inusitado, como si con esa cabalgata de sueños y violencia pudiera compensar las humillaciones de toda una vida. La besó, la acarició y la poseyó con su cuerpo pero también con su espíritu, como si un hálito vital que desconocía pudiera emanar de su piel y envolver a la amada. Se sintió libertador pero también esclavo, pues ni las mujeres cuarteleras ni las experiencias de toda una vida lo habían clavado lánguidamente en el lecho como esa vez. Ella partió a la madrugada y José se sorprendió al escucharse a sí mismo diciéndole:

—Hasta mañana, Rosita.

Aunque cada vez más satisfecho por la toma de Lima (le gustaba la opulencia de la ciudad, disfrutaba del palacio virreinal y estaba cada vez más entusiasmado con Rosita), San Martín sabía que la

situación militar era difícil. Los castillos del Callao, a un paso de la ciudad, estaban en poder de los realistas y La Serna había ocupado con sus tropas buena parte de la sierra en su camino hacia el Cuzco. Quería retener el mando militar y político, por lo menos hasta que se asegurara el control del territorio, y pensó en sugerir a los miembros del Cabildo que lo nombraran director supremo. Conversó el tema una noche con Bernardo de Monteagudo, quien le hizo ver que el procedimiento tenía algunos riesgos:

—Es peligroso reconocerles a los regidores esa facultad —el elegante auditor de guerra se movía permanentemente de un lugar a otro del despacho—. Podrían intentar elegir a otra persona o condicionarle a usted su designación.

Aceptó el criterio de su asesor y expidió un documento en el que explicaba al pueblo que había resuelto auto designarse Protector del Perú. "Mi experiencia de diez años de revolución en Venezuela, Chile y las Provincias Unidas —argumentaba— me ha hecho conocer los males que ha ocasionado la convocación intempestiva de congresos cuando aún subsistían enemigos en aquellos países. Primero es asegurar la independencia, luego establecer la libertad sólidamente. En el momento en que el suelo del Perú sea libre, haré dimisión del mando para que los peruanos elijan su gobierno".

Como esta decisión contrariaba las instrucciones que había recibido oportunamente del Senado de Chile, se sentía en falta y le escribió a O'Higgins para justificar su conducta:

Los amigos me han obligado a encargarme de nuestro gobierno y he tenido que hacer el sacrificio, pues conozco que de no ser así

el país se envolvería en la anarquía. Hubiese faltado a mis caros deberes si hubiera abierto un campo para el combate de las opiniones y para la colisión de los partidos. El bien de mis conciudadanos me ha inducido a violar mis propios principios, porque habría preferido un retiro que nuevos deberes. Espero que mi permanencia no pasará de un año. Cuando baje de la silla del gobierno de Perú, no exigiré otra recompensa que la fraternidad con la nación chilena y la decisión de auxiliar a los demás pueblos libres.

Nombró como ministro de Estado y Relaciones Exteriores a Juan García del Río; a Monteagudo en Guerra y Marina; a Hipólito Unanue, funcionario de carrera peruano, en Hacienda, y trató de dedicarse a gobernar.

Firmó decretos para establecer que todos los hijos de esclavos que nacieren después del 28 de julio, día de la declaración de la independencia, pasaban a ser libres; y también para abolir los tributos que pagaban los indios.

En relación con los españoles, declaró que los que jurasen la independencia serían respetados en su persona y en sus bienes. "Pero los que permanezcan en el país y trabajen contra el orden ocultamente, como tengo noticias lo practican algunos —amenazaba—, experimentarán todo el rigor de las leyes y perderán sus propiedades. Yo sé cuanto pasa en lo más retirado de vuestras casas. Temblad si abusáis de mi indulgencia".

Empezó a recostarse en la confianza que tenía en Monteagudo y en la capacidad de su pluma y su oratoria. José se sentía identificado con él por las dificultades que había tenido por su cuna: nacido en Tucumán, hijo de un militar y de una mulata, en 1813 habían impugnado en Buenos Aires su diploma de asambleísta por tener sangre africana, algo que resultaba notorio por sus labios gruesos, su cutis moreno y el cabello negro y ensortijado. En Mendoza había firmado la sentencia de muerte de los hermanos Carrera y, en San Luis, durante el confuso intento de fuga de los prisioneros realistas, Bernardo había sido el impulsor de que se los fusilara. Era considerado un extremista jacobino. Rechazaba todo lo que fuera español, quería modificar los rasgos coloniales y le insistía al Protector en que debían hacerlo rápido y a cualquier costo: había que transformar la organización social, las relaciones económicas, las formas políticas y hasta la moral y las costumbres, como había intentado hacer la Revolución Francesa. Pero había estado exiliado en Inglaterra y había apreciado las bondades de la monarquía constitucional, que le parecía aplicable al Perú por su tradición nobiliaria y la elevada proporción de indios analfabetos entre su población. Solía vestir a la última moda, con chaqueta inglesa de cuello alto y pantalones que sujetaba bajo sus relucientes botas, camisa de hilo fino, chaleco de fantasía con reloj y cadena de oro, y se perfumaba con abundante agua de colonia.

* * * *

Desde Huancayo, Arenales le reprochaba a San Martín que hubiese ocupado Lima y, con ello, estuvieran en vísperas de perder la sierra,

pues él solo no podía enfrentar a las fuerzas reunidas de los generales Canterac y La Serna. ¿Qué ganará nuestro ejército con entrar a Lima a apestarse y a acabar de destruirse? ¿Qué será de los habitantes de este territorio, ya tan comprometido? ¿Qué hacemos señor —le enrostraba poco después— que no asaltamos los castillos del Callao, para que los enemigos pierdan las esperanzas de volver a él?

* * * *

Lord Cochrane, a su vez, desde su fragata, coincidía con las críticas de Arenales y agregaba quejas propias.

Al salir de Valparaíso, San Martín se había comprometido a pagar a los marinos alistados los sueldos correspondientes, en el momento en que se ocupara Lima. Había prometido también que, al lograr ese objetivo, iba a abonarles como recompensa adicional un año más de salarios, como gratificación para quienes hubieran prestado servicios hasta la rendición de la capital peruana. La escuadra de Chile, mercenaria y con mayoría de extranjeros, había partido con esta promesa. Pero he aquí que, al ocupar la ciudad de los virreyes, el general ocupante no pudo cumplir lo prometido por falta de dinerario en caja. Las tripulaciones se quejaron ante el Lord escocés y éste, el mismo día en que San Martín se autoproclamaba mandatario del país, concurrió al palacio virreinal a transmitirle estas exigencias.

—Rendida la capital, señor general, mis hombres y yo tenemos derecho a cobrar...

—Estoy tratando de reunir fondos para cumplir con la gratificación adicional, pero el tesoro peruano no puede hacerse cargo de los sueldos atrasados que Chile debe a sus marineros.

—Usted lo prometió en Valparaíso, señor general, en nombre del gobierno chileno.

—Que ahora soy el Protector del Perú?

* * * *

El pelirrojo Cochrane salió indignado y con el rostro encendido del lujoso despacho y regresó a su fragata. Desde allí le escribió a O'Higgins para denunciarle que San Martín ya no era el amigo de Chile, sino el Protector del Perú:

¿Podrá usted creer que cuando le manifesté la necesidad de pagar a los marineros para evitar un motín, me contestó que solamente pagaría si los barcos se venden al Perú; y que no devolvería un peso de los costos de la expedición, porque Chile debe a Buenos Aires una suma aun más considerable?

El almirante no entendía la negativa del Protector y estaba dispuesto a cobrar los sueldos y gratificaciones atrasadas de cualquier manera. A través de una negociación reservada, le propuso al jefe realista, defensor de los castillos del Callao, que le entregara las fortalezas y la tercera parte de los caudales allí guardados. A cambio de eso, Cochrane le ofrecía su protección y le garantizaba la extracción de las dos partes restantes del tesoro, así como también el libre paso de los hombres que quisiesen dejar el país.

El jefe de la escuadra chilena le escribió a O'Higgins y le explicó la razón de su intento:

En las murallas de los castillos del Callao hay cinco millones de pesos, de cuya suma ni el gobierno de Chile ni la marina recibirán un real, aunque los esfuerzos de ésta han impedido que se abastezca de víveres y acarrearán al fin su rendición.

Pero el propósito de acuerdo fracasó y esto acentuó el encono del almirante hacia el Protector: "Si me hubiese posesionado de las fortalezas —rezongó— le habría exigido al general San Martín el pago de nuestras retribuciones y el cumplimiento de sus promesas a los peruanos, de dejarlos libres de escoger su propio gobierno."

* * * *

José había invitado a Rosita y a otras damas (para guardar las apariencias) a una función de teatro. Estaba preocupado por la relación con sus jefes y por la situación militar, pues sus espías le habían informado que el general Canterac estaba bajando desde la sierra para intentar recuperar Lima, de modo que no prestaba demasiada atención a los artistas.

De golpe, entró su asistente al palco y le confirmó que el general realista se acercaba con tres mil hombres de artillería y caballería. La función se interrumpió y San Martín comunicó la noticia al público, lo exhortó a defender la independencia y se retiró para adoptar las medidas del caso.

Ordenó que toda la plata y el oro existentes en la Casa de la Moneda, tanto de propiedad del Estado como de particulares,

fuesen llevados a los buques mercantes anclados en Ancón, para protegerlos en caso de caída de la ciudad.

El Protector sabía que a las tropas de Canterac las esperaban no solamente las fuerzas atrincheradas en los castillos del Callao, sino también los miembros del partido realista de Lima. Para presionar a sus integrantes y contribuir a la defensa de la ciudad, tomó una serie de medidas, entre ellas el cierre de la casa de ejercicios espirituales en que se recluían anualmente las mujeres devotas de Lima.

Esta decisión provocó la protesta del arzobispo quien, constreñido a acatar la orden o abandonar la capital, optó por embarcarse rumbo a España.

Más radical había sido el obispo de Maynas, quien, al conocer la toma de Lima, descalificó a "San Martín y a sus gavillas de bandidos y bribones, traidores al rey y a Dios", y condenó a la excomunió al Protector y a quienes jurasen la independencia. El obispo de Huamanga, a su vez, por negarse a jurar la independencia, fue expulsado del país.

* * * *

Tratando de apoyar las ventajas topográficas de los alrededores de Lima, el Protector desplegó sus fuerzas (que doblaban en número a las de Canterac, pues Arenales acababa de llegar de la sierra) a través del río Surco, y las dividió en tres líneas. Además, le escribió a Cochrane para pedirle que desembarcara las tropas de la escuadra para reforzar la defensa de la capital, pero éste le contestó que sus marineros estaban "revoltosos" y que prefería quedarse a

bordo con ellos para cuidar el orden y mantener el bloqueo a los castillos del Callao. Explicaba que era importante el cuidado de la fortaleza porque en ella había dos mil españoles y cinco millones de pesos, con los cuales —lo decía claramente— él trataría de pagar a su tripulación.

San Martín trizó contra esta respuesta de Cochrane, a quien en la intimidad llamaba despectivamente el "Lord Metálico", y partió enfurecido hasta su campamento, una casa en una serranía desde la cual se divisaban las líneas de defensa y algunos movimientos del enemigo.

Poco después llegaba a caballo hasta el lugar el propio almirante, acaso para suavizar con su presencia la negativa a desembarcar sus fuerzas.

El Lord, el general Las Heras y otros oficiales pidieron a José que atacase de inmediato al enemigo, atento a la superioridad numérica y a la ansiedad de sus soldados por luchar, pero San Martín estaba impasible.

Ante la insistencia de sus camaradas, respondió secamente:

—Mis medidas ya han sido adoptadas.

Y explicó que quería posibilitar a Canterac su ingreso a la fortaleza del Callao, tratando de evitar un choque armado.

Cochrane presionó nuevamente a San Martín para que atacara, y recibió una dura contestación:

—Señor almirante: le recuerdo que sólo yo soy el responsable de la libertad del Perú. Cuando vio que las columnas españolas formaban un triángulo para dirigirse a los castillos del Callao sin atacar Lima,

José sonrió satisfecho: —Están perdidos. No tienen víveres ni para quince días. Tendrán que rendirse o ensartarse en nuestras bayonetas.

Retornó al palacio virreinal y, esa noche, volvió a hacer el amor con Rosita con toda alegría, en lecho mullido y con sábanas de Holanda con olor a alcanfor.

Capítulo XVIII

Conspiraciones por todas partes (1821—1822)

El Protector acertó con su vaticinio sobre el Callao: a los seis días de estar en la fortaleza, Canterac comprobó que no podía obtener víveres de los barcos neutrales que estaban en la bahía y optó por retirarse con sus tropas nuevamente hacia la sierra.

San Martín lo dejó ir y luego, tardíamente, envió en su persecución a una compañía, que fue batida por la retaguardia.

José prefirió presionar al comandante del Callao a que capitulara, cosa que efectivamente sucedió.

Producida la rendición y la entrega de los castillos, le escribió satisfecho a O'Higgins:

Los enemigos han sido batidos sin más que movimientos y tomar posiciones inexpugnables. Desesperados de que no me sacaban de mi posición y muertos de hambre, abandonaron la plaza del Callao y emprendieron la retirada. El Perú es ahora libre, pues el único ejército en que podían confiar nuestros enemigos está deshecho. Es incalculable lo que hemos hallado en el Callao: en artillería pasan de ochocientos los cañones de todo calibre. En conclusión, yo ya veo el término de mi vida pública y voy a tratar de entregar esta pesada carga a manos seguras y a retirarme a un rincón a vivir como hombre.

Pero la alegría del Protector duró poco: el mismo día que Canterac abandonaba el Callao, el almirante de la armada de Chile se apoderaba de los caudales en oro y plata que San Martín había enviado a los buques mercantes surtos en Ancón. Mientras en Lima se celebraba con tres días de fiesta el cambio de bandera en los castillos, José ardía de rabia contra Cochrane.

—Este escocés es un codicioso que sólo piensa en él —se descargaba ante Rosita—. Y está tratando de enfrentarme con O'Higgins.

Envió a Guido hasta Ancón con una nota personal, en la que ordenaba a Cochrane, en su carácter de Protector del Perú y general en jefe, la restitución de los bienes incautados.

Pero el almirante le respondió que tenía a su tripulación prácticamente insubordinada por la falta de pago y que, en vez de devolver esos caudales, volvería al Callao para proceder al día siguiente a abonarles sus haberes atrasados y las gratificaciones prometidas. Si un comisario de la escuadra quiere estar presente —añadía— no habrá ningún inconveniente en recibirlo.

Cada vez más furioso, José consultó con Monteagudo. El tucumano, siempre perfumado, con las manos cuidadas y un anillo de diamantes, le sugirió proponer a Cochrane una salida airosa: que el comisario del ejército se apersonase en el buque del jefe de la Armada chilena; que éste le entregase el dinero y que, a renglón seguido, el funcionario procediese a pagar a los marineros y oficiales. De este modo, argumentó moviéndose de un lado a otro,

quedaba salvado el honor del gobierno peruano y la tripulación satisfacía sus créditos.

—No comparto —contestó negativamente el pelirrojo Lord— que en esto esté en juego el honor del gobierno. La transferencia del dinero sólo servirá para renovar en mi escuadra la insubordinación, de la cual debo salvarla en virtud de mi juramento de fidelidad al gobierno de Chile. ¿Por qué —se preguntaba en forma acusatoria— habiendo dinero no se nos abonó oportunamente?

Tronando de odio contra Cochrane, San Martín le ordenó que volviera a Chile con la escuadra a su mando, en virtud "del escandaloso acto de piratería de Ancón", y además le endilgó otras acusaciones retroactivas: apoderamiento de propiedades en los llamados puertos intermedios, imposición de contribuciones indebidas, quebrantamiento del bloqueo para enriquecerse, robo de medicinas, otorgamiento de pasaportes por dinero, comunicación impropia con el enemigo y calumnias contra su jefe, el actual Protector.

* * * *

Cochrane partió hacia el norte con sus buques, pero José se indignó y preocupó aun más al no lograr que en Chile se lo declarase un proscrito. "Todos tenemos la culpa de su conducta —le escribía contemporizador O'Higgins— y la logia en la mayor parte. No conviene sacarlo fuera de la ley porque entonces, asociándose a cualquier provincia independiente, enarbolaría nueva insignia, uniría sus intereses a los comerciantes extranjeros y nos bloquearía los puertos".

En realidad, el director supremo chileno se encontraba en posición incómoda, pues la opinión pública de su país había interpretado la acción del Lord como un acto de patriotismo. "En Chile —añadía Bernardo— se ha aprobado el uso de los caudales para víveres y sueldos de los marineros. Las opiniones han avanzado más allá de la moderación y es conveniente obrar con disimulo".

El Protector trataba de seguir su labor de gobierno de acuerdo con el espíritu liberal: eliminó los castigos de azotes y la ejecución en la horca y estableció una visita anual de los funcionarios a las cárceles. Realizó personalmente una inspección de la prisión de la ciudad, donde escuchó las quejas de los reclusos. Asistió a la inauguración de la Biblioteca Pública, que fundó con el aporte de muchos de sus libros, que lo acompañaban desde España. Buen amante del teatro, decretó que "el arte escénico no irroga infamia al que lo profesa" y que los ' cómicos podían optar a los empleos públicos y ser vistos con consideración por la sociedad.

Pero la actitud de Cochrane lo tenía muy afectado y empezó a tener nuevos ataques de reumatismo. Después de la capitulación del Callao, se había posesionado de una vivienda en Jesús María (confiscada a la esposa de un general realista) y de la casa de campo que el virrey Pezuela había construido en La Magdalena, un pequeño pueblo de veraneo, a doce kilómetros de Lima, en un sitio pleno de árboles y vecino al mar.

Frente a la plazuela de esta villa, pródiga en higueras de Indias, y en diagonal a la iglesia churrigueresca con mucho oro y tallados, la quinta tenía al frente y al fondo dos grandes galerías con pilares

circulares, a las que se accedía por una doble escalera. Los pisos eran de baldosones, los techos de madera con claraboyas y las gruesas paredes de adobe de las dos salas habían sido decoradas con motivos clásicos. En algunos de los muros divisorios de las habitaciones laterales se habían hecho aberturas para colocar lámparas. Desde un elevado mirador de tablas podía verse el mar y la finca había sido bautizada como el "palacio".

Desde la galería del fondo se descendía al jardín, un paraíso tropical con pacaes, enredaderas, plátanos, cidros, membrillos, guayabos y un pozo de agua con brocal, donde el murmullo de las palomas y el piar de los pájaros alegraba las mañanas de José, quien empezó a aficionarse a la bella residencia, en la que se sentía aliviado de sus dolores.

Rodeada de huertas con viñas y palomares, la propiedad tenía una calesa con mula y guarnición y se distinguía en esa pequeña localidad cuyas acequias brindaban la posibilidad del verdor en medio del desierto. Las fechas de las lluvias y las "cargas" del Rimac (el río "sonoro") y sus derivados eran muy importantes, hasta el punto que se vinculaban con las fiestas de los santos:

De San Francisco el cordón abre los diques del cielo.

Y San José, aunque llorón, pone en cerrarlos su anhelo.

San Martín se sonreía ante estas creencias, pero lo cierto es que en esa bella geografía y en la acogedora quinta se olvidaba de su reuma y pasaba casi todos los días hábiles en compañía de Rosita. Uno de los ministros venía diariamente a traerle la firma del despacho y, los

sábados, José y su amiga, ella vestida de fiesta con zapatos de seda, y él con su nuevo e imponente uniforme de gala con nutridas palmas de oro, partían en su carroza, seguidos por una guardia de honor, hacia el centro de la ciudad, donde asistían a los bailes o saraos.

Algunos domingos permanecían en la finca, donde el Protector retribuía a la gente importante de Lima con almuerzos con platos franceses pero también con picantes, cebiches, tamales criollos y ambrosías, seguidos por corridas de toros celebradas en la avenida adyacente.

En imitación de Napoleón Bonaparte, que había opacado a la antigua nobleza de toga de Francia creando una nueva elite nobiliaria basada en los méritos militares, dispuso la creación de la Orden del Sol para quienes contribuyesen a consolidar la independencia del Perú, en los grados de fundadores, beneméritos y asociados, con trato de excelencia, señoría y honorable, todos con sueldos del Estado.

Esto provocó contrariedad en los patriotas republicanos, que consideraban incompatible con la democracia a una institución hereditaria que contribuía a mantener el parasitismo. Por su parte, los presuntuosos nobles de Castilla —a quienes San Martín había expedido nuevos títulos de condes y marqueses con su firma— rechazaron la Orden por entender que se intentaba formar una nueva aristocracia de advenedizos.

Cada uno desde su ángulo, estos sectores veían con preocupación que el Protector intentaba perpetuarse en el mando a través del

establecimiento de un régimen monárquico y, posiblemente, con él mismo como regente o emperador. El hecho de que en el palacio virreinal se hubiera sustituido el retrato bajo dosel de Fernando VII por el suyo (privilegio exclusivo de la casa reinante) y que también en el Cabildo, la Universidad y las restantes corporaciones luciera su efigie, alentaba estas suspicacias.

Una canción popular que empezó a circular, titulada *La Palomita*, parecía apoyar estas supuestas aspiraciones de San Martín, dado que de alguna manera lo equiparaba al antiguo monarca de los indígenas:

*Palomita, hermosa de todo mi amor,
hagamos memoria del Inca Señor.
Vuela, vuela alegre aplaudiendo al fin,
y dale las gracias a mi San Martín.*

En la plaza de los Desamparados un músico cantaba un yaraví del mismo espíritu, mientras algunos comedidos —entre ellos dos frailes— recolectaban firmas a favor de la instalación de un imperio y la coronación de José.

Aunque el ministro Monteagudo desmentía estas manifestaciones y decía perseguir a quienes propalaban las especies, las murmuraciones decían que en realidad estos artistas estaban financiados y alentados desde palacio.

Lo cierto era que el Protector aceptaba de buen grado los homenajes a su persona. En la Universidad de San Marcos se lo recibió en forma solemne y el procurador de la casa de estudios y notario

mayor del Arzobispado proclamó, con gran pompa, que las generaciones futuras debían tributar al héroe y Libertador admiración, gratitud y ternura. Y durante una fiesta taurina en la plaza de Acho, a la que asistió con Rosita, un poeta popular, en presencia de representantes de las corporaciones y del público llano, le renovaba sus glorias:

*La ventura mayor que Lima goza,
¿quién podrá describirla en este día?
Ni el plácido contento en que rebosa
¿cómo podrá expresarlo la voz mía?,
al ver que todo el orbe se alborozaba,
porque torna a poseer lo que perdía,
cuál es su independencia, por la mano,
de un digno Protector americano.*

El propio San Martín, personalmente, había elegido y consagrado un Himno Nacional que, en sus primeras estrofas, mencionaba su apellido:

*Ya el estruendo de broncas cadenas que escuchamos tres siglos
de horror, de los libres, al grito sagrado que oyó atónito, el mundo
cesó.
Por doquier San Martín inflamado libertad, libertad, pronunció, y
meciendo su base los Andes la enunciaron también a una voz.*

Los oficiales superiores del ejército libertador, a su vez, estaban descontentos con su jefe. Le reprochaban que no hubiera luchado

con Canterac y que lo hubiese dejado reunirse nuevamente con La Serna en la sierra. El virrey se había hecho fuerte en el Cuzco, mientras el primero se había rearmado en el valle de Jauja. Actuando en combinación, desde allí controlaban la zona montañosa, los puertos intermedios y el sur del territorio hasta el Alto Perú, mientras los patriotas dominaban el norte, Lima y una parte del centro.

Pensaban que San Martín había perdido su capacidad de mando y se había dedicado a disfrutar de los placeres del poder y a enriquecerse, y se quejaban de que, por su indolencia, una guerra casi ganada había vuelto a equilibrarse.

Antes de partir, Lord Cochrane había contribuido a echar leña al fuego, pues más de una vez había comentado en los salones:

—San Martín vive inactivo, sahumándose vanidosamente con el incienso del Protectorado...

Un complot de sus propios oficiales empezó a gestarse contra el Protector, para deponerlo. Una tarde, el jefe del batallón Numancia denunció la conspiración a San Martín, quien; no se sorprendió demasiado pues olfateaba el movimiento, pero de todos modos tuvo un gran disgusto. Empezó a temer por su vida y varias noches fue a dormir al batallón chileno N° 4, en el cuarto del comandante, para evitar un atentado.

Convocó a una junta de oficiales y planteó allí el tema de la conjura, en presencia del propio denunciante. Todos los acusados negaron su participación y, en definitiva, el Protector dispuso que el jefe del

Numancia marchara para Guayaquil, pues su permanencia en el ejército se hacía muy difícil.

A pesar de esta decisión, José quedó convencido de que el complot había existido y que, por lo tanto, no podía confiar en ninguno de sus jefes superiores.

Para conquistarlos nuevamente, o por lo menos para neutralizarlos, pidió al Cabildo que se le permitiera repartir quinientos mil pesos (provenientes de confiscaciones a los españoles) entre veinte de sus oficiales. El reparto no se hizo en numerario sino en fincas y adicionalmente entregó en propiedad al director supremo de Chile, en calidad de obsequio, las haciendas de Montalván y Cuiba, ubicadas en el valle de Cañete, que habían sido confiscadas al heredero del fiscal de la Audiencia de Lima y cuyo valor ascendía a más de medio millón de pesos.

Como el reparto de los inmuebles entre los oficiales se había hecho por valores iguales, los veteranos y los de graduación superior, como Las Heras y Necochea, se sintieron desairados y mal tratados por esa injusta nivelación que no respetaba las jerarquías. Por ello, y como colofón de su disidencia y decepción, decidieron volver a Chile y se despidieron fríamente de su general.

"No me acusa la conciencia haberles faltado en lo más mínimo —le escribió José a O'Higgins—, y sin embargo estos antiguos jefes se van disgustados. Paciencia".

* * * *

El Protector sintió los golpes que le venían desde su propio frente y decidió iniciar una nueva negociación para terminar la guerra.

Desde Bogotá, Simón Bolívar le había escrito comentándole que, en México, Agustín Iturbide y el nuevo virrey habían firmado un acuerdo aceptando el Plan de Iguala, de tal modo que se reconocía la independencia y se ofrecía a Fernando VII u otro príncipe español ser el emperador del reino. A Bolívar esta solución no le gustaba, pues temía que Fernando VII pudiese tener idénticas pretensiones sobre los demás gobiernos libres de América y exhortaba a San Martín a "terminar la expulsión de los españoles de todo el continente, estrecharnos y garantírnos mutuamente para arrostrar los nuevos enemigos y los nuevos métodos que pueden emplear".

Sin embargo, a José le había atraído sobremanera el acuerdo de México y, oportunamente, había tratado en Punchauca de lograr algo parecido y constituirse, como Iturbide, en un factor de poder y, eventualmente, en regente o emperador.

Por ello, al contrario de lo solicitado por el libertador de Colombia, intentó un nuevo arreglo con La Serna pero fue rechazado. Ante ello decidió "puentear" al virrey y envió un emisario ante Canterac para que, mencionando la situación de México, le ofreciera un armisticio, sobre la base del reconocimiento de la independencia.

Hacia el fin de año, al cabo de seis meses de ocupar Lima, se ilusionó con una respuesta favorable y le escribió a O'Higgins:

Espero los resultados de una negociación secreta que he entablado con Canterac. Si ella se verifica, la guerra del Perú estará concluida. Algún dinero costará, pero todo se puede dar por bien empleado por dar la paz a estos pueblos.

Canterac, leal a su superior, le contestó que no estaba autorizado por el virrey La Serna para realizar un tratado. Y que teniendo en cuenta la desunión que existía en Lima; la horrorosa anarquía en las provincias del Río de la Plata que después de tantos años no podían consolidar un gobierno, con Santa Fe presa de los bárbaros y Tucumán ocupada por Bernabé Aráoz; y con las tropas realistas ocupando las cuatro quintas partes del Perú, estaba convencido de que España sofocaría la revolución en América.

Indignado y frustrado con la respuesta, José resolvió actuar duramente con los españoles que permanecían en Lima: expulsó a quienes no hubiesen solicitado la ciudadanía, con pérdida de la mitad de sus bienes a favor del Estado peruano. Unos quinientos peninsulares, muchos de ellos con esposas e hijos peruanos, salieron del territorio entre los lamentos de sus familiares y las sordas protestas de muchos sectores independientes que no aprobaban las medidas jacobinas ni las exacciones. También dispuso enviar una expedición punitiva a la sierra, la que puso al mando de dos jefes peruanos, pues no confiaba ya en los oficiales del ejército libertador. En realidad, tampoco tenía fe en los militares nativos que se habían pasado a sus fuerzas al ver que la situación de Lima se había decidido, pero no encontraba otra alternativa.

San Martín había dictado un Estatuto Provisorio, mediante el cual se creaba un Consejo de Estado, compuesto de doce miembros, entre ellos cuatro nobles de Castilla con sus títulos reexpedidos por el propio Protector. Al advertir que la situación militar no se resolvía, que la oposición interna aumentaba y creyendo que era

necesario lograr un "gobierno vigoroso", José sugirió al Consejo que se enviasen secretamente dos representantes ante las cortes europeas, a los efectos de promover el reconocimiento de la independencia del Perú y lograr la alianza y la protección de una potencia de primer orden, preferentemente Inglaterra.

Juan García del Río y Diego Paroissien fueron elegidos para esa misión confidencial, a cuyo efecto se los autorizó a aceptar que el príncipe de Saxo Coburgo, o en su defecto un miembro de la dinastía reinante en Gran Bretaña, se corona de emperador del Perú. Para el caso de que se presentasen obstáculos insuperables, debían dirigirse al emperador de Rusia y, en su defecto, ante las cortes de Francia o Portugal, pudiendo aceptar en última instancia al español duque de Luca.

Los enviados debían pasar previamente por Santiago de Chile y Buenos Aires. Desde su residencia de La Magdalena, donde se encontraba en cama por los dolores reumáticos y la preocupación sobre la situación, José le escribió a O'Higgins reservadamente para sugerirle que adhiriera a la embajada:

He resuelto mandar a García del Río y Paroissien a Inglaterra a negociar no sólo el reconocimiento de la independencia de este país, sino también a dejar puestas las bases del gobierno futuro que debe regir. A su paso por esa ciudad instruirán a usted verbalmente de mis deseos. Si ellos convienen con los de usted y los intereses de Chile, podrían ir dos diputados por ese Estado que, unidos a los de éste, harían mucho mayor peso en la balanza política e influirían, mucho más. Estoy persuadido de

que mis amigos serán de la aprobación de usted, porque creo estará usted convencido de la imposibilidad de erigir estos países en repúblicas. Al fin, yo no deseo otra cosa que el gobierno que se forme sea análogo a las circunstancias del día, evitando por este medio los horrores de la anarquía. ¡Con cuánto placer veré, en el rincón en que pienso meterme, constituida a la América bajo una base sólida y estable!

Resolvió otorgar una condecoración a las damas que se hubiesen destacado por el apoyo al movimiento emancipador. Ciento doce mujeres, entre ellas varias que ostentaban antiguos títulos de nobleza como la marquesa de Torre Tagle, o las condesas de la Vega y la de San Isidro, desfilaron por las calles de Lima y se dirigieron luego al palacio virreinal, donde el Protector les puso elegantemente en su pecho la dorada insignia que las distinguía. Entre las homenajeadas estaban Rosa Campusano y su amiga Manuela Sáenz, una co provinciana del Ecuador, hija natural como ella, que había tenido una juventud turbulenta en Quito y ahora estaba casada con un comerciante inglés.

La inclusión de Rosita, quien era llamada privadamente la "Protectora", provocó críticas entre la cerrada aristocracia limeña.

* * * *

Convocó a un Congreso General Constituyente para establecer la forma definitiva de gobierno y, mientras esperaba los resultados de la expedición a la sierra, se dispuso a viajar a Guayaquil para entrevistarse con Bolívar, ya que intuía que no iba a poder derrotar

definitivamente a los españoles sin su colaboración. José le había enviado como apoyo unos mil hombres para que se pusieran a su disposición en Quito, de modo que esperaba reciprocidad del jefe venezolano.

Transmitió el mando al marqués de Torre Tagle y partió en la goleta *Moctezuma*, pero al llegar al puerto de Paita se enteró de que las cosas de Bolívar se habían complicado, pues al intentar embarcar en Buenaventura con dos batallones supo que unas fragatas españolas se movían en esas aguas y debió atender a la defensa de la zona de Pasto.

Regresó a Lima, pero no reasumió el mando, sino que se instaló en la Magdalena. Estaba contento de estar nuevamente con Rosita, pero el intenso calor del verano y la preocupación por el fracaso en terminar la guerra lo agobiaban.

Se encontró con una carta de García del Río desde Chile, quien le informaba que las cosas no habían marchado bien en Santiago:

Los chismes y los cuentos han abundado aquí respecto de nosotros, esparcidos principalmente por los oficiales que han venido descontentos. Los ánimos están irritados contra usted y se recibió con regocijo lo ejecutado por Cochrane en Ancón.

En cuanto a nuestra misión, O'Higgins nos dijo que en Chile no hay formada opinión sobre el sistema de gobierno, por lo cual era mejor dejar continuar las cosas en su estado actual. Entendiendo que su motivo es el de retener el mando, nos abstuvimos de insistir y acordamos mantener el encuentro dentro de la confidencialidad.

Quiso contemplar el estandarte que había usado Francisco Pizarro durante la conquista del Perú por España y, después de tenerlo unos días, lo presentó al Ayuntamiento para que certificara su autenticidad. El Cabildo confirmó que se trataba del verdadero pendón y resolvió entregárselo al Protector, para que lo conservara en su poder.

La oposición, cada vez más activa, comentó que el mandatario había presionado, sin ninguna delicadeza, a los regidores y a los alcaldes para apoderarse impropiamente del estandarte.

* * * *

Desde la sierra recibió malas noticias: el ejército que había mandado para enfrentar a los realistas había sido vencido por las fuerzas españolas en el sur, en las proximidades de Ica.

Para colmo, los peninsulares se habían incautado de una carta que San Martín había enviado a uno de los jefes peruanos instándolo a recoger fondos entre los españoles, y la habían publicado con fines de propaganda para mostrar su crueldad:

En respuesta a su pedido de recursos, debo decirle que más fácil le será a Usted obtenerlos allí por medio de contribuciones, embargos y otros ramos. Recuerde que los pueblos sólo son obedientes cuando son pobres y es necesario que desaparezcan los grandes propietarios, los cuales siempre son enemigos de toda mutación para no perder lo que tienen. Con causas secretas, confiscación de bienes y destierros, con la mayor apariencia de justicia que sea posible, hallará usted cuanto pueda necesitar

para tener contentas a esas tropas. Todo sospechoso contra nuestra causa debe quedar en la mendicidad. Y nuestros partidarios están también obligados a sostener el peso de la guerra. Por lo mismo no les debe ser extraña ninguna exacción que cubra nuestros gastos y pague nuestras molestias, pues no será justo que quedemos pidiendo limosna o mendigando el sustento en países extranjeros, si tenemos la desgracia de que esto tenga un término fatal.

Decidió reasumir el mando militar e intentar una nueva iniciativa: enviar una nueva expedición a la sierra, combinada con otra a los puertos intermedios. Para ello necesitaba contar con apoyos desde Chile a los puertos; y desde las Provincias Unidas hacia el Alto Perú, para distraer a las fuerzas realistas.

Se ilusionó con que podía contar con estas colaboraciones y envió un emisario a Santiago y otro a las Provincias Unidas.

O'Higgins seguía respaldando en Chile a su amigo San Martín, pero su margen de maniobra había mermado. En parte por sus propias dificultades políticas y en parte por el desprestigio del Protector peruano, luego de su enfrentamiento con Cochrane.

El delegado ante las Provincias Unidas, el comandante Antonio Gutiérrez de la Fuente, encontró muy buena disposición en los gobernadores de Mendoza, San Juan y Córdoba, pero éstos carecían de dinero para montar las tropas requeridas. Al llegar a Buenos Aires, el gobernador Martín Rodríguez le dijo que hablase con el ministro Bernardino Rivadavia, quien, luego de consultar el tema a

la junta representativa (en la cual la mayoría de los miembros se expresó duramente contra San Martín), le expresó que la provincia prefería lograr la terminación de la guerra mediante negociaciones antes que seguir alimentando los choques armados. En realidad, los gobernantes porteños no le perdonaban al general que en su momento los hubiese abandonado con su ejército, dejándolos en un clima de anarquía del cual todavía no habían logrado salir.

Enterado en Lima de este fracaso, José se sintió aislado y desolado. Había ofrecido pagar con fondos peruanos los gastos en que se incurriese para lograr la liberación de la América del Sur, pero aun así no se lo apoyaba por antiguos y mezquinos rencores.

* * * *

Su único y último recurso era conseguir el respaldo de Simón Bolívar, quien con su victoria de Pichincha había logrado la capitulación de los realistas, había ocupado Quito y se encontraba dueño de la zona norte de Sudamérica. Se ilusionó al considerar que acababa de firmarse un tratado de "unión y confederación" en la paz y en la guerra entre Perú y Colombia, para sostener su independencia de la nación española.

Si antes del tratado le envié un apoyo de 1.300 hombres –pensaba San Martín—, con más razón ahora no podrá negarme un respaldo de tropas y pertrechos.

* * * *

Cuando recibió una comunicación de Bolívar en la que le manifestaba que el ejército de Colombia estaba dispuesto a marchar adonde lo llamaran sus hermanos del sur, recuperó el optimismo y

sintió que sus problemas empezaban a solucionarse. Le escribió a O'Higgins para manifestarle su alegría y sugerirle un nuevo curso de acción, en el que la audacia se mezclaba con el interés:

Este golpe feliz ha hecho tomar un nuevo aspecto a la guerra de este país. Sin embargo, como las posiciones de la sierra, que ocupa el enemigo las puede disputar palmo a palmo y por otra parte la terquedad de los españoles es bien conocida, creo que el modo de negociar la paz con ellos es llevarles la guerra a la misma España. Por, lo tanto, estoy resuelto a que las fragatas Prueba y Venganza y la goleta Macedonia salgan a principios de agosto con destino a Europa a arruinar del todo el comercio español. Creo que sería muy del caso, tanto por el honor de Chile como por, el interés general, que si V. puede unir a estas fuerzas algunas de ese lado la expedición tendría los mejores resultados. Las ventajas de esta empresa no se le pueden ocultar, pues sus resultados necesariamente deben ser felices y de gran utilidad para pasar el resto de los días que nos queden sin tener que mendigar.

Capítulo XIX

E1 recurso de Guayaquil

(1822)

Hacía frío ya en Lima cuando el Protector partió para el Callao para embarcarse en la goleta Macedonia, junto con sus ayudantes de campo y una escolta de veinticinco húsares. A medida que navegaban hacia el norte, la temperatura subía y José trataba de pensar serenamente sobre su presente y su futuro.

El buque entró en las aguas del Guayas y el clima se manifestó claramente templado y la vegetación tropical, pues estaban a sólo dos grados del ecuador: el río reflejaba colores púrpuras y dorados, mientras el follaje de las orillas desbordaba enormes ramas verdes, animadas por las figuras y los cantos de profusas aves, entre las que se destacaban pintorescos papagayos y ceñudos tucanes.

Al arribar a la isla de Puná, el navío fue saludado con las salvas de ordenanza por el capitán de la escuadra peruana que se encontraba allí, quien subió a bordo para saludarlo, contarle las últimas novedades de Guayaquil y entregarle una carta de Bolívar.

En Guayaquil existían desde hacía un tiempo dos partidos: uno que buscaba la protección del Perú, y otro que procuraba la anexión a Colombia. Los primeros eran afectos a San Martín y los segundos, lógicamente, a Bolívar.

Pero el venezolano había entrado súbitamente con sus tropas a la ciudad y, desplazando a la junta de gobierno pro peruana, se había encargado del mando político y militar y había sido aclamado por la

población. Por este golpe de mano, realizado con "el hechizo y la sorpresa", Guayaquil formaba ya, de hecho, parte de la Gran Colombia que Simón intentaba redondear.

Quizá para suavizarle este mal trago, la carta de Bolívar era extremadamente cordial:

Es con suma satisfacción, dilectísimo amigo y señor, que doy a usted el título que mucho tiempo ha en mi corazón le ha consagrado. Amigo le llamo a usted, y este nombre será, el que debe guardarnos por la vida, porque la amistad es el único vínculo que corresponde a hermanos de armas, de empresas y de opinión.

Espero que no dejará usted burlada, el ansia que tengo e estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria.

¿Cómo es posible que usted venga de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer y, si es posible, tocar? Yo lo espero y también iré a encontrarle donde quiera que usted tenga la bondad de esperarme, pero sin, desistir de que usted nos honre en esta ciudad. Pocas horas, como usted dice, son bastantes para tratar entre militares, pero no alcanzarán para satisfacer la pasión de la amistad de conocer al objeto que se amaba sólo por la opinión, sólo por la fama.

A San Martín le cayó mal la actitud de Bolívar, que juzgó apresurada y algo prepotente, y hasta dudó si continuar su viaje o

regresar a Lima. Pero como su principal objetivo era lograr un apoyo en armas, decidió deponer su orgullo, ignorar el gesto de poderío y seguir.

Al mediodía del soleado viernes 26 de julio de 1822, arribaba al muelle de Guayaquil. Dos ayudantes de Simón subieron a saludarlo a bordo y lo acompañaron a desembarcar. El puerto estaba frente al edificio de la gobernación, en cuya vereda, rodeada de palmeras, se le rindieron honores militares. Desde allí caminó cuatro cuadras por el malecón acompañado por su comitiva y un batallón de infantería, hasta llegar a la casa de dos pisos que se le había destinado, en cuya puerta lo esperaba Bolívar, con uniforme de gala, sombrero con franja de oro y plumas, botas altas con espuelas y rodeado por su estado mayor.

El venezolano se adelantó unos pasos, le extendió la diestra y dijo: —Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado general San Martín...

El Protector respondió al cumplido y luego ambos, seguidos por los séquitos, subieron la escalera y se dirigieron a un amplio salón preparado ya para la reunión, donde se presentaron recíprocamente a los colaboradores. Los representantes de las corporaciones saludaron al visitante y luego se presentó un grupo de damas, una de las cuales, que no tenía más de diecisiete años, lo agasajó con breves palabras y se adelantó y le colocó una corona esmaltada de laureles en la frente.

José se la quitó y, con expresión amable, expresó que él no merecía semejante acto de distinción, pues había otras personas con más

mérito, pero que lo aceptaba por las manos de quien venía y por el patriotismo que inspiraba el gesto.

Terminada la parte protocolar, los asistentes se retiraron y los dos generales quedaron solos en la sala, para conferenciar.

—Supongo que usted estará muy sofocado por todas estas "pellejerías" de la revolución y de Guayaquil —arrancó el Protector, como para iniciar la charla.

El Libertador se sorprendió por la vulgaridad de este término y recordó que muchas veces le habían dicho que San Martín era un soldado ordinario, cuyas victorias habían sido casuales.

Entraron a conversar sobre la situación y José le confesó que necesitaba un fuerte respaldo de hombres y pertrechos para decidir la suerte de las armas.

—Lograda esta victoria militar —añadió, como para darle un alivio a su colega y rival,— me retiraré del mando sin esperar a la finalización de la guerra.

Simón le respondió que podía contar con mil ochocientos colombianos que él le enviaría, más la devolución de los mil trescientos soldados que le habían ayudado en Pichincha.

—Como verá —agregó con cierta petulancia— el Perú tendrá más de tres mil hombres de refuerzo...

El misionero advirtió que ese número le era insuficiente y resolvió jugar una carta más: invitó al venezolano a entrar al Perú al frente de sus ejércitos. —Yo actuaré personalmente —quiso tentarlo— a sus órdenes directas.

—General —lo interrumpió Bolívar—, mi delicadeza no me permitiría jamás perturbar el comando de un jefe como usted. Y además el Congreso de mi país no me permitiría abandonar nuestro territorio.

San Martín se dio cuenta con dolor de que las últimas esperanzas de resolver su estado de impotencia se le esfumaban de las manos. Se sintió abandonado y le costaba asumir que no iba a tener el apoyo militar que necesitaba para definir la situación del Perú. Quiso disipar su sentimiento de desolación y notó que Bolívar, bajo de estatura, no miraba fijo a los ojos. Le pareció que, tal como le habían comentado, era astuto, vanidoso y superficial.

Conversaron sobre algunas otras generalidades, pero José no podía mantener la atención sobre los temas, pues sólo pensaba en su situación crítica, casi ya sin salida.

Fue un alivio terminar la reunión. Se despidieron con un abrazo y el venezolano partió a su residencia en medio del calor de la siesta.

José prefirió no almorzar y se quedó solo en su habitación, para pensar en el momento que vivía y analizar sus futuros pasos. Durmió una pequeña siesta y soñó que algunos jefes realistas, con uniformes vistosos y rostros pálidos y extraños, se reían de él y le decían que era un cholo que no sabía adónde ir.

Se despertó algo sobresaltado, pero ahora la realidad le parecía mucho más soportable. Reunió a su estado mayor y, poniendo su mejor cara, caminó con sus hombres las cinco cuadras que lo separaban del edificio de la aduana, donde estaba instalado el venezolano, para retribuirle su visita.

Volvieron a entrevistarse a solas y, al hablar de las formas de gobierno, el Protector manifestó que antes de retirarse dejaría bien organizado ese tema: explicó que en el Perú el sistema no podía ser democrático y que era necesario traer un príncipe de Europa.

—Ni a la América ni a Colombia le conviene traer príncipes extranjeros —sentenció el venezolano tajantemente. Y explicó:

—Son elementos ajenos a nuestra masa. Preferiría que Iturbide se coronase en México, antes de que vengan Borbones, austríacos u otra dinastía europea.

Bolívar pensaba que tanto Iturbide como San Martín querían establecer una monarquía europea, con el objetivo último de que luego ocupara el trono quien tuviera más popularidad, o más fuerzas para disponer. José le adivinó el pensamiento y se apresuró a expresarle que él no quería coronarse, pues estaba cansado del gobierno y el partido republicano del Perú, integrado por abogados, lo acosaba permanentemente. Mi deseo —agregó— es retirarme a Mendoza.

Simón manifestó que le habían denunciado que O'Higgins estaba actuando en Chile como un dictador atrabiliario.

—El general O'Higgins —lo interrumpió José— es un hombre liberal, prudente y tenaz en sus designios, con quien comparto principios y le profeso amistad.

Conversaron un rato más y ambos ratificaron que era imperioso acentuar el pacto de federación entre Colombia y Perú. Bolívar se mostraba cada vez más obsequioso y San Martín le retribuía diciéndole que tanto él, por su constancia en las adversidades y por

la importancia de sus triunfos, como Colombia, podían contar con su admiración y amistad.

La despedida, de nuevo, se hizo con un abrazo. José cenó en su residencia y, después de los postres, concurrieron algunas personas a saludarlo. Entre ellas estaba una joven viuda de 20 años, de singular belleza, llamada Carmen Mirón y Alayón, cuyo padre era oriundo de la isla de León, en Cádiz. El Protector estaba desalentado por el menguado apoyo militar que había recibido, pero se animó con la presencia de la atrayente señora, con quien hizo algunos brindis y cambió unas frases galantes. Al despedirse, ella le dijo que le sería muy grato recibirlo en su casa a la mañana siguiente.

Concurrió temprano a la cita en el barrio del Astillero, cuyas casas le recordaron precisamente a Cádiz. Pasó con Carmen varias horas de cálido esparcimiento, que le sirvieron para evadirse de la realidad en que se encontraba. Al mediodía volvió a almorzar en su morada y, después del café, recuperó su aire reconcentrado y les dijo a los miembros de su comitiva que tuvieran preparadas las maletas.

Fue de nuevo hasta la casa de la aduana a reunirse con Bolívar. Intercambiaron cortesías y nuevas promesas de amistad y, a las cinco, pasaron al comedor, donde el caudillo de la Gran Colombia ofreció una magnífica cena para cincuenta personas. Al llegar los brindis, Simón levantó su copa, estiró su pecho y dijo:

—Por los dos hombres más grandes de la América del Sur, el general San Martín y yo. José levantó la suya y retribuyó:

—Por la pronta terminación de la guerra, por la organización de las nuevas repúblicas del continente y por la salud del Libertador.

El ayuntamiento ofreció a la noche un baile y el venezolano se entregó a los vales con entusiasmo y despreocupación.

El misionero, en cambio, estaba abstraído y serio y no quiso danzar.

Pasada la medianoche, les indicó a sus edecanes que debían partir:

—No aguanto más este bullicio —explicó.

Se despidieron de Bolívar y partieron por una escalera reservada, acompañados por un asistente de éste, para no alterar el desarrollo de la fiesta.

Caminaron hasta el muelle en silencio, mientras la música y la alegría del baile quedaban atrás. Un bote los llevó hasta la *Macedonia*, que levó anclas de inmediato.

* * * *

Navegaron hacia el sur y hacia el frío. José estaba muy pensativo y, después de un almuerzo, les comentó a sus edecanes:

—Bolívar nos ganó de mano en este asunto de la toma de Guayaquil.

Al arribar al Callao, el director del puerto subió a bordo y le informó al Protector que, en su ausencia, un grupo de vecinos importantes había exigido al marqués de Torre Tagle la renuncia del ministro Monteagudo. Aquél había aceptado la imposición de los conspiradores y el tucumano había sido depuesto, detenido y enviado al exilio.

San Martín quedó demudado por el modo en que habían tocado a su colaborador. Tomó su carroza y, mientras marchaba hacia la Magdalena, meditaba sobre lo que este nuevo golpe significaba. A Bernardo se lo acusaba de haber expoliado a los españoles y el

propio ministro depuesto se jactaba de que, de los doce mil peninsulares que había en Lima a la entrada del ejército libertador, al cabo de un año quedaban menos de mil. Por otro lado, el fuerte sector republicano (motor de la protesta) se consideraba ahora defraudado y le enrostraba su postura claramente monárquica.

En su fuero íntimo, José entendió con toda claridad que el ataque contra Monteagudo estaba dirigido en realidad contra él mismo. Y al pensar que los jefes de su ejército no habían defendido a su hombre, le dolía llegar a la conclusión de que sus límites se agostaban por todas partes.

Llegó de pésimo humor a su finca y allí conversó con Tomás Guido, quien le comentó que la opinión limeña había tomado muy mal la anexión de Guayaquil a Colombia y se lo acusaba a San Martín de cobardía, por haberla consentido e incluso avalarla con su visita a la ciudad. Rudecindo Alvarado, a su vez, le confirmó sus temores: los oficiales y las tropas estaban disconformes y levantiscos. Se durmió atribulado por tantas contrariedades, que venían a sumarse a las que ya tenía. Se despertó temprano y, al momento de tomar su opio, tenía ya resuelta la medida de retomar el mando político y, a la vez, apresurar su retiro.

Quiso levantar los ánimos de la población patriota y dictó a su escribiente una proclama:

El 26 de julio pasado, en que tuve la satisfacción de abrazar al héroe del sur, fue uno de los días más felices de mi vida. El Libertador de Colombia no sólo auxilia a este estado con tres de sus bravos batallones que, unidos a la valiente división del

Perú, al mando del general Santa Cruz vienen a terminar la guerra de la América, sino también remite con el mismo objeto un considerable armamento. Tributemos todos un reconocimiento eterno al inmortal Bolívar

Le escribió a su amigo O'Higgins para contarle su decisión:

Va a llegar la época por la que tanto he suspirado. El 15 o el 16 del entrante voy a instalar el Congreso. El siguiente día me embarcaré para gozar de la tranquilidad que tanto necesito; es regular pase a Buenos Aires a ver a mi chiquilla. Si me dejan vivir en el campo con quietud permaneceré; si no me marcharé a la Banda Oriental. Se ha reforzado el ejército con cuatro batallones y tres escuadrones; tres de los primeros son de Colombia: el total del ejército se compone en el día de más de once mil veteranos.

El éxito de la campaña que al mando de Rudecindo y Arenales se va a emprender, no deja la menor duda. Usted me reconvendrá por no concluir la obra empezada; usted tiene mucha razón, pero más tengo yo. Créa.rne, amigo mío, ya estoy cansado de que me llamen tirano, que en todas partes quiero ser rey, emperador y hasta demonio. Por otra parte, mi salud está muy deteriorada; el temperamento de este país me lleva a la tumba. En fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles; mi edad media al de mi patria; creo que tengo derecho de disponer de mi vejez.

También quiso precisar su posición frente a Bolívar y le envió una misiva:

Querido general:

Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente yo estoy íntimamente convencido de que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando o de que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme y que aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro de que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la República, permítame, general, le diga no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy muy persuadido de que la menor manifestación suya al Congreso sería acogida con unánime aprobación cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados con la cooperación de usted y la del ejército de su mando; y que el alto honor de ponerle término refluirá tanto sobre usted como sobre la república que preside.

No se haga ilusiones, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas. Ellas montan en el Alto y Bajo Perú, a más de diecinueve mil veteranos que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota diezmado por las enfermedades no podrá poner en línea de batalla sino ocho mil quinientos hombres y de éstos una gran parte reclutas. Por

consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por Puertos Intermedios no podrá, conseguir las ventajas que debía esperarse, si fuerzas poderosas no llamasen la atención del enemigo por otra parte y así la lucha se prolongará por tiempo indefinido. Digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido de que, sean cuales fueren las vicisitudes de la, presente guerra, la independencia de la América, es irrevocable; pero también lo estoy de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos evitar la, continuación de tamaños males.

En fin, general; mi partido está irrevocablemente tomado. Para el veinte del mes entrante he convocado el primer Congreso del Perú y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chale, convencido de que mi presencia es sólo el obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiese sido el colino de la felicidad terminar la guerra, de la independencia bajo las órdenes de un general a. quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse.

Nada diré a usted sobre la reunión de Guayaquil a la república de Colombia. Permítame, general, que le diga que creí que no era a nosotros a quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluida la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos Estados de Sudamérica.

He hablado a usted, general, con franqueza, pero los sentimientos que exprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si, llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla, y los intrigantes y los ambiciosos para soplar la discordia.

Con el dador de ésta remito a usted una escopeta — y un par de pistolas, juntamente con un caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil. Admita usted, general, esta memoria del primero de sus admiradores. Con estos sentimientos, y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la Independencia de la América del Sur, se repite su afectísimo servidor

José de San Martín.

El Congreso se reunió en la Universidad de San Marcos. Cuando José llegó esa mañana a la imponente aula de ceremonias, los cincuenta y un diputados ya habían presentado sus diplomas y se encontraban esperándolo. Se dirigieron todos en cortejo hacia la Catedral, donde se celebró una misa y el propio Protector les recibió el juramento de defender el catolicismo como religión de Estado, mantener la integridad del Perú y seguir luchando para librarlo de sus opresores.

Volvieron a la Universidad, donde una vez instalados en el recinto San Martín se quitó la banda bicolor y dijo solemnemente:

Al deponer la insignia que caracteriza al jefe supremo del Perú no hago más que cumplir con mis deberes y con los votos de mi

corazón. Si algo tienen que agradecerme los peruanos es el ejercicio del supremo poder que el imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy, que felizmente lo dimito, yo pido al Ser supremo el acierto, luces y tino que necesita para hacer la felicidad de sus representantes. ¡Peruanos! desde este momento queda instalado el Congreso soberano y el pueblo reasume el poder supremo en todas sus partes.

Depositó luego la banda bicolor sobre la mesa junto con seis pliegos cerrados con recomendaciones y abandonó la sala en medio de aplausos y vítores de los presentes. Al llegar a la puerta subió al carruaje que lo esperaba y partió hacia la Magdalena junto con Tomás Guido.

Superadas las emociones de la ceremonia, recuperó el buen ánimo y hasta empezó a disfrutar del paisaje que desfilaba por las ventanillas de la carroza y le dijo a su amigo que quería pasar el resto del día sin otras visitas.

Ya en su finca, caminó un rato por la galería del fondo en compañía de Guido, quien era hasta ese momento ministro de Guerra y Marina y estaba sobrecogido por el futuro, pues temía que el retiro del Protector trajese conmociones fundamentales. José, sin embargo, con semblante de alivio y alegría, le dijo de golpe:

—Hoy es un día de verdadera felicidad para mí, pues me he desembarazado de una carga que ya no podía soportar. Los representantes de los pueblos se encargarán de su propio destino, exonerándome de una responsabilidad que me consumía.

Poco después, su rostro se ensombreció al avisarle un ordenanza que una comisión de cinco diputados se encontraba en la puerta y que quería entrevistarle. Los hizo pasar a la sala y los atendió con cortesía.

Los representantes le explicaron que el Congreso había resuelto designarlo como Generalísimo de las Armas del Perú y le pedía que continuase en el gobierno, revestido de amplias facultades.

El jefe saliente les respondió que aceptaba el título con que se lo había honrado, pero que no lo ejercería porque ello no sería útil a la nación, dividiría las opiniones de los pueblos y disminuiría la confianza en el Congreso. Pero que si alguna vez se viera atacada la libertad de los peruanos, él los acompañaría para defenderla como ciudadano.

—Mi presencia en el Perú —concluyó— es inconciliable con la moral del cuerpo soberano y con mi opinión, porque ninguna prescindencia personal por mi parte alejaría los tiros de la maledicencia y la calumnia.

A las tres horas vino otra comisión de diputados, esta vez más numerosa, pero José les reiteró que su partido estaba tomado irrevocablemente, pues pensaba que su presencia en el poder político ya no sólo era inútil sino también perjudicial.

Cuando los representantes se retiraron ya anochecía y José pasó a su habitación para descansar, pero estaba algo inquieto y se puso a arreglar papeles y escribir las últimas instrucciones: dispuso que su administrador entregara un cuadro a un sacerdote amigo, el padre Villarán; y un caballo tordillo a Federico Brandsen.

* * * *

A las nueve mandó a un asistente a buscar a Guido, a quien todavía no le había dicho que pensaba partir esa misma noche de regreso a Chile.

Convidó un té a su amigo y le preguntó:

—¿Manda algo para su señora en Chile? Hay un pasajero que entregará sus cartas o encomiendas puntualmente.

—¿Quién es? —preguntó inocentemente Tomás.

—Ese conductor soy yo.

Guido quedó atónito y desarmado. Había podido entender el abandono del gobierno como una maniobra política para afrontar las dificultades del momento, pero ni como amigo ni como funcionario podía aceptar que San Martín prácticamente huyese del país dejando a sus amistades y a la causa de la independencia al borde del abismo.

Pasaba la mano por la frente.

—Sin la garantía de su presencia, el Congreso y el próximo presidente tambalearán, y los godos podrían aprovechar para venirse desde la sierra. Nos deja a todos sus camaradas en orfandad...

El general perdió la alegría y se conmovió.

—Todo eso lo he meditado con detenimiento, pero no puedo quedarme en mi puesto sin contrariar mis sentimientos y convicciones. Me han puesto en la necesidad, para sostener el honor y la disciplina del ejército, de fusilar a algunos jefes; y no quiero

hacerlo con compañeros de armas que me han seguido en días prósperos y adversos.

—Pero don José —insistió Tomás—. Usted podría alejar a esos jefes, y todavía tiene el apoyo de muchos oficiales y soldados.

—Hay algo más —se sinceró el ex Protector— y se lo diré sin doblez: Bolívar y yo no cabemos en el Perú. Él entrará en algún momento con sus tropas, y si yo no pudiera evitar un conflicto, daríamos al mundo un humillante escándalo que sólo servirá a los maturrangos.

* * * *

A las diez de la noche, el general abrazó a Guido, subió a su caballo y partió, con una pequeña escolta, hasta Ancón. Iba triste y meditabundo: el alivio de la mañana había quedado en la Magdalena, esa casa que había habitado casi un año, que sentía como propia y en la que en algún momento había encontrado amor y tranquilidad. Al llegar al puerto subió al bergantín Belgrano y, a las dos de la madrugada, escribió una breve carta de despedida a Guido y otra a Rosita. Luego ordenó que se levaran las anclas y se diera la vela hacia Valparaíso. Se quedó un rato en cubierta y pensó que nunca iba a olvidarse de ese año y dos meses que había vivido en la opulenta Lima. En un momento de debilidad, se permitió preguntarse si esa encantadora ciudad virreinal no necesitaba todavía de su protección. Y viceversa.

Capítulo XX

La paz de Mendoza

(1822—1823)

A medida que navegaban en el Belgrano la primavera iba avanzando, pero el ánimo de José oscilaba entre el alivio y la duda. Por las tardes se quedaba meditando en la cubierta hasta que el sol terminaba de ocultarse y el mar se iba tiñendo de un intenso azul añil, con oscilantes reflejos plateados, mientras una franja dorada se extendía sobre una parte del horizonte. Las palabras de Guido habían sido muy fuertes y, además, tenía en algunos momentos la sensación de que, efectivamente, había dejado las cosas a la mitad. Se alegró al avistar la bahía de Valparaíso, iluminada por aguas celestes en contraste con las ocres y verdes montañas, pero lo acosó la incertidumbre sobre la naturaleza de la recepción de los chilenos. Dos delegados del gobernador subieron a bordo para saludarlo y le complació saber que continuaba en ese cargo su amigo José Ignacio Zenteno, quien lo invitaba a hospedarse en su casa.

Partieron para allí y, una vez ubicado, el mandatario y otras relaciones lo impusieron de las últimas novedades. Lord Cochrane estaba en el puerto y continuaba con su campaña de desprestigio hacia San Martín, mediante la acusación de que había usurpado el poder en Perú (desobedeciendo las instrucciones chilenas) y había traspasado a ese país las fragatas *Prueba* y *Venganza*, que eran propiedad de Chile. No faltaban rumores que aseguraban que el ex

Protector había huido de Lima con inmensos caudales y que podría ser detenido en Chile en cualquier momento.

Asistió una tarde a la tertulia de Mary Graham, viuda de un marino inglés y muy amiga de Cochrane, donde tomó té, fumó unos puros y habló con profusión de sus actividades en Lima. A Mary le impresionó la vivacidad de los ojos del general, pero su charla le resultó algo oscura y su personalidad cerrada. Detrás de sus suaves modales intuyó el aire de superioridad de quien está acostumbrado a mandar y sabe hacerse valer. Al finalizar la larga visita, la inglesa se reunió con Cochrane y le comentó sus impresiones:

—Su timidez intelectual le impide dar libertad y tampoco se atreve a ser un déspota. Su deseo de ser un Libertador y la voluntad de ser tirano forman en San Martín un extraño contraste.

Desde Santiago, O'Higgins le envió su carroza y dos edecanes para conducirlo hasta allí. Se despidió del gobernador y salió hacia la capital, donde se alojó en el propio palacio del director supremo, quien vivía con su hermana Rosita y su madre, quienes lo trataron con todo afecto.

Bernardo estaba bastante atribulado, pues se había desgastado mucho en el gobierno y los sectores opositores le reclamaban que se estableciese la república y se eligiese un presidente constitucional. José comprendió que la defensa que su amigo había hecho de él, frente a las acusaciones del almirante, seguramente había contribuido a acentuar su deterioro.

No se sentía bien de ánimo, ni de salud, y los dolores reumáticos volvieron a acosarlo. Decidió entonces marchar a tomar una

temporada de baños en los Cauquenes, que tan bien le habían hecho hacía unos años.

Las aguas termales y el bucólico paisaje lo ayudaron a mejorar las articulaciones y resolvió volver a Santiago. Esta vez prefirió hospedarse en la finca del Conventillo, una propiedad de campo que O'Higgins puso a su disposición, que tenía la paz del ambiente rural y la comodidad de estar a las puertas de la ciudad.

En esos días llegaba a la capital chilena, de regreso de Buenos Aires, el comandante Gutiérrez de la Fuente, a quien el Protector había enviado a las Provincias Unidas para solicitar la formación de un ejército que atacara el Alto Perú desde Tucumán, para apoyar las expediciones previstas a los puertos intermedios y a la sierra. El emisario se sorprendió al conocer la noticia del retiro de San Martín y concurrió a visitarlo en su residencia: le informó que a pesar del resultado negativo de sus gestiones en Buenos Aires, la mayoría de las provincias seguían dispuestas a enviar tropas, pese a la cortedad de sus recursos.

A José le costaba acostumbrarse a que ya no tenía mando, y decidió escribirles a los gobernadores de San Juan, Mendoza, San Luis, Tucumán, Salta y Jujuy, para hacerles saber que los fondos que invirtieren en la formación del batallón de apoyo serían satisfechos por el general en jefe del ejército del Perú, Rudecindo Alvarado, a quien en la fecha ordenaba tal cometido.

Gutiérrez de la Fuente le comentó también que se había quedado sin fondos para regresar a Lima y, como el representante del Perú le dijo que carecía de dinero, José le pidió a Felipe del Solar, que

manejaba dinero de él y de O'Higgins, que le proporcionara mil pesos.

El general Ramón Freire, quien había revistado en el ejército de los Andes, vino a visitarlo y le pidió que intercediera ante O'Higgins para que renunciara a su cargo, puesto que su administración estaba muy desconceptuada y se lo consideraba prácticamente un opresor.

Este pedido, reiterado por otras personalidades chilenas, lo puso en una situación muy difícil y empezó a sentirse nuevamente enfermo: tuvo vómitos de sangre y experimentó intensas fiebres que lo postraron. El médico le diagnosticó "chavalongo" y le dijo que para combatir el tifus debía permanecer en cama varios días, en los que sólo recibió a Bernardo y al padre Bauzá, su antiguo capellán en el ejército y actual administrador de su finca de Beltrán, en esa ciudad, que estaba alquilada.

Hacía ya mucho calor cuando recuperó las fuerzas y pudo escribirle al Congreso peruano para agradecer el último y generoso homenaje que le habían hecho: se le había brindado el título de Fundador de la Libertad del Perú y se le había otorgado una pensión vitalicia de nueve mil pesos anuales, sin perjuicio de poder seguir cobrando su anterior sueldo, que era de treinta mil pesos por año.

Celebró el fin de año con O'Higgins y sus familiares y se resolvió a marchar a Mendoza. Partió acompañado de un capitán, dos asistentes, dos mucamos y cuatro arrieros, además de tres animales de carga con equipajes y víveres. Montaba una mula zaina con silla húngara, amortiguada con un pellón, y los estribos estaban forrados

con paño azul para evitar el frío del metal. Vestía su tradicional chaqueta azul con botones dorados, llevaba guantes de ante, sombrero de paja de Guayaquil, de ala grande, denominado guarapón, y un poncho chileno.

Su ánimo estaba algo decaído y sintió el esfuerzo de la subida. Al llegar a la cumbre y empezar el descenso, vio que un jinete avanzaba hacia ellos. Reconoció al coronel Manuel Olazábal, que siendo un joven cadete de trece años había peleado con él en San Lorenzo, lo había acompañado en el ejército de los Andes y hasta lo había hecho su padrino de casamiento.

Su antiguo oficial estaba en Mendoza y, al conocer la venida de su jefe, había subido la cordillera para recibirlo.

José se emocionó, echó el brazo izquierdo sobre la cabeza de su ahijado, y sólo pudo decirle:

—¡Hijo!

Se apeó de la mula ayudado por su camarada, se sentó sobre una montura y bebieron un mate de café con un bizcochuelo. Luego prosiguieron la bajada, que lo fatigó bastante por la necesidad de sostener su cuerpo, inclinado hacia delante, haciendo resistencia con sus piernas sobre los estribos.

Al día siguiente llegaron a la estancia de Totoral, donde decidieron descansar. Allí recibió un chasque que le enviaba O'Higgins, con correspondencia desde el Perú. Una de las cartas venía desde España y era de su hermano Manuel, a quien José le había escrito muchas veces, desde su llegada a Buenos Aires hacía más de diez

años, invitándolo a venir a sumarse a su ejército, pero nunca había logrado respuesta.

Resentido por esta situación, San Martín interpretó que su hermano ahora le escribía porque pensaba que seguía como Protector del Perú y podría pedirle una canonjía. Meditó un instante y optó por romper la misiva sin abrirla.

A los tres días siguieron viaje a Mendoza, donde inicialmente se hospedó en casa de su amiga Josefa Ruiz de Huidobro. Sus relaciones lo atendieron muy bien, pero también existía un grupo de antiguas familias realistas que habían sufrido exacciones durante su gobierno y que le expresaban una sorda hostilidad.

Hacía mucho calor en esos días, pero la falta de humedad, los álamos próximos y los techos altos de la vivienda lo reparaban. No se sorprendió al recibir la noticia de que O'Higgins había renunciado a su cargo de director supremo. Tomó la pluma y quiso reconfortarlo:

Compañero y amigo amado: Millones de millones de enhorabuenas por su separación del mando. Los que sean verdaderos amigos de usted se las darán muy repetidas. Sí, mi amigo, ahora es cuando gozará usted de la paz y tranquilidad y sin necesidad de formar cada día nuevos ingratos. Goce usted la calma que le proporcionará la memoria de haber trabajado por el bien de su patria. Estoy con cuidado por la salud de su hermana Rosita. Hágame el gusto de no privarme de sus noticias. Sigo reponiéndome pero la fatiga, aunque disminuida, me incomoda bastante. A fines de éste pienso pasar a Buenos Aires,

aprovechando de la seguridad que proporciona una expedición que sale de aquel puerto contra los indios.

Hizo acondicionar su chacra de Los Barriales y se trasladó allí. Se reconfortó al estar de nuevo en su propiedad, desarmó sus petacas limeñas y acomodó en su dormitorio el sable que había usado en Maipú, el estandarte de Pizarro, el tintero de la Inquisición, un rifle inglés y unas pinturas sobre hojas de lata.

Deseoso de mejorar su finca, hizo reparar los dos molinos de viento y amplió los alfares para poder alimentar a los caballos de raza que le gustaba criar.

Casi todas las tardes iba a la ciudad y desarrollaba una intensa vida social. Un grupo de jóvenes, nucleados alrededor de la escuela lancasteriana y de la biblioteca, habían formado un teatro y promovían fiestas y saraos, pese a la oposición de algunos clérigos de viejo cuño. José, vestido formalmente de negro y con medias de seda, concurría a las tertulias y contaba, con su acento andaluz que con los años en América se había convertido en una tonada parecida a la de las islas Canarias, anécdotas chispeantes de sus tiempos de campaña. Y, a la hora del baile, se mostraba entre los más animados.

Recibía amigos en su quinta y solía gastarles bromas. Tenía un riquísimo moscatel mendocino que antes de partir hacia Chile y Perú había dejado para estacionar en su bodega y, con una imprenta casera, hizo unos timbres de vino de Málaga y los colocó en las botellas. A la vez, en el vino malagueño puso unas etiquetas

mendocinas. Al final de un almuerzo, hizo traer las botellas y les dijo a sus invitados:

—¿A ver si ustedes están conformes con la supremacía de mi mendocino?

Probaron el vino que tenía el rótulo de Mendoza (pero que en realidad era de Málaga) y dijeron sin entusiasmo que no era malo, pero que le faltaba fragancia. Luego se sirvió el etiquetado como de Málaga (en verdad mendocino), y lo saborearon con delectación:

—¡Este malagueño sí que es bueno! No puede compararse...

—Ustedes, amigos, son unos pillos —el general soltó la risa— que se engañan con un simple timbre...

Un mediodía, al volver a la casa luego de haber controlado la alimentación y el estado de los caballos, se encontró con correspondencia del Perú y se sentó en la galería a leerla. Varios amigos le pedían que volviera, para completar la guerra de la independencia y lograr que Guayaquil se independizara de Colombia.

Pero otras noticias le quitaron el buen humor: algún comedido le contaba los chismes ofensivos que circulaban en Lima sobre él y otro le mandó un ejemplar del periódico *La Abeja Republicana*, en el que se lo atacaba sin ambages. Se decía que era un general extranjero, aventurero y ebrio, que prometió libertad y dio opresión; que había hecho asesinar a un hacendado de Motocache para confiscar sus bienes; que no había respetado la capitulación del Callao, que garantizaba la propiedad de los allí refugiados, y se había adjudicado él mismo los inmuebles de Jesús María y La

Magdalena; que había utilizado a un facineroso cruel, como Monteagudo, para ejecutar sus crímenes y robos; que había usurpado el poder, violando las instrucciones que le había dado el gobierno de Chile.

Se lo acusaba de haber perseguido y confiscado a Mariano Goyeneche, por el solo hecho de ser hermano del general realista; de haber destruido a familias enteras de españoles con sus expoliaciones y, por no haber querido constituir el país, haber perseguido también a los patriotas, a quienes Monteagudo ordenaba espiar; de haber fundido al comercio con sus impuestos abusivos, utilizados para mantener un ejército de ocupación, y de haber enviado embajadores secretos a Londres para constituir una monarquía, con el objetivo último de coronarse él como emperador. También se afirmaba que había dejado el tesoro público vacío; que había pagado con papel moneda, mientras el rey lo hacía con oro; que se había apropiado de las alhajas y vajillas que estaban depositadas en el Monte Pío; que había acumulado caudales, mientras las tropas estaban impagas y desnudas; que había ordenado el incendio de las oficinas de la Secretaría de Despacho para destruir las pruebas de sus latrocinios; que había tenido relaciones con la esposa de uno de sus altos funcionarios, una distinguida dama limeña, y que era un cobarde, que había huido del Perú y abandonado el mando sin terminar la guerra.

Se indignó con estos agravios y malició que detrás de ellos estaba José de Riva Agüero, un patriota importante a quien él había designado presidente del Ayuntamiento, pero que luego había sido

el impulsor de la caída de Monteagudo. Reflexionó que ni los propios realistas lo habían tratado tan mal y mandó un poder a Lima al administrador de sus bienes para que iniciara juicio de imprenta al redactor del periódico y pidiera la censura.

Desde Santiago, O'Higgins le hizo saber que la importante suma de dinero que habían mandado a Londres hacía seis años con Álvarez Condarco (cuando fue a comprar barcos para la campaña) para que la depositara a nombre de ambos, éste la había dilapidado haciendo apuestas a la bolsa. "Nos quedan solamente doce mil quinientos pesos para cada uno —se lamentaba Bernardo en un mensaje cifrado— y el importe suyo lo dejo en manos de Felipe del Solar".

Sobre Ilovido, mojado", pensó José. Se indignó por la deslealtad e irresponsabilidad de Álvarez Condarco y se arrepintió de haber confiado en su compadre.

Poco después recibía nuevos informes del Perú: el ejército comandado por Rudecindo Alvarado había sido derrotado por los españoles en Moquegua y había tenido mil muertos; y el jefe del otro cuerpo, el general Antonio Álvarez de Arenales, ganado por el desaliento, había renunciado y se dirigía a Chile. Por otra parte, a la salida de San Martín el Congreso no había designado a un presidente en su reemplazo, sino que se había reservado las facultades ejecutivas y había nombrado una Junta de Gobierno de tres miembros, todo lo cual había diluido y dificultado el mando político.

Algunos amigos, al comentarle estas alternativas, le pedían que volviera para ponerse nuevamente al frente de la guerra. Otros le

comentaban que, ante un Estado casi anárquico, se rumoreaba que podrían ofrecerle un trono.

José se sentía cómodo en Mendoza y había mejorado su espíritu. Le interesaba sobremanera la situación del Perú y le halagaba que solicitaran su presencia y que se pensara en él como rey. Pero tampoco ignoraba que estas opiniones eran pocas y parciales y le amargaba recordar las ingratitudes de que se sentía víctima. Al escribirle a Guido, se descargaba:

Seamos claros, mi amigo. ¿Podría el general San Martín presentarse en un país donde ha sido ti—atado con menos consideración que lo había; ¿hecho los mismos enemigos y sin que haya habido un solo habitante capaz de dar la cara en su defensa? No puedo conformarme con la idea de que un hombre que ha dispuesto de la suerte de Estados opulentos se vea reducido a 31. 000 pesos de capital... ¡tachado de ladrón!

Por otro lado, al salir de Lima su propósito había sido llegar hasta Buenos Aires, donde Remedios estaba cada vez más enferma y donde también estaba su hijita Mercedes. Tironeado entre su interés por el desarrollo de los sucesos en el Perú y su objetivo de viajar a Buenos Aires, seguía quedándose en Mendoza, donde disfrutaba de la vida rural en su quinta y de los placeres de la vida mundana en la ciudad.

Empezaba el otoño y los álamos presentaban tintes amarillentos en su follaje, cuando recibió la noticia de que, en Lima, algunos jefes militares habían pedido al Congreso que se creara un Poder

Ejecutivo y se nombrase presidente a Riva Agüero, exigencia que había sido aceptada.

San Martín pensaba que este personaje era un malvado, pero de todos modos le escribió para ofrecerle sus servicios, y le aclaró que como militar sólo actuaría bajo las órdenes de otro general. También le contaba que había recibido una carta de su hermano Justo Rufino, oficial de la Secretaría de Guerra de Madrid, en la cual le aconsejaba el envío de diputados para negociar la paz y el reconocimiento de la independencia, ya que por razones de orgullo nacional ofendido no podía esperarse que fuera ese gabinete quien tomara la iniciativa. A José le costaba sentirse alejado de los acontecimientos que había dirigido durante tanto tiempo, y le sugería al nuevo presidente iniciar las negociaciones y se ofrecía para viajar a España y actuar como comisionado.

Al cabo de varias semanas, cuando vio que Riva Agüero ni siquiera le contestaba su proposición, se sintió humillado y se arrepintió de haberla hecho.

Varios amigos le escribieron desde Buenos Aires avisándole que Remedios estaba muy grave, y su propia esposa le envió una misiva en la que le pedía que fuera a darle el último adiós. Pero también le llegaron noticias de que los sectores opositores al gobernador Martín Rodríguez y a su ministro Bernardino Rivadavia hacían circular el rumor de que San Martín encabezaría un movimiento para derrocarlos y ponerse al frente de una federación militar de provincias. Un empleado del gobierno bonaerense le mandó un aviso de que podría ser detenido durante el viaje o al llegar a Buenos

Aires, y José, movido por temores y sentimientos contradictorios, optó por permanecer en Mendoza.

Al llegar los fríos intensos, se enteró de que las fuerzas realistas al mando del general Canterac habían vuelto a entrar en Lima, mientras las tropas y familias patriotas debían refugiarse en el Callao. El Congreso depuso entonces a Riva Agüero, entregó el mando militar al general Antonio José de Sucre y envió a buscar a Simón Bolívar.

Riva Agüero, sin embargo, resistió la medida del Congreso y trató de hacerse fuerte en Trujillo, desde donde le escribió a San Martín tratando de atraerlo a su lado: "Los departamentos y las tropas están decididamente por mí", se ufanaba. Le pedía que le mandara fusiles desde Mendoza, que activara los movimientos de las fuerzas de las Provincias Unidas sobre el Alto Perú y que pensara sobre su venida al cuartel general del norte.

José sintió que esa invitación era una insolencia, un acto de presuntuosa desubicación, que le reactivó el odio que sentía por Riva Agüero. Se sentó en su escritorio y le escribió una indignada misiva:

Al ponerme usted semejante comunicación, se olvidó de que escribía a un general que lleva el título de Fundador de la Libertad del país que usted, sólo usted, ha hecho desgraciado. Si a la Junta Gubernativa y a usted como presidente ofrecí mis servicios, era en consecuencia de cumplir la promesa, que hice a mi despedida, de ayudar al país sí, se hallaba, en peligro, como lo creí después de la derrota de Moquegua.

Pero, cómo ha podido usted persuadirse de que los ofrecimientos del general San Martín —a los que usted no se ha dignado contestar— fueron jamás dirigidos a un particular y mucho menos a su despreciable persona,? ¡Es incomprensible su osadía grosera, al hacerme la propuesta de emplear mi sable con una guerra, civil! ¡Malvado! ¿Sabe usted si éste se ha teñido jamás en sangre americana?

Recibió la noticia de la muerte de Remedios y se entristeció por el destino desgraciado de esta muchacha, a quien la tisis le arrancara la vida en plena juventud. Pensó en viajar cuanto antes a Buenos Aires para recoger a su hija, quien acababa de cumplir siete años y a quien no veía desde hacía cuatro, pero sentimientos encontrados lo volvieron a demorar.

Desde el Perú, Guido le decía que, ya que no había seguido a Buenos Aires inmediatamente después de su llegada a Mendoza, ahora sería conveniente esperar un poco más, a los efectos de que los ánimos de la familia Escalada se aquietaran. También le contaba que los españoles habían evacuado la ciudad y que Bolívar había entrado en Lima.

José se alegró con la noticia, pero a la vez pensó que esto disipaba cualquier posibilidad de un retorno de él. "He visto el informe sobre la llegada del Libertador —le comentó a su amigo y corresponsal—. Sólo él puede cortar los males, pero con un brazo hachero, porque si contemporiza todo se lo lleva el diablo".

En esos días, O'Higgins había llegado exiliado a la capital peruana con la intención de vivir en la casa de La Magdalena, pero no pudo habitarla porque los españoles la habían saqueado durante la ocupación y la habían dejado sin puertas ni ventanas. Pasó entonces a habitar la propiedad de Jesús María, que también había sido saqueada, pero afortunadamente la casera había podido retirar la alfombra de la sala, las dos mesas con espejo, la mesa redonda con piedra, la araña y algunas sillas.

Le dio pena imaginarse a La Magdalena en ese estado, precisamente en los días en que Guido estaba gestionando ante el gobierno peruano el otorgamiento de la escritura de propiedad en su favor.

La primavera había llegado y José se encontraba una tarde visitando los cultivos de alfalfa, cuando le avisaron que un capitán retirado, que venía desde Buenos Aires, le traía un mensaje desde Santa Fe. Volvió a la casa y lo atendió en el escritorio, donde el oficial le entregó un mensaje del gobernador Estanislao López. Tomó el pliego y leyó en silencio:

Sé de una, manera positiva por mis agentes en Buenos Aires que a la llegada de V. E. a aquella capital, será mandado juzgar por el gobierno en un consejo de guerra de oficiales generales, por haber desobedecido sus órdenes haciendo la gloriosa campaña a Chile, no invadir a Santa Fe y la expedición libertadora del Perú. Para evitar este escándalo inaudito y en manifestación de ¡ni gratitud y del pueblo que presido, por haberse negado V. E. tan patrióticamente en 1820 a concurrir a derramar sangre de hermanos, con los cuerpos del ejército de los Andes que se

hallaban en la provincia de Cuyo, siento el honor de asegurar a V. E. que a su solo aviso estaré con la provincia en masa a esperar a V. E. en el Desmochado, para llevarlo en triunfo hasta la Plaza de la Victoria. Si V. E. no aceptase esto, fácil me será hacerlo conducir con toda seguridad por Entre Ríos hasta Montevideo.

El general quedó muy impresionado y le tembló la voz al agradecer y despedir al hombre que le había traído la carta. Me quieren humillar tratándome como a un desertor, temió.

Conversó con sus amigos, quienes le hicieron ver que el gobierno de Buenos Aires difícilmente intentara procesarlo, pues sería crearse otro problema político más. También le sugirieron no aceptar el ofrecimiento de López, dado que ello implicaría una directa provocación.

Decidió seguir viaje solo a Buenos Aires y reiteró un pedido al gobierno peruano, en el sentido de que se le otorgase licencia por tres años para viajar a Europa a "perfeccionarse en los conocimientos militares". Solicitaba asimismo que la pensión vitalicia de 9.000 pesos anuales que le había otorgado el Congreso se le abonase en Londres.

Se despidió de sus amigos mendocinos, realizó los últimos encargos al administrador de su finca y partió con pena de una casa y una provincia a las que quería. Hizo el trayecto en diligencia y, cuando llegaba a cada posta, se acordaba de lo que había pasado en ese lugar hacía cinco años, cuando viajaba en sentido contrario con

Remedios y la pequeña Mercedes. Su esposa ya estaba entonces tísica, pero la pareja vivía tiempos buenos, todavía no arruinados por la ausencia, los chismes y las intrigas.

No tuvo sobresaltos en los catorce días de marcha, pero a medida que se acercaba a Buenos Aires se inquietaba al recordar que, efectivamente, en 1820 había partido al Perú desobedeciendo las instrucciones del director supremo de las Provincias Unidas, quien le había ordenado que regresara con su ejército a la capital para contener los ataques de las provincias litorales. Ahora habrá que apechugarlo, don José, se dijo a sí mismo, mientras entraba a la ciudad en un mediodía con mucho calor. La familia Escalada se había trasladado a veranear a una quinta de las afueras y esto le sirvió de excusa al general para instalarse en la fonda "Los Tres Reyes", cerca del Fuerte, lo que le resultaba más cómodo.

Esa misma tarde, caminó hasta la casi vacía casa de sus suegros y, en el patio del fondo, los esclavos Antonio Congo y la parda Benita le contaron los últimos días de Remedios, la tristeza de Merceditas, el cariño que doña Tomasa volcaba sobre su nieta y los últimos comentarios familiares.

Varios camaradas vinieron a saludarlo en su alojamiento y le disiparon los temores, al hacerle ver que el gobierno no intentaría ninguna medida contra él ni lo hostilizaría. Ello lo decidió a realizar una visita al gobernador y al ministro Rivadavia, la que transcurrió en un ambiente plenamente distendido. Los funcionarios le devolvieron la cortesía y José regaló a Rivadavia un cuadro al óleo

de Francisco Pizarro y una campanilla de plata que perteneciera a la Inquisición de Lima.

También lo visitó Vicente López y Planes, pero de su familia política vino solamente su cuñado Manuel. José sintió íntimamente el vacío de que era objeto por parte de la madre y los restantes parientes de Remedios, y se puso receloso en relación a las múltiples amistades de los Escalada, ya que le parecía que estaban haciendo causa común con ellos y lo castigaban con su indiferencia.

Su suegro, don Antonio, había muerto casi dos años antes que Remedios, de modo que estaba ya a punto de finalizar el juicio testamentario en el que, en representación de ella, su hija Mercedes y él tenían que cobrar la importante suma de \$ 43.000, representada en un inmueble en condominio con su cuñado Mariano, títulos y dinero. Manuel era el albacea y le presentó una tasación y rendición de cuentas que José firmó y el juzgado aprobó. Poco después, José compró a Mariano su parte en la propiedad, que era la casa paterna, de dos plantas y azotea, sobre la calle de la catedral.

Venció ciertos temores íntimos y partió hacia la quinta de los Escalada, en la calle del zanjón, en donde se conmovió al reencontrarse con su hija, pero también advirtió que no le sería tan fácil recuperar su tenencia. Desde hacía cuatro años ininterrumpidos (más de la mitad de su vida), la chiquilla estaba viviendo con su suegra y, después de la muerte de Remedios, aquella la consideraba ya como de su propiedad definitiva. Doña Tomasa de la Quintana la protegía tiernamente en su orfandad y

consideraba que con ella iba a estar mejor educada que con su padre, que anteriormente se había dedicado a la guerra en América y ahora nadie sabía qué iba a hacer en Europa.

Como no había buen diálogo entre José y Tomasa, Manuel actuó como mediador y logró que su madre, a regañadientes y con gran pena, accediese a entregar a la niña a su padre.

Alquiló una de sus propiedades y se preparó para partir. Hizo hacer una lápida para colocar sobre el sepulcro de Remedios, en el cementerio de la Recoleta, y el día de su instalación se quedó meditando solo, bajo la escasa sombra de un ciprés, ante la tumba de su esposa. La leyenda decía:

Aquí descansa, Remedios de Escalada, esposa y amiga del general San Martín.

La había conocido cuando era casi una niña, pero su casamiento con ella le había dado una familia y lo había integrado a la sociedad de Buenos Aires. Habían estado mucho tiempo separados y no todo había sido rosas, pero ahora le quedaba una hija para iniciar con ella una nueva vida.

Se despidió mentalmente de Remedios, caminó hasta la entrada del cementerio y allí, bajo un árbol de gruesa copa para protegerse del sol, lo esperaba el coche que lo llevó por la calle larga de la Recoleta hasta cinco esquinas, donde dobló hacia la derecha y se dirigió hasta su alojamiento.

Realizó sus últimos encargos y dejó una orden para que se entregara a su antiguo subordinado, José Miguel Díaz Vélez, un

potro de su chacra de Mendoza. Saludó a sus viejos camaradas, a muchos de los cuales había apadrinado en sus casamientos o en los nacimientos de sus hijos.

En la húmeda y calurosa mañana del 10 de febrero de 1824, su cuñado Manuel pasó a buscarlo por su posada: traía a Mercedes de punta en blanco pero con cara de susto, con dos baúles con toda su ropa. Se dirigieron hacia el puerto y se embarcó con su hija en el *Bayonnais*, que partió esa misma tarde para El Havre. A medida que las aguas marrones iban adquiriendo tonos plateados, el ánimo de José se distendía.

Capítulo XXI

El exilio en Bruselas (1824—1829)

La navegación se realizó sin sobresaltos, salvo las dificultades del severo padre y su contrariada hija para adaptarse a la convivencia. La chiquilla, triste todavía por la pérdida de su madre, no entendía por qué la habían sacado de la gran casa de sus abuelos, donde se sentía protegida y querida por sus parientes y podía jugar con sus amigas, para viajar hacia lo incierto con un progenitor a quien prácticamente no conocía.

—A usted la ha malcriado su abuela —le decía a menudo José, ante los rasgos de carácter o expresiones de disgusto de la pequeña—. Marche al camarote y se queda allí encerrada como castigo...

Todavía hacía algo de frío en el norte de Francia cuando, al cabo de más de sesenta días de travesía, arribaron a El Havre al comenzar la primavera.

Alertado sobre el arribo de un revolucionario general sudamericano, un inspector de la Prefectura Marítima subió a bordo y pidió a San Martín su pasaporte. Leyó que había sido expedido en Buenos Aires y que su beneficiario tenía 45 años, había nacido en las Misiones del Paraguay y se domiciliaba en Mendoza. Le pidió que abriera sus maletas para revisarlas y José se molestó:

—Sepa, señor inspector, que soy Generalísimo del Perú, Capitán General de la República de Chile y General de las Provincias Unidas

de la América del Sur, y estoy acá de paso, pues mi destino es Londres...

El funcionario no se inmutó. Abrió las valijas y comprobó que una de ellas tenía una gran cantidad de periódicos en castellano que le resultaron sospechosos. Le retuvo el pasaporte y la maleta y le dijo que podía desembarcar, pero que no podía dejar la ciudad hasta que la autoridad se lo indicara.

Obligado a quedarse en El Havre, aprovechó para visitar a algunos comerciantes para quienes traía cartas de presentación, algunos de los cuales se ofrecieron a apoyarlo para aclarar su situación.

Con la restauración de los Borbones en Francia y el predominio de la Santa Alianza en Europa, los liberales y los republicanos no eran bien mirados en el continente. El Prefecto Marítimo envió un informe al director general de Policía de París, en el que le decía que estaba prohibida la entrada al país de los periódicos embargados y le pedía instrucciones. El gobierno francés puso en conocimiento de la cancillería española el "arribo de este individuo que ha jugado un rol marcado en la rebelión de la América Meridional, quien trae periódicos de un republicanismo exaltado y que se dirige a Londres para realizar nuevas intrigas políticas", pero simultáneamente ordenó a las autoridades de El Havre que se le devolvieran el pasaporte y los periódicos y se le permitiera seguir viaje a Inglaterra. Al cabo de una semana, José y Mercedes se embarcaron con destino a Southampton, desde donde partieron de inmediato, en diligencia, hacia Londres. El general puso a la chiquilla en manos de la señora del capitán Peter Heywood, quien había sido comandante de la flota

británica en la América del Sur, y luego la colocó internada en el Colegio de Hampstead, con una anualidad de 120 libras. Él se alojó en el 23 de la calle Park Road, St Marylebone, y tuvo entonces tiempo para dedicarse a recibir a sus amigos y relaciones.

Hasta su residencia vino a visitarlo José Antonio Álvarez Condarco, el hombre que se había jugado en especulaciones de bolsa la fuerte suma que San Martín y O'Higgins le habían encargado que depositara en un banco a nombre de los dos, cuando viajó a Londres comisionado para comprar barcos. El ingeniero y militar tucumano se deshizo en disculpas y le explicó que había tenido la intención de hacer un buen negocio para los tres. José, aunque al principio estaba indignado, terminó por aceptar sus excusas dado que era un antiguo camarada y amigo y el padrino de bautismo de Mercedes.

También vinieron a cumplimentarlo García del Río y Paroissien, a quienes había enviado ante las cortes europeas durante su mandato de Protector del Perú. Ambos habían gestionado también un empréstito y habían cobrado diecinueve mil libras de comisión, de modo que agasajaron a San Martín con exquisitos almuerzos en los mejores restaurantes de la City.

García del Río le comentó que el mexicano Agustín Iturbide, quien se había proclamado emperador pero había sido derrocado por una asonada, se encontraba en Londres y quería conocerlo. San Martín accedió de buen grado a la entrevista, pues siempre se había sentido atraído por la forma en que se había producido la

independencia de México a través del Pacto Triguarante y, por lo tanto, por la personalidad de su inspirador.

La entrevista se hizo en forma reservada e Iturbide le contó que estaba a punto de volver a México para intentar recuperar el poder, pues estaba seguro de que el pueblo iba a apoyarlo. José le deseó suerte pero, en la intimidad, se mostró muy escéptico sobre estas posibilidades.

* * * *

Su viejo amigo James Duff, para entonces conde de Fife, quien en Cádiz lo había ayudado a conseguir los medios para viajar a América, lo invitó a visitar su casa en el condado de Banff, en Escocia. Al llegar el verano José partió hacia allí y quedó encantado con los paisajes de la zona, plenos de verdes prados animados por simpáticas ovejas, y con la hospitalidad que le brindaron Lord Fife y toda su familia. Por iniciativa del Lord, la ciudad de Banff le concedió la ciudadanía como premio a sus méritos y San Martín quedó orgulloso por la distinción.

Carlos María de Alvear llegó a Londres en esos días, de paso para Estados Unidos. Rivadavia le había dado instrucciones de que tratara de entrevistarse con el ministro George Canning, para expresarle una preferente amistad a la corona británica, en la seguridad de que el gabinete inglés sería también benevolente con los nuevos Estados americanos, quienes no se veían desde hacía más de diez años. Se charló de las formas de gobierno y García del Río expresó que era necesario establecer gobiernos vigorosos, y

comentó que si San Martín hubiera dado fuertes palos no se habría visto precisado a abandonar el Perú.

—Es verdad —asintió José—, tuve que descender del gobierno. El palo se me salió de las manos por no haberlo sabido manejar...

Alvear hizo una broma intencionada acerca del "palo de San Martín" y se inició una agresiva discusión, que el dueño de casa debió desarmar.

Unos meses después también arribó Rivadavia, como simple particular, pues había renunciado a su cargo de ministro. San Martín se encontró con él en dos reuniones sociales y en la última se discutió acaloradamente sobre el apoyo que los nacientes Estados de la América del Sur podrían encontrar en el viejo continente.

—Solamente los necios —sentenció Bernardino— pueden ignorar que las cortes europeas son refractarias a apoyar monarquías en América.

José se sintió aludido y le respondió que él era un teórico petulante, que siempre había desconocido la realidad. Al día siguiente se levantó aun más ofendido e intentó retarlo a duelo, pero sus amigos lo hicieron desistir.

Envió un poder a Buenos Aires, a su cuñado Manuel de Escalada, para que peticionara ante la Legislatura su inclusión en el número de los agraciados en la reforma militar y se le otorgara el retiro, debido a que su salud le impedía "seguir prestando servicios al país en la carrera militar que le ha proporcionado tantos días de gloria". También solicitaba que se restableciera el pago de la pensión de 600

pesos mensuales que se le había otorgado a su hija Mercedes, que se había suspendido debido a una ley que fijaba un tope de 500 pesos a las prestaciones graciabiles.

* * * *

Seguía muy interesado sobre los sucesos en Perú y García del Río y Parish Robertson le plantearon la posibilidad de comprar dos fragatas para enviarlas en apoyo de las fuerzas de Bolívar. Realizó varias gestiones sobre este tema, pero finalmente no pudo concretarse la adquisición, debido a disparidades entre los representantes financieros del Perú y de Colombia.

Desde Lima, Guido le informaba que allí había circulado el rumor de que San Martín iba a regresar al Perú con esas dos fragatas y que esa versión había bastado para que Bolívar se molestara, y se malquistara con el propio Tomás. Su amigo y corresponsal agregaba que Bolívar tenía ya formado un ejército de diez mil hombres con muchos recursos y que, si no había imprevistos, el venezolano iba a concluir con los españoles.

Le escribió a su hermano Justo —que en ese entonces vivía en París— para pedirle que le gestionara un permiso de residencia en la capital francesa, ya que le parecía el mejor lugar, por su cosmopolitismo y su nivel cultural, para vivir y educar a su hija. Pero la gestión fracasó y entonces retiró a su hija del internado y resolvió partir con ella hacia Bruselas, adonde llegó, luego de cruzar en paquebote el canal de la Mancha, con los primeros fríos del otoño.

La ciudad no era grande (tenía solamente cien mil habitantes), pero a San Martín le gustó por la elegancia de su gran plaza, con su alcaldía gótica rodeada de grandes mansiones barrocas con cúpulas y molduras pintadas de oro, su buen tono general, sus parques y el jardín botánico, la educación de sus habitantes y la existencia de varios centros de cultura: una academia de ciencias y de bellas artes, sociedades literarias y de lectura, y dos teatros.

Colocó a su hija en una pensión dirigida por una señorita británica, en la que se enseñaba francés e inglés, además de otras habilidades. Él se ubicó en un hotel algo más alejado del centro y concurría a almorzar a un restaurante todos los días, lo que lo obligaba a caminar para mantenerse en forma. Visitaba también los cafés *De la Amitié* y el *Royal* y empezó a frecuentar la sociedad masónica *Amis du commerce*. Allí podía disfrutar con la compañía de personas que pensaban como él, pero con el añadido de que no había cuestiones políticas operativas que los dividieran, como le había pasado en América.

Vivían en Bruselas exiliados de muchos países y a José le complacía ese clima cosmopolita: en una reunión social conoció al pintor francés Juan Luis David, autor de la "Coronación de Napoleón", el "Juramento del juego de pelota" y otros cuadros famosos sobre temas de la revolución y el imperio.

Siempre preocupado por lo que se pudiera decir de él, le escribió a su camarada Vicente Chilavert para quejarse de un rumor que lo había afectado:

En mi retiro de Mendoza yo promovía una federación militar de provincias. Vengo a Europa, y al mes de mi llegada un agente del gobierno de Buenos Aires en París —que sin duda alguna concurre a los consejos privados del ministerio francés— escribe que uno u otro americano residente en Londres trata de llevar, metido en un bolsillo, a un reyecito para con el cual formar un gobierno militar en América. He aquí indicado al general San Martín. Por lo expuesto no sé ya qué línea de conducta seguir, pues hasta la de separarme de las grandes capitales y vivir obscurecido en ésta, no pone a cubierto de los repetidos ataques a un general que por lo menos no ha hecho derramar lágrimas a su patria.

Una vez más tranquilo, le escribió a O'Higgins, quien seguía residiendo en Lima:

Lo barato del país y la libertad que se disfruta me han decidido fijar mi residencia aquí hasta que finalice la educación de mi niña, momento en que regresaré a América para concluir mis días en mi chacra separado de todo lo que sea cargo público y, si es posible, de la sociedad de los hombres.

Mantén gran interés sobre la situación de la guerra en el Perú y le comentaba con ansiedad a su amigo:

Aguardo por momentos los resultados de la campaña del Perú. Quiera la suerte sea favorable para terminar los males de la América.

Al llegar el otoño partió para Aix—la—Chapelle a tomar una temporada (le baños termales, que le sentaron muy bien y le recordaron los de los Cauquenes, aunque este lugar europeo era mucho más sofisticado y de un gran interés histórico, pues había sido la sede del gobierno de Carlomagno y aquí se había firmado la famosa Paz de Aquisgrán, que él había estudiado en los libros de historia militar. Los romanos, precisamente, habían llamado a este sitio, en latín, *Aquae Grani*, de donde derivaba el nombre en castellano de Aquisgrán, mientras que los alemanes lo denominaban Aachen.

La logia *La Parfaite Amitié* resolvió homenajear al hermano masón que había tenido una actuación tan destacada en las guerras por la independencia de Sudamérica y encargó a Jean Henri Símon el grabado de una medalla con su perfil. José posó para el artista y luego recibió la medalla durante el transcurso de una tenida, en la que sintió alegría por el reconocimiento.

Reforzado en su antiguo ideario masónico debido a sus nuevos contactos, quiso orientar la educación de su hija con consejos filantrópicos y elaboró unas máximas cuya copia le llevó a su internado, junto con unos panes de almendra que le compraba en "Dandoy":

Humanizar el carácter y hacerlo sensible, aun con los insectos que no perjudican. Inspirarle amor a la verdad y odio a la mentira,

Confianza y amistad, pero uniendo el respeto.

Caridad a los pobres.
Respeto sobre la propiedad ajena.
Acostumbrarla a guardar un secreto.
Inspirarle respeto hacia todas las religiones.
Dulzura con los criados, pobres y viejos.
Que hable poco y lo preciso.
Acostumbrarla a estar formal en la mesa.
Amor al aseo y desprecio al lujo.

La relación con Mercedes, sin embargo, al cabo de más de un año de estar en Europa, no mejoraba y la niña tenía frecuentes rasgos de rebeldía en su internado. José iba los sábados después del mediodía, para visitarla, y los domingos podía sacarla todo el día a pasear.

Pero si al llegar el sábado la chiquilla había sido amonestada por algo durante la semana, le anunciaba con dureza:

—Hoy no te besaré, hija mía —se ponía el sombrero para marcharse—, y mañana no vendré a buscarte...

Una tarde, en su hotel, leyó en un periódico que las tropas de Bolívar, al mando del mariscal Antonio José de Sucre, habían vencido a los españoles en Ayacucho y la guerra por la independencia de Sudamérica había prácticamente terminado. Se alegró de que la causa a la que había dedicado más de diez años hubiese triunfado, pero también experimentó un sentimiento contradictorio: le dolía que él no hubiese podido completar la obra y que la gloria se la llevasen Bolívar y Sucre.

Se acordó de aquella noche en su finca de La Magdalena, cuando le anunció a Guido que se marchaba de Lima y su amigo le enrostró que los abandonaba y dejaba las cosas sin terminar. Unos días antes, precisamente, Tomás había vuelto a recriminarle en su última carta:

Jamás perdonaré la, retirada de Usted del Perú, y la historia se verá en trabajos para cohonestar este paso. Piense Usted lo que quiera sobre esto, pero tal es y será siempre mi opinión.

No sabía si celebrar o deplorar la noticia, y optó por ir a tomar un café al *Royal*. Como no encontró ningún conocido con quien poder comentar el acontecimiento, se sentó solo en una mesa y sorbió melancólicamente su infusión. Pensaba que el Libertador ya no señoreaba solamente la Gran Colombia (que comprendía además Venezuela, Panamá y Ecuador), sino también el Alto Perú y todo el Bajo Perú, con su bellísima capital de Lima, que él había protegido y gobernado. Sentía un cierto orgullo al comprobar que su predicción de que la emancipación americana era irrevocable se había cumplido, pero también le venía a la mente y lo perturbaba una frase que se atribuía a Bolívar: América —habría dicho Simón tuvo tres Césares, San Martín, O'Higgins e Iturbide, y los tres cayeron por no amar la libertad.

Movió el brazo como para disipar sus pensamientos, pagó la cuenta y se marchó hacia su pensión.

Después de la victoria de Ayacucho, en el Alto Perú se realizó un plebiscito para ver si esos territorios querían permanecer dentro de

las Provincias Unidas del Río de la Plata o preferían constituirse como nación independiente. Decidido esto último y formada Bolivia, el gobernador de Buenos Aires, general Las Heras, decidió enviar como representantes a Potosí, donde se encontraba Bolívar, a Carlos María de Alvear y José Miguel Díaz Vélez, a los efectos de discutir la situación de Tarija y algunos otros puntos en litigio.

San Martín se sintió celoso por esta designación, ya que su antiguo general de confianza estaba dando relevancia a su rival Alvear y lo ponía directamente en contacto con Bolívar, que era la gran figura del momento. Por otro lado, Guido le ratificaba en una carta que había caído en desgracia frente a Bolívar debido a su conocida amistad con San Martín, y esto aumentaba su mortificación. Usando para mencionarse la tercera persona, José se descargaba al escribirle a su amigo Tomás:

Al fin es preciso creer (y sólo porque usted me lo asegura) que todos los hombres que no han empuñado el clarín para, desacreditar al ex general San Martín, han sido perseguidos por el general Bolívar. Digo que es preciso creer porque como he visto tanto, tanto, tanto... de la baja y sucia chismografía que por desgracia, abunda en nuestra América, no había querido dar crédito a varias cartas anónimas que se me habían escrito sobre este particular. Por otra parte, no podía, ni aún ahora puedo concebir el motivo de tan extraña conducta: la emulación no puede entrar en parte, pues los sucesos que yo he obtenido en la guerra de la independencia, son bien subalternos en comparación de los que dicho general ha prestado a la causa general de

América; mas sus mismas cartas (que originales existen en mi poder), hasta mi salida, para Europa me manifiestan una amistad sincero,. Yo no encuentro pueda ser otro el motivo de su queja, que el no haberle vuelto a escribir desde mi salida de América y, francamente, diré a usted que el no haberlo hecho ha sido por un exceso de delicadeza, o llámele usted orgullo, pues teniendo señalada una pensión por el Congreso de Perú, y hallándose él mandando aquel Estado, me persuadí de que el continuar escribiéndole se creería por miras de interés, con tanto más interés si lo hubiera, hecho después de sus últimos triunfos. Si ésta es la causa (pues yo no encuentro otra); digo, y con sentimiento, que una pequeñez de alma no es propia del nombre que se ha adquirido.

Usted tendrá presente que a mi regreso de Guayaquil le dije la opinión que me había formado del general Bolívar, es decir, una ligereza extrema, inconsecuencia en sus principios y una vanidad pueril, pero nunca me ha merecido la de impostor, defecto no propio de un hombre constituido en su rango y elevación. ¡Basta!, pues es demasiado extenderme en un chisme tau asqueroso. En cuanto a que la historia se verá en trabajos para cohonestar ¡ni separación del Perú, yo diré a usted con Lebrum:

En vain par vos travau, vous courez á la gloire. Vous mourrez c'en est fait, tous sentiment éteint. Vous n'êtes ni cheri, ni respecté, ni plaint. La mort eusevelit jusqu'á votre mémoire.

Sin embargo de estos principios y del desprecio que yo puedo tener por la historia, porque conozco que las pasiones del espíritu de partido, la baja adulación y el sórdido interés son en general los agentes que mueven a los escritores, yo no puedo prescindir de que tengo una hija y amigos (aunque bien pocos) a quienes debo satisfacer; por estos objetos y por lo que se llama gloria es que he trabajado dos años en hacer extractos y arreglar documentos, para que acrediten no mi justificación, pero sí los hechos y motivos sobre los que se ha fundado mi conducta en el tiempo que he tenido la desgracia de ser hombre público; sí, amigo, la desgracia, porque estoy convencido de que "serás lo que hay que ser, si no eres nada".

* * * *

Una noticia recibida de Lima lo conmovió vivamente: Monteagudo había sido asesinado a la noche de una puñalada en la espalda, en una calle aledaña a la plazuela de San Juan. Un demorado transeúnte había encontrado su cadáver con anillo en el dedo, diamantes en su pechera y su habitual perfume de agua de colonia mezclado con el olor a sangre fresca.

Luego de su expulsión del Perú, Bernardo había viajado a Quito, donde Manuela Sáenz, la amiga ecuatoriana de Rosa Campusano, colega en la Orden del Sol, se había convertido en amante de Simón Bolívar. Manuela lo había presentado al jefe venezolano y el Libertador se impresionó por su talento y su visión continental y lo hizo su consejero. Luego lo llevó con él a Lima y obligó a los sectores que lo rechazaban a tragarse su presencia en la orgullosa ciudad.

Las versiones sobre las causas del crimen diferían: se hablaba de algún español resentido, de una rivalidad política, de un marido celoso (cerca del sitio del crimen, sobre la calle Belén, Monteagudo solía visitar a la esposa de un coronel) y hasta de un hecho inspirado por el propio Bolívar.

José quedó muy intrigado con el caso: pensaba que no hay asesinato sin motivo y, a la vez, no creía a Simón capaz de tal bajeza, a más de que hubiese podido separar a su colaborador de su lado si su presencia lo molestara.

* * * *

Las Provincias Unidas habían entrado en guerra con el Brasil a causa de las pretensiones de ambos Estados sobre la Banda Oriental del Uruguay. Las Heras nombró a Alvear al frente de las tropas, cuya oficialidad en gran parte había peleado en el ejército de los Andes, y esto también, le cayó mal a San Martín, en su lejana Bruselas.

En carta a Guido, quien acababa de regresar a Buenos Aires desde Lima luego de muchos años de ausencia, se condolía de la preeminencia que había recobrado Alvear:

¿Conque la política de don Carlos no ha variado un ápice de la que desplegó en el tiempo de su directorio y que, además, se le ha confiado el mando de todas las fuerzas del Estado? ¡Gran Dios! ¡Echa una mirada de misericordia, sobre las desgraciadas Provincias Unidas! Sí, amigo mío, toda, la, protección del Ser supremo es necesaria para que no se arrepientan de tal elección.

Debido a la designación de Alvear y al poder que ostentaba Rivadavia, San Martín prefirió no ofrecer sus servicios en la nueva confrontación en que se enrolaron las Provincias Unidas. Tampoco quería prestarse a un nuevo desaire, ya que interpretaba que la suspensión del pago de la pensión de su hija y la falta de respuesta a un pedido de prórroga de su licencia eran formas que el gobierno usaba para humillarlo.

Prefirió viajar nuevamente a tomar sus baños termales en Aix—la—Chapelle, un valle al pie de suaves serranías llenas de pinos y otros árboles altos llenos de follaje, que le resultaban maravillosos y le tonificaban el cuerpo y el espíritu. Se Elissen—brunnen, que acababa de inaugurarse con unas columnas romanas que aludían a la antigüedad de las termas y exhibía unas placas que recordaban que el propio Pipino el Breve, el padre de Carlomagno, se había bañado en el lugar. Al sumergirse íntegro en el piletón, José sentía ampliados los ruidos del agua corriente y le parecía que entraba en un mundo de otra sensibilidad. Cuando ya no podía respirar sacaba la cabeza, la apoyaba en el borde y los vapores sulfurosos lo inundaban, mientras sentía que todo su cuerpo se alargaba y se distendía, hasta el punto de que en algún momento ya no le pertenecía.

La relajación lo llevaba hacia la infancia y evocaba una mañana radiante de Málaga y la tibieza de su casa paterna de la calle de los Pozos Dulces, pero ésta sin tristeza ni depresión sino con la alegría del rostro de su madre. Ni haciendo un esfuerzo lograba recordar sus años de militar en España, la etapa de América ni el tiempo de

Protector del Perú. Su memoria ya no era un tubo que lo llevaba hacia atrás, sino un plano horizontal sobre el agua caliente que le presionaba sobre la piel y le imponía la dicha de una niñez imaginaria.

Al salir se adormecía y, luego de un sueño que le parecía casi eterno, se despertaba desconcertado y tenía que orientarse para advertir que estaba en Aix—la—Chapelle, precisamente en los baños. Solamente lo inquietaba el recuerdo de una frase en latín que su maestro de primeras letras intentaba vanamente enseñarle y que hablaba de un trompo que un niño debía hacer funcionar.

Al día siguiente se levantaba optimista, con las articulaciones renovadas y la piel tersa, aliviado de los malos recuerdos y de los errores que se negaba a admitir, como los cometidos en el Protectorado o su súbita partida del Perú.

No necesitaba su láudano, sino que desayunaba con apetito y salía a caminar hasta la plaza del Mercado, donde miraba indiferente la estatua de Carlomagno. Cruzaba el jardín de plantas de este rey poderoso, donde distinguía la salvia, el orégano, la mejorana, el frentchel y el romero, que imponían sus aromas sobre los residuos de los olores minerales de las aguas termales.

Bajaba luego hasta la plaza de la Catedral, a la que a veces entraba para mirar, hacia el fondo, el sarcófago con los restos de Carlomagno.

Caminando en lentos círculos retornaba al hotel y, luego del almuerzo y la infaltable siesta, un nuevo baño termal le renovaba el

ciclo de combatir la realidad pasada y reemplazarla por la ilusión de las inocencias de la infancia.

* * * *

Al regresar a Bruselas resolvió alquilar una casa de campo a escasas tres cuadras de la ciudad, con tres piezas bien tapizadas y un jardín de más de una manzana. Se instaló allí con su hermano Justo, que había venido desde París, y por las mañanas se ocupaba de las plantas y flores y hacía pequeños trabajos en su taller de carpintería. Salía a pasear por las tardes y por las noches leía los periódicos y algunos "libros alegres".

Los sábados visitaba a Mercedes y la relación entre padre e hija iba mejorando, pues la niña había aceptado su posición y hacía grandes progresos en inglés y en francés. Los domingos salían a pasear y José empezó a enorgullecerse de sus conocimientos en música y dibujo. El general hacía también cabalgatas con amigos chilenos y peruanos y un día de verano llegaron hasta los llanos de Waterloo, donde recorrieron el escenario de la derrota de Bonaparte. José pudo explicar a sus acompañantes los detalles de la batalla y regresó al galope al atardecer, algo melancólico por la mezcla de los recuerdos napoleónicos con sus propias experiencias en América.

El arrendamiento de su vivienda le salía mil francos al año, es decir doscientos pesos. Como recibía cinco mil pesos del alquiler de una de sus casas en Buenos Aires, y además algunos pagos que le enviaba el gobierno del Perú, se sentía "el hombre más poderoso de la tierra", puesto que sus ingresos le sobraban para llevar una vida frugal y sin caprichos.

Pero esta posición de comodidad y alejamiento le valió nuevos rechazos en el Río de la Plata. Guido le sugería desde la distancia que, "aunque no se le pasara por la cabeza volver a América", ofreciera sus servicios para la actual guerra. También le comentaba que la situación del país no era nada lisonjera, porque el Congreso de diputados de las provincias se había reunido en Buenos Aires y había designado a Rivadavia como presidente permanente antes de haber dictado una Constitución. El carácter unitario de la Carta Magna que se gesta —predecía— hace pensar que algunas provincias la rechazarán y entraremos en otra etapa de desorganización.

José recibió esta carta al regresar de una visita a algunas ciudades de Holanda, que le habían gustado mucho pese ~ a los rigores de] nuevo invierno. Se sentó a la noche en su escritorio y se exclamó:

El bosquejo que usted me hace me contrista, aunque no me sorprende, porque usted no debe haberse olvidado las infinitas veces que le he dicho que nuestra gran crisis se experimentaría al concluirse la guerra de guerra de emancipación. Para defender la causa de la independencia no se necesita otra cosa que un orgullo nacional, pero para defender la libertad y sus derechos se necesitan ciudadanos, no de café, sino de instrucción, de elevación del alma, y por consiguiente capaces de sentir el intrínseco, y no arbitrario valor de los bienes que proporciona un gobierno representativo.

Usted más que nadie debe haber conocido mi odio a todo lo que es lujo y distinciones, en fin, a todo lo que es aristocracia. Por

Inclinación y por principios amo el gobierno republicano y nadie lo es más que yo. Pero mi afección particular no me ha impedido ver que este género de gobierno no era realizable en América, sino posando por el alambique de una espantosa anarquía y esto sería lo de menos si se consiguiesen los resultados, pero la experiencia de los siglos nos ha demostrado que sus consecuencias son la tiranía de un déspota.

Acerca de sus proyectos, le decía:

Dentro de dos años, tiempo que creo suficiente para que se disipen los rumores que me adjudican la intención de llevar una monarquía europea a América, y el que creo necesario para afirmar la educación de mi hija, pienso con ella ponerme en marcha para Buenos Aires. Si me dejan tranquilo y gozar de la vida sentaré mi cuartel general un año en la costa del Paraná porque me gusta mucho y otro en Mendoza., hasta que la edad me prive de viajar. Pero si no quieren dejarme gozar del sosiego que apetezco, si no me quieren dejar vivir en tranquilidad venderé lo que tengo y me vendré a morir a un rincón de ésta y les quedará el consuelo a mis enemigos de haber acibarado los últimos días de mi vejez. He aquí fijo e irrevocable el plan que he adoptado y que deseo merezca la aprobación, mi amigo el señor don Tomás.

El ejército de las Provincias Unidas, comandado por Alvear, triunfó en Ituzaingó sobre las tropas del imperio del Brasil. Rivadavia

nombró como representante, para negociar la paz, a Manuel José García, quien se extralimitó en sus funciones y aceptó la virtual entrega de la Banda Oriental al imperio.

El repudio por este acuerdo, y el deterioro del gobierno nacional por el rechazo de algunas provincias a la nueva Constitución, provocaron la renuncia de Rivadavia. Alvear, por su parte, ante la falta de posibilidades para perseguir al enemigo, decidió entregar el mando del ejército al general oriental Juan Antonio Lavalleja.

San Martín se alegró de las caídas de estos dos hombres: "La renuncia de Rivadavia —le escribía satisfecho a Guido—, no me ha causado la menor sorpresa. Por su carácter ridículo y eminentemente orgulloso, no podía menos que hacerse de un crecido número de enemigos."

En relación a Alvear, le comentaba:

Parece que este atolondrado y ambicioso joven fuese una mala estrella que gravita sobre ese país pura darle continuos pesares, pues su carácter inquieto no hará más que continuar sembrando la discordia, apoyado sobre los pillos que lo rodean. No sé si será chisme, pero se me escribe desde ésa que Alvear ha declarado odio eterno a todos los jefes y oficiales que han pertenecido al ejército de los Andes. Esto no me extrañaría, pues como él debe conocer que su ignorancia en la profesión no la puede ocultar a aquéllos, ésta será la razón para no querer tenerlos a su lado.

Guido le respondió que la guerra con el Brasil podría ser un nuevo escenario para sus glorias, dado que Lavalleja no tenía condiciones

para el mando. José se limitó a escribirle al presidente interino, su antiguo amigo Vicente López y Planes, para decirle que su experiencia le había demostrado que el mando sólo proporcionaba sinsabores continuos y, por ello, no lo felicitaba por su elección, aunque sí a la patria por las ventajas que podría reportarle. Sin mayor entusiasmo, le ofrecía también sus servicios para la "justa pero impolítica guerra".

* * * *

Otras razones personales, en cambio, lo movieron a pensar en cambiarse de casa y en realizar un viaje a Buenos Aires. Al llegar hacía tres años a Europa, había colocado diecinueve mil pesos provenientes de sus sueldos peruanos, más seis mil pesos de sus propios ahorros, en fondos del empréstito de Perú. Su intención era vivir con esos intereses, más los cinco mil pesos que recibía del alquiler de una de sus casas en Buenos Aires, pero algunas circunstancias sobrevinientes habían venido a ponerlo en apuros. El Perú, acosado por dificultades políticas y financieras, suspendió el pago de los dividendos de sus bonos. Y el cambio del dinero de las Provincias Unidas, debido a la guerra con Brasil, había caído en Londres desde cincuenta a dieciséis peniques, de modo que la renta de su propiedad se había diluido.

Para colmo, hacía más de un año que no recibía noticias de los administradores de su chacra de Mendoza, de su finca de Santiago de Chile y de sus propiedades en Lima. Parece —les escribió indignado— que ustedes han dejado de existir. Se mudó con su hermano y una criada a una casa en la rue de la Fiancée 1422, con

planta baja y un piso superior, y le escribió a O'Higgins, quien seguía en Lima, para pedirle que gestionara ante el gobierno peruano el cobro de al menos unos cuatro mil pesos, de los treinta y tres mil que le adeudaba por sus pensiones y sueldos atrasados.

* * * *

El general inglés Guillermo Miller, quien después del retiro de San Martín había comandado la caballería patriota del ejército bolivariano en Junín y Ayacucho, había regresado a Europa con dos años de licencia por parte del ejército peruano y fue hasta Bruselas para visitar a su antiguo jefe. Rubio de ojos azules, nariz recta y figura delicada, su cuerpo mostraba los duros signos de la guerra: cicatrices en la cara por una explosión de pólvora cuando preparaba cohetes "Congreve" en el Callao; renguera en una pierna y la mano izquierda inutilizada por un balazo en Chile.

—No puedo olvidar, don José, que usted fue el primer general que me distinguió en América...

—Si yo hubiera tenido seis generales como usted —levantó su mano para interrumpirla— la guerra hubiera terminado dos años antes.

Intercambiaron recuerdos de la campaña de Chile y Perú y conversaron sobre los beneficios de los baños termales de Aix—la—Chapelle, que ambos conocían. Guillermo le informó que tenía la intención de redactar sus Memorias y le dijo que le escribiría desde Londres para solicitarle datos o completar documentación para este cometido. Así lo hizo en los meses siguientes, en los cuales le pidió informes sobre los cargos de haber expoliado a los españoles, la toma del dinero en Ancón por Cochrane o detalles de la batalla de

Chacabuco. José le respondía con detenimiento, aunque le gustaba más acordarse de los episodios bélicos que de las intrigas de poder o las dificultades de gobierno.

Un brote de fiebre escarlatina azotó a la ciudad y atacó a las niñas del pensionado en que estaba Mercedes. La chiquilla, que ya orillaba los once años, fue afectada también por la enfermedad y José pasó varios días muy angustiado, en los que concurrió cotidianamente al colegio. Recién cuando vio de nuevo en pie a su hija recuperó la calma y volvió a atender su correspondencia. Miller le preguntaba en una carta si no era conveniente exponer algo sobre los males que causó la logia de Buenos Aires al intentar atar sus manos cuando era necesario castigar a algunos jefes intrigantes, pero San Martín lo pensó un tiempo y luego respondió categóricamente:

No creo conveniente hable usted lo más mínimo de la logia, de Buenos Aires: éstos son asuntos enteramente privados y que aunque han tenido y tienen una gran influencia, en los acaecimientos de la revolución de aquella parte de América, no podrán manifestarse sin faltar por mi parte a los más sagrados compromisos.

Su antiguo edecán, el irlandés Juan O'Brien, lo visitó por dos días en su casa y, como en el caso de Miller, recordaron las anécdotas de los tiempos de guerra, en los que su subordinado no sólo se había distinguido en los campos de batalla sino también por su afición a las mujeres.

Partió para Aix—la—Chapelle, pero la humedad ambiente y los movimientos del carruaje le provocaron un intenso dolor ~ reumático en un brazo, que se le hinchó marcadamente, y debió detenerse en Lieja para descansar en un hotel. Siguió viaje a los pocos días y los baños volvieron a sentarle maravillosamente, pese a que la humedad no disminuía. Regresó contento a Bruselas, donde retiró a Mercedes de su internado, que cerraba por las vacaciones de verano, y la tuvo en su casa durante esa temporada. Ambos disfrutaron de esos dos meses juntos, pues las relaciones habían mejorado notablemente: la chiquilla se había acostumbrado a su riguroso régimen de vida y casi no extrañaba la casa de su abuela en Buenos Aires, y el padre estaba cada día más orgulloso de sus progresos en idiomas, música y pintura.

Al llegar el invierno salió para Amberes, y desde allí siguió hacia el sur hasta Marsella. Luego fue hasta Tolón, donde hacía varias décadas había podido saludar en el puerto a su admirado Napoleón Bonaparte. Le encantó el Mediodía francés, con sus campiñas y soles espectaculares y marchó de nuevo hacia el norte y conoció Nimes, Toulouse, Burdeos y Tours. Después llegó a París, donde lo deslumbraron sus bulevares, sus parques, sus museos, sus teatros y sus confiterías.

Partió de regreso a Bruselas sin enterarse de que un documento confidencial del Ministerio del Interior francés informaba que en su viaje por ese país "el general José de San Martín, antiguo jefe del ejército republicano de Chile, no ha dado lugar a ninguna observación interesante". Puntualizaba también que "se le

representa como un hombre de un carácter impetuoso, una concepción viva y un coraje brillante, pero dominado por el amor al placer y la sed de riquezas. La conducta que él ha tenido en Lima le ha hecho perder la estima y la confianza de los americanos".

Con los primeros calores volvió a Aix—la—Chapelle y, al aproximarse los nuevos rigores del invierno, se despidió de su hija, cruzó el canal de la Mancha y siguió hasta Londres. De allí pasó a Canterbury, donde se hospedó en la casa de Miller y disfrutó con su compañía y la de sus familiares. Visitó también a Lord Fife y, al enterarse de que se había firmado la paz entre las Provincias Unidas y el Brasil y no había ya trabas para la navegación por el Atlántico, marchó hacia Falmouth, Countess of Chichester. Cuando el empleado de la compañía marítima le preguntó su nombre, pensó un momento y luego se encubrió:

—José Matorras —respondió secamente.

Capítulo XXII

El reposo del guerrero

(1829—1833)

Durante los días que permaneció en la rada de Buenos Aires sin desembarcar, José se acordó de sus años de campaña y de los oficiales que lo habían acompañado en el ejército de los Andes, muchos de los cuales eran ahora importantes hombres de la política. Recordaba al nuevo gobernador, Juan Lavalle, como a un capitán joven y valiente, pero sin la cabeza necesaria para un puesto de esa responsabilidad.

El ministro de gobierno, José Miguel Díaz Vélez, había sido también su subordinado. Al dejar hacía cinco años la ciudad de Buenos Aires para partir hacia Europa, San Martín había encargado que le entregaran un potro de su finca de Mendoza. Ahora, al pedirle su pasaporte para regresar a Montevideo, le había preguntado si había recibido el caballo, y la respuesta de Díaz Vélez parecía demostrar que estaba molesto por la actitud del general de no querer bajar a tierra: "Aún existe en mi poder la orden para la entrega del potro; Chilavert se encargó de remitirla; pero la cosa quedó así, como siempre sucede en todas las suyas".

José se incomodó por el incumplimiento de su instrucción y se alegró cuando, a los cuatro días de haber fondeado en las balizas, el *Countess of Chichester* hizo la vela para regresar a Montevideo.

Al entrar al puerto en un día soleado, advirtió que las aguas estaban grisáceas y que el cerrito que precedía a la ciudad estaba cubierto

por una vegetación rala pero colorida. Al fondo se veían las torres de las iglesias y algunas azoteas y miradores rodeados por barandas.

Se alojó en una casa de pensión sobre la Plaza Matriz, que tenía confitería y café en la planta baja. Hasta allí vino a cumplimentarlo un edecán del general José Rondeau, quien había sido designado provisoriamente al frente del Poder Ejecutivo del flamante Estado nacional uruguayo, hasta que la Convención Constituyente, que estaba reunida en una casa de las afueras, en el sitio de La Aguada, terminase su cometido.

También vinieron a saludarlo varios camaradas que habían servido con él en el ejército de los Andes, a quienes denominaba como "mis muchachos", y el capitán de la fragata francesa *Aréthusa*, que se encontraba en ese momento en el puerto. Un miembro de la Corte de Justicia lo agasajó con una reunión en su casa, durante la cual el poeta Francisco Acuña de Figueroa leyó un poema en su honor, y asistió a varios saraos en las residencias de familias de la ciudad.

Se mudó después a la quinta del Saladero, de propiedad de un amigo, donde se sintió más cómodo y disponía de criados y un coche para realizar sus traslados. Invitado por Rondeau y el ministro de Guerra, un antiguo subordinado, marchó un par de veces hasta La Aguada, donde asistió en su capilla a las sesiones de la Convención.

Envió un poder a su amigo Gregorio Gómez, para que administrara en su nombre los asuntos económicos que tenía en Buenos Aires y en Mendoza y cobrara la pensión de su hija, y le pidió que le enviara

parte de la documentación que había dejado allí en su última estadía.

Dos emisarios de Lavalle lo visitaron en su casa, para entregarle un escrito en el que le ofrecía que asumiera el comando de las fuerzas de Buenos Aires e intentara un arreglo con las provincias que no habían aceptado la ejecución de Dorrego y procuraban la restauración de un gobierno federal. José leyó la misiva y los escuchó con amabilidad, pero fue terminante en su negativa. Antes de que se retiraran, les entregó una carta de respuesta:

Sin otro derecho que el de haber sido su compañero de armas, permítame General que le haga llegar la, siguiente reflexión: una sola víctima que pueda ahorrar le servirá de consuelo inalterable, sea cual sea el resultado de la contienda en que se halle usted empeñado.

Su amigo Tomás Guido le había escrito para pedirle que le explicara por qué no había desembarcado en Buenos Aires y preguntarle si estaba dispuesto a ir al Perú, que estaba a punto de entrar en guerra con Colombia para liberarse de la tutela de Bolívar.

Antes de partir de regreso a Bruselas, tomó la pluma y le contestó:

Las agitaciones de diecinueve años de ensayos en busca de urca libertad que no ha existido hacen clamar por un gobierno vigoroso y en una palabra militar; porque el que se ahoga no repara en qué se agarra.

La opinión presenta este candidato: él es el general San Martín. Ahora bien, partiendo de que es necesario que desaparezca, uno

de los partidos contendientes, por ser incompatible la presencia de ambos con la tranquilidad pública, ¿será posible sea yo el escogido para ser el verdugo de mis conciudadanos, y cual otro Sila cubra mi patria de proscripciones? No, jamás, Jamás. Mil veces preferiría correr y envolverme en los males que la amenazan que ser yo el instrumento de tamaños horrores. Mi amigo, veamos claro: la situación en nuestro país es tal que al hombre que lo mande no le queda otra alternativa que la de apoyarse sobre una facción o renunciar al mando. Esto último es lo que hago.

Es preciso convenir que mi presencia en el país en estas circunstancias no sería útil y por eso he resuelto lo siguiente: he realizado cinco mil pesos en metálico con el sacrificio que usted puede ver con el cambio del día. Con ellos y con lo que reditúe mi posesión pienso pasar al lado de mi hija los dos años que necesita para concluir su educación. Finalizado ese tiempo, regresaré en su compañía al país.

No he querido hablar una sola palabra sobre mi espantosa aversión a todo mando—político. Por otra parte, ¿cree usted que tan fácilmente se hayan borrado de ¡ni memoria los horrorosos títulos de ladrón y ambicioso con que tan gratuitamente me han favorecido los pueblos que en unión de mis compañeros de armas hemos libertado?

Si se me llamase al Perú volaría en su auxilio porque la guerra que sostiene es justa. Si me llaman, partiré del punto en que me

halla y será usted el primero a quien se lo avise por si quisiese volver a sufrir nuevas pellejerías.

Al cabo de dos meses de permanecer en Montevideo, José se embarcó de nuevo en el *Countess of Chichester* y partió para Europa. Tenía ganas de retornar a su casa de Bruselas y volver a ver a su hija, pero lo abrumaba una angustia indefinible cuyo origen no alcanzaba a comprender.

Al arribar a Falmouth tomó una de las diligencias de la mensajería para llegar a Londres, pero en una de las curvas del camino el carruaje volcó y los vidrios le hicieron una herida profunda en el brazo izquierdo. Fue atendido con esmero, pero los dolores de la lesión le recordaron el asalto que había sufrido en España hacía tantos años.

Se quedó unos días en Londres y luego fue hacia Bruselas, a reencontrarse con su hija. El invierno llegó con mucha crudeza y, debido al frío y a los dolores en el brazo, no tenía muchas ganas de salir de su casa, donde contó con el apoyo espiritual y material de Mercedes, hecha ya una niña de catorce años. Empezó nuevamente a pensar en trasladarse a París y logró que se le concediera pasaporte. Pasó un par de meses en la capital francesa y el buen tiempo, los bulevares flanqueados por cafés llenos de parroquianos, las funciones de teatro y las múltiples actividades culturales, lo convencieron de que ésa era la ciudad ideal para vivir.

Al volver a Bruselas, se enteró de que el general Antonio Gutiérrez de la Fuente, a quien él había enviado a las Provincias Unidas como

emisario cuando era Protector, había sido designado como nuevo presidente del Perú. Resolvió escribirle, pero le aclaró que no lo felicitaba, porque su experiencia le había enseñado que los cargos públicos no proporcionan otra cosa que amarguras".

Usted tendrá presente —le recordaba— que a su, regreso del Río de la Plata no tenía usted en Santiago fondos para regresar al Perú, y yo entonces llamé a don Felipe del Solar y bajo garantía de mi firma le hice entregar mil pesos. Yo satisfice esa suma a Solar, pero hasta fines de 1828 el gobierno del Perú no había, verificado este pago, por lo que me permito solicitar se cumpla con el mismo a mí amigo y apoderado el general O'Higgins, dado que con ello me hará un señalado servicio.

Guido le escribía desde Buenos Aires y le comentaba que la provincia había entrado en conversaciones con el Vaticano para resolver el tema de la designación de los obispos. En su respuesta, José mostró su filosofía y algunos rasgos de humor:

¡Negociaciones con Roma! Remitan un millón de pesos y conseguirán lo que quieran.

Yo soy ya viejo para militar y hasta, se me ha olvidado el oficio de destruir a mis semejantes. Por otra parte, tengo una pacotilla (y no pequeña) de pecados mortales cometidos y por cometer. Aun más, usted sabe mi profundo saber en latín. Por consiguiente, esta ocasión me vendría de perillas para calzarme el Obispado de Buenos Aires y por este medio no solamente redimiría todas mis culpas sino que, aunque viejo, despacharía a

las penitentas con la, misma caridad cristiana como lo hacía el casto y virtuoso cura Navarro, nuestro capellán de feliz memoria. Manos a la obra, mi buen amigo. Yo suministraré gratis a sus hijos el Sacramento de la Confirmación, sin contar las oraciones por su alma que no escasearán.

La sola objeción que podrá oponerse para esta mamada es la de mi profesión. Pero los santos más famosos del almanaque, ¿no han sido militares? Un San Pablo, un San Martín, ¿no fueron soldados como yo y repartieron sendas cuchilladas sin que esto fuese un obstáculo para encasquetarse la mitra? Basta de ejemplos y admita la bendición de su nuevo prelado

San Martín

Poco después, encontraba otros motivos para emigrar de Bruselas. Durante la función de *La muda de Portici* en el Teatro de la Moneda, a tres cuadras de la casa de San Martín, el público salió en manifestación para pedir la independencia de los belgas, es decir, de la provincia de Brabante, en relación con el reino de los Países Bajos, que era una confederación de Estados integrada también por los territorios de Holanda, Flandes, Amberes y el ducado de Luxemburgo, entre otros.

Los patriotas se dirigieron al diario *Le National*, a metros de la casa del general sudamericano, asaltaron su local, y luego fueron hasta la casa del burgomaestre y constituyeron una junta de gobierno, la que se propuso viajar a La Haya para plantear sus reclamos al rey Guillermo I.

Viendo la inminencia de la guerra civil, con la inevitable secuela de saqueos e incendios, José quiso librar a su hija y a él mismo de las conmociones de una confrontación. Además, el cólera morbo se cernía sobre el norte de Europa y los cordones sanitarios no impedían la extensión de la epidemia, que ya se aproximaba a Bruselas. Partió a hacer una temporada de baños en Aix—la—Chapelle y, al regreso, recogió a su hija y marchó en coche hacia París, donde se instaló en una residencia de la rue de Provence.

Se sintió cómodo en la capital francesa —centro universal de vida política y cultural— y la presencia de su hija en la casa le hizo sentir una calidez que nunca había percibido en sus cincuenta y dos años de vida. Trató de aislarse de las noticias que venían de América y que sólo le hablaban de guerra civil en las Provincias Unidas del Río de la Plata y conmociones permanentes en el Perú, para realizar algunos paseos con Mercedes y asistir a tertulias en las que se pudiera hablar de música, pintura o literatura. Pero la mayoría de sus relaciones eran de origen americano y los temas del continente siempre terminaban por aflorar. Una circunstancia económica —una vez más— lo llevó a volver los ojos sobre Buenos Aires: el apoderado que cobraba en esa ciudad los alquileres de sus propiedades se había presentado en quiebra y lo había perjudicado en más de tres mil pesos.

Le escribió entonces a su amigo Mariano Álvarez, quien había sido presidente del Congreso peruano, para pedirle que gestionara en Lima el cobro de por lo menos cuatro mil pesos de los nueve mil anuales que tenía fijados como pensión, y que se los remitiera. Las

gestiones de Álvarez, quien fue apoyado por O'Higgins, dieron algún resultado, pues se le enviaron tres mil pesos a través de la casa Baring Brothers de Londres y se resolvió poner la pensión del ex Protector dentro del presupuesto anual del Perú, pero reduciéndola a la mitad.

San Martín se alegró de todos modos, pues pensaba que la medida iba a regularizar los pagos y lo liberaría de sobresaltos en su situación financiera. "Esto hará mi situación muy feliz —le escribió a Bernardo— y hasta el remanente de treinta y siete mil pesos que se me deben los olvidaría si se continúa pagándome en proporción a los demás empleados".

Como había recibido el rumor de que O'Higgins estaba a punto de regresar a Santiago de Chile, le manifestaba su extrañeza:

¿Cómo podría usted mirar con indiferencia a tantos malvados y desagradecidos que se le presentarían a cada momento y cuya vista no podría menos que exaltar su bilis hasta el último grado? Sí, mi amigo. Esto es lo que más temo yo de regresar a mi patria, a pesar de mi resolución de irme al siguiente día a sepultarme en mi chacra de Mendoza hasta que la guerra civil que ha desolado a la provincia de Cuyo haya cesado; esto en el caso de que haya quedado algo de mi chacra, pues según mi mayordomo ha sido saqueada y él ha sido obligado a emigrar a Chile. A la verdad, cuando uno piensa que tanta sangre y sacrificios no han sido empleados sino para perpetuar el desorden y la anarquía, se llena el alma del más cruel desconsuelo.

A la llegada del invierno, José resolvió alquilar una casa de campo en las afueras del cercano pueblo de Montmorency, al norte de París, con el objeto de escapar a la epidemia de cólera que hacía su entrada ya en la capital y cuyos estragos él conocía bien por su experiencia de juventud en Cádiz. En aquella antigua ocasión O'Higgins había estado también cerca de la enfermedad y, por eso, el chileno le recordaba aquellos sucesos y le escribía: "sirvan pues estos recuerdos a un general tan diestro como usted, mi querido compañero, para no permitir que un enemigo tan fiero como rápido invada sus flancos y corte su retirada".

Lamentablemente, la maniobra de alejamiento no dio el resultado esperado, pues el cólera morbo asistió igualmente a la cita en Montmorency y afectó a Mercedes. El día antes había llegado de visita a la casa desde Londres, donde se desempeñaba como empleado en la legación de las Provincias Unidas del Río de la Plata, el joven Mariano Balcarce, hijo del general Antonio González Balcarce, con quien José pudo compartir la angustia que sentía por el estado de su hija. A los tres días, el general empezó a experimentar los mismos síntomas, y Mariano y una criada tuvieron que arreglárselas para asistir a los dos enfermos. Al cabo de cuatro semanas Mercedes fue restableciéndose, pero el mal estado de José duró varios meses pues se complicó con algunas secuelas intestinales. Dentro de la debilidad en que se encontraba, el general fue percibiendo que la relación entre su hija y Balcarce había dejado de ser la de una niña enferma con un buen samaritano, para convertirse en un romance que no podía ocultarse.

Mariano regresó a Londres y, en el otoño, José dejó la casa de Montmorency y resolvió partir a Aix, pero esta vez en Saboya, para tomar baños minerales y restablecerse. A su vuelta a París, Balcarce le pidió la mano de Mercedes y el general se la otorgó de buen grado, pero también con algo de emotividad pues desde su llegada a Francia, hacía dos años, se había acostumbrado a gozar con la cercanía del calor de su hija. Le escribió a la madre de Mariano, Dominga Bouchard viuda de Balcarce, para decirle que estaba satisfecho de que Mercedes se casara con el hijo de un militar que había servido a la independencia de la patria y que él había educado a Mercedes no para que fuera una dama de gran tono, sino una tierna madre y buena esposa.

Hacía ya frío en París cuando la joven de dieciséis años y su novio de veinticuatro se casaban en presencia de un selecto grupo de amistades. Los testigos de la ceremonia fueron el coronel peruano Juan Manuel Iturregui y el embajador de Chile, José Joaquín Pérez. Para celebrar la boda, San Martín invitó a los presentes a un agasajo en el restaurante Chez Grignon, uno de los más conocidos de la ciudad, donde disfrutó de la reunión pero terminó muy cansado por las emociones de la jornada.

A los pocos días, José acompañaba a Mercedes y Mariano hasta la estación de las mensajerías, donde el flamante matrimonio partía hacia El Havre para tomar el vapor hacia Buenos Aires. Cuando el coche arrancó y los jóvenes lo saludaron desde la ventanilla, el general sintió que algo se rompía en su corazón y recién en ese momento se le hizo patente que el casamiento de su hija significaba

una pérdida. Tuvo que sentarse en una mesa de café para recuperarse y, luego de un rato, regresó apesadumbrado a su residencia.

Las primeras semanas se sintió muy solo y decidió seguir trabajando en el ordenamiento de los papeles que había traído en su último viaje desde Buenos Aires: su correspondencia como jefe militar y Protector con los gobiernos independientes de América; periódicos de Buenos Aires, Santiago y Lima entre 1812 y 1822; cartas entre los generales realistas y los virreyes de Lima; órdenes secretas del gobierno español y documentos originales de la Inquisición de Lima.

También asistía a funciones de teatro y reuniones sociales, tratando de mitigar el aislamiento.

Se alegró al saber, con bastante retraso, que sus hijos habían llegado bien a Buenos Aires, salvo una indisposición de Mercedes por el largo viaje. José se preguntó si su niña no podría estar embarazada y, al poco tiempo, le confirmaron su presentimiento. En los próximos meses fue recibiendo otras buenas nuevas desde el Río de la Plata: un tío de Mariano, Juan Ramón Balcarce, había sido designado gobernador de Buenos Aires, y el sobrino había sido nombrado secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores.

En cumplimiento de instrucciones que le había dado José, Mariano había cobrado un importante crédito hipotecario a favor de su suegro, que había sido constituido sobre una estancia; y había logrado que el gobierno de Buenos Aires reconociera tener una deuda impaga con San Martín por sueldos atrasados, aunque con la

aclaración de que durante ese año no podría liquidársela por no estar en el presupuesto. También había viajado a Mendoza a ver la chacra, la que afortunadamente no había sufrido otros daños que la pérdida de algún ganado, y se había ocupado de gestionar los alquileres pendientes en Buenos Aires, Mendoza y Santiago

Pese a las buenas noticias, el ánimo de José no mejoraba demasiado y una estadía en los baños de Aix le renovó trastornos nerviosos, con algunos accesos de intemperancia. Fue a visitar a un médico, quien le aconsejó que pasara una temporada en Dieppe, una ciudad balnearia francesa ubicada sobre el canal de la Mancha, con la idea de que respirar el aire de la costa y eventualmente tomar algunos baños de mar iba a mejorarlo sustancialmente.

Disfrutó del ambiente del puerto, bien resguardado por unas serranías calizas, visitó la iglesia de San Jacques, y se conmovió al recibir la buena nueva de que había sido abuelo de una bella bebita a la que habían bautizado como María Mercedes, con el padrinzago de Mariano Moreno (hijo del secretario de la Primera Junta) y de su bisabuela Tomasa de la Quintana de Escalada. Evocó los ya lejanos días del nacimiento de su hija, en Mendoza, y se acordaba de que el hecho le había renovado las fuerzas y el entusiasmo para trabajar en la organización del ejército de los Andes. Ahora, en cambio, el abuelazgo lo había dejado muy sensible y casi anonadado, de modo que no tenía ni ganas de caminar hasta la rambla y se quedaba melancólico en la sala del hotel.

Regresó a París con el mismo estado de ánimo y tenía ganas de volver al Río de la Plata para reunirse con sus hijos y conocer a su

nieta, pero la sola posibilidad de tener que encontrarse con quienes habían sido sus detractores le "exaltaba la bilis" y la idea se disipaba en el acto.

Caminaba una mañana por la rue Rivoli y se cruzó con un hombre elegante cuyo rostro le resultó familiar:

El transeúnte lo miró fijo y le expresó: —¡San Martín!

José lo reconoció entonces y le contestó con alegría:

—¡Aguado!

Los dos antiguos camaradas se abrazaron con afecto y se interrogaron sobre sus respectivas vidas, pues hacía más de veinte años que no se veían. Cada uno, sin embargo, había seguido por referencias la vida del otro.

Nieto de un comerciante sevillano de origen judío sefardí que se había ennoblecido (se decía que el apellido Aguado hacía mención al bautismo), Alejandro María de Aguado había desertado del ejército español que defendía los derechos de Fernando VII y se había incorporado a las tropas del rey José Bonaparte. Tras la debacle napoleónica había estado detenido en Burdeos y luego se había trasladado a París, donde se dedicó al comercio de aceite de oliva, naranjas y otros productos andaluces. Consagrado luego a las finanzas, había llegado a gozar de un enorme crédito y a amasar una gran fortuna. En una oportunidad en que Francia e Inglaterra exigieron cobros de deudas a Fernando VII bajo pena de invasión, Aguado había gestionado un crédito de quinientos mil pesos para el tesoro español y se convirtió en el agente financiero de la monarquía española. En retribución, además del cobro de las comisiones que

le correspondían como financista, Fernando VII lo había honrado con la designación de Marqués de las Marismas del Guadalquivir, pues el empresario había intentado también disecar pantanos en Andalucía. Alguna prensa madrileña y parisina había manifestado sorpresa y criticó duramente el favorable tratamiento que el monarca español otorgaba a quien antes lo había traicionado. Para contrarrestar esos ataques y neutralizar las envidias que lo acosaban por su enorme y rápido enriquecimiento, Aguado editaba su propio periódico de la tarde, el *Messenger des Chambres*.

Alejandro lo invitó a almorzar en un elegante restaurante de la place Vendome y le pidió que al día siguiente, por la tarde, pasara por su casa del número 6 de la rue de Grange Bateliere.

José se deslumbró por la suntuosidad de la mansión de su amigo, que tenía un gran patio de entrada y cuyos amplios jardines se prolongaban sobre las calles adyacentes. Las dos alas del elegante edificio daban sobre un jardín interior, con violetas y pensamientos enmarcados por ligustros y paredes con "trilage". Después de una generosa cena en la que le presentó a su esposa Carmen Victoria y a sus tres hijos varones, Alejandro lo llevó por las salas de la residencia para mostrarle las pinturas que había atesorado. El general se maravilló al contemplar obras del Tiziano, Leonardo Da Vinci, Rafael Sanzio, el Tintoretto, Zurbarán, Rembrandt, Van Dyck, Diego Velázquez, el Greco, Murillo, Chardin, Fragonard, Boucher, el contemporáneo Eugenio Delacroix y muchos otros artistas que no conocía pero que le parecieron excelentes.

—¡Hombre —San Martín encendió un cigarro e hizo girar su brazo en redondo—, se ve que has hecho una fortuna para tener todo esto...!

¡Cuando uno no ha libertado a medió continente —bromeó el marqués se le puede perdonar el ser banquero...!

Capítulo XXIII

Propietario en París (1833—1839)

José empezó a visitar casi todos los días la casa de Alejandro y encontró en esa residencia la calidez que le faltaba desde la partida de Mercedes y Mariano. Unido espiritualmente al marqués por un pasado común de conflictos de lealtades, fue considerado de inmediato como un amigo de la familia y concurría a las funciones de ópera con Aguado, quien era uno de los empresarios del teatro de arte lírico y había regalado a una bailarina clásica la residencia conocida como el Hotel Imperio, en la vecina rue Taitbout.

Mecenas de las artes y las ciencias, el financista recibía a sus amigos intelectuales todos los jueves a la hora del almuerzo. El escritor Honorato de Balzac y el compositor Joaquín Rossini alternaban en el florido comedor con periodistas bohemios y artistas románticos de menguados recursos, y se trenzaban en largas y apasionantes discusiones sobre temas artísticos o políticos, regadas siempre con buenos vinos, brandy y cigarros, las que interesaban siempre a San Martín, a quien algunos comensales calificaban como el pintoresco "general Péruvien".

Los viernes a la noche un grupo más reducido compartía el palco *avant scène* de Alejandro en la ópera. Balzac solía estar entre ellos y José disfrutaba con los estrenos y la buena compañía.

El rey de Francia había agraciado a Aguado con la Legión de Honor, le había otorgado la ciudadanía francesa y lo había designado

intendente de Evry, una localidad ubicada a veinticinco kilómetros de París, donde el banquero español había comprado el palacio de Petit Bourg, una famosa propiedad que había sido frecuentada en su época por el propio Luis XIV.

Alejandro lo invitó a pasar allí una temporada y José quedó fascinado por el encanto del lugar, ubicado entre las barrancas del Sena y el camino a Fontainebleau, y la magnificencia del enorme palacio renacentista, al que le habían agregado dos alas y un frontis neoclásico. Tenía decenas de salas y habitaciones y el anfitrión le explicó que Luis XVI también había vivido en la propiedad y que Napoleón Bonaparte había negociado en ese mismo edificio sus dos abdicaciones al poder, evocación que provocó algo de melancolía en San Martín, al relacionarla calladamente con su abandono del Perú como Protector.

El dueño de casa lo llevó a visitar un puente que había hecho construir sobre el Sena y una escuela para niños, que había sido inaugurada con la presencia de Rossini, quien había escrito una cantata para seis voces y piano con motivo del bautismo del segundo hijo del financista. El músico italiano había compuesto también en el palacio su último éxito, la ópera *Guillermo Tell*, y Aguado había bautizado con el nombre de sus óperas las calles del parque, que había agrandado y enriquecido con nuevos árboles y jardines. A la sombra de castaños y tilos, el marqués había construido un pabellón que llamaba "del arte", en el que se recluía para dedicarse a la pintura sobre caballete. El general sintió envidia

de este sitio tan íntimo y recoleto, realizado por la magnificencia del entorno, y pasó unos días de calma y felicidad.

En París continuó con el mismo estado de ánimo, pero cada vez que recibía cartas del Río de la Plata en que le comentaban la guerra civil entre unitarios y federales y, simultáneamente, le sugerían que volviera, perdía el buen humor y muchas veces se indignaba. Al escribirle a Guido, se descargaba:

En veinticuatro años de experiencia las teorías no han producido más que calamidades. Los hombres no viven de ilusiones, sino de hechos. ¿Qué me importa que se me repita que vivo en un país de Libertad, si por el contrario se me oprime? ¡Libertad! Désela usted a un niño de dos años para que se entretenga con un estuche de navajas de afeitar y usted me contará los resultados. ¡Libertad! Para que un hombre de honor sea atacado por una prensa licenciosa, sin que haya, leyes que lo protejan y si existen se hagan ilusorias. ¡Libertad! Para que si me dedico a cualquier género de industria, venga una revolución que me destruya el trabajo de muchos años y la esperanza de dejar un bocado de pan a mis hijos. ¡Libertad! Para que se me cargue de contribuciones a fin de pagar los inmensos gastos originados porque a cuatro ambiciosos se les antoja por vía de especulación hacer una revolución y quedar impunes. ¡Libertad! Para que sacrifique a mis hijos en disensiones y guerras civiles. ¡Libertad! Para verme expatriado sin forma de juicio y tal vez por una mera divergencia de opinión. ¡Libertad! Para que el dolo y la mala fe encuentren una completa impunidad como lo comprueban las

quiebras fraudulentas acaecidas en ésta. ¡Maldita sea la libertad! No será el hijo de mi madre el que vaya a gozar de los beneficios que ella proporciona hasta que no vea establecido un gobierno que los demagogos llamen tirano y me proteja contra los bienes que me brinda la actual libertad.

Tal vez dirá usted que esta carta está escrita de un humor bien soldadesco. Usted tendrá razón, pero convenga que a los 55 años no puede uno admitir de buena fe que se le quiera dar gato por liebre.

No hay una sola vez que escriba sobre nuestro país que no sufra una irritación. Dejemos este asunto y concluyo diciendo que el hombre que establezca el orden en nuestra patria, sean cuales sean los medios que para ello emplee, es el solo que merecerá el Noble título de su libertador.

Al llegar la primavera, Aguado le avisó que una *petite maison* próxima a su palacio de Petit Bourg estaba en venta y le sugirió comprarla. Fueron juntos a verla y José, que ya estaba enamorado del lugar, se entusiasmó de inmediato: sobre una hectárea de terreno protegido por un muro, la casa tenía planta baja, dos pisos y techo de pizarra. En la planta baja estaban el salón, el comedor y la cocina, mientras en el primer piso había cinco habitaciones y tres más en el segundo, además de los cuartos de servicio y el granero. Tenía también cochera y caballeriza, un pozo con brocal, una pequeña capilla y dependencias para el jardinero.

San Martín pagó con gusto los trece mil quinientos francos que le pidieron como precio (el sitio se llamaba paradójicamente Grand Bourg) y tomó posesión a la brevedad, con el objetivo de mejorar el jardín, construir un baño en la planta baja y armar una bodega.

Aunque su residencia principal seguía estando en París, estaba feliz de tener una casa de campaña o *maison secondaire*, como decían los franceses, y poder gozar de la compañía de Aguado y su familia tanto en el campo como en la ciudad. Pasó allí todo el verano y, al llegar el otoño, se sintió afectado por un chisme político que había circulado en los ambientes diplomáticos sudamericanos, que aseguraba que San Martín había viajado en secreto a España para negociar el reconocimiento de la independencia de las antiguas colonias, a cambio del establecimiento de monarquías. Le pareció que la versión entrañaba una acusación de traición y, enterado de que— quien la había difundido era el ministro plenipotenciario (le las Provincias Unidas en Londres, Manuel Moreno (hermano de Mariano, secretario de la Primera Junta), le envió una carta para expresarle su indignación.

Los once años de un ostracismo voluntario de mi patria me daban derecho a esperar que mi nombre no fuese tachado con una impostura tan grosera como infamante. Usted ha dado por sentado que el virtuoso y ya difunto rey de las Españas y en otro tiempo de las Indias, y en su ausencia a la eternidad su cara esposa en nombre de su hijita, me ha dado el paternal perdón por mis pequeñas travesuras cometidas en América entre los años 1812 y 1823. Y usted ha calculado que el general San,

Martín es un vil intrigante, que se proponía, hacer valer ante el gobierno español su pretendida influencia en las nuevas repúblicas de América y por este decoroso medio sacar algún partido pecuniario o bien un empleo de ayuda de cámara de su Majestad. Su conducta no puede calificarse más que de dos modos: o es usted un malvado consumado o ha perdido enteramente el juicio.

Suspendió un viaje para tomar baños a Aix—la—Chapelle previendo que Moreno podría retarlo a duelo, pero en cambio recibió una carta con explicaciones del embajador. José, más calmado, dejó allí el asunto y desistió de su propósito inicial de viajar hasta Londres para "darle una tollina de palos" al supuesto autor de los rumores.

Encantado con su finca de Grand Bourg, pasaba allí la mayor parte del tiempo y sólo volvía a París en las semanas del más crudo invierno o cuando tenía actividades especiales. Los Aguado iban a su Palacio dos meses en el verano y había entonces intensa actividad social y artística, de la que José usualmente participaba. Los domingos venían a pasar el día los artistas y funcionarios de la ópera y la jornada se llenaba de arte y animación. No faltaban mujeres del ambiente sudamericano que halagaban y se insinuaban ante el retirado general. José las dejaba avanzar y algunas veces se daba algunos gustos, pero no se sentía con ánimo como para comprometerse en una relación estable. Solía hacer paseos a pie o a caballo con Alejandro por los alrededores, en los que disfrutaban hablando de los viejos tiempos o discutiendo sobre ópera o pintura.

Joaquín Rossini, quien se había casado con una mujer española, solía permanecer como huésped del marqués varias semanas y al general le agradaba conversar con él, pese a que el compositor se encontraba en un momento anímico turbulento e inestable y sus arranques temperamentales solían ser furibundos. Una tarde, mientras caminaban por el parque, el músico le confió que, durante el último viaje que habían efectuado a España con Aguado, en el que el exquisito financista había llevado una "bañera calorífera" y su cocinero francés, se había comprometido con un ministro y sacerdote español a escribir un *Stabat Mater*, en homenaje a la Virgen María, pero sólo había podido componer la primera parte. Luego de un largo silencio, el general reflexionó:

—Pues yo, don Joaquín, no me arrepiento de nada de lo que hice, pero sí de las cosas que he dejado de hacer...

A los pocos días, José se enteró con satisfacción de que el músico estaba encerrado en su estancia y había vuelto a componer.

Cuando los Aguado dejaban Petit Bourg, la vida de San Martín era más metódica y absolutamente tranquila. Se levantaba al alba y, luego de beber su láudano, pasaba al comedor donde tomaba té o café, pero no en taza sino en mate y con bombilla de caña. Luego se dedicaba a picar tabaco sobre una tabla especial, que luego fumaba en las pipas que coleccionaba o armaba con chalas, es decir con hojas de maíz. Le gustaba limpiar personalmente las armas que poseía, tarea que él denominaba "trapichear", y a veces trabajaba en su pequeño taller de carpintería, en el que tenía un buen equipo de herramientas. Había traído un perro choco que su admiradora le

había regalado en Guayaquil, al que había entrenado para que simulase caer fusilado cuando su dueño le apuntaba con el bastón. José le ordenaba luego levantarse y el amo y el can parecían disfrutar juntos de esta habilidad.

Después del almuerzo, habitualmente carne asada con un buen vino, dormía un rato la siesta. Luego se vestía con su levita azul y salía a cabalgar por los alrededores. Tomaba el camino que, rodeado de empalizadas, descendía hacia el Sena, y el olor a resinas de pino y la humedad que brotaba debajo de los tilos y las araucarias le hinchaban el pecho y lo llenaban de vitalidad. Al llegar al río la vegetación era todavía más alta y algún aislado sauce, meciéndose sobre la orilla, le recordaba los que ofrecían su suave alivio al pie de la cordillera de los Andes y la imagen solía impregnarlo con un dejo de nostalgia, que algún piar de pajaritos parecía acompañar. Marchaba un rato por la orilla contemplando los lanchones que llevaban lentamente hacia París su carga de madera y luego regresaba despacio, para alegrarse al llegar a su casa, donde los laureles de hojas perennes y los siempreverdes sobre las paredes no lo abandonaban ni en los más fríos días del invierno.

Entraba por la puerta de la caballeriza y luego, generalmente con la chimenea ya encendida, leía los periódicos o libros sobre historia militar de la época de Napoleón, un personaje que lo fascinaba.

Al cabo de un año de haber comprado su finca de Grand Bourg, el general adquirió en remate judicial una casa en París, en el número 1 de la rue Neuve Saint Georges, una buena zona cerca de la mansión de Aguado, habitada por políticos conocidos como Adolphe

Thiers o Ledrú—Rolland. Pagó ciento cuarenta mil doscientos francos y se trasladó de inmediato a su nueva residencia, con cochera en la planta baja y sala y comedor tapizados de damasco en el primer piso, pero le resultó demasiado bulliciosa y prefería permanecer en su casa de campo.

Extrañaba a Mercedes y a Mariano y tenía ganas de conocer a su nieta. Cuando se enteró de que el gobernador Balcarce había sido derrocado en Buenos Aires y se había cesanteado a su yerno del cargo que ocupaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores, no lo lamentó demasiado, sino que aprovechó para pedirles que regresaran a París. Cuando sus hijos le confirmaron que volvían, se alegró sobremanera y les escribió para pedirles que le trajeran el estandarte de Pizarro, el tintero de la Inquisición, el sable corvo que había usado en sus campañas, una piel de tigre y los documentos que había rotulado como "interesantes".

Los esperó con ansia y, cuando recibió en Grand Bourg la noticia de que habían arribado al puerto de El Havre, marchó hacia París para recibirlos allí. Se emocionó al estrechar entre sus brazos a la pequeña María Mercedes, quien tenía ya más de dos años y lo miraba con ojos sorprendidos. Pasaron casi de inmediato a Grand Bourg y allí la chiquilla gozó del jardín y una casa grande y empezó a familiarizarse con el nuevo personaje de la familia. Cuando le dijo por primera vez "abuelo" con tono cariñoso, el duro general sintió que lo invadía una mezcla de dulzura y 'placer y pensó que, al parecer, había logrado asegurar su supervivencia.

Mercedes había llegado embarazada y, al entrar los primeros calores del verano, dio a luz otra niña a la que llamaron Josefa, en honor a su abuelo. Como le había pasado con su hija y luego con su primera nieta, el general esperaba un varón, pero pronto se consoló y tenía que disimular la "chochera" que sentía por las mujercitas. "Estoy condenado a vivir entre mujeres", se quejaba entre bromas y sin mucha convicción.

A pesar del despido que había sufrido Mariano en Buenos Aires por el derrocamiento de su tío, José pensaba que el otorgamiento de facultades extraordinarias al nuevo gobernador, Juan Manuel de Rosas, podría servir para terminar con los desórdenes en las Provincias Unidas. Guido, quien estaba cerca del nuevo hombre fuerte, le escribía en este sentido y San Martín, desde la distancia, coincidía:

Veo con placer la marcha que sigue la patria. Desengañémonos, nuestros países no pueden a lo menos por muchos años regirse sino por gobiernos vigorosos; más claro: despóticos.

La presencia de sus hijos y nietas animó sobradamente a José, quien durante sus temporadas en París aumentó su vida social. Asistía a las funciones líricas con Aguado en el teatro de la ópera y en el *des Italiens*, que el marqués también regenteaba, y después de la función iban a cenar a un restaurante para comentar la obra y las interpretaciones.

Alejandro era amigo del guitarrista y compositor español Fernando Sors, y un día invitó a San Martín a asistir a una velada en su

residencia, en la cual el propio Sors y Aguado interpretarían la obra *Los dos amigos*, que el renombrado músico había compuesto en honor del banquero y se tocaba a dos guitarras.

En la sala de música de la mansión, iluminada con arañas que pendían del cielo raso trabajado con molduras que semejaban liras, con las paredes ornadas por las pinturas "El guitarrista", "Minuet" y "La lección de canto" de Watteau, "El sueño de Diana" de Rubens y "Una bacante" de Nicolás Poussin, dos vasos etruscos de Pompeya y una estatua de María Magdalena esculpida por Cánova, el maestro Sors y el financista deslumbraron al selecto grupo de invitados con esta pieza, en la cual la generosidad del maestro reservaba al artista aficionado las partes de mayor virtuosismo.

El general quedó encantado con el concierto y, recordando su antigua afición por la guitarra que la guerra había hecho olvidar, le pidió a don Fernando si podría darle algunas clases, solicitud que el maestro aceptó con todo agrado. José lo visitaba con ese fin una vez por semana en su modesto piso (le la Place du Marché Saint Honoré, disfrutaba con las clases y notaba avances en su relación con el instrumento.

Una mañana recibió una tarjeta de luto en la que Sors le participaba la muerte de su única hija. José se impactó con la noticia y sintió que le podría haber tocado a él con su propia hija Mercedes, idea que lo terminó de conmover y desechó de inmediato. Prefirió no concurrir al cementerio y, a las dos semanas, cuando fue a tomar su clase, encontró al músico destrozado. Entre sollozos que

enternecieron al alumno, don Fernando le dijo que su pena era tan grande que no podía enseñar más.

Frecuentaba al ministro plenipotenciario de Chile, Miguel de la Barra, quien no sólo lo invitaba a sus reuniones en la Legación sino también a participar de cabalgatas a los bosques de Montmorency o a florestas vecinas.

Una tarde, el embajador le comentó que el rey Luis Felipe quería saludarlo y, con ese motivo, lo invitaba a una reunión con el cuerpo diplomático en el palacio de las Tullerías. José se puso su uniforme de gala, que le quedaba un poco estrecho por el aumento de peso que los años le habían traído, y marchó hacia la sede real. El monarca avanzaba saludando a la fila de diplomáticos y, al llegar a San Martín, le tomó las manos y se las sostuvo:

—General, es un vivo placer estrechar la diestra de un héroe como vos. Creedme que como Duque de Orleáns he tenido admiración, y la sigo teniendo como rey, por vuestra labor; deseo que encontréis buen reposo en nuestra Francia...

Mucha gente vino a saludarlo durante la fiesta y José se retiró muy halagado. No pudo dejar de recordar que, al llegar hacía doce años desde el Río de la Plata, la dinastía de los Borbones no le había permitido su ingreso a Francia.

Como Mariano no tenía ocupación en París, pensó en hacer un viaje a Buenos Aires para intentar una experiencia en el comercio. Aguado lo habilitó con catorce mil pesos y Balcarce partió con ese rumbo por dos años, dejando a su esposa e hijitas con su suegro. Domingo de por medio, venía a pasar el día a Grand Bourg el

hermano menor de Mariano, Florencio Balcarce, un joven talentoso y sensible que estudiaba en Europa. El muchacho disfrutaba con la compañía de sus dos pequeñas sobrinas y alegraba con su charla inteligente los almuerzos y el té del general.

Al llegar a Buenos Aires, Mariano le escribió a San Martín, para consultarlo sobre su propósito de comprar una estancia en sociedad con Goyo Gómez, uno de los más íntimos amigos y apoderado del general, a quien éste en su momento había enviado a Estados Unidos a comprar barcos para la campaña del Perú. La idea no le disgustó a José, pero le pidió a su yerno que lo pensara bien, pues él no estaba decidido a "regresar hasta dejar todo bien arreglado, pues no es cosa de estar haciendo este viaje a cada momento".

Por medio de Aguado, San Martín conoció a un famoso empresario y banquero francés, Monsieur Lafitte, a quien empezó a frecuentar tanto en Grand Bourg como en París. El hombre era poseedor de unos viñedos, en cuyas bodegas se producía el renombrado Chateau—Lafitte, y al general le encantaba conversar de vinos con su nueva relación. Más de una vez, José le hablaba con entusiasmo de los blancos y tintos de Mendoza, pero tanto Lafitte como Aguado eran muy escépticos sobre las bondades que pregonaba el "general Péruvien" sobre los productos de la provincia donde tenía su finca.

Lafitte decidió un día prepararle una sorpresa y, habiendo conseguido una botella de vino mendocino, hizo verter su contenido en el envase de una marca francesa de baja calidad. Se lo sirvió durante el almuerzo y luego le preguntó su opinión. San Martín, que

ya le había tomado confianza, movió los labios y la lengua como si estuviera catando la bebida y respondió:

—Pues mi amigo —lo gozó Lafitte— ahí tiene usted a su célebre mendocino.

El general se sorprendió y luego se rió con el chasco, mientras recordaba las bromas similares que había gastado a sus amigos en Mendoza.

* * * *

A través de los periódicos, de las cartas de Mariano, de Guido y otros amigos, José se enteraba de los sucesos políticos en el Río de la Plata. El gobernador de Buenos Aires y encargado de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina, Juan Manuel de Rosas, había detenido a un litógrafo suizo francés, Hipólito Bacle, con la acusación de ser agente de los unitarios, y el impresor había muerto en el presidio. También había intimado a los ciudadanos franceses a presentarse a las filas, con motivo de la guerra que Rosas había declarado a Bolivia, que bajo el mando del Mariscal Santa Cruz intentaba unirse en confederación con el Perú.

El almirante de la flota francesa en el Río de la Plata exigió entonces reparación para los deudos de Bacle y la eximición del servicio militar a sus connacionales. Ante la respuesta negativa, decretó un bloqueo sobre el puerto de Buenos Aires y el litoral argentino.

Como suele ocurrir habitualmente en los casos de dictaduras, el conflicto con una nación poderosa le sirvió a Rosas para exaltar en su provecho el sentimiento nacionalista y para ajustar su opresión sobre los círculos opositores.

Aunque San Martín sabía que Rosas perseguía a Goyo Gómez, a sus cuñados Manuel y Mariano Escalada y a su antiguo edecán, el irlandés Juan O'Brien, se identificó con su postura y resolvió escribirle al tirano. Con sesenta años cumplidos, la cabellera canosa, algo más grueso pero siempre bien erguido y con fuego en los ojos, le ofrecía sus servicios como militar:

Tres días después de haber recibido sus órdenes me pondré en marcha para servir a la patria honradamente, en cualquier clase que se me destine. Concluida la guerra me retiraré a un rincón, esto es si mi país ofrece seguridad y orden. De lo contrario regresaré a Europa con el sentimiento de no poder dejar mis huesos en la patria que me vio nacer.

Al cabo de un par de meses, recibió respuesta de Rosas en la que le agradecía el ofrecimiento para el caso de que fuera necesario, pero le decía que le sería muy sensible que se molestara en sufrir las incomodidades y peligros de la navegación. Finalmente le expresaba que "su presencia nos sería muy grata a todos los patriotas federales".

Poco después, San Martín recibía un oficio del ministro de Relaciones Exteriores del gobernador Rosas, mediante el cual se lo designaba como embajador ante el gobierno del Perú. Se sintió sorprendido y honrado por el nombramiento, pero también muy atribulado por tal honor.

En primer lugar, estaba muy cómodo en París y no tenía el propósito de viajar a ningún país americano en el que hubiera

actuado. Además, la persecución contra muchos de sus amigos y parientes por parte del gobierno rosista lo pondría en situación muy incómoda frente a ellos, si aceptara un cargo de tal magnitud. Además, él era un importante pensionado del Perú y esta condición le impediría cumplir su misión de embajador con el decoro pertinente.

Le escribió al ministro para decirle que rechazaba el cargo por esta última situación, ya que no podría "defender los intereses de la Confederación Argentina ante un Estado a quien soy deudor de favores tan generosos".

A Goyo Gómez, quien había debido marchar al exilio en Montevideo donde integraba la comisión argentina que luchaba contra la dictadura de Rosas, le ofrecía su hospitalidad e intentaba explicarle su postura:

Te he dicho y te repito que si las cosas no van bien por ésa y te ves en la necesidad de volver a emigrar a otro destino, aquí tienes un cuartito, un asado y más que todo una buena Voluntad, pues prescindiendo de nuestra amistad sabes que todos los individuos de esta casa te aman sinceramente. Es con verdadero sentimiento que veo el estado de nuestra desgraciada patria y lo peor de todo es que no veo una vislumbre de que mejore su suerte. Tú conoces mis sentimientos y por consiguiente yo no puedo aprobar la conducta del general Rosas cuando veo una persecución general contra los hombres más honrados de nuestro país. Por otra parte, el asesinato del doctor Maza me convence de que el gobierno de Buenos Aires no se apoya sino en la violencia.

A pesar de esto yo no aprobaré jamás el que ningún hijo del país se una a una nación extranjera para humillar a su patria.

Salvo estas noticias desde América que le hablaban del conflicto permanente, la vida en París le resultaba cada vez más cómoda. Frecuentaba a su amigo Manuel de Guerrico, un hombre de negocios oriundo de Buenos Aires que era coleccionista de pintura y escultura. En la buhardilla de la casa de Guerrico vivía el joven pintor español Gervasio Pérez de Villamil, quien pese a su talento se encontraba en la miseria por su vida bohemia. Los dos amigos le ofrecieron ayuda económica, pero el artista no la aceptó sino a cambio del contenido de su atelier, integrado por quince telas propias y dos del pintor renacentista Doménico Tiépolo, que los adquirentes repartieron entre ellos.

Cuando llegaban los carnavales asistía con Miguel de la Barra y otros amigos americanos a las fiestas en los bulevares, para presenciar el paso de las coloridas carrozas que conducían a los disfrazados que exhibían sus trajes exóticos. Después solían cenar en Chez Grignon, uno de sus restaurantes favoritos, para terminar la noche en el Teatro de Varieté, donde tomaban un palco para presenciar los bailes de los enamorados y el jolgorio de la juventud, que se acentuaba con las horas y los brindis.

A veces pensaba o escribía a sus amigos sobre la posibilidad de regresar a América, pero de inmediato recordaba el cauteloso adagio español que aseguraba que "bien está San Pedro en Roma".

Capítulo XXIV
Los últimos miedos
(1839—1850)

Mariano regresó de Buenos Aires y continuó viviendo con Mercedes y sus dos hijas en compañía del general, tanto en la casa de París como en la de Grand Bourg. Aunque San Martín había empezado a pensar que su yerno no tenía condiciones para el trabajo ni para el comercio, e incluso que no tenía el nivel que le hubiera gustado para su hija, la presencia del matrimonio y, sobre todo, de sus dos nietitas, le alegraba la vida. María Mercedes aprendía ya sus primeras letras y Josefa, a quien llamaban Pepita, era particularmente movediza y circulaba por toda la casa levantando una piernita para hacer lo que ella denominaba un "volantín".

Un día, Mercedes encontró jugando a las pequeñas con la medalla que la Corona española había otorgado a todos los oficiales que habían participado en la batalla de Bailén. La madre les quitó el trofeo y empezó a regañarlas, pero el abuelo la calmó: —¡Si una medalla —reflexionó— no sirve para entretener a unas niñas...!

* * * *

Aguado estaba a punto de iniciar un viaje a España para recorrer unas minas de carbón que poseía en Asturias y visitar su casa natal y a sus parientes en Sevilla, e invitó a San Martín a acompañarlo. La propuesta lo tentó, pues su hermana María Elena vivía precisamente en Asturias y pensó que no estaría mal regresar a los

lugares de su infancia en Málaga o a los sitios que había frecuentado en Cádiz durante su juventud.

El marqués pidió a un ministro español que se concediera pasaporte para él y su amigo, y el funcionario le respondió que "el pasaporte de San Martín pudiera tener alguna duda como general de la República Argentina, por no estar ella reconocida. Con don José de San Martín, particular, no ocurre el más leve inconveniente, porque los súbditos de las repúblicas no reconocidas en América son mirados aquí como españoles".

Tres días después le enviaba los dos pasaportes y le decía que le había comentado al regente de la Corona sobre el viaje de San Martín y sus celos. "Se ha reído de que pudiera imaginar que nosotros habíamos de esquivar nuestra amistad a los hermanos de América, con quienes de hecho estamos en paz y nadie se acuerda de las discordias pasadas".

José lo pensó mucho y prefirió no viajar. Le pareció que le estaban negando su condición de general y revivió las humillaciones que había sufrido durante su infancia en España y luego en la guerra de la independencia, en la que se lo consideraba un insurrecto, un traidor, y tantas veces se lo había acusado de indio, y lo habían apodado como "El Tape" o "El Cholo" de las Misiones. Pero, en realidad, se reconoció a sí mismo que no tenía coraje afectivo para reencontrarse con los sitios de su infancia española, como tampoco lo tenía para poder vivir en América.

Aguado partió en la primavera y, luego de visitar Oviedo, marchó hacia Gijón en diligencia por una ruta de montaña que él mismo

había hecho construir para facilitar el transporte del carbón. Una fuerte tormenta de nieve cubrió el camino y los dos carruajes en que viajaba la comitiva se atascaron y no pudieron continuar. Empecinado como buen hombre de negocios, el marqués continuó viaje a pie y, después de haber estado a punto de perderse, llegó a Gijón agotado y aterido de frío. Se alojó en un albergue y esa misma noche, sentado a la mesa para cenar, un ataque de apoplejía lo fulminó. Su novelesca muerte —como lo había sido su vida—, a los cincuenta y seis años de edad, sorprendió en España y en Francia. En la iglesia de Gijón se realizó una ceremonia fúnebre, en la que la poetisa Eulalia Llanos le cantó así:

*Asturias te saluda, cariñosa, benéfico Marqués:
y sus montañas a impulso de tu diestra poderosa,
tesoros largarán de las entrañas.
A enriquecer su playa deliciosa
vienes a este rincón de las Españas.
¡Era feliz! Al mísero mendigo le darás pan, ocupación y abrigo.
Tal razonaba, yo, y un alarido heló mi sangre y
me aterró el oído: eco de muerte los espacios llena,
que lanza el Piles y repite el Sena.
El numen del sepulcro, coronado de triste adelfa,
suspiró a mi lado.
¿Dónde el Marqués? ¡El polvo me señalas!
La torva vista en el sepulcro echaste, ¡Numen funesto!...
A todos nos igualas.*

Su cuerpo, embalsamado, fue llevado luego a París.

San Martín salió de su casa esa mañana con semblante grave y caminó las dos cuadras que lo separaban de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, donde se esperaba la llegada de los restos de Aguado. El templo había sido destruido durante la revolución y, reconstruido en un estilo italiano, el propio Alejandro había colaborado en las tareas de su embellecimiento.

José, muy afectado, saludó en el atrio a la viuda y a sus hijos Alejandro, Olimpio y Onésimo y, a la llegada del féretro, ocupó con ellos uno de los primeros lugares. Personalidades de la banca y los negocios, artistas y marchands, empleados y funcionarios de la Opera, se encontraban en la iglesia para asistir a la misa de cuerpo presente de un hombre tan importante. En medio del servicio, un rumor de protesta le llegó a José desde el fondo: el párroco se negaba a permitir que los cantantes de la ópera entonaran un Réquiem en homenaje a su empresario y benefactor. "¡Demonios — se dijo indignado a sí mismo—, hace veinte años dictó un decreto en Lima dignificando el oficio de cómico, y un cura cavernícola viene a darnos ahora este escándalo en París!"

Al término del servicio, opacado por la muestra de intolerancia clerical, se dirigieron al cementerio de *Père Lachaise*, donde el querido amigo de San Martín quedó enterrado en un enorme mausoleo.

El notario Huillier lo citó a los pocos días a su oficina de la rue Thibout, para hacerle saber que, en el testamento que Aguado había realizado sobre los bienes que tenía en Francia, lo había designado

como tutor de sus hijos y uno de sus albaceas, con un sueldo de cuatro mil francos mensuales, como también un legado a compartir de treinta mil francos y sus joyas de uso personal. Se sintió honrado y conmovido por la distinción y se propuso cumplir con la memoria de su amigo con total dedicación y honradez. La fortuna del marqués en Francia ascendía a .la enorme suma de ciento noventa millones de francos y se comentaba que, al enterarse, el barón de Rothschild había ironizado:

—¡Pobre Aguado, yo lo creía en situación más desahogada...!

Al llegar el otoño, y cuando todavía estaba muy triste por la muerte de Alejandro, recibió desde Lima otra mala noticia: O'Higgins había fallecido de una crisis cardíaca, que el año anterior lo había obligado a dejar su hacienda de Montalván. La mala nueva lo apenó enormemente y quiso escribirle a Rosita, su hermana, para decirle cuánto había significado la amistad y confianza de Bernardo en sus años de campaña en América y, de ese modo, atenuar el intenso dolor que sentía pese a que hacía veinte años que no se veían. De todos modos cayó en cama anonadado por la depresión y, al levantarse al cabo de unos días, se dijo que debía estar poniéndose viejo para que, siendo un militar de carrera, la muerte de sus camaradas lo afectara tanto.

Cada vez tenía menos amigos (los que no habían muerto se habían ido, como Miguel de la Barra, que había regresado a Chile) y la inactividad y el ocio lo ponían cada vez más irascible. Una tarde, en su casa de la rue Saint Georges, le anunciaron que una persona quería visitarlo pues tenía algo que decirle acerca de sus

antepasados. Se trataba de un andaluz verborrágico, quien venía cargado de pergaminos y árboles genealógicos, que desplegó sobre una mesa para explicarle al general que uno de sus ascendientes había sido conde y el otro marqués, según los certificados que tenía a la vista y que, seguramente, querría venderle a buen precio, a lo mejor enterado de que era uno de los albaceas del millonario Aguado.

—No, señor cronista —lo interrumpió con un gesto de impaciencia—, yo no soy el que usted piensa...

¿No es usted —fingió sorpresa— don José de San Martín, Protector del Perú, general de Chile y de Argentina?

—Así dicen... Pero mi padre se llamaba Juan a secas y no se corresponde con lo que usted trae.

El pillo insistió en que en sus papeles encontraría la comprobación de la ascendencia de los señores de San Martín, y renovó su letanía acerca de los entroncamientos de nobleza entre los condes y marqueses de su prosapia. El general levantaba presión hasta que perdió la compostura e hizo tronar su gruesa voz:

—Mire señor Pollino —lo agarró de un brazo dirigiéndolo hacia la puerta— yo no soy ese tal conde de San Martín, porque soy hijo de una gran... recluta, que hacía la guardia con mi padre en las Misiones...

El astuto andaluz quedó azorado y, arrollando sus pergaminos, salió despavorido del lugar, protestando contra el energúmeno a quien había querido venderle sus dudosos papeluchos.

* * * *

Desde Chile, recibía ahora algunas noticias que le levantaban el ánimo y lo tranquilizaban sobre su porvenir económico. El Congreso había dictado una ley que disponía considerarlo por toda su vida en el servicio activo del ejército y abonarle el sueldo correspondiente, aun cuando residiera en el exterior. Su amigo Miguel de la Barra le informaba que el presidente Manuel Bulnes (que al igual que el anterior mandatario Joaquín Prieto había revistado como joven oficial en el ejército de los Andes) lo invitaba a vivir en Santiago.

Un hijo del ex presidente Prieto, a su vez, que había venido a Europa en busca de salud, lo visitó en su casa para traerle los saludos de su padre y el deseo de que se radicara en Valparaíso, donde ahora se desempeñaba como gobernador.

Les contestó que pensaba hacerlo en el futuro, pero que sus obligaciones como albacea de la testamentaría de Aguado lo retenían por ahora en París.

Una mañana de otoño, José llegó a la casa de Manuel de Guerrico con el propósito de concurrir junto con su amigo al entierro de una hija del poeta español Eugenio de Ochoa. Manuel había enviado un coche a casa del general a buscarlo, pero éste no tenía demasiadas ganas de asistir, porque el hecho de tener que enfrentarse con la sola posibilidad de que pudiera morir su propia hija lo consternaba. Guerrico le presentó a un joven argentino recién llegado desde Montevideo, donde se encontraba exiliado por la dictadura de Rosas. El Mariano Balcarce y compartieron una larga charla, sobre toda clase de temas, que le sirvió a San Martín para eludir su visita

al cementerio. Le resultó un joven inteligente, delicado y culto, que sabía comportarse con mucha educación.

Juan Bautista quedó muy bien impresionado con el general, que le pareció tenía mucho menos aspecto de indio que el que le habían referido. Lo encontró desprovisto de afectación, con un gran metal de voz y unos ojos vivaces, pese a sus sesenta y cinco años.

El general partió a pasar una temporada en el Mediodía de Francia y, al regresar, resolvió redactar un testamento para dejar expresadas sus decisiones de última voluntad. Manifestaba no deber nada a nadie, declaraba heredera a su hija Mercedes y establecía que "el sable que me acompañó en toda la guerra de la independencia de la América del Sur le será entregado al general de la República Argentina, don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satisfacción que, como argentino, he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la república contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla".

A las pocas semanas, otro emigrado argentino que pasaba por París llegó hasta su casa de la rue Saint Georges y luego fue a pasar un domingo en su vivienda de Grand Bourg. El escritor Florencio Varela lo interrogó sobre distintas experiencias políticas y militares de sus años de actuación en América y San Martín, a su vez, deploró que la dictadura rosista enviara tanta gente joven al exilio. "Bárbaros —se lamentó el anciano en la sobremesa—, no saciarse en quince años de perseguir a los hombres de bien".

Al verano siguiente, José escribió al general Rosas para agradecerle una mención que había hecho de su figura en su mensaje anual ante la Legislatura.

Un hijo del chileno Manuel Antonio Pinto, Aníbal, a quien San Martín había conocido hacía treinta y tres años en Tucumán, en el Ejército del Norte, fue a verlo a Grand Bourg para presentarle sus respetos y entregarle una carta en la que su padre le manifestaba que el país seguía su marcha pacífica, tranquila y progresiva; y que al parecer habían resuelto el problema de ser republicanos hablando el español. "Confieso mi error, yo no lo creía", le respondió el otrora escéptico general, quien advertía el inexorable paso de los años a través de su contacto con las nuevas generaciones.

Un joven argentino exiliado en Chile, de paso por Francia, concurrió a Grand Bourg y a José le pareció muy talentoso, lleno de ideas coloridas y pleno de vitalidad. Domingo Faustino Sarmiento, a su vez, disfrutó del encuentro, le pidió datos sobre la entrevista de Guayaquil para escribir un trabajo y no pudo evitar tocar el tema de la dictadura de Rosas. Cuando el general empezó a hablar del tirano, a Domingo le pareció que sus ojos se nublaban, su inteligencia declinaba, sus pensamientos se confundían y veía fantasmas extranjeros de quienes había que defenderse.

Aunque tenía ya sesenta y siete años, el general no perdía su afición por los viajes y por su infaltable temporada de baños termales, que solía tomar en Aix—la—Chapelle o en Aix en Saboya, o de mar en Dieppe o El Havre. Había visitado parte de la Bretaña y la baja Normandía, el Mediodía de Francia y toda la Vendeé y, aunque al

regresar de una de sus excursiones a El Havre fue atacado por una "fluxión de ojos" que lo tuvo encerrado más de un mes sin ver la luz, se recuperó y no le dio demasiada importancia.

Al llegar un nuevo invierno quiso mitigarlo con un paseo por el sur de Italia y, al llegar a Nápoles, se encontró con una carta de Jorge Dickson, agente comercial en Londres, que le pedía su opinión sobre el nuevo conflicto que el gobierno de Rosas sostenía ahora con Francia e Inglaterra.

Fuerzas del dictador, bajo el mando del general oriental Manuel Oribe, habían puesto sitio a Montevideo y otros puertos del Uruguay, donde el presidente Fructuoso Rivera y los exiliados argentinos resistían. Como esto afectaba la navegabilidad de los ríos, el comercio internacional y hacía peligrar la independencia uruguaya, las cancillerías de Londres y París exigieron el levantamiento del bloqueo. Rosas rechazó la intimación y entonces las escuadras europeas se unieron con el objeto de liberar Montevideo, apresar a los buques argentinos y remontar el río Paraná hasta Corrientes.

Ante la solicitud de Dickson, San Martín le respondió que sin entrar a considerar la justicia de la intervención, los perjuicios al comercio y la desconfianza que provocaría respecto de los nuevos Estados sudamericanos, él creía que la actitud franco—inglesa no lograría pacificar las riberas del Plata. Alegaba que por la firmeza de carácter del gobernante argentino, por orgullo nacional, por temor o por la prevención heredada de los españoles contra el extranjero, la

totalidad del país se le uniría y, aunque los europeos pudieran tomar Buenos Aires, finalmente serían derrotados.

Esta carta fue publicada en un diario de Londres, el *Morning Chronicle*, lo que desató las protestas de los exiliados argentinos, entre otras la de Florencio Varela en Montevideo, quienes interpretaban que la intervención anglo—francesa tendía a evitar los atropellos de la dictadura contra sus connacionales y los uruguayos, en tanto que la postura de San Martín significaba un apoyo al tirano y le servía para que pudiera continuar con sus crímenes y persecuciones a los opositores.

José regresó a Grand Bourg y allí, al enterarse de que la escuadra europea compuesta de doce barcos había logrado superar a las baterías y tropas argentinas apostadas en la Vuelta de Obligado, sobre el río Paraná, le escribió a Rosas para decirle que "esta contienda era de tanta trascendencia como la de nuestra emancipación de España" y que lamentaba que su precario estado de salud lo privara de ofrecer sus servicios para "resistir a la agresión más injusta de que haya habido ejemplo".

Tomás Guido, quien desde hacía varios años se desempeñaba como ministro plenipotenciario de Rosas ante la corte de Brasil, le comentaba en una carta que Inglaterra y Francia violaban la moral y el derecho público con su bloqueo y que lo hacían para defender el libre comercio en el Uruguay, es decir por intereses mercantiles y políticos de los ingleses.

Juan Manuel de Rosas, a su vez, le agradecía su apoyo y lo halagaba al decirle que "no hay un verdadero argentino, un

americano, que al oír su ilustre nombre y saber lo que usted hace todavía por su patria y por la causa de América no sienta redoblar su ardor y su confianza".

Los años habían puesto a José cada vez más rígido y este tema de la intervención anglo—francesa en el Plata lo irritaba. Su espíritu de militar se exaltaba ante lo que consideraba una agresión extranjera y pensaba que, ante ella, todas las fuerzas de una nación debían deponer las disensiones internas y unirse para la lucha. Mientras estaba en América, le habían dolido en lo más íntimo las acusaciones de los jefes realistas, en el sentido de que él era un traidor a su patria, a su rey y al ejército español que lo había albergado durante veintidós años. Ahora no quería arriesgar en lo más mínimo la posibilidad de que se lo llamase desleal a la nueva patria que había ayudado a consolidar.

Su precaria calma de anciano, además, se alteraba cuando alguno de los jóvenes visitantes le hablaba de respetar a los opositores, de tolerancia hacia los partidos y los pensamientos distintos. Al fin y al cabo, él había gobernado Mendoza y el Perú con el mismo espíritu de lucha contra el español, de intransigencia hacia los que fueren sospechosos de condescender con el enemigo y de dureza contra los que se opusieran a sus designios. Se acordaba siempre del caso del poderoso peninsular Pedro Abadía, a quien había desterrado de Lima, cuando era Protector, por el simple indicio de ser simpatizante de los realistas. Ante las protestas de mucha gente importante de la sociedad limeña, él solía responder que "una

imperiosa ley obliga, al que desgraciadamente manda en tiempos de rebelión, a imponer en ciertos casos medidas violentas".

Su yerno Mariano, siempre conciliador y deseoso de mantener buenas relaciones con Rosas pero también con sus amigos exiliados, como Juan Bautista Alberdi, trataba de evitar que se tocara este espinoso tema cuando sus compatriotas visitaban al viejo general.

Seguía disfrutando de sus prolongados retiros en Grand Bourg, donde se dedicaba a colorear litografías y cuidaba las dalias multicolores cultivadas en los espacios que circundaban a los árboles frutales y a una gran acacia blanca que alegraba su jardín. Se había hecho cada vez más casero y le gustaba coser su propia ropa, como en sus primeros tiempos de militar. Cuando Mercedes lo encontraba en esa tarea lo regañaba, pero José la interrumpía:

—No me quite mis virtudes, hija, que ya me quedan pocas... Ante la ausencia de Aguado, había acentuado los lazos de amistad con el párroco de Evry—Petit Bourg, el abate Bertin, con quien salía a caminar o a cabalgar por las tardes. Por su espíritu de apertura y mundanidad le recordaba al capellán del ejército de los Andes, el padre Bauzá, y solía comentar a menudo: "¡Cuán distinta sería la suerte de la religión si todos fueran como este buen cura!".

* * * *

En el invierno de 1848, el pueblo de París se alzó en armas contra el rey Luis Felipe de Orleáns y durante dos noches se luchó encarnizadamente en los barrios más céntricos de la ciudad. Los revolucionarios tomaron el Ministerio de Relaciones Exteriores, en el

boulevard de Capuchinos, y luego pudieron llegar hasta el Palacio de las Tullerías.

Desde su casa de la rue Saint Georges, dos días antes de cumplir los setenta años, San Martín alcanzó a oír los ecos de aislados tiroteos y siguió los acontecimientos con gran alarma, pues se acordaba del motín en Cádiz en que habían ahorcado a su admirado jefe el marqués de la Solana (cuyo retrato en miniatura conservaba) y del comienzo de la guerra civil en Bruselas. Se encontraba además muy deprimido, pues el médico le había diagnosticado cataratas en los dos ojos y le había dicho que tendría que operarse.

Habló con Mariano sobre sus temores y decidieron trasladarse a Boulogne—Sur—Mer, una ciudad ubicada sobre el canal de la Mancha, en busca de tranquilidad. Partieron con Mercedes y las niñas en ferrocarril y llegaron a Boulogne fuera de la temporada de baños de mar, pero la tranquila ciudad de treinta mil habitantes estaba animada igualmente por algunos turistas ingleses y franceses que ignoraban las conmociones políticas del país, en el que había sido depuesto el monarca y una convención constituyente intentaba modelar el segundo gobierno republicano de su historia. Se alojaron provisoriamente en un hotel y luego alquilaron unos pisos en un edificio de la Grand Rue 105, de propiedad del abogado y director de la biblioteca local, Alfredo Gérard.

Boulogne era una linda ciudad, que además les daba la posibilidad de viajar prontamente a Inglaterra si las convulsiones de Francia no se apaciguaban. También era una ventaja la existencia del ferrocarril que Mariano podía usar para ir a París a atender los

asuntos de la familia, pero el imprevisto y forzoso traslado le había provocado a José una sensación de desasosiego, que se unía a la molesta incertidumbre sobre sus futuros pasos. Llegó a pensar incluso en la posibilidad de regresar a América, pero esta perspectiva lo terminó de desestabilizar anímicamente.

Al llegar el verano hubo nuevos disturbios en París, pues los socialistas (ante el cierre de sus comités y de los llamados "talleres nacionales") se insurreccionaron, levantaron barricadas en los barrios del Temple y de la Bastilla e intentaron tomar la Municipalidad. Al cabo de cuatro días muy cruentos los motines fueron sofocados, pero San Martín acentuó sus temores y empezó a pensar que les sería muy difícil regresar a la capital o a Grand Bourg. "Cuando los tiempos se me acortan —se lamentaba— las cosas se me complican."

Gérard ocupaba la planta baja del edificio con su bufete profesional y, en el primer piso estaban la cocina y los comedores para las familias del propietario y de sus inquilinos. Los dormitorios de José y del matrimonio Balcarce estaban en el segundo piso, a la calle, separados por una pequeña salita y contaban con una chimenea con columnas revestidas de mármol gris y anaranjado. Las metas dormían en el tercero y, en el cuarto, estaban las habitaciones de los Gérard.

Aunque se trataba de una casa buena y flamante, recién terminada de ampliar por su propietario, y en una zona excelente, a José le resultaba chica e incómoda y la comparaba desfavorablemente con la de Grand Bourg e, incluso, con la de la rue Saint Georges. En el

fondo de la planta baja había un pequeño patio con algunas hortensias y a veces el general se sentaba allí, pero se sentía rodeado de altas paredes que le recordaban a una cárcel y extrañaba el jardín y los gratos espacios libres de Grand Bourg. Al atardecer subía a sus habitaciones, que le parecían entonces tristes y oscuras (pese a que durante el día eran bañadas por el sol), acaso porque su ánimo no estaba precisamente luminoso.

Salía a caminar por las mañanas para combatir el desaliento y ascendía hacia la puerta de *Duines* ciudad amurallada. Frente a la pequeña y elegante plaza estaba el edificio que llamaban el Palacio Imperial, porque había sido residencia de Napoleón Bonaparte en los tiempos en que preparaba allí su flota para invadir Inglaterra, pero Gérard le había explicado que se trataba de una denominación presuntuosa, puesto que el Emperador había dormido allí solamente cuatro noches.

Subía por la rue de Cuisiniers y, una vez por semana, entraba a la farmacia de Notre Dame para encargarse de los preparados que le recomendaba su médico, el doctor Jardon, para combatir los resfriados. La catedral gótica había sido demolida durante la revolución y, como había sucedido con Nuestra Señora de Loreto en París, se estaba terminando un templo de estilo italiano. Doblaba hacia el Gran Castillo y se detenía a descansar y meditar junto a su foso con agua, que le hablaba de las constantes luchas que durante siglos se habían desarrollado en esa zona de la Picardía. Volvía luego bordeando la muralla y llegaba a su residencia algo más animado, pero siempre preocupado por su incierto porvenir.

* * * *

Inglaterra, cuando el otoño desprendía ya las hojas de los castaños, levantaba el bloqueo sobre el Río de la Plata y José le escribió a Rosas para expresarle su satisfacción por el hecho de que el "honor nacional" no hubiera sufrido. Le comentaba también que no se hacía la menor ilusión sobre la situación en Francia, pues había "una contienda social entre el que nada tiene, quien trata de despojar al que posee", y que ese principio se agravaba por las predicaciones de los panfletos, la miseria espantosa de millones de proletarios, la paralización de la industria y el retiro de los capitales. Le anticipaba que ésa sería la última carta que le escribiera con su propia mano, pues las cataratas apenas lo dejaban ver y debía operarse de los ojos el próximo verano.

Mariano viajó a París y desde allí le comunicó una buena noticia: el general Rosas lo había designado como oficial de la legación argentina en Francia, a cargo de Manuel de Sarratea, lo que lógicamente mejoraba su situación económica y le daba una estabilidad laboral.

La nueva lo alegró, pero a la vez se sintió desprotegido para el caso de que tuviera que viajar a Inglaterra u otro país en busca de tranquilidad. Le escribió nuevamente al dictador para agradecerle "sus favores" y para "suplicarle que, en el estado de mi salud quebrantada y privado de la vista, si las circunstancias me obligasen a separarme de este país, permita usted que mi hijo me acompañe, pues me sería imposible hacerlo sin su auxilio".

Le alivió el ánimo recibir la respuesta del gobernador de Buenos Aires, quien le decía que si llegase el caso de tener que abandonar Francia, "don Mariano Balcarce lo acompañará y desde ahora lo autorizo a que lo haga, bastando que usted muestre esta carta a don Manuel de Sarratea, ministro plenipotenciario en París"

También le dio tranquilidad una misiva que recibió del presidente peruano, mariscal Ramón Castilla, quien le expresaba su amistad y le confirmaba que sus asignaciones pendientes habían sido reconocidas como deuda nacional y que, desde que él se encontraba en el gobierno, había liquidado mes a mes a su apoderado sus haberes correspondientes.

Castilla, con gran delicadeza, le sugería la devolución del estandarte de Francisco Pizarro al Perú, por lo menos después de su muerte. José se sintió amoscado al recordar las acusaciones que había recibido de sus opositores al respecto y, en respuesta, le envió la documentación que justificaba su posesión del emblema.

Los recuerdos de Lima le causaban una sensación contradictoria. Aunque en sus cartas insistía en que su retiro del gobierno del Perú había sido un gran bien para ese país, en la intimidad se preguntaba si, en realidad, no se había alejado apresuradamente, como también parecía una nueva huida la salida abrupta desde París hasta Boulogne—Sur—Mer.

No faltaban los exiliados argentinos que pasaran por Boulogne y le trajeran noticias de las crueldades cometidas por Rosas. Uno de ellos le comentó que el dictador había hecho fusilar al cura Ladislao Gutiérrez y a su amante Camila O'Gorman, por haberse fugado

juntos y afectado la moral pública. Como Camila estaba embarazada —le narró con espanto—, al recibir los disparos su vientre dejó escapar los tiernos miembros de su hijo. El general agachó la cabeza y permaneció en silencio.

Mariano —que viajaba alternativamente entre París y Boulogne— le comentó que era conveniente vender la propiedad de Grand Bourg, (le modo de estar mejor preparados para el caso de una nueva emigración. José sintió que el corazón se le partía, pero también que su voluntad estaba ya debilitada para oponerse. Aceptó la iniciativa y, una mañana brumosa y sin sol, concurrió erguido pero adusto a la escribanía de Ciprián Loppe, donde otorgó poder a su yerno para enajenar la propiedad y su mobiliario. Hacía ya calor y los turistas tomaban sus baños de mar, cuando Balcarce le confirmó que había realizado la venta por veintinueve mil francos. Los ojos del otrora duro general, que ya casi no veían, se humedecieron y se pusieron brillosos, pero no se permitió decir una sola palabra para no entristecer más a Mercedes y sus dos nietas.

Estas chiquillas —María Mercedes tenía ya diecisiete años y Josefa catorce— eran la única felicidad que le quedaba ante la soledad de su presente y las desesperanzas sobre su futuro. Se asustaba al pensar que la mayor tenía ya edad para casarse y que también Pepita había llegado a la adolescencia. Las niñas, con cariño primoroso, le habían tejido un gorro de piel y, con el desparpajo de la edad, lo llamaban el "cosaco". José decía que Pepita parecía "una viejita" por su prudencia y, con su recobrado acento andaluz, le auguraba:

—¡Tú no morirás de cornada de toro...!

Por las tardes salía a veces a caminar con ellas: bajaban hasta la rue Desilles y luego enfilaban hacia el Jardín de las Tintellerías, donde las muchachas alternaban con otras jóvenes y él paseaba por su callejón arbolado, tratando de recuperar algo de las florestas de Grand Bourg.

Otras veces las llevaba en coche hasta la ciudad baja para pasear por la ribera del río Liane y recorrían el bulevar hasta la entrada del mar. Las chicas dejaban allí el carruaje para mezclarse alegremente con los transeúntes, mientras el abuelo se quedaba contemplando el crepúsculo sobre las lejanas costas inglesas: el espectáculo, sin embargo, solía resultarle pobre, pues veía el cielo de un color grisáceo y el sol opacado por las brumas.

* * * *

Debido a la muerte de Manuel de Sarratea, Balcarce debió hacerse cargo de la legación en París. La familia se alegró por la nueva responsabilidad y, afortunadamente, Mariano pudo igualmente vivir entre los dos lugares.

La humedad del verano en Boulogne le afectaba no sólo las articulaciones por el reumatismo, sino también los bronquios y los pulmones, de modo que decidió ir a tomar unos baños en Enghien les Bains, un pueblo muy cerca de París, cuyas termas se habían hecho famosas debido a que, hacía unos veinte años, el rey Luis XVIII se había curado en ellas los dolores de una pierna.

Partió en tren y se alojó en un albergue contiguo al establecimiento de baños, que estaba sobre un pequeño lago rodeado de árboles que

tenía una isla minúscula en el medio, visitada por erguidos cisnes. Desde su ventana podía vislumbrar las serranías y los bosques de Montmorency, por los que tantas veces había cabalgado.

Los baños y los vapores sulfurosos lo reanimaron y le mejoraron la respiración, pero se dio cuenta de que no lograban quitarle la sensación de pérdida con relación a Grand Bourg ni de incertidumbre sobre un futuro que cada vez veía más corto.

Recibió allí la visita de un exiliado argentino, el salteño Félix Frías, con quien salía a caminar por la rambla, que tenía una hilera de robustos plátanos y pérgolas para albergara los paseantes. Frías le preguntó sobre los meses que había pasado en Tucumán y José evocó sus días de paz en La Ramada y la exuberancia de la naturaleza tropical. Al pasar al lado de un farol, un grupo de palomas se había posado sobre el suelo y el general sintió el mismo suave murmullo que lo había acompañado tantas mañanas en aquella estancia tucumana. Estaba a punto de comentárselo a su acompañante, pero súbitamente las aves levantaron vuelo y sus acelerados y sonoros aleteos lo asustaron y le hicieron meditar sobre los misteriosos y frecuentes cambios de cada existencia.

Se acordó entonces de tantas humillaciones y disgustos en su vida, pero también de las jornadas de descanso en Córdoba, en la finca de Saldán, de su chacra de Los Barriales en Mendoza, de las horas de esperanzas en el Palacio Obispal de Santiago de Chile y de los días felices pasados en la finca de La Magdalena, en Lima.

* * * *

Compró unos bombones de Montmorency para llevar a sus nietas y regresó a Boulogne—Sur—Mer más optimista, con los movimientos de sus piernas y sus pulmones en mejor estado. El mal tiempo y la humedad del ambiente portuario, sin embargo, lo volvieron a afectar intensamente y a los pocos días empezó a darse cuenta de que arrastraba los pies y le costaba subir las escaleras de los dos pisos que lo llevaban hasta su habitación, en la que había colocado su cama con respaldo, pieceras balaustradas y un pequeño baldaquín circular, una pintura sobre la victoria naval inglesa de Aboukir y otra de Gericault sobre la batalla de Maipú, más un retrato de Bolívar.

Una mañana salió a caminar hasta la ciudad amurallada y el esfuerzo por el leve ascenso le quitó la respiración. Resolvió entonces pasear por terreno llano hasta las Tintellerías, pero de todos modos su pecho le presentaba dificultades.

Pese a lo poco que veía y a sus problemas pulmonares, no quería renunciar a la movilidad. Creía llevar a sus nietas al jardín de Tintellerías o a las riberas del Liane, pero en realidad eran ellas quienes lo conducían.

A veces salían a dar una vuelta en coche y el anciano lo hacía detener en la rambla, donde se quedaba largo rato mirando hacia el mar: vislumbraba los colores del atardecer que tantas veces había intentado plasmar en sus pinturas y le parecía ver los dos mil barcos que Napoleón Bonaparte había desplegado sobre esas mismas costas cuando planificaba invadir la Gran Bretaña. Ahora

soy yo, solo, viejo y casi ciego —reflexionaba— el que tengo que pensar en hacer ese viaje.

* * * *

Cuando tuvo conciencia de que había perdido la capacidad de desplazarse por sí mismo y de que su escasa visión lo engañaba, perdió el entusiasmo por comer. Su hija y sus nietas lo llevaron una tarde en coche a ver el mar, abajo del acantilado que llamaban la torre de Calígula. Su respiración se hacía cada vez más dificultosa y, pensando ya en su última travesía, murmuró:

—*C'est l'orage qui mène au Port.*

A la noche, se acostó con mareos y se acordó vagamente de una frase en latín sobre un niño y su trompo que su maestro de primeras letras intentaba enseñarle en Málaga. Se durmió y le pareció soñar que los oficiales españoles, contra los que había guerreado en Chile y el Perú, le gritaban traidor.

Al día siguiente se despertó mejor y, pasado el mediodía, pidió que lo llevaran hasta la habitación de su hija, para que le leyeran las noticias de los periódicos. Sintió una convulsión que le subía desde el estómago y entrevió que otros militares realistas empezaban a llamarle indio. Quiso erguirse para combatir a los "matuchos", pero las cataratas lo cegaron y la sombra definitiva lo venció.

Epilogo

Luego de la muerte de San Martín, Mariano Balcarce y Mercedes compraron un castillo en Brunoy, a unos veinte kilómetros de Grand Bourg. El inmueble, que había pertenecido al conde de Provence, quien luego reinara como Luis XVIII, poseía un gran parque que se derramaba sobre el vecindario.

Mercedes murió en París, en 1875, y su marido falleció también en la capital francesa, diez años después.

La nieta mayor, María Mercedes, había muerto joven y soltera, en 1860, como consecuencia de un remedio mal proporcionado por un médico.

Josefa, en cambio, se casó con Fernando Gutiérrez de Estrada, hijo del intelectual monarquista y embajador de México en París, quien había sido uno de los promotores del establecimiento del imperio de Maximiliano de Habsburgo en el país de los aztecas. El matrimonio no tuvo hijos y, en 1904, cuando Pepita quedó viuda, resolvió instituir una fundación que, bajo el nombre de "Balcarce y Gutiérrez Estrada", creó un asilo para viejos pobres y abandonados.

Al llegar la Primera Guerra Mundial el establecimiento se convirtió también en hospital para los soldados heridos y, al acercarse las tropas alemanas, Pepita no quiso abandonar a sus ancianos y enfermos y permaneció junto a ellos. En recompensa, el gobierno francés la condecoró con la Legión de Honor.

Con los abundantes hilos de oro del uniforme de Protector del Perú de su abuelo, Josefa hizo coser una casulla para el sacerdote de la capilla de su asilo.

Conforme lo había predicho don José, Pepita no "murió de cornada de toro" sino que falleció octogenaria en 1924.

* * * *

En la segunda mitad del siglo XIX, murió en Lima un hombre mulato que, según afirmaron algunos historiadores, habría sido hijo del general San Martín y de la mulata Jesusa. El investigador peruano Domingo de Vivero envió a su colega argentino, Ernesto Quesada, un retrato de dicha persona. Según Quesada, su parecido con San Martín "era asombroso".

* * * *

Una tradición ecuatoriana sostiene que Carmen Mirón y Alayón, la mujer que recibiera en su casa de Guayaquil al general San Martín en la mañana del sábado 22 de julio de 1822, en los días de la famosa entrevista con Simón Bolívar, dio a luz un hijo en abril de 1823 y lo bautizó como Joaquín Miguel de San Martín y Mirón.

Joaquín Miguel protagonizó una vida aventurera, tuvo seis hijos con cinco diferentes mujeres, y murió asesinado en 1895. Su hija mayor, Rosa Isabel San Martín, declaró ser nieta del general José de San Martín y falleció en Guayaquil en 1941. En 1972, el Instituto Genealógico de Guayaquil, bajo la presidencia de Pedro Robles Chambers, resolvió reconocer como verídica la paternidad de Joaquín de San Martín y Mirón.

* * * *

La estanciera de San Nicolás de Supe, en Perú, Fermina González Lobatón, tuvo un hijo el 20 de diciembre de 1821, al que se bautizó en la parroquia de Barrancas como Domingo Laos González. Según una tradición peruana, el verdadero padre de este muchacho habría sido José de San Martín. Domingo llegó a ser dueño de la estancia "Desagravio" de Huaura, se casó con Manuela Arguelles y Sayán y tuvo ocho hijos. Murió en 1883.

* * * *

Catorce años después del retiro de San Martín de Lima, en 1836, Rosa Campusano se presentó ante el gobierno peruano para manifestar que se encontraba en "penoso estado, con hijos tiernos y sin tener con qué proporcionarles un mísero alimento", por lo que se veía obligada a solicitar una pequeña pensión. Detallaba los servicios que había prestado en su momento a los patriotas y los peligros y la prisión que había afrontado por ellos y señalaba que "cuanto llevo expuesto es demasiado público entre los patriotas y lo sabe también el pueblo todo, pero si se pretende que lo acredite, lo haré con centenares de testigos fidedignos".

La administración limeña no hizo lugar a su pedido, por falta de fondos.

En 1843, Rosa hizo testamento y declaró ser pobre, en estado de insolvencia, de tal modo que su único capital era un crédito por veinte pesos. Manifestó ser casada con Ernesto Gaber, quien la había abandonado marchándose —a Europa, y tener un hijo de "cerca de ocho años" llamado Alejandro.

El escritor Ricardo Palma fue compañero de colegio de Alejandro y, en sus *Tradiciones peruanas*, afirma que el padre de este muchacho era el comerciante alemán Juan Weniger, propietario de dos valiosos almacenes de calzado en la calle de los Plateros de San Agustín.

El memorialista recuerda en esa obra que, en una oportunidad, un compañero de liceo llamó a Alejandro "Protector" y éste le contestó con un puñetazo.

Alejandro residía habitualmente con su padre y Rosa vivía sola y sin pagar alquiler en dos cuartos situados en los altos de la Biblioteca Nacional de Lima, que San Martín había creado donando muchos de sus libros. Alrededor de 1847, Alejandro llevó a su condiscípulo Ricardo Palma a visitar a su madre, y éste la encontró todavía delgada pese a su cincuentena, de simpática fisonomía, color casi alabastrino y de conversación entretenida, aunque algo presuntuosa por su costumbre de rebuscar palabras cultas. Rengueaba ligeramente y usaba bastón, pero conservaba todavía algunos rasgos de mujer bella y seductora.

Rosa Campusano, a quien en Lima llamaron la Protectora, murió alrededor de 1860.

Fuentes y Reconocimientos

La presente biografía novelada de José de San Martín es una recreación libre de su vida, pero ha sido escrita a partir de los documentos existentes sobre el personaje. Para la elaboración de su vida militar en España he seguido principalmente la obra de Adolfo Espíndola y, para el resto, los tomos de José Pacífico Otero. Me he guiado también por el libro de Patricia Pasquali, excelente trabajo de actualización y síntesis.

La postergación del ascenso de José por "vicios indecorosos" consta en Alfredo Villegas, *San. Martín Cadete*. El hecho de que en la familia Escalada lo calificaran en un principio de "el plebeyo" y "el soldadote" surge de Florencia Lanús, quien recogió la versión de su pariente Pepita Balcarce, la nieta del general. La circunstancia de que don Antonio de Escalada fuese hijo natural y legitimado por un "rescripto del príncipe" (al igual que O'Higgins) fue estudiada por Luis Lira Montt. El discreto romance de San Martín en Santiago de Chile está mencionado por su compadre Manuel Olazábal y el mantenido con Rosa Campusano en Lima fue testimoniado por Ernesto Quesada, Ricardo Palma y Victor Von Hagen. La relación con Carmen Mirón y Alayón en Guayaquil está transcrita por Fernando Jurado Noboa.

El conocimiento y la afición a los vinos de San Martín fue comentada por Olazábal y Otero. El pedido a Guido, desde los baños de Cauquenes, de que le mandara "un par de docenas de botellas de vino de Madeira", está registrado en el Archivo General de la Nación,

Fondo Guido, Sala 7, Legajo 2007, página 138, carta del 28—2—1820. Hilarión de la Quintana, su tío político, al relatar la batalla de Maipú, escribe en una nota al pie de página: "San Martín estaba ebrio" (Archivo General de la Nación, Sala 7, pág. 162). Su propensión al opio está glosada por Tomás Guido (Busaniche, pág. 155), Ricardo Rojas (*El Santo de la Espada*, pág. 104) y la carta de Pueyrredón en la que afirma que ha pedido a San Martín que abandone su consumo obra en Pasquali (pág. 318).

La versión de que San Martín era hijo de Diego de Alvear y de una india guaraní, es decir que habría sido medio hermano de Carlos de Alvear, está recogida en un documento manuscrito firmado en Rosario de Santa Fe el 22 de enero de 1877 por Joaquina de Alvear Quintanilla y Arrotea, cuya copia obra en mi poder. La hija del general Carlos de Alvear, al realizar con orgullo una "Cronología de mis antepasados" dedicada a sus hijos y descendientes, manifiesta que fue "hijo natural de mi abuelo, el señor don Diego de Alvear y Ponce de León, habido en una indígena correntina, el general José de San Martín", que tan brillantemente descollara en San Lorenzo, Chacabuco y Maipú. Esta supuesta filiación se transmitió por tradición oral por varias generaciones en diversas ramas de la familia Alvear.

Vicuña Mackenna, en *Revelaciones íntimas* dice que San Martín "había servido la independencia americana, porque la sentía circular en su sangre de mestizo". Juan Bautista Alberdi, al conocerlo en París, escribe que "yo lo creía un indio, como tantas

veces me lo han pintado; y no es más que un hombre de color moreno, de temperamento bilioso".

El episodio en que José, irritado, le dice a un vendedor de títulos nobiliarios que su madre era una "gran... recluta que hacía la guardia con su padre en Las Misiones", está documentado por Pastor Obligado en sus Tradiciones (pág. 49 de la recopilación hecha por Justa Dose de Zemborain). Este mismo autor recuerda que los godos lo llamaron "indio misionero" y el general Brayer "Tape de Yapeyú" (pág. 43).

La instrucción de San Martín a Álvarez Condarco, para que depositara una gruesa suma de dinero en Londres a nombre personal suya y de O'Higgins, y el despilfarro de estos fondos en fallidas operaciones de Bolsa, fue mencionada originariamente por Mitre, (tomo II, capítulo XVI, pág. 16). Otero alude de soslayo a este episodio (tomo IV, pág. 219) y, con cierta ingenuidad, se refiere a una correspondencia elíptica entre José y Bernardo (tomo IV, págs. 31 y 32), cuyo contenido descifraron tanto Mitre como Pasquali, esta última en el Archivo O'Higgins ("Las Finanzas del Libertador. Una pobreza que es pura leyenda" en *La Gaceta de Tucumán* del 28—3—99).

Hilarión de la Quintana narra en sus Memorias que él sugirió al Alcalde de Santiago de Chile, Fernando Errázuriz, que se donara una hacienda del estado a su sobrino político, el jefe del Ejército de los Andes. Los militares aman mucho el dinero —argumentó— pero es lo último que se les puede obsequiar si no se trata de una suma que haga para siempre su fortuna (Archivo General de la Nación,

sala 7, pág. 233). Las consultas realizadas por San Martín tendientes a que se le escriturara la quinta de La Magdalena, constan en Otero (tomo IV, pág. 86) y en Levene (pág. 379). El pedido de pensión hecho por Rosa Campusano está registrado en Colección Documental para la historia del Perú, tomo VIII, págs. 513 y 514.

* * * *

La carta de San Martín a Guido en la que le dice que si la provincia de Buenos Aires manda dinero al Vaticano obtendrá lo que quiera, y se propone en broma para ser obispo, fue publicada por Piccirilli ("San Martín y la Política de los Pueblos", pág. 159).

* * * *

Maximiliano de Lorenzi realizó una investigación exhaustiva en los Documentos del Archivo de San Martín, en el repositorio Guido en el Archivo General de la Nación y en el Archivo O'Higgins de Santiago, que me fue de particular valor. Eva Ferrari colaboró con eficacia en la búsqueda de bibliografía.

El médico Gaspar Herrera me ayudó a analizar las enfermedades de San Martín y Graciela Inés Gass me acompañó en la reconstrucción de su perfil psicológico. Fin; Oñate de Marzilio y María Reneé Rodrigué me explicaron el sentido de algunas expresiones de época del castellano "andaluzado" en el que se expresaba, en un acento que al contacto con América se asemejó al de las Islas Canarias.

Gabriel Bergogna, Roberto Alifano y Ramón Villagra Delgado me proporcionaron información sobre su cultura musical y sus relaciones con compositores.

En el Instituto Sanmartiniano de Buenos Aires fui atendido con generosidad por el profesor Enrique Mario Mayochi, Atilio Bottini y María Teresa Villagra. Daniel Allande, Diego Vinelli, María Teresa Meade de Fauzón Sarmiento, Ana Martínez Quijano, Ramón Villagra Delgado, Julio Torres, Carlos Paéz de la Torre (h.), Paulo Cavalleri, Enrique Aníbal Luzuriaga, Silvia Luzuriaga de Serra Lahunsembarne, Alberto Perrone, Raúl Chebaia, Esther Bonnano de Bringas, Willy Jacobs, Olga Colatarci, Luis Tomás Prieto, Susana Mackinon de Oromí Escalada, Carlos Von der Heyde, Ana Edelmira Castro, la biblioteca del Colegio Saint Matthew, María Reneé Rodrigué de la "Librería del Caminante" y la familia Lacueva de "Platero", me proporcionaron bibliografía. Raúl Martínez Aráoz me abrió la biblioteca de su padre, Raúl Martínez Moreno, gran sanmartiniano de Tucumán.

En la casa de La Ramada de Abajo, en Tucumán, fui atendido por José "Porolo" Martínez. En las ruinas de la hacienda de Las Juntas, Salta, por la familia Mendoza, y en Yatasto por Víctor Ávila. En la estanzuela de Saldán, Córdoba, fui recibido por su propietario Jorge Arrambide, quien continúa la tradición de don José y me agasajó con unos vinos franceses de su exquisita bodega (supongo que no habrá heredado también la costumbre sanmartiniana de cambiar las etiquetas). En el Convento de San Lorenzo me atendieron fray José Carlos Magnago, Alba Omelanchuk y Graciela Mengibar.

René León Gallardo me proporcionó valiosa información histórica sobre las termas de Cauquenes, la estancia Calera de Tango y el Palacio Obispal de Chile.

María Laura Desein y Archibaldo Lanús facilitaron mis investigaciones en Francia. Paulo Cavalleri, diplomático e historiador, me posibilitó el acceso a la casa de Grand Bourg, hoy sede de la congregación católica de Nuestra Señora de Sión, donde fuimos atendidos por la hermana superiora. También al establecimiento geriátrico de la Fundación "Balcarce y Gutiérrez Estrada", en Brunoy, donde fuimos recibidos por la directora Madame Billard y por el alcalde del distrito Phillipe de Foucault. Debo agradecer a los historiadores Jacques Gauchet y Jean Gautier su generoso asesoramiento y su hospitalidad. En Boulogne—Sur—Mer fue muy servicial el conservador de la casa de San Martín, Gabriel Quiroga. El historiador Pierre Camusat nos ayudó allí a reconstruir los paseos del anciano general.

En el Palacio de Alejandro de Aguado en París, hoy sede del noveno Arrondissement y con entrada por la rue Drout N° 6, fui atendido por la regenta del edificio.

En Lima conté con la colaboración de Abel Posse y Daniel Quer Confalonieri. En el Instituto Sanmartiniano de Perú fui recibido por su director, Manuel de Ingunza Simonetti, y por el bibliotecario Carlos Puntrianó Figari, quien me proporcionó documentación. En la finca de La Magdalena, hoy parte del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia, me atendieron Isabel Espinosa y la encargada de la biblioteca, Elizabeth López, quien me aportó bibliografía. Los historiadores José Agustín de la Puente Candamo y

Gustavo Pons Muzzo tuvieron la bondad de atender mis consultas y Ricardo Derteano me brindó documentación genealógica. Mauro Alberto Medina me entregó la copia del testamento de Rosa Campusano y me guió hasta las ruinas de la estancia de Punchauca y hasta la casa del duque de San Carlos, en Huaura, donde fuimos atendidos por su conservador, Donato Zambrano Toledo. En la hacienda ingenio de Manuel Zalazar Vicuña nos recibió el administrador, Manuel Pajuelo.

En Pisco nos asesoraron Alberto Casavilca Escate y Mamerto Castillo Negrón. Amalia Yika nos condujo hasta las ruinas de la estancia azucarera de Cáucato y hasta la casa del marqués de San Miguel, hoy Club Social.

En el Real Felipe del Callao, hoy museo del Ejército, nos atendió su director, Mario Seclén Castelo.

Fabián Aouad y Martín García Moritán apoyaron mis investigaciones en el extranjero.

Enrique Mario Mayochi con su proverbial amplitud intelectual y humana, Susana Savoia, Martín Almeida, Luisa Olivella, Maximiliano De Lorenzi, Graciela Inés Gass, Bernabé, José y Julieta García Hamilton, leyeron los originales y me aportaron correcciones y sugerencias.

Ninguna de estas personas es responsable del contenido de este trabajo.

Bibliografía

- Alberto Medina, Mauro, *María Ferntirta de la Quintana*, tía del Libertador del Perú don José de San Martín, Instituto Sanmartiniano del Perú, Lima, 1996.
- Benecia, Julio Arturo, *Cómo San Martín y Belgrano no se conocieron en Yatasto*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1973.
- Berdiales, Germán, *Habla San Martín*, Estrada Editores, Buenos Aires, 1950.
- Bernard, Tomás Diego (h.), *Retablo Sanmartiniano*, Instituto Amigos del Libro Argentino, Buenos Aires, 1967.
- Bischoff, Efraín U., *San Martín en Córdoba*, Ministerio de Bienestar Social, Secretaría de Cultura y Educación, Dirección de Historia, Letras y Ciencias de la Provincia, Córdoba, 1978.
- Bucich Escobar, Ismael, *San Martín, diez capítulos de su vida íntima*, Ediciones Anaconda, Buenos Aires, 1939.
- Burzio, Humberto F., "Un episodio naval en la vida militar del general San Martín", en *San Martín y el mar*, Secretaría de Estado de Marina, Buenos Aires, 1962.
- Busaniche, José Luis, *San Martín visto por sus contemporáneos*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1995.
- Busaniche, José Luis, *San Martín vivo*, Ediciones Nuevo Siglo, Buenos Aires, 1995.
- Campos Menéndez, Enrique, *Se llamaba Bolívar*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1975.

— Camusat, Pierre, *Boulogne—Sur—Mer et le general San Martín*, Boulogne Informations N° 92, mayo de 1993.

— Capdevila, Arturo, *El hombre de Guayaquil*, Espasa—Calpe, Buenos Aires, 1950.

— Carbone Oscar, *El patrimonio de San Martín*, Museo Histórico Nacional, Serie II, N° XVII, Buenos Aires, 1960.

Carranza, Adolfo, *San Martín, su correspondencia; 1823—1850*, Museo Histórico Nacional, Madrid, 1911.

— Cartas del general San Martín a don Tomás Guido, Documentos del Archivo de San Martín, tomo VI, Buenos Aires, 1910.

— Colección documental de la Independencia del Perú. Investigación, recolección y prólogo por Gustavo Muzzo, Comisión Nacional del Sesquicentenario del Perú, Lima, 1971.

— Corbière, Emilio, *La masonería*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1999.

— Correas, Edmundo, *Tiempo de Sosiego*, Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, 2ª Época, N° 8, Mendoza, 1975.

. Cuccorese, Horacio Juan, *San Martín, catolicismo y masonería*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1993.

— De Gandía, Enrique, *San Martín, su pensamiento político*, Pleamar, Buenos Aires, 1964.

— Dose de Zemborain, Justa, *El general San Martín en las Tradiciones de Pastor S. Obligado*, Ángel Estrada y Cía. S.A. Editores, Buenos Aires, 1950.

— Espejo, Gerónimo, *El paso de los Andes*, Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1953.

- Espíndola, Adolfo S., *San Martín en el ejército español en la península* (2 tomos), Comisión Nacional Ejecutiva del 150° Aniversario de la Revolución de Mayo, Buenos Aires, 1962.
- Frías, Félix, *Muerte del general San Martín*, París, 1850.
- Gaitán, Herminio, *Combate de San Lorenzo*, Imprenta del Congreso de la Nación, 1999.
- Galván Moreno, C., *Cronología de San Martín*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1950.
- Galván Moreno, C., *San Martín el Libertador*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1950.
- Gauchet, Jacques, *Alexandre Aguado d'après les historiens argentins et espagnols*, Bulletin N° 67 de la Société Historique et Archéologique de Corbeil, de l'Essonne et du Hurepoix, Corbeil Essonnes, 1998.
- Guillén, Julio, "Dos noticias inéditas sobre San Martín", en *San Martín y el mar*, Secretaría de Estado de Marina, Buenos Aires, 1962.
- González Arrili, B., *Hombres de nuestra historia: San Martín*, Sociedad Impresora Americana, Buenos Aires, 1945.
- Grosso, Florencia, *Remedios Escalada de San Martín, su vida y su obra*, Editorial Dunken, Buenos Aires, 1999.
- Guerrino, Antonio Alberto, *La salud de San Martín*, Ciudad Argentina, Buenos Aires, 1999.
- Gualí Jaen, Ricardo (Juan García del Río), *Biografía del general San Martín*, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 1950.

Harrison, Margaret H., *Capitán de América*, Editorial Ayacucho, Buenos Aires, 1943.

— Hillairet, Jacques, *Connaissance du vieux Paris*, París, 1993.

— Humphreys, R.A., "San Martín y Paroissien", en *San Martín. Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el Centenario de su Muerte (1850—1950)*, Buenos Aires, 1951.

— Iburguren, Carlos, *San Martín íntimo*, Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1950.

— Ingunza Simonetti, Manuel Augusto de, *Genealogía y vinculaciones familiares del Libertador del Perú, generalísimo don José de San Martín y Matorras*, Instituto Sanmartiniano del Perú, Lima, 2000.

— Juicios históricos sobre el general San Martín formulados en Chile y Perú, Universidad de Buenos Aires, Departamento de Acción Social Universitaria, Buenos Aires, 1947.

Jurado Noboa, Fernando, *Las noches de los libertadores*, Instituto Andino de Artes Populares, Ediciones IADAP, colección Identidad, Quito, Ecuador, 1991.

— Labougle, Raúl de, "San Martín en el ostracismo. Sus recursos", Investigaciones y Ensayos N 4 12, enero—junio de 1972, Academia Nacional de la Historia.

— Lanús, Florencia, *Tradición de familia en lenguaje familiar*, Montevideo, 1949.

— Leguizamón, Martiniano, *La casa natal de San Martín*, Compañía Sud—Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1915.

— Lerdo de Tejada, Ana, *Perfil sanmartiniano*, Buenos Aires, 1950.

— Levene, Ricardo, *El genio político de San Martín*, Ediciones Depalma, Buenos Aires, 1970.

Lira Montt, Luis, "La Legitimación por Rescripto Real en Indias", Boletín de la Academia Chilena de la Historia N° 103, 1994.

— Lizondo Borda, Manuel, *San Martín y Tucumán*, publicaciones de la Junta Conservadora del Archivo Histórico de Tucumán, Tucumán, 1950.

— Luzuriaga, Aníbal Jorge, *Toribio Luzuriaga, prócer de la Independencia americana*, Buenos Aires, 1984.

— Marett, Robert, *Perú*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1977.

— Martínez, Mariano, *José de San Martín íntimo*, Casa Editorial Hispanoamericana, París.

— Mayochi, Enrique Mario, *El Libertador José de San Martín*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1995.

— Micale, Adriana, "Remedios de Escalada", en *Mujeres Argentinas*, Alfaguara, Buenos Aires, 1998.

— Miller, John, *Memorias del general Miller*, Emecé, Buenos Aires, 1998.

— Miranda Costa, Juan, y Lasarte Ferreyros, Luis, *Apuntes sobre cien familias establecidas en el Perú*, Lima, 1993.

— Mitre, Bartolomé, *Historia de San Martín* (3 tomos), Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1977.

— Olazábal, Manuel de, *Episodios de la Guerra de la Independencia*, Gualeguaychú, Imprenta de la Democracia, 1863.

- Oliveira César, Lucrecia de, *Los Guerrico*, Instituto Bonaerense de Numismática, Buenos Aires, 1986.
- Oriol y Anguera, A., *Agonía interior del muy egregio señor José de San Martín*, Editorial Gure, Buenos Aires, 1953.
- Otero, José Pacífico, *Historia del Libertador Don José de San Martín* (4 tomos), Editorial Sopena, Buenos Aires, 1949.
- Palcos Alberto, *Hechos y glorias del general San Martín*, El Ateneo, Buenos Aires, 1951.
- Palma, Ricardo, *Tradiciones peruanas*, Montaner y Simón Editores, Barcelona, 1894.
- Pasquali, Patricia, *San Martín*, Planeta, Buenos Aires, 1999.
- Pasquali, Patricia, "*Las finanzas del Libertador. Una pobreza que es pura leyenda*", en *La Gaceta*, Tucumán, 28—3—1999, página 4 del Suplemento Cultural.
- Pérez Amuchástegui, A. J., *San Martín y el Alto Perú*, Ediciones Fundación Banco Comercial del Norte, Tucumán, 1976.
- Pérez Pardella, Agustín, *El Libertador cabalga* (2 tomos), Centro Cultural General San Martín, Buenos Aires, 1995.
- Piccirilli, Ricardo, *San Martín y la política de los pueblos*, Ediciones Gure, Buenos Aires, 1957.
- Piccirilli, Ricardo, "*Bernardo de Monteagudo: colaborador del general San Martín*", separata de los *Anales de la Academia Sanmartiniana*, N° 3, 1962.
- Poma, Eduardo, *Historia de Metán*, Salta.

- Pons Muzio, Gustavo, *El gobierno protectoral del Libertador, generalísimo don José de San Martín*, Instituto Sanmartiniano del Perú, Lima.
- Pruvonema, P. (Riva Agüero, José), *Memorias y documentos para la Historia de la Independencia del Perú, y causas del mal éxito que ha tenido ésta*, Librería de Garnier Hermanos, París, 1858.
- Puente Candamo, José de la, *Magdalena, viejos recuerdos de una larga historia*, Rotary Club de Pueblo Libre, Lima, 1986.
- Pueyrredón, Carlos A., *La Campaña de los Andes*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1944.
- Quesada, Ernesto, *El ostracismo de San Martín*, Buenos Aires, 1919.
- Quesada, Ernesto, *Las reliquias de San Martín*, Buenos Aires, 1901.
- Renunciamentos del Capitán General Don José de San Martín, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1969.
- Rojas, Ricardo, *El Santo de la Espada*, Editorial Cárpano, Buenos Aires, 1970.
- Rojas, Ricardo, *La Entrevista de Guayaquil*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1950.
- Rumazo González, Alfonso, *Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador*, Editorial Mediterráneo, Madrid, 1972.
- *San Martín en la historia y en el bronce*, obra publicada por la Comisión Nacional "Ley 13.661", Buenos Aires, 1950.

- Sanz, Luis Santiago, *"San Martín en Bruselas"*, Investigaciones y Ensayos N° 14, enero—junio 1973, Academia Nacional de la Historia.
- Sejean, Juan Bautista, *San Martín y la tercera invasión inglesa*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 1997.
- Siri, Eros Nicolás, *Cochrane, el Lord aventurero*, Distar, Buenos Aires, 1979.
- Speranza, José M., *Ideario del Libertador José de San Martín, extracto del archivo de la correspondencia del prócer*, Centro Cultural Florencio Varela, Buenos Aires, 1950.
- Terragno, Rodolfo H., *Maitland & San Martín*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1998.
- Thomas, José Luis, *Los amores ocultos de San Martín, El Francotirador* Ediciones, Buenos Aires, 1998.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *El general San Martín, revelaciones íntimas*, Buenos Aires, 1878.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *El general San Martín en Europa*, Compañía de Impresiones y Publicidad, Lima, 1942.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *"San Martín. La Revolución de la Independencia del Perú"*, tomo VI de las Obras Completas, Universidad de Chile, 1938.
- Villegas, Alfredo G., *San Martín y su época* (tomo I), Ediciones Depalma, Buenos Aires, 1976.
- Villegas, Alfredo G., *"San Martín Cadete. La primera injusticia y el primer galardón de su carrera militar"*, en Investigaciones y Ensayos N 4 32, enero—junio 1982, Academia Nacional de la Historia.

— Von Hagen, Victor W., *Las cuatro estaciones de Manuela*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1989.

— Wimet, P. A., *San Martín, séjour et mort á Boulogne—Sur—Mer (1848—1850)*, Musée du Libertador, Boulogne—Sur—Mer, 1980.

— Wirth, Juan Carlos, *San Martín antes de 1812*, editorial Nueva Impresora, Paraná, 1951.

— Zapatero, Juan, *San Martín en Orán*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1980.